DARKOVER, EL SOL SANGRIENTO

Marion Zimmer Bradley



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Por mostrarme universos innumerables,
a la querida memoria de Henry Kuttner

El extraño que vuelve a casa
no se siente en su casa
sino que la vuelve extraña.

PRÓLOGO: DARKOVER

La leronis

Leonie Hastur estaba muerta.

La anciana *leronis,* hechicera del Comyn, Celadora de Arilinn, telépata, entrenada en todos los poderes de las ciencias de matriz de Darkover, murió como había vivido, sola, aislada en las alturas de la torre de Arilinn.

Ni siquiera su sacerdotisa novicia, la aprendiza Janine Leynier de Storn, supo a qué hora había llegado silenciosamente la muerte a la torre, para llevarse a Leonie a uno de los otros mundos que ella había aprendido a transitar con tanta soltura como si fueran su propio jardín amurallado.

Murió sola, y nadie la lloró. Pues, aunque Leonie era temida, reverenciada, venerada casi como una Diosa en todos los Dominios de Darkover, no era amada.

Una vez había sido muy amada. Había habido una época en la que Leonie Hastur había sido joven, bella y casta como una luna distante, y los poetas habían hablado de su gloria, comparándola al rostro exquisitamente centelleante de Liriel, la gran luna violeta de Darkover, o a una Diosa que había descendido para vivir entre los hombres. Había sido adorada por aquellos que vivían bajo su dominio en la torre de Arilinn. Una vez, a pesar de la austeridad de los votos según los cuales vivía (que hubieran convertido en blasfemia indecible el hecho de que algún hombre le rozara las puntas de los dedos), Leonie había sido amada. Pero eso había sido mucho tiempo atrás.

Luego, a medida que los años pasaban por encima de su cabeza, dejándola cada vez más sola, más alejada de la humanidad, había sido menos amada y más odiada y temida. El viejo Regente Lorill Hastur, su hermano mellizo (pues Leonie había nacido en la real casa de los Hastur de Hastur y, si no hubiera elegido la torre, habría ocupado una posición más alta que la de cualquier Reina de los Dominios), había muerto hacía mucho tiempo. Un sobrino al que sólo había visto raras veces estaba detrás del trono de Stefan Hastur-Elhalyn y era el verdadero poder de los Dominios. Pero para él Leonie era sólo un susurro, una vieja leyenda y una sombra.

Y ahora estaba muerta y yacía, como era costumbre, en una tumba anónima dentro de los muros de Arilinn, donde no podía entrar ningún ser humano salvo los de sangre Comyn: en la muerte estaba tan recluida como lo había estado en vida. Quedaban pocos con vida que pudieran llorarla.

Uno de los pocos que la lloraron fue Damon Ridenow, quien se había casado años atrás dentro del Dominio de Alton y había sido durante algún tiempo Guardián de ese Dominio en nombre del joven Heredero de Alton, Valdir de Armida[*]. Cuando Valdir llegó a la mayoría de edad y tomó esposa, Damon y toda su larga familia se habían mudado a la propiedad del lago Mariposa, situada en la agradable región de las estribaciones de las Kilghard Hills. Siendo Leonie de corta edad y el joven Damon un mecánico de la torre de Arilinn, él había amado a Leonie; la había amado castamente, sin una caricia ni un beso ni ninguna idea de quebrantar los votos que la ataban. No obstante, la había amado con una pasión que más tarde había dado forma y color a su vida; cuando se enteró de su muerte, fue solo a su estudio y allí vertió las lágrimas que no podía verter ante su esposa ni ante la hermana de su esposa, quien una vez había sido la Celadora-novicia de Leonie en Arilinn, ni ante ningún otro miembro de su familia. Si ellos advirtieron su dolor –y en una familia de

[*] Esta historia se relata en *La torre prohibida.*

telépatas del Comyn tales cosas no podían ocultarse demasiado–, nadie lo había mencionado; ni siquiera sus hijos e hijas adultas preguntaron por qué su padre lloraba en secreto. Para ellos, por supuesto, Leonie era sólo el nombre de una leyenda.

Así, cuando la noticia se difundió por los Dominios, hubo muchas especulaciones exaltadas, incluso en los rincones más distantes, acerca de la pregunta que ahora se esparcía y ardía en todas partes, desde los Hellers hasta las planicies de Arilinn: *¿Quién será ahora Celadora de Arilinn?*

Y un día más tarde se presentó ante Damon, en la intimidad de su estudio, su hija más joven, Cleindori.

Le habían dado el anticuado nombre, legendario y tradicional, de Dorilys: *Flor-dorada.* Pero de niña tenía el pelo de un pálido color solar, dorado, y sus ojos eran tan grandes y azules que sus niñeras la vestían siempre de azul y le ponían lazos de ese color; su madre adoptiva, Ellemir, la esposa de Damon, decía que se parecía a la campanilla azul de la flor del *kireseth,* cubierta con su dorado polen. De modo que cuando era apenas un bebé la habían apodado Cleindori, *Campanilla Dorada,* que era el nombre común de la flor del *kireseth.* Y, a medida que pasaban los años, casi todos habían olvidado que Dorilys Aillard (pues su madre había sido una hija *nedestro* de ese poderoso Dominio) hubiera llevado alguna vez otro nombre que no fuera Cleindori.

Se había convertido en una jovencita de trece años alta, tímida y seria, con cabellos brillantes, de un cobre dorado. En el clan Ridenow había sangre de las Ciudades Secas, y se rumoreaba que también el padre de su madre había sido un bandido de las Ciudades Secas, de Shainsa; pero ese antiguo escándalo se había olvidado hacía mucho tiempo. Damon, observando el cuerpo femenino y los ojos graves de su hija menor, sintió por primera vez en su vida que se acercaba a la vejez.

–¿Has cabalgado hoy todo el camino desde Armida, pequeña? ¿Qué ha dicho al respecto tu padre adoptivo?

Cleindori sonrió y fue a dar a su padre un beso en la mejilla.

–No ha dicho nada, porque no se lo he comunicado –dijo alegremente–; pero no estaba sola, ya que Kennard, mi hermano adoptivo, ha cabalgado hasta aquí conmigo.

A los nueve años, como era costumbre en los Dominios, Cleindori había sido enviada a criarse hasta la edad adulta bajo una mano menos tierna que la de una madre. Había sido criada por Valdir, Lord Alton, cuya esposa, Lori, sólo tenía hijos y anhelaba tener una hija de crianza. Existía una suerte de acuerdo tácito con respecto a que, cuando Cleindori tuviera edad suficiente, se casaría con el hijo mayor de Lord Alton, Lewis-Arnad; pero Damon suponía que Cleindori no tenía aún ninguna idea de casarse; ella y Lewis y el hijo menor de Valdir, Kennard, eran como hermanos. Damon saludó con un abrazo de pariente a Kennard, un muchacho robusto, de ojos grises y anchas espaldas, un año menor que Cleindori, y dijo:

–Veo que mi hija ha estado bien protegida durante el viaje hasta aquí. ¿Qué os ha traído hasta mí, muchachos? ¿Habéis salido a cazar con halcones y se os ha hecho tarde, por lo que habéis preferido venir aquí, pensando que aquí os daríamos tortas y dulces en vez del castigo de pan y agua que os hubiera esperado en casa?

Pero se reía.

–No –repuso Kennard con seriedad–. Cleindori dijo que debía verte, y mi madre nos dio autorización para cabalgar, aunque no creo que supiera muy bien lo que le pedíamos ni lo que nos respondió, pues hay en esta época gran confusión en Armida, desde que llegaron las noticias.

–¿Qué noticias? –preguntó Damon, inclinándose hacia adelante. Pero, como ya lo sabía, sintió que se le apretaba el corazón.

Cleindori, que estaba acurrucada en un almohadón a sus pies, mirándole, dijo:

–Querido padre, tres días atrás, la Dama Janine de Arilinn llegó hasta Armida en busca de alguien que pudiera llevar el nombre y la dignidad de la Dama de Arilinn que ha muerto, la *leronis* Leonie.

–Le llevó bastante tiempo llegar a Armida –comentó Damon con un gesto desdeñoso–. Sin duda ha hecho pruebas antes por todos los Dominios.

Cleindori asintió.

–Eso creo –dijo–. Pues, cuando supo quién era yo, me miró como si percibiera mal olor y preguntó: «Como eres de la Torre Prohibida, ¿te han enseñado alguna de sus herejías?» Cuando Lady Lori le dijo mi nombre, se puso furiosa. Tuve que decirle que mi madre me había dado el nombre de Dorilys. Pero Janine añadió: «Bien, la ley me exige que pruebe tu *laran.* No puedo negarte eso.»

Hizo algunos gestos imitando a la *leronis*, *y* Damon se cubrió con la mano la parte inferior del rostro, como pensando, aunque en realidad lo hacía para ocultar su sonrisa, ya que Cleindori tenía verdadero talento para imitar y había captado el tono agrio y la mirada desaprobatoria de la *leronis* Janine.

–Sí –dijo Damon–. Janine estaba entre los que hubieran querido quemarme vivo o cegarme cuando combatí contra Leonie por el derecho a usar el *laran* que los dioses me habían concedido como yo mismo eligiera y no sólo como lo exigía Arilinn. El hecho de que seas mi hija no debe haber provocado su amor hacia ti.

Cleindori volvió a sonreír alegremente.

–Puedo vivir perfectamente bien sin su amor... ¡Creo que jamás debe de haber amado ni a un gatito doméstico! Pero intentaba decirte, padre, lo que ella me dijo y lo que le dije yo... Pareció complacida cuando le comuniqué que todavía no me habías enseñado nada y que había sido criada en Armida desde los nueve años; de modo que me dio una matriz y probó mi *laran.* Cuando terminó, dijo que me quería para Arilinn; después frunció el ceño y me notificó que no me hubiera elegido para eso, pero que había muy pocas que pudieran soportar el entrenamiento y que deseaba entrenarme como Celadora.

A Damon se le cerró la garganta, pero la exclamación de protesta murió sin ser pronunciada, pues Cleindori lo miraba con ojos centelleantes.

–Padre, le dije, como sé que debía hacerlo, que no podía entrar a una Torre sin el consentimiento de mi padre y después cabalgué hasta aquí para pedírtelo.

–No lo tendrás –exclamó Damon con brusquedad–; no mientras yo esté erguido y sin sepultar. Ni tampoco después, si puedo impedirlo.

–Pero padre... ¡Ser Celadora de Arilinn! Ni siquiera la reina...

A Damon se le volvió a hacer un nudo en la garganta. De modo que después de todos estos años la mano de Arilinn volvía a caer sobre alguien que él amaba.

–Cleindori, no –dijo y extendió la mano para rozar sus rizos claros, que relucían con la luz del cobre fundido y el oro–. Sólo ves el poder. No conoces la crueldad de ese entrenamiento. Para ser Celadora...

–Janine me informó. Me explicó que el entrenamiento es muy prolongado y muy difícil de soportar. Me dijo algo de lo que debo jurar y de lo que debo abandonar, pero también que creía que yo era capaz de hacerlo.

–Niña... –Damon tragó con esfuerzo y agregó–: ¡La carne y la sangre humanas no pueden tolerarlo!

–Eso es una tontería –replicó Cleindori–, ya que tú lo toleraste, padre. Y también Calista, que fue la Celadora-novicia de Leonie en Arilinn.

–¿Tienes idea de lo que eso le costó a Calista, niña?

–Tú te aseguraste de que lo supiera cuando todavía era una criatura. Y también Calista, que me contó, antes de que yo llegara a la femineidad, que era una vida muy cruel y

antinatural. Me salieron los dientes escuchando esa vieja historia de cómo tú y Calista combatisteis contra Leonie y todos los de Arilinn en un duelo que duró toda una noche...

–¿Tanto creció esa historia? –la interrumpió Damon con una carcajada–. Duró menos de un cuarto de hora, aunque sin duda la tormenta pareció rugir durante muchos días. Pero luchamos contra Arilinn y nos ganamos el derecho a usar el *laran* como quisiéramos y no como lo decretara Arilinn.

–Pero también puedo ver –argumentó Cleindori– que fuiste entrenado al estilo de Arilinn, lo mismo que lo fue Calista, que es extraordinariamente experta; en tanto que aquellos que han recibido el entrenamiento de *laran* aquí tienen menos habilidades y son más torpes en la utilización de sus talentos. También sé que todas las otras Torres se atienen todavía al estilo de Arilinn.

–Estos poderes y habilidades... –Damon se interrumpió y se recompuso, tratando de hablar con calma, pues estaba gritando–. Cleindori, desde que era joven he creído que el estilo de Arilinn y de todas las otras Torres a las que Arilinn impone su voluntad es cruel e inhumano. Eso he creído y he luchado, arriesgando mi vida, para que los hombres y mujeres de las Torres no se vieran obligados a convertir sus vidas en una muerte en vida, aislados dentro de los muros. Las habilidades que tenemos pueden ser dominadas por cualquier hombre o mujer, Comyn o plebeyos, siempre que tengan el talento innato. Es como tocar el laúd: se nace con oído musical y se puede aprender a tañir las cuerdas, pero ni siquiera en nombre de esa vocación tan difícil se justifica que se le pida a alguien que abandone su hogar y su familia, su vida o su amor. Les hemos enseñado muchas cosas a otros y hemos ganado el derecho de enseñarles sin castigo. Llegará el día, Cleindori, en que las antiguas ciencias de matriz de nuestro mundo estarán a disposición de cualquiera que pueda usarlas y las Torres ya no serán necesarias.

–Pero todavía seguimos siendo descastados –argumentó Cleindori–. Padre, si hubieras visto la cara de Janine cuando hablaba de ti, de la Torre Prohibida, como la llamaba...

El rostro de Damon cobró una expresión tensa.

–No amo tanto a Janine como para que su mala opinión de mí me provoque insomnio.

–Pero Cleindori tiene razón –replicó Kennard–. Somos renegados. Aquí en la campiña la gente acepta nuestra modalidad, pero en todos los Dominios recurren exclusivamente a las Torres para aprender el *laran.* También yo iré a una Torre, tal vez a Neskaya, o quizás a la misma Arilinn, cuando concluya mis tres años de servicio en la Guardia; si Cleindori va a Arilinn, dicen que yo no podría ir hasta que ella no complete sus años de reclusión, pues una Celadora, durante su entrenamiento, no puede tener cerca a un hermano adoptivo, ni a ninguna persona a la que esté afectivamente ligada...

–Cleindori no irá a Arilinn –sentenció Damon–, y punto. –Y repitió con mayor vehemencia–: ¡La carne y la sangre humanas no pueden soportar el estilo de Arilinn!

–Repito que eso es una tontería –dijo Cleindori–, pues Calista lo soportó y Margwenn de Thendara y Leominda de Neskaya y Janine de Arilinn y la misma Leonie y, según dicen, más de novecientas veinte Celadoras antes que ella. Si debo hacerlo, también podré soportar lo que ellas soportaron.

Apoyó el mentón sobre las manos, mirándole con toda seriedad.

–Me has dicho con mucha frecuencia, desde que era niña, que una Celadora sólo es responsable ante su propia conciencia. Y que en todas partes, entre los mejores hombres y mujeres, la conciencia es la única guía de las acciones. Padre, siento que estoy destinada a ser Celadora.

–Puedes ser Celadora entre nosotros, cuando crezcas –dijo Damon–, sin padecer los tormentos que deberás sufrir en Arilinn.

–¡Oh! –Se puso de pie con furia y empezó a recorrer la habitación–. ¡Tú eres mi padre y querrías que fuera una niñita para siempre! Padre, ¿crees que no sé que sin las Torres de los Dominios nuestro mundo estaría sumergido en la oscuridad de la barbarie? No he viajado

mucho, pero he ido a Thendara y he visto allí las naves espaciales de los terranos, y sé que sólo hemos resistido al Imperio porque las Torres proporcionan a nuestro mundo lo que necesitamos, con nuestras antiguas ciencias de matriz. Si las Torres se extinguen, Darkover caerá en manos del Imperio como una ciruela madura, ¡pues el pueblo rogará la tecnología y el comercio del Imperio!

Damon dijo con suavidad:

–No creo que eso sea inevitable. No siento odio por los terranos; mi mejor amigo nació en Terra, tu tío Ann'dra. Pero para eso estoy trabajando, para que cuando todas las Torres se extingan, haya en el pueblo de los Dominios *laran* suficiente para que Darkover siga siendo independiente y no tenga necesidad de suplicarles a los terranos. Ese día llegará, Cleindori. Te aseguro que llegará el día en que cada Torre de los Dominios esté desnuda y vacía y sea tan sólo presa de las aves de rapiña...

–¡Pariente! –protestó inmediatamente Kennard e hizo un rápido gesto en contra de tal malignidad–. ¡No digas esas cosas!

–No es agradable escucharlo –dijo Damon–, pero es cierto. Cada año son menos nuestros hijos e hijas que tienen el poder o el deseo de tolerar el antiguo entrenamiento y entregarse a las Torres. Una vez Leonie se quejó de que había entrenado a seis muchachas y, de todas ellas, sólo una había podido completar el entrenamiento para ser Celadora; se trataba de la *leronis* Hilary, que enfermó y hubiera muerto si no le hubieran permitido salir de Arilinn. Tres de las Torres... –Janine no te lo diría, Cleindori, pero yo que fui entrenado en Arilinn lo sé bien– tres de las Torres están trabajando con un círculo de mecánicos porque no tienen Celadora, y sus necias leyes no les permiten aceptar a una Celadora para sus círculos si ella no está dispuesta a ser un enclaustrado símbolo de virginidad. Dicen que su fuerza y los poderes de su *laran* son menos importantes que el hecho de ser una diosa virgen, recluida y objeto de una veneración supersticiosa. Hay al menos cien o más mujeres de los Dominios que podrían hacer la tarea de una Celadora, pero no encuentran razones suficientes para pasar por un entrenamiento que no las convertirá en mujeres sino en... ¡máquinas para la transmisión del poder! ¡Y no las culpo! Las Torres desaparecerán. Deben desaparecer. Y cuando desaparezcan, cuando sean desnudos y ruinosos monumentos del orgullo y la locura del Comyn, entonces el poder del *laran y* las piedras matrices que nos ayudan a usarlo podrán ser utilizados como siempre deberían de haberlo sido. ¡Como ciencia, no como hechicería! ¡Para la cordura, no para la locura! Toda mi vida he trabajado para eso, Cleindori.

–¡No para derribar las Torres, tío! –Kennard parecía consternado.

–No. Nunca para eso. Pero sí para estar allí cuando sean abandonadas o descartadas, para que no sea necesario que nuestras ciencias del *laran* perezcan por carencia de Torres que trabajen con ellas.

Cleindori se detuvo a su lado y le apoyó una mano en el hombro con levedad.

–Padre –dijo–, te honro por eso. Pero tu trabajo es demasiado lento, pues todavía te llaman descastado y renegado y cosas peores. Por eso es aún más importante que personas jóvenes como yo, y mi medio hermana Cassilde y Kennard...

–¿También Cassilde irá a Arilinn? –exclamó Damon, consternado–. ¡Matará a Calista! –Cassilde era la hija de Calista, cuatro o cinco años mayor que Cleindori.

–A su edad ya no necesita autorización –dijo Cleindori–. Padre, es necesario que las Torres no mueran hasta que no les llegue el momento, aunque sea inevitable que llegue el día en que ya no sean necesarias. Y mi conciencia me dicta que debo ser Celadora de Arilinn. –Extendió una mano hacia él–. No, padre, escúchame. Sé que *tú* no eres ambicioso; despreciaste la oportunidad de comandar la Guardia de la Ciudad, podrías haber sido el hombre más poderoso de Thendara, pero no lo aceptaste. Yo no soy así. Si mi *laran* es tan poderoso como me dijo la Dama de Arilinn, quiero ser Celadora de una manera que me permita *hacer* algo útil con ello; ¡algo más que cuidar a los campesinos y enseñar a los niños de las aldeas! ¡Padre, quiero ser Celadora de Arilinn!

–¡Te impondrías esa prisión de la que liberamos a Calista con un coste tan alto! –replicó Damon con una voz que revelaba una amargura indescriptible.

–¡Ésa era *su* vida! –le espetó Cleindori–. ¡Ésta es la *mía*! Pero escúchame, padre –dijo volviendo a arrodillarse a su lado. La furia había desaparecido de su voz, reemplazada por una gran seriedad–. Me has dicho, y yo lo he visto, que Arilinn dicta las leyes para la utilización del *laran* en este mundo, salvo para ti y los pocos que desafían a Arilinn.

–Tal vez hagan las cosas de otra manera en los Hellers, o en Aldarán o más allá –especificó Damon–. Conozco poco de eso.

–Entonces... –Cleindori alzó la cara para mirarlo, con expresión grave– si voy a Arilinn y aprendo a ser Celadora, según sus leyes y de la manera más ortodoxa en que puede utilizarse el *laran...*, si soy Celadora al estilo de Arilinn..., entonces puedo cambiar sus leyes, ¿verdad? Si la Celadora de Arilinn hace las leyes para todas las Torres, entonces, padre, yo puedo cambiarlas, puedo declarar la verdad, que el estilo de Arilinn es cruel e inhumano... Y, como habré tenido éxito, no podrán decir que soy tan sólo un fracaso o una descastada que ataca aquello que yo misma no puedo hacer. Puedo cambiar esas leyes terribles y derrocar el estilo de Arilinn. Y cuando las Torres ya no ofrezcan a hombres y mujeres una muerte en vida, los jóvenes y las muchachas de nuestro mundo volverán a ellas, y renacerán las antiguas ciencias de matriz de Darkover. Esas leyes nunca cambiarán... ¡hasta que una Celadora de Arilinn pueda cambiarlas!

Damon miró a su hija, estremecido. Sin duda era la única manera de cambiar las crueles leyes de Arilinn: que una Celadora de Arilinn decretara nuevas leyes para todas las Torres. Él había intentado todo lo posible, pero un renegado, un descastado, no había podido hacer nada más fuera de los muros de Arilinn. Había logrado muy poco... Nadie mejor que él sabía cuán poco había logrado.

–Padre, está escrito –dijo Cleindori con voz temblorosa–. Después de todo, lo que sufrió Calista y lo que tú sufriste tal vez sirva para esto, para que yo pueda regresar y liberar a los otros. Ahora que tú has probado que pueden ser liberados.

–Tienes razón –admitió lentamente Damon–. El estilo de Arilinn nunca caerá hasta que la misma Celadora de Arilinn lo destituya. Pero... ¡Oh, Cleindori, tú no! –Dolorido, desesperado, estrechó a su hija contra su pecho–. ¡Tú no, querida!

Con delicadeza ella se liberó del abrazo, y por un momento a Damon le pareció que ya era alta, imponente, distante, que estaba imbuida de la extraña fuerza de una Celadora, ataviada con el majestuoso carmesí de Arilinn.

–Padre, querido padre –dijo ella–, no puedes prohibirme hacer esto; sólo soy responsable ante mi propia conciencia. ¿Cuántas veces nos has dicho a todos, empezando por mi padre adoptivo Valdir, quien no se cansa de repetírmelo, que la conciencia es la única responsabilidad que tenemos? Déjame hacerlo, déjame terminar el trabajo que comenzó con la Torre Prohibida. De otro modo, cuando tú mueras, todo ese trabajo morirá contigo, con todos: una pequeña banda de renegados y sus herejías que mueren en la invisibilidad, y buen viaje. Pero yo puedo llevar esos conocimientos a Arilinn y después a todos los Dominios, pues la Celadora de Arilinn es quien hace las leyes para todas las Torres y para los Dominios. Padre, te repito que es el destino. *Debo* ir a Arilinn.

Damon agachó la cabeza, todavía reticente, pero incapaz de hablar en contra de la joven e inocente seguridad de su hija. Le parecía que los muros de Arilinn ya se cerraban en torno a ella. Y así ambos se separaron, para no volver a reunirse hasta el momento de la muerte de Cleindori.

1

EL TERRANO

Cuarenta años más tarde

Así es como fue.

Eras un huérfano del espacio. Por lo que sabías, podrías haber nacido a bordo de una de las Grandes Naves, las naves de Terra, las naves espaciales que cubrían los largos trayectos entre las estrellas para cumplir con el comercio del Imperio. Nunca supiste dónde habías nacido, ni quiénes habían sido tus padres; el primer hogar que conociste fue el Orfanato de Hombres del Espacio, a la vista del Puerto de Thendara, donde aprendiste la soledad. Antes de eso, en alguna parte, había habido colores y luces extrañas y confusas imágenes de personas y lugares que se hundían en el olvido cuando tratabas de concentrarte en ellos, pesadillas que a veces te despertaban y te hacían gemir de terror antes de que estuvieras completamente despierto y pudieras ver el limpio y silencioso dormitorio que te rodeaba.

Los otros niños eran los residuos abandonados de la arrogante e inquieta raza de la Tierra, y tú eras uno de ellos y llevabas uno de sus nombres. Pero afuera se extendía el penumbroso y bello mundo que habías visto, que todavía a veces veías en sueños. Sabías, de alguna manera, que eras diferente; pertenecías a ese mundo de afuera, a ese cielo, a ese sol; no al mundo limpio, blanco, estéril, de la Ciudad Comercial Terrana.

Lo hubieras sabido aunque no te lo hubieran dicho, pero te lo decían con suficiente frecuencia. Oh, no con palabras, pero de cientos de maneras sutiles. De todos modos eras diferente; una diferencia que podías sentir hasta en los huesos. Y además estaban los sueños.

Pero los sueños se fueron esfumando; primero se convirtieron en recuerdos de sueños y después en recuerdos de recuerdos. Sólo sabías que *alguna vez* habías recordado algo diferente.

Aprendiste a no preguntar por tus padres, pero suponías cosas. Oh, sí, suponías cosas. Y en cuanto tuviste edad suficiente para soportar el envión de una nave espacial que se desprendía de la superficie de un planeta merced a los impulsos interestelares, te llenaron de pinchazos en el brazo y te llevaron, como un bulto de equipaje, a bordo de una de las Grandes Naves.

Vas a casa, dijeron los otros muchachos, a medias envidiosos y a medias temerosos. Sólo que tú lo sabías mejor: ibas al exilio. Y cuando despertaste, con un dolor de cabeza que nublaba tus ideas y la sensación de que alguien te había quitado un buen pedazo de tu vida, la nave planetizaba en un mundo llamado Terra, donde había una pareja mayor que esperaba al nieto que nunca habían visto.

Dijeron que tenías más o menos doce años. Te llamaron Jefferson Andrew Kerwin, Junior. Como así te habían llamado en el Orfanato de los Hombres del Espacio, no discutiste. Tenían la piel más oscura que tú y los ojos oscuros; los ojos que habías aprendido a llamar ojos de animal con tus niñeras darkovanas; pero habían crecido bajo un sol diferente y tú ya sabías acerca de la calidad de la luz; habías visto las luces brillantes dentro de la Zona terrana y recordabas que te habían herido los ojos. De modo que estuviste dispuesto a creerlo, a creer que estas personas extrañas, viejas y morenas podían haber sido los padres de tu padre. Te mostraron un retrato de un Jefferson Andrew Kerwin de cuando tenía más o menos tu edad, trece años, pocos años antes de que se escapara como grumete de una de las Grandes Naves, muchos años atrás. Te dieron su cuarto para dormir y te enviaron a su escuela. Fueron

amables contigo, y no más de dos veces por semana te recordaban, con palabras o en silencio, que no eras el hijo que ellos habían perdido, el hijo que los había abandonado por las estrellas.

Tampoco respondieron nunca a tus preguntas acerca de tu madre. No podían hacerlo; no la conocían, no querían saberlo y, más aún, no les importaba. Tú eras Jefferson Andrew Kerwin, de la Tierra, y eso era todo lo que ellos querían de ti.

Si hubiera ocurrido cuando eras más pequeño, tal vez habría bastado. Estabas ansioso de pertenecer a algún lado, y el anhelante amor de esas personas mayores, que necesitaban que fueras el hijo que habían perdido, podría haberte recuperado para la Tierra.

Pero el cielo de la Tierra era de un azul frío y ardiente, y las montañas de un verde frío y hostil; el pálido sol centelleante te hería los ojos, incluso con gafas oscuras, y los anteojos ahumados hacían creer a los demás que intentabas ocultarte de ellos. Hablabas perfectamente el idioma; en el orfanato se habían ocupado de *eso,* por supuesto. Podías pasar. Extrañabas el frío y los vientos que bajaban desde el paso, detrás de la ciudad, y el distante contorno de los dientes altos y quebrados de las montañas; extrañabas la polvorienta penumbra del cielo y el bajo ojo carmesí del sol que ardía. Tus abuelos no querían que pensaras en Darkover ni que hablaras de Darkover. Una vez, cuando ahorraste de tu asignación y compraste un par de fotos de los planetas del Borde, uno de ellos con un sol como el de Darkover, te quitaron las postales. Tú pertenecías allí, a la Tierra, o eso te dijeron.

Pero tú lo sabías mejor. Y, en cuanto tuviste edad suficiente, te marchaste. Sabías que otra vez les estabas destrozando el corazón y que, de algún modo, no era justo, porque ellos habían sido buenos contigo, tan buenos como podían serlo. Pero te marchaste; tenías que hacerlo. Porque tú sabías, aunque ellos no lo supieran, que Jeff Kerwin, Junior, no era el muchacho que amaban. Probablemente, si se trataba de eso, el *primer* Jeff Kerwin, tu padre, tampoco había sido ese muchacho; por eso *él* se había ido. Amaban algo que ellos mismos habían construido y que llamaban su hijo y tal vez, pensabas, incluso llegarían a ser felices con sus recuerdos, sin ningún muchacho verdadero que destruyera la imagen de su hijo perfecto.

Primero tuviste un empleo civil en el Servicio Espacial en la Tierra, donde trabajaste duro y te mordiste la lengua cuando el terrano arrogante te observó con fijeza evaluando tu estatura, o cuando hizo bromas sutiles acerca del acento que nunca habías perdido del todo. Después llegó el día en que abordaste una de las Grandes Naves, esta vez despierto y voluntariamente, destacado en el Servicio Civil del Imperio, con destino a estrellas que eran sólo nombres en las listas de tus sueños. Y viste cómo el odiado sol de la Tierra se empequeñecía hasta convertirse en una estrella lejana, perdiéndose en la inmensidad de la enorme oscuridad, y ya estabas en camino hacia afuera en el primer plazo de tu sueño.

No a Darkover. Todavía no. Pero a un mundo con un sol rojo que no te hería los ojos, con un cargo subordinado en un mundo lleno de hedores y de tormentas eléctricas, en el que había mujeres albinas enclaustradas detrás de altos muros y donde nunca viste a un niño. Y, después de un año allí, hubo un buen trabajo en un mundo en el que los hombres llevaban cuchillos y las mujeres campanillas en las orejas, campanillas que repicaban una melodía de perversa seducción cuando ellas caminaban. Te había gustado ese lugar. Habías tenido muchas peleas y muchas mujeres. Detrás del tranquilo empleado civil estaba escondido un patán; y en ese mundo se desató de tanto en tanto. Habías pasado buenos ratos. Fue en ese mundo donde empezaste a llevar cuchillo. De alguna manera te pareció bien; sentías una sensación de plenitud al ponértelo, como si hasta ahora, de alguna manera, hubieras andado por allí a medio vestir. Hablaste de esto con el Psic de la compañía y escuchaste sus conjeturas con respecto a ocultos temores de desarreglos sexuales y compensación con símbolos fálicos y compulsiones al poder; lo escuchaste silenciosamente y sin comentarios y descartaste lo que te decía, porque tú sabías más. Te hizo una sola pregunta delatora.

–Creciste en Cottman Cuatro, ¿verdad, Kerwin?

–Sí, en el Orfanato de Hombres del Espacio.

–¿No es ése uno de los mundos en los que los hombres adultos llevan espada todo el tiempo? Es cierto que no soy especialista en antropología comparada, pero si viste hombres que llevaban siempre una espada...

Aceptaste que probablemente se tratara de eso y no dijiste nada más, pero seguiste llevando el cuchillo, al menos cuando estabas fuera de servicio, y una o dos veces tuviste oportunidad de usarlo y probaste secretamente, para tu propia satisfacción, que podías arreglarte en una pelea si te veías obligado a hacerlo.

Pasaste buenos momentos allí. Podrías haberte quedado y ser feliz. Pero todavía sentías una compulsión, un desasosiego que te impulsaba, y, cuando el Legado murió y el nuevo quiso nombrar a sus propios hombres, estuviste dispuesto a marcharte.

Para entonces ya habían concluido tus años de aprendiz. Hasta ese momento habías ido adonde te enviaban. Ahora te preguntaron, dentro de ciertos límites, adónde querías ir. Y tú ni siquiera vacilaste.

–A Darkover. –Y después te corregiste–: A Cottman Cuatro.

El hombre de Personal se había quedado mirándote durante un rato.

–Dios del cielo, ¿por qué alguien querría ir *allí*?

–¿No hay vacantes?

Ya estabas casi resignado a dejar morir tu sueño.

–Oh, infiernos, sí. Nunca conseguimos voluntarios para ir allí. ¿Sabes cómo *es* ese sitio? Frío como el pecado, entre otras cosas, y bárbaro... Con grandes zonas cerradas para los de la Tierra; no estás a salvo un paso más allá de la Ciudad Comercial. Yo nunca he estado allí, pero por lo que me han dicho el lugar está siempre en conflicto. Además, no hay prácticamente ningún intercambio con los darkovanos.

–¿No? El espaciopuerto de Thendara, por lo que he oído decir, es uno de los más grandes de todo el Servicio.

–Es cierto –asintió el hombre y explicó, con tono sombrío–: Está situado entre el brazo inferior y el superior de la espiral galáctica, de modo que tenemos que reclutar personal suficiente como para abastecer una estación importante de cambio de rutas. Thendara es una de las paradas y puntos de transferencia más importante para pasajeros y carga. Pero es un infierno de lugar. Si vas allí, tal vez te quedes varado durante años antes de que puedan localizar algún reemplazo para ti, si te cansas del asunto. Mira –agregó con tono persuasivo–, lo estás haciendo demasiado bien como para ir a enterrarte allí. Rigel 9 está desesperado por conseguir buenos hombres. Allá sí que podrías progresar... Tal vez llegar a Cónsul o incluso a Legado, si es que te interesa entrar en la rama diplomática. ¿Por qué desperdiciarte en un pedazo de roca semicongelada al borde de la nada?

Tendrías que haber sido más cauto, pero pensaste, por una vez, que tal vez él verdaderamente quería saberlo. De modo que se lo dijiste.

–Nací en Darkover.

–Oh. Uno de *ésos*. Ya veo.

Viste que su rostro cambiaba y deseaste aplastar esa mueca despectiva en su rostro rosado. Pero no lo hiciste. Simplemente te quedaste allí y observaste cómo sellaba tu solicitud de transferencia. Supiste que si alguna vez habías tenido intenciones de transferirte a la rama diplomática, o alguna esperanza de llegar a Legado, el sello que él había puesto en tu tarjeta había acabado con todo, pero no te importó. Después apareció otra de las Grandes Naves. Una creciente excitación te consumía hasta el punto de obligarte a acudir a la cúpula de observación, para escrutar el cielo en busca de una roja brasa que finalmente creció hasta convertirse en el centelleo que acosaba tus sueños. Luego, al cabo de un tiempo que pareció interminable, la nave descendió perezosamente hacia un gran planeta carmesí que tenía un collar formado por cuatro lunas diminutas, joyas engarzadas en el cielo bermellón.

Y otra vez llegaste a casa.

2

LA MATRIZ

El *Southern Crown* planetizó al mediodía, del lado de día. Jeff Kerwin, deslizándose ágilmente por los estrechos peldaños de acero de la escala de la ventilación, llegó al suelo y respiró hondo. Le había parecido que ese aire le daría algo rico y diferente, familiar y extraño.

Era simplemente aire. Olía bien, pero, después de las semanas de aire envasado dentro de la nave espacial, cualquier aire olería bien. Volvió a inhalar, buscando en su fragancia algún indicio de sus desvaídos recuerdos. Era frío y enardecedor, con un atisbo de polen y polvo, pero en general revelaba los impersonales hedores químicos de cualquier espaciopuerto. Brea caliente. Polvo de cemento. El penetrante ozono del oxígeno líquido que se evaporaba de las válvulas de desagüe.

¡Podría estar otra vez en la Tierra! ¡Tan sólo otro espaciopuerto!

¡Bien, qué demonios! Con brusquedad, se dijo que ya era suficiente.

Le diste tantas vueltas al hecho de regresar a Darkover, hiciste de eso algo tan importante que aunque toda la ciudad hubiera salido a recibirte con desfiles y fanfarrias... ¡también te hubiera parecido poco!

Dio un paso atrás, para salirse del camino de un grupo de hombres de la Fuerza Espacial –altos, vestidos de cuero negro, con botas y desintegradores que ocultaban su amenaza detrás de fundas acolchadas–, con mangas adornadas por estrellas relucientes. El sol apenas había pasado el meridiano; un sol enorme, rojo anaranjado, con unas feroces nubecitas dentadas muy altas en el cielo pálido. Las montañas dentadas como una sierra, detrás del espaciopuerto, arrojaban sus sombras sobre la Ciudad Comercial, pero las cumbres estaban bañadas en penumbrosa luz. Su memoria buscó hitos en las cumbres. Mientras los ojos de Kerwin estaban fijos en el horizonte, tropezó con un bulto de carga. Una voz amable le dijo:

–¿Mirando las estrellas, pelirrojo?

Kerwin, con un esfuerzo casi físico, volvió a concentrar su atención en el espaciopuerto.

–He visto suficientes estrellas como para que me baste por un tiempo –respondió–. Estaba pensando que el aire huele bien.

El hombre que estaba a su lado esbozó una sonrisa.

–Eso es un consuelo. Me pasé todo un turno de servicio en un mundo en el que el aire tenía un alto contenido de azufre. Perfectamente saludable, o por lo menos eso dijeron los de Médica, pero yo andaba por ahí sintiéndome como si alguien me hubiera arrojado encima toda una caja de huevos podridos.

Se unió a Kerwin en la plataforma de cemento.

–¿Cómo es... estar en casa otra vez?

–Todavía no lo sé –dijo Kerwin, mirando al recién llegado con algo parecido al afecto.

Johnny Ellers era pequeño y robusto y se estaba quedando calvo; un duro hombrecito vestido con la ropa de cuero negro de los profesionales del espacio. En su manga centelleaban en un tumulto de colores dos docenas de estrellas; una por cada mundo en el que había prestado servicio. Kerwin, que hasta el momento era un hombre con sólo dos estrellas, había descubierto que Ellers era una mina de información acerca de casi todos los planetas y de casi todos los temas que había bajo el sol, bajo cualquier sol.

–Será mejor que nos movamos –aconsejó Ellers.

El equipo de control ya revoloteaba por la nave, preparándola para un nuevo despegue al cabo de pocas horas. Las órbitas favorables no esperaban a ningún hombre. El espaciopuerto ya estaba atestado de camiones de carga, cargadores, máquinas que zumbaban, camiones de gasolina y se gritaban instrucciones en cincuenta idiomas y dialectos. Kerwin miró a su alrededor, recobrándose. Más allá de los portales del espaciopuerto se extendía la Ciudad Comercial, el Cuartel General terrano... y Darkover. Deseaba correr hacia allí, pero se controló, desplazándose con Ellers a la fila que se estaba formando, donde verificarían sus identidades y sus asignaciones. Le tomaron las huellas dactilares, firmó una tarjeta que aseguraba que era quien decía ser, recibió un certificado de identidad y siguió adelante.

–¿Adónde? –preguntó Ellers, uniéndose otra vez a él.

–No lo sé –dijo Kerwin lentamente–. Supongo que será mejor que me presente al Cuartel General para que me asignen algo.

No tenía ningún plan formal a partir de ahora y no estaba seguro de querer que Ellers se entrometiera y le dijera qué hacer. A pesar de lo mucho que le gustaba Ellers, hubiera preferido reencontrarse con Darkover por su cuenta.

Ellers soltó una risita.

–¿Presentarte? ¡Infiernos, tú ya sabes un poco más! ¡No eres ningún mocoso, atónito por su primera asignación en otro planeta! Mañana a la mañana es el momento para las asignaciones. Esta noche... –Agitó una mano expansivamente en dirección a las puertas del espaciopuerto–. Vino, mujeres y música... no necesariamente en ese orden.

Kerwin vaciló, y Ellers le instó:

–¡Vamos! Conozco la Ciudad Comercial como la palma de mi mano. Tienes que conseguirte ropa... Yo conozco todos los mercados. ¡Si compras en las trampas para turistas, puedes gastarte la paga de seis meses sin darte cuenta!

Eso era cierto. Las Grandes Naves todavía cuidaban tanto el peso que no permitían transportar ropa ni efectos personales. Era más barato desechar todo cuando uno era trasladado y comprar cosas nuevas al llegar, que llevar las cosas con uno y pagar por el exceso de peso. Todos los espaciopuertos del Imperio terrano estaban rodeados de un anillo de comercios, buenos, malos e indiferentes, que oscilaban entre lujosos centros de moda y mercados de andrajos de segunda mano.

–También conozco todos los lugares divertidos. Sólo cuando pruebes el *firi* darkovano sabrás lo que es la vida. Has de saber que allá en las montañas suelen contar algunas historias divertidas acerca de esa bebida, especialmente del efecto que ejerce sobre las mujeres. Una vez, recuerdo...

Kerwin permitió que Ellers lo condujera, escuchando solamente a medias la historia del hombrecito, que ya estaba tomando un giro familiar. Si le daba crédito a Ellers, éste había tenido tantas mujeres en tantos mundos diferentes que a veces Kerwin se preguntaba vagamente cómo habría hecho el hombrecito para tener tiempo de viajar por el espacio entretanto. Las heroínas de sus historias iban desde una mujer-pájaro de Siria, de grandes alas azules y un manto de plumaje, a una princesa de Arturo IV rodeada de criadas ligadas a ella por medio de eslabones de seudocarne viviente hasta el día de su muerte.

Las puertas del espaciopuerto se abrían a una gran plaza que rodeaba un monumento elevado sobre peldaños y un pequeño parque con árboles. Kerwin miró los árboles, sus hojas violetas que temblaban al viento, y tragó saliva con esfuerzo.

Alguna vez había conocido bastante bien la Ciudad Comercial. Desde entonces, había crecido un poco... y se había empequeñecido. El enorme rascacielos del Cuartel General terrano, antes pavoroso, era ahora tan sólo un edificio grande. El anillo de comercios que rodeaba la plaza era más grueso. No recordaba haber visto de niño el masivo contorno, con frente de neón, del Sky Harbor Hotel. Suspiró, tratando de aclarar sus recuerdos.

Cruzaron la plaza y entraron en una calle pavimentada con bloques de piedra, de tamaño tan inmenso que su imaginación quedó paralizada cuando intentó representarse quién

o qué había colocado esas piedras gigantes. La calle estaba vacía y silenciosa. Kerwin supuso que casi toda la población terrana habría ido a ver la llegada de la nave espacial. Además, a esta hora siempre había pocos darkovanos por la calle. La verdadera ciudad no estaba a la vista, ni al alcance del oído, sino fuera de su alcance. Volvió a suspirar y siguió a Ellers hacia el anillo de comercios del espaciopuerto.

–Aquí podemos conseguir un equipo decente.

Era un comercio darkovano, lo cual significaba que ocupaba la mitad de la calle y que no existía una distinción clara entre la mercancía a la venta y las pertenencias del propietario. Pero se había hecho una concesión a las costumbres de los ajenos terranos: algunos de los productos a la venta estaban ubicados en anaqueles y mesas. Cuando Kerwin traspuso la arcada exterior, su nariz se dilató al reconocer un olor familiar: una nubecita de humo perfumado, el incienso que aromatiza todos los hogares darkovanos, desde las chozas a los palacios. En el Orfanato de la Ciudad Comercial no lo usaban, al menos oficialmente, pero casi todas las niñeras y matronas eran darkovanas y el resinoso aroma persistía en su cabello y en sus ropas. Ellers arrugó la nariz y lanzó una exclamación de desagrado; en cambio Kerwin descubrió que estaba sonriendo. Era la primera muestra de genuino reconocimiento en un mundo que se había tornado extraño.

El comerciante, un hombrecito marchito vestido con una camisa amarilla y pantalones, se volvió y murmuró una fórmula casual:

–*S'dia Shaya.*

Significaba *me honráis.* Sin pensarlo, Kerwin masculló una fórmula cortés igualmente azarosa. Ellers se lo quedó mirando con fijeza.

–¡No sabía que hablabas el idioma! ¡Me dijiste que te habías ido cuando eras sólo un niño!

–Sólo hablo el dialecto de la Ciudad.

Mientras el hombrecito indicaba un colorido perchero lleno de capas, pantalones, chaquetas y túnicas de seda, Kerwin, exasperado consigo mismo, dijo bruscamente:

–Nada de eso. Ropas para *terranos,* hombre.

Se concentró en elegir unas pocas mudas de ropa: ropa interior, de dormir, lo que le bastara para unos pocos días, hasta que averiguara cuáles eran las exigencias del clima y de su empleo. Había pesadas chaquetas de montaña, destinadas a los escaladores de las reservas montañosas de Rigel y Capella Cinco, abrigos forrados con fibras sintéticas, que preservaban el calor del cuerpo por debajo de los treinta grados centígrados. Él las descartó, aunque Ellers, que temblaba, ya había comprado una y se la había puesto; no hacía *tanto* frío ni siquiera en los Hellers; a él, el clima de Thendara le parecía como para andar en mangas de camisa. En voz baja, advirtió a Ellers que no comprara equipo para afeitarse.

–¡Demonios, Kerwin! ¿Vas a volverte nativo? ¿Piensas dejarte crecer la barba?

–No, pero conseguirás cosas mejores en las cantinas del Servicio, dentro del Cuartel General. Darkover es pobre en metales. Los metales que tienen no son tan buenos como los nuestros y son endemoniadamente más caros.

Mientras el comerciante les preparaba los paquetes, Ellers fue hasta una mesa próxima a la entrada.

–¿Qué clase de vestimenta es ésta, Kerwin? Nunca he visto en Darkover a nadie que llevara puesto algo *así.* ¿Es una vestimenta originaria de Darkover?

Kerwin se irritó. La *vestimenta originaria de Darkover* era un concepto, al igual que el *idioma darkovano,* que consistía solamente en una simplificación concebida por los extraños del Imperio. Había nueve idiomas darkovanos que él conocía –aunque sólo podía hablar bien uno, sabía ciertas palabras de otros dos–, y la vestimenta variaba enormemente entre las sedas *y* los finos tejidos coloridos de las tierras bajas y los rústicos cueros y las pieles sin teñir de las distintas montañas. Se reunió con su amigo ante la mesa, donde se entremezclaban

desordenadamente, en una maraña, distintas prendas, todas más o menos usadas, casi todas ellas pantalones y camisas utilitarias comunes en la ciudad. Kerwin vio de inmediato lo que había atraído el ojo de Ellers. Era una prenda bella en la que se mezclaban el verde y suaves amarillos, ricamente bordada formando diseños que le resultaron familiares y le hicieron sospechar que estaba más fatigado de lo que creía. La levantó y vio que se trataba de una larga capa con capucha.

–Es una capa de montar –dijo–. La usan en las Kilghard Hills. Por el bordado, diría que probablemente perteneció a un noble; podrían ser los colores de su casa, aunque no sé qué significan, ni cómo llegó hasta aquí. Son prendas abrigadas y cómodas, especialmente para montar, pero ya cuando yo era niño esta clase de capa estaba pasando de moda en la ciudad; cosas como ésa... –señaló la chaqueta sintética que llevaba Ellers– eran más baratas e igualmente abrigadas. Estas capas se hacen a mano, se tiñen a mano, se bordan a mano.

Tomó la capa de manos de Ellers. No era tela hilada, sino un cuero suave y flexible, fino como la lana, flexible como la seda y ricamente bordado con hebras metálicas. Los colores eran una cascada que se derramaba sobre su brazo.

–Parece hecha para un príncipe –comentó Ellers en voz baja–. ¡Mira esa piel! ¿De qué clase de animal sale?

Olfateando buenos clientes, el comerciante barbotó un voluble discurso acerca del costo de la piel. Kerwin se rió y lo interrumpió con un gesto.

–Conejo astado –dijo–. Los crían como ovejas. Si fuera piel de *marga* salvaje, ésta sí sería la capa de un príncipe. Tal como son las cosas, supongo que perteneció a algún caballero pobre ligado a la familia de algún noble, alguien con una talentosa e industriosa esposa o hija que se podía pasar un año bordando para él.

–Pero los bordados nobles, los diseños dignos de un *Comyn*, la riqueza del cuero teñido...

–Sea lo que fuere, es *abrigada* –interrumpió Kerwin, poniéndose la capa sobre los hombros. Era suave al tacto y valiosa. Ellers dio un paso atrás, mirándolo consternado.

–Buen Dios, ¿ya te estás volviendo nativo? No pensarás usar *esa* cosa en la Zona terrana, ¿verdad?

Kerwin se rió alegremente.

–Diría que no. Estaba pensando en que podría usarla en mi cuarto por las noches. Si los departamentos de solteros del Cuartel General son parecidos a lo que eran en mi último destino, serán condenadamente mezquinos con la calefacción, a menos que uno quiera pagar doble por el consumo de energía. Y en invierno hace bastante frío, además. Por supuesto que ahora hace calor aquí...

Ellers se estremeció y dijo con tono sombrío:

–Si esto es *calor*, ¡espero estar en el otro extremo de la Galaxia cuando se ponga verdaderamente *frío*! Debes de tener los huesos de alguna clase de materia que no conozco. ¡Esto es *helado*! Oh, bien, el planeta de un hombre es el infierno de otro –recordó, citando un proverbio del Servicio–. Pero, hombre, no irás a gastarte un mes de paga en esa condenada cosa, ¿no es cierto?

–No si puedo evitarlo –replicó Kerwin con un ángulo de la boca–. ¡Pero, si no te callas y me dejas regatear con él, tal vez tenga que hacerlo!

Por fin, pagó más de lo que había esperado *y* se dijo que era un tonto cuando volvió a revisar la cuenta. Pero verdaderamente quería esa capa, sin poder explicar por qué; era lo primero que le había llamado la atención después de su retorno a Darkover. La quería y la consiguió por un precio que podía permitirse, aunque no con facilidad. Hacia el final del regateo, percibió que el comerciante estaba incómodo, que por algún motivo no le agradaba regatear con él, y cedió con mayor facilidad de la que Kerwin esperaba. Él sabía, a diferencia

de Ellers, que en realidad había conseguido la prenda por menos valor del que tenía. Bastante menos, a decir verdad.

–Ese dinero te hubiera mantenido felizmente borracho durante medio año –se quejó Ellers cuando volvieron a salir a la calle.

Kerwin soltó una risita.

–Alégrate. La piel no es un lujo en un planeta como éste, sino una buena inversión. Y todavía me queda en el bolsillo suficiente dinero como para la primera ronda de bebidas. ¿Dónde podemos conseguirla?

Fueron a una vinatería en el borde exterior del sector; estaba libre de turistas, aunque había algunos operarios del espaciopuerto mezclados con los darkovanos apiñados en torno al bar o tendidos en los largos divanes colocados contra las paredes. Todos concedían su atención al serio asunto de la bebida, hablando o apostando a un juego que parecía de dominó, hecho con pequeños prismas de cristal cortado.

Algunos darkovanos levantaron la vista cuando los dos terráqueos se abrieron paso entre la multitud y se sentaron ante una mesa. Ellers ya se había alegrado para el momento en que una muchacha regordeta, de pelo oscuro, vino a tomarles el pedido. Dio a la muchacha un pellizco en el redondeado muslo, pidió vino en la jerga del espaciopuerto y, sosteniendo la capa darkovana sobre la mesa para palpar la piel, se lanzó a un largo relato acerca de cómo había hallado una especial manta de piel, particularmente valiosa, en un planeta frío de Lyra.

–Allí las noches tienen alrededor de siete días de duración, y la gente abandona su trabajo hasta que vuelve a salir el sol y derrite el hielo. Te digo que esa chica y yo tan sólo nos metimos debajo de esa manta de piel y ni siquiera asomamos la nariz...

Kerwin se dedicó a su bebida, perdiendo el hilo del relato, que no tenía demasiada importancia, pues los relatos de Ellers siempre se parecían de todas maneras. Un hombre que estaba sentado solo ante una de las mesas, con una copa semivacía, alzó la vista, encontró la mirada de Kerwin y se incorporó repentinamente... con tanta rapidez que volcó su silla. Empezó a acercarse a su mesa; entonces vio a Ellers, que hasta entonces le había dado la espalda, y dio un paso atrás, con aspecto confuso y sorprendido. Pero en ese momento, Ellers, que había llegado a una pausa en su historia, miró a su alrededor y al verlo esbozó una sonrisa.

–¡Ragan, viejo fulano! ¡Tendría que haber sabido que te encontraría aquí! ¿Cuánto tiempo ha pasado, de todos modos? ¡Ven a tomar un trago!

Ragan vaciló, y a Kerwin le pareció que lanzaba una mirada de incomodidad sobre él.

–¡Ah, vamos! –le instó Ellers–. Quiero que conozcas a un camarada. Jeff Kerwin.

Ragan se acercó y tomó asiento. Kerwin no podía distinguir qué era el hombre. Era pequeño y menudo, ligeramente bronceado, lo que le daba aspecto de alguien que vivía al aire libre, y manos encallecidas; podría haber sido un montañés darkovano de escasa estatura, o un terráqueo que vestía ropas darkovanas, aunque usaba la indumentaria corriente consistente en chaqueta de alpinista y botas hasta el tobillo. Pero hablaba terrano estándar tan bien como cualquiera de ellos al interrogar a Ellers con respecto al viaje. Cuando llegó la segunda ronda de bebidas, insistió en pagarla, aunque siguió observando de soslayo a Kerwin, cuando creía que éste no lo advertía.

Finalmente Kerwin preguntó:

–Está bien. ¿Qué pasa? Actuaste como si me reconocieras, antes de que Ellers te invitara a nuestra mesa...

–Así es. No sabía que Ellers había vuelto –dijo Ragan–. Pero cuando lo vi contigo y vi que usabas... –Señaló con un gesto la vestimenta terrana de Kerwin–. Entonces supe que no podías ser quien creí que eras. *No* te conozco, ¿verdad? –agregó, frunciendo el ceño.

–No lo creo –respondió Kerwin, midiendo al hombre con la mirada y preguntándose si no podría haber sido alguno de los niños del Orfanato de Hombres del Espacio. Era imposible

decirlo después de... ¿cuánto tiempo? Diez o doce años, según el calendario terrano; había olvidado los factores usados para convertirlos en años darkovanos. Aunque hubieran sido amigos de la infancia, ese lapso de tiempo hubiera borrado todo. Y no recordaba a nadie llamado Ragan, aunque eso no significaba nada.

–Pero tú no eres terrano, ¿verdad? –inquirió Ragan.

El recuerdo de menosprecio del empleado –*uno de ésos*– centelleó en la mente de Kerwin, quien descartó la idea.

–Mi padre lo era. Yo nací aquí y crecí en el Orfanato de Hombres del Espacio. Aunque me marché siendo muy joven.

–Eso debe de ser –dijo Ragan–. Yo pasé algunos años allí. Hago tareas de contacto para la Ciudad Comercial cuando tienen que contratar darkovanos: guías, montañistas, esa clase de cosas. Organizar caravanas a las montañas, a otras Ciudades Comerciales, lo que fuere.

Kerwin todavía trataba de decidir si el hombre tenía algún acento darkovano reconocible. Finalmente le preguntó:

–¿Eres darkovano?

Ragan se encogió de hombros. La amargura de su voz resultó verdaderamente terrible.

–¿Quién sabe? Y además, ¿a quién le importa?

Levantó su copa y bebió. Kerwin lo imitó, sintiendo que muy pronto estaría borracho; nunca había sido un gran bebedor, y el licor darkovano, que por cierto jamás había probado de niño, era una bebida fuerte. No parecía tener importancia. Ragan lo miraba otra vez con fijeza, y tampoco eso parecía importarle.

Kerwin pensó: *Tal vez seamos muy parecidos. Probablemente mi madre era darkovana; si hubiera sido terrana, existirían archivos. Ella podría haber sido cualquier cosa. Mi padre estaba en el Servicio Espacial; eso es lo único que sé con seguridad. Pero, aparte de eso, ¿quién o qué soy? ¿Y cómo hizo mi padre para llegar a tener un hijo mestizo?*

–Al menos se tomó la molestia de conseguirte la ciudadanía del Imperio –dijo Ragan con amargura. Jeff se lo quedó mirando con fijeza, sin advertir que en realidad había hablado en voz alta–. ¡El mío ni siquiera se preocupó por eso!

–Pero tienes un poco de rojo en el pelo –repuso Jeff, y se preguntó por qué lo habría dicho. Pero Ragan aparentemente no lo escuchó; tenía la mirada fija en su copa. Ellers interrumpió, con aire ofendido:

–¡A ver, los dos, se supone que esto es una celebración! ¡Bebamos!

Ragan apoyó el mentón entre las manos, mientras observaba fijamente a Kerwin, al otro lado de la mesa.

–De modo que viniste aquí, al menos en parte, para intentar localizar a tus padres... ¿A tu familia?

–Para averiguar algo de ellos –le corrigió Kerwin.

–¿Nunca se te ocurrió que tal vez estarías mejor sin saber nada?

Se le había ocurrido. Había pasado por todo eso y lo había superado.

–No me importa que mi madre haya sido una muchacha de ésas –dijo, señalando a las mujeres que iban y venían buscando tragos, deteniéndose a coquetear con los hombres, intercambiando bromas y provocaciones–. Quiero *saberlo.*

Para estar seguro de qué mundo puede reclamarme, Darkover o Terra. Para tener seguridad...

–Pero... ¿no hay archivos en el Orfanato?

–No he tenido oportunidad de buscar –respondió Kerwin–. De todos modos, ése es el primer sitio al que iré. No sé cuánto podrán decirme. Pero es un buen lugar para empezar.

–¿Y si no pueden decirte nada? ¿Nada más?

Kerwin manoseó, con dedos entorpecidos por la bebida, la cadena de cobre que había llevado en torno al cuello desde que tenía memoria y dijo:

–Sólo esto. Me dijeron, en el orfanato, que la traía en torno al cuello cuando llegué allí.

No les gustó. La matrona me dijo que era demasiado grande para llevar talismanes de la suerte y trató de quitármela. Yo grité... –¿por qué me había olvidado de esto?– y me debatí con tanta furia que finalmente me permitieron conservarla. ¿Por qué demonios habré hecho eso? A mis abuelos tampoco les gustaba, y aprendí a mantenerla fuera de su vista.

–¡Oh, caramba! –interrumpió Ellers bruscamente–. ¡El viejo talismán perdido! ¡Así que se lo enseñarás y todos reconocerán que eres el hijo y heredero, perdido mucho tiempo atrás, de Lord Su Alteza Real de la Realeza, que está en su castillo, y vivirás feliz para siempre! –Hizo un indescriptible sonido de burla. Kerwin sintió que el rostro se le sonrojaba de furia. Si Ellers verdaderamente creía esa basura...

–¿Puedo echarle un vistazo? –preguntó Ragan, extendiendo una mano.

Kerwin se quitó la cadena del cuello, pero, cuando Ragan estaba a punto de tomarla, cerró la mano. Siempre le había puesto nervioso que otra persona la tocara. Nunca había querido preguntar a la gente de Psic por qué le ocurría. Probablemente le hubieran dado una palmadita y alguna respuesta inmediata, algo viscoso acerca de su mente inconsciente.

La cadena era de cobre, un metal valioso en Darkover. Pero la piedra azul siempre le había parecido poco notable, una baratija, algo que una muchacha pobre podría haber atesorado, ni siquiera tallada, tan sólo un bonito cristal azul, un pedacito de vidrio.

Pero los ojos de Ragan se entrecerraron al mirarla, y emitió un leve silbido.

–¡Por el lobo de Alar! ¿Sabes qué es esto, Kerwin?

Kerwin se encogió de hombros.

–Alguna piedra semipreciosa de los Hellers, supongo. No soy geólogo.

–Es una gema matriz –dijo Ragan y, ante la expresión vacía de Kerwin, explicó–: un cristal psicoquinético.

–Estoy en blanco –replicó Ellers y extendió la mano para tomar la pequeña piedra.

Rápidamente, con gesto protector, Kerwin volvió a cerrar el puño. Ragan arqueó las cejas.

–¿Está sintonizada? –preguntó.

–No sé de qué estás hablando –respondió Kerwin–. Sólo sé que de alguna manera no me gusta que la gente la toque. Una tontería, supongo.

–De ninguna manera –dijo Ragan y de repente pareció tomar una decisión–. Yo tengo una –prosiguió–. Nada de esas dimensiones, sino una pequeña, de las que venden en los mercados como cierres de maletas o juguetes para los niños. Una como la tuya... Bien, no se encuentra en la calle, ¿comprendes? Probablemente cueste una pequeña fortuna y, si alguna vez estuvo registrada en cualquiera de los bancos principales, no sería difícil determinar a quién perteneció. Pero incluso las pequeñas como la mía... –Extrajo un pequeño envoltorio de cuero de un bolsillo interior y la desenvolvió con cuidado. Un diminuto cristal azul rodó hacia afuera–. Son así. Tal vez tienen alguna baja forma de vida; nadie lo sabe. De todos modos, son definitivamente gemas personales; si trabas una cerradura con una de ellas, nada volverá a abrirla salvo tu propia *intención* de abrirla.

–¿Estás diciendo que son mágicas? –inquirió Ellers con enojo.

–Demonios, no. Registran tus ondas cerebrales y sus diferentes curvas electroencefalográficas, o algo por el estilo, como si fueran unas huellas dactilares. De modo que tú eres la única persona que puede abrir la cerradura; una excelente manera de proteger los papeles privados. Para eso uso la mía. Oh, y puedo hacer algunos trucos con ella.

Kerwin miró con detenimiento el pequeño cristal azul que Ragan tenía en la palma de la mano. Era más pequeño que el suyo, pero del mismo color particular. Repitió lentamente:

–Gema matriz.

Ellers, serio por un momento, miró a Kerwin y dijo:

–Sí. El gran secreto de Darkover. Los terranos han tratado de rogar, de tomar prestado o robar algunos de los secretos que durante generaciones han conservado para la tecnología de matrices. Hace doce o veinte años se produjo por ello una gran guerra... No lo recuerdo; fue antes de mi tiempo. Oh, los darkovanos traen a la Ciudad Comercial algunas piedras pequeñas, como la de Ragan, y las venden; las truecan por drogas o metales, usualmente dagas o herramientas pequeñas o lentes fotográficas. De alguna manera, las matrices transforman la energía sin subproductos de la fisión. Pero son muy pequeñas, y continuamente oímos rumores acerca de otras más grandes. Más grandes incluso que la tuya, Jeff. Pero ningún darkovano quiere hablar de eso. Eh... –prosiguió, esbozando una sonrisa–, tal vez después de todo *seas* el heredero perdido de Lord Su Alteza Real de la Realeza y su castillo. ¡Sin duda ninguna muchacha de los bares podría tener una piedra como ésa!

Kerwin acunó la gema en su mano, pero no la miró. Le nublaba la vista y le producía una extraña náusea, vértigo. Volvió a colgársela del cuello. No le gustaba la manera en que Ragan le estaba mirando. De algún modo le *recordaba* algo.

Ragan empujó su pequeño cristal –no era más grande que la cuenta que una mujer podría usar para rematar su trenza– hacia Kerwin y preguntó:

–¿Puedes mirar en su interior?

Alguien le había dicho eso antes. En algún momento alguien le había dicho: Mira dentro de la matriz. *Una suave voz de mujer. O tal vez le había dicho:* No mires dentro de la matriz...

Le dolía la cabeza. Con brusquedad, alejó la piedra. Ragan volvió a arquear las cejas apreciativamente:

–No es para tanto. ¿Puedes usar la tuya?

–¿Usarla? ¿Cómo? No sé *ni una condenada cosa* de ella –repuso rudamente.

Ragan se encogió de hombros y dijo:

–Yo sólo puedo hacer algunos trucos con la mía. Mira.

Apuró la rústica copa de vidrio verde hasta beber las últimas gotas, luego la apoyó en la mesa, invertida, y colocó el diminuto cristal azul sobre el pie de la copa. Su rostro cobró una expresión de intensa concentración; repentinamente se produjo un pequeño relámpago que les hirió los ojos, un sonido siseante, y el rígido pie de la copa se fundió, se dobló y se formó un charquito de vidrio verde. Ellers soltó una exclamación. Kerwin se pasó las manos por los ojos; allí estaba la copa, inclinada, con el pie ladeado. Recordó haber estudiado en un curso de historia que un artista terrano había pintado cosas así: teteras quebradas y relojes desarticulados. La historia lo había juzgado como lunático más que como genio. La copa, con el pie inclinado hacia un costado, parecía tan surrealista como la obra de aquel pintor.

–¿Yo podría hacer eso? ¿Cualquiera podría hacerlo?

–Con una piedra del tamaño de la tuya, podrías hacer una condenada cantidad de cosas –dijo Ragan–, si supieras cómo usarla. No sé cómo funcionan, pero, si te concentras en ellas, pueden mover objetos pequeños, producir intenso calor u... otras cosas. No hace falta gran entrenamiento para jugar un poco con las de este tamaño.

Kerwin rozó la piedra que caía sobre su pecho.

–Entonces no es una baratija –comentó.

–Demonios, no. Vale una pequeña fortuna... Tal vez una gran fortuna, no lo sé. Me sorprende que no te la hayan quitado antes de que te marcharas de Darkover, considerando cuánto se han esforzado los terranos para apoderarse de algunas de las más grandes, para experimentar con ellas y probar sus límites.

Emergió otro de esos recuerdos difusos. Drogado, en la Gran Nave que lo había llevado a Terra, una camarera o una asistenta había empezado a tocar su gema; había despertado, gritando, con pesadillas. Habían creído que se trataba de un efecto colateral de las drogas. Dijo con tono sombrío:

–Creo que lo intentaron.

–Estoy seguro de que las autoridades del Cuartel General darían casi cualquier cosa a cambio de una matriz de ese tamaño –repuso Ragan–. Podrías plantearte la posibilidad de entregársela; probablemente te darían a cambio lo que quisieras, dentro de lo razonable. Podrías conseguir un nombramiento muy bueno.

Kerwin esbozó una sonrisa.

–Como me siento como el demonio cada vez que me la quito, creo que presentaría... algunas dificultades.

–¿Quieres decir que nunca te la quitas? –preguntó Ellers, borracho–. Eso debe de plantearte algunos problemas. ¿Ni siquiera te la quitas en el baño?

Kerwin respondió con una risita:

–Oh, *yo puedo.* No me gusta hacerlo, me siento... oh, no sé, *raro*... cuando me la quito. O cuando no la tengo puesta por un rato.

Siempre se había acusado de supersticioso, irracional, compulsivo, de tratar las cosas como fetiches.

Ragan sacudió negativamente la cabeza.

–Como digo, son una extraña clase de cosas. Son... Demonios, no tiene sentido, pero así *sucede.* No sé cómo funciona; sólo sé que así es. Tal vez *sean* una baja forma de vida. ¿Ves? Se *adhieren* a ti; no puedes marcharte y dejarlas atrás; y nunca me enteré de alguien que las hubiera perdido. Conozco a un hombre que perdía siempre sus llaves, hasta que consiguió una piedra de éstas para el llavero. Y siempre que se lo dejaba olvidado, créeme, *sabía* dónde lo había dejado.

Eso, pensó Kerwin, explicaba muchas cosas. Incluyendo a un niño que gritaba como si tuviera la mitad de su edad, cuando una práctica matrona terrana lo despojó de su «talismán de la suerte». Finalmente, habían tenido que devolvérselo. Se preguntó, estremeciéndose, qué hubiera ocurrido si *no* se lo hubieran devuelto. Le pareció que no quería saberlo. Volvió a tocar la oculta gema, sacudiendo la cabeza, recordando su infantil seguridad de que ella guardaba la clave de su pasado oculto, de su identidad y de la identidad de su madre, de sus oscuros recuerdos y de sus sueños casi olvidados.

–Por supuesto –dijo, con intensa ironía–, esperaba que fuera el amuleto que en verdad *demostraría* que yo era el hijo y heredero, perdido mucho tiempo atrás, de tu Lord Fulano y Zutano. Ahora todas mis ilusiones están destrozadas.

Se llevó la copa a los labios y llamó a la muchacha darkovana para que les trajera más de lo mismo.

Mientras lo hacía, su mirada cayó sobre la copa cuyo pie Ragan había fundido. Demonios, ¿estaba más borracho de lo que creía?

La copa estaba erguida sobre su sólido pie de vidrio verde, recto, impecable. Estaba perfectamente entera.

3

LOS EXTRAÑOS

Tres copas más tarde, Ragan se excusó, diciendo que tenía un encargo del Cuartel General y que tenía que presentar un informe al respecto para que pudieran pagarle. Cuando se fue, Kerwin miró con impaciencia a Ellers, que había acompañado a Ragan en todas las copas. No era así como había querido pasar la primera noche de regreso en el mundo cuya imagen había guardado en su mente desde la infancia. No sabía muy bien *qué quería*... ¡pero estaba seguro de que no era pasarse toda la noche sentado en un bar del espaciopuerto, emborrachándose!

–Mira, Ellers...

Sólo un suave ronquido le respondió: Ellers se había deslizado en su silla, completamente bebido.

La regordeta muchacha darkovana volvió con otra ronda –Kerwin ya había perdido la cuenta de cuántas iban– y miró a Ellers con una mezcla profesional de desilusión y resignación. Después, al echar un rápido vistazo a Kerwin, éste pudo advertir que la joven cambiaba su centro de interés; al inclinarse para servir, se frotó hábilmente contra Kerwin. Su vestido suelto estaba abierto en el cuello, de modo que él podía ver el valle que se abría entre sus pechos; tanto su ropa como su cabello exhalaban el familiar y dulce aroma a incienso. Mientras aspiraba el aroma de Darkover, de una mujer, una corriente de excitación hizo sonar una cuerda en lo profundo de su vientre. Pero volvió a mirarla y advirtió que sus ojos eran duros y superficiales y que la melodía de su voz se deshilachaba en los bordes mientras le decía, como acunándolo:

–¿Te gusta lo que ves, hombretón?

Hablaba en un cortado terrano estándar, no en el musical idioma que era el dialecto de la ciudad; fue eso –Kerwin lo supo después– lo que más lo irritó.

–¿Te gusta Lomie, hombretón? Ven conmigo; soy linda y cálida, ya verás...

Kerwin sintió en la boca un mal gusto que no era culpa del vino. Bajo cualquier cielo y cualquier sol, en cualquier mundo, las muchachas de los bares de la Ciudad Comercial terrana eran todas iguales.

–¿Vienes? ¿Vienes...?

Sin saber muy bien lo que iba a hacer, Kerwin se aferró al borde de la mesa y se puso bruscamente de pie, mientras el banco caía con estrépito detrás de él. Se irguió ante la muchacha, con los ojos centelleantes a través de la luz penumbrosa y llena de humo, y de sus labios manaron palabras en un idioma olvidado mucho tiempo atrás:

–¡Vete sola, hija de una cabra montes, y cubre tu vergüenza en otra parte, no yaciendo con hombres de mundos que desprecian el tuyo! ¿Dónde está el orgullo de los Cahuenga, desvergonzada?

La muchacha jadeó, retrocedió, cerrando convulsivamente con una mano el vestido sobre sus pechos desnudos, y se inclinó casi hasta el suelo. Tragó con esfuerzo, pero durante un momento sólo sus labios se movieron, sin emitir sonidos; después susurró:

–S'dia shaya... d'sperdo, vai dom alzuo... –Y salió corriendo entre sollozos. El sonido de su llanto y el aroma de su cabello almizclado quedaron en la habitación detrás de ella.

Kerwin, tambaleándose, se aferró al borde de la mesa.

¡Dios, qué borracho puedes ponerte! ¿Y, en cualquier caso, qué era todo eso que barboté?

Estaba atónito consigo mismo... ¿Qué pretendía, de todos modos, asustando de esa manera a la pobre chica? Él no era más virtuoso que cualquier otro. ¿Qué resto de puritanismo le habría instado a montar en cólera y humillarla de esa manera? Había tenido su cuota de busconas de espaciopuerto en más de un mundo.

¿Y en qué idioma había hablado? *Sabía* que no se trataba del dialecto de la ciudad, pero... ¿qué idioma *era*? No podía recordarlo; por más que lo intentara, en su memoria no quedaba ni una sílaba de las palabras que había pronunciado; sólo persistía la imagen de la emoción.

Ellers, afortunadamente, había seguido roncando durante todo el incidente; podía imaginarse los reproches que le hubiera hecho de estar despierto. Pensó: *Será mejor que nos marchemos de aquí mientras yo todavía pueda navegar... ¡y antes de que cometa alguna otra locura!*

Se inclinó y sacudió a Ellers, que ni siquiera emitió un sonido. Kerwin recordó que Ellers había bebido tanto como él mismo y Ragan juntos. Hacía eso en cada espaciopuerto. Kerwin se encogió de hombros, levantó el banco que había volcado, alzó los pies de Ellers y los colocó sobre el banco y se volvió con paso inseguro hacia la puerta.

Aire. Aire fresco. Eso era todo lo que le hacía falta. Después sería mejor que volviera a la Zona terrana. Al menos, dentro de las puertas del espaciopuerto sabía cómo comportarse. Pero, pensó confundido, *creí* que sabía cómo comportarme aquí en Darkover. ¿Qué me habrá ocurrido?

El sol, nublado y de aspecto iracundo, pendía muy bajo sobre la calle. Unas sombras de oscuro color malva e índigo envolvían las casas en una amistosa penumbra. Había gente en las calles ahora: darkovanos con camisas y pantalones coloridos, que llevaban abrigadas capas tejidas o las más comunes chaquetas importadas de montañeros; mujeres envueltas hasta los ojos en pieles y una forma alta que súbitamente pasó deslizándose, invisible detrás de una capucha y una capa de corte y color extraños, una forma que no era humana.

Mientras estaba allí parado, mirando el cielo llameante, el sol se puso de golpe y la ágil oscuridad barrió el cielo, una oscuridad semejante a grandes alas suaves que se extendieran para velar la luz: la noche que caía rápidamente y que daba su nombre a este mundo. Con un súbito resplandor apareció la corona de enormes estrellas blancas y campearon en el cielo tres de las pequeñas gemas de las lunas: verde jade, azul pavorreal, rosa perlado.

Kerwin permaneció mirando hacia arriba con los ojos húmedos, sin avergonzarse de las lágrimas repentinas. No era una ilusión, entonces, a pesar de los vulgares bares del espaciopuerto y de la desilusión de las calles. Era real: estaba otra vez en casa, había visto la noche que caía desde el cielo, el centelleo de la corona de estrellas que llamaban la Corona de Hastur a partir de la leyenda... Se quedó allí hasta que, con el súbito enfriamiento del aire, la densa bruma nocturna se alzó atenuando el centelleo de las estrellas hasta hacerlo desaparecer.

Lentamente, siguió caminando. Empezaron a caer las primeras gotas neblinosas de lluvia; el alto faro del Cuartel General, interrumpiendo el cielo, le hizo señales y él avanzó, con reticencia, en esa dirección.

Pensaba en la muchacha darkovana del bar, a quien había rechazado de manera tan inesperada... y tan extraña. Se había mostrado cálida y dispuesta y era limpia... ¿Qué más podía desear un hombre como bienvenida al hogar? ¿Por qué la habría rechazado... de *ese* modo?

Se sentía extrañamente inquieto, como perdido. ¿Un hogar? Un hogar significaba algo más que un cielo y estrellas familiares. Un hogar significaba gente. Él había tenido un hogar en la Tierra, si eso era lo que quería. No, pensó seriamente, sus abuelos nunca le habían

querido a él, sino más bien una segunda oportunidad de reconstruir a su padre en su imagen. ¿En el espacio? Ellers, tal vez, era el amigo más íntimo que había tenido... ¿Y quién era Ellers? Un vagabundo de espaciopuertos, que saltaba de un planeta a otro. Kerwin sintió un hambre súbita de tener raíces, un hogar, de la gente y el mundo que nunca había conocido, que nunca le habían permitido conocer. Las palabras, casi burlonas, que le había dicho a Ellers, volvieron a su mente: *Esperaba que fuera el amuleto que probaría que yo era el hijo y heredero perdido tanto tiempo atrás...* Sí, ahora sabía que ése era el sueño que le había atraído de vuelta a Darkover, la fantasía de que hallaría el lugar al que pertenecía. De otro modo, ¿por qué había abandonado el último mundo en el que había estado? Le había gustado ese lugar; había tenido allí muchas peleas, muchas mujeres, muchos compañeros agradables, muchas aventuras que correr. Pero todo el tiempo le había atenazado la inexorable compulsión de retornar a Darkover; eso le había hecho dejar lo que sabía, ahora, que hubiera sido una segura ruta de progreso y, más aún, le había llevado a matar cualquier esperanza de una promoción seria.

Y ahora que había regresado, ahora que había visto las cuatro lunas y la rápida noche de sus sueños..., ¿todo lo demás sería anticlímax? ¿Descubriría acaso que su madre era tan sólo otra buscona de espaciopuerto, como la que se había frotado contra él esta noche, ansiosa de llevarse a casa una parte de la generosa paga del espaciopuerto? Si era así, no admiraba el gusto de su padre. ¿Su padre? Había oído muchas cosas acerca de su padre durante los siete años que había pasado con sus abuelos, y la imagen que ellos le habían dado no coincidía; su padre no parecía haber sido así. Su padre, suponía, había sido un hombre quisquilloso. Pero, tal vez, ésa era tan sólo la impresión que tenía su abuela... Al menos se había preocupado por conseguirle a su hijo la ciudadanía del Imperio.

Bien, haría aquello que había venido a hacer aquí. Intentaría seguir el rastro de su madre y descubrir por qué su padre lo había abandonado en el orfanato del espaciopuerto y dónde y cómo había muerto. ¿Y después? *¿Qué haría después?* La pregunta le fastidiaba... ¿Qué haría después?

Haré volar ese halcón cuando le crezcan las plumas, se dijo Kerwin, advirtiendo después que había enunciado el proverbio darkovano sin darse cuenta.

La niebla nocturna ya se había condensado, y había empezado a caer una fina lluvia fría. Durante el día había estado tan cálido que Kerwin había olvidado con cuánta rapidez, en esta época, el calor del día se perdía en la lluvia helada y la nieve. Se estremeció y caminó más rápido.

En algún momento había tomado un camino equivocado: había esperado emerger en la plaza abierta que se encontraba frente al espaciopuerto. Se hallaba en una plaza abierta, pero no era la correcta. En uno de sus lados había una cantidad de pequeños cafés y casas de comida, tabernas y restaurantes. Había terranos allí, de modo que sin duda el lugar no estaba fuera de los límites permitidos al personal del espaciopuerto –sabía que algunos lugares no estaban permitidos, ya que le habían informado cuidadosamente al respecto–, pero también había caballos atados, lo que revelaba que también había clientes darkovanos. Caminó frente a los comercios, eligió uno que olía intensamente a comida darkovana y entró. El olor le hizo agua la boca. Comida, eso era lo que necesitaba, una buena comida sólida, no los insípidos alimentos sintéticos de la nave espacial. En la penumbrosa luz, los rostros eran solamente manchones, y no buscó a ninguno de los hombres del *Southern Crown.*

Se sentó ante una mesa del rincón y pidió la comida. Cuando llegó, empezó a comer con placer. Bastante cerca, un par de darkovanos, bastante mejor vestidos que el resto, jugueteaban con su comida. Llevaban capas de colores alegres, botas altas y cinturones enjoyados de los que pendían cuchillos. Uno de ellos tenía centelleante pelo rojo, que hizo arquear las cejas a Kerwin. Los darkovanos de la ciudad eran en general morenos. Su propio pelo rojo le había hecho blanco de las miradas de curiosidad cuando, de niño, había andado por la calle. Además, también su padre y sus abuelos tenían ojos y pelo oscuro. Él había refulgido como un faro entre ellos. En el orfanato lo llamaban *Tallo,* cobre..., medio en broma

y un poco, ahora lo advertía, con una especie de supersticiosa reverencia. Y las niñeras y matronas darkovanas habían tenido tantos problemas para suprimir ese apodo que incluso entonces el hecho le había sorprendido. De algún modo había tenido la idea, aunque las niñeras darkovanas tenían prohibido transmitir las supersticiones locales a los niños, de que el pelo rojo era mala suerte o tabú.

Si era mala suerte, el pelirrojo no parecía saberlo, ni tampoco parecía importarle.

En la Tierra, tal vez porque el pelo rojo no era tan poco común, el recuerdo de esa superstición había desaparecido. Pero tal vez eso explicara la primera mirada fija de Ragan. Si el pelo rojo era tan poco común, era obvio que cualquiera supondría, al ver a un pelirrojo a cierta distancia, que se trataba del hombre que uno conocía y se sorprendería al advertir más tarde que en realidad se trataba de un extraño.

Aunque, si lo pensaba bien, el pelo del propio Ragan tenía un reflejo rojizo; incluso podría haber sido pelirrojo de pequeño. Kerwin volvió a pensar que el hombrecito le había resultado familiar y una vez más trató de recordar si en el orfanato había habido algún otro pelirrojo, además de él mismo. Sin duda había conocido un par de ellos cuando era muy pequeño...

Tal vez antes de entrar al orfanato. Tal vez mi madre fuera pelirroja, o tuviera algún pariente pelirrojo...

Pero por más que se esforzó, no pudo descubrir el vacío de sus primeros años. Tan sólo el recuerdo de sus sueños perturbadores...

Un altavoz situado en la pared hipó fuertemente, y una voz metálica enunció:

–Atención, por favor. Todo el personal del espaciopuerto, atención, por favor...

Kerwin arqueó las cejas, mirando el altavoz con claro resentimiento. Había venido aquí para alejarse de cosas como ésas. Evidentemente, otros clientes del restaurante tenían el mismo sentimiento, ya que se escucharon un par de ruidos despectivos.

La voz metálica señaló en terrano estándar:

–Atención, por favor. Todo el personal del Cuartel General que tenga aeroplanos en el campo debe presentarse inmediatamente a la División B. Todo el tránsito de superficie será cancelado. Repito, será cancelado. El *Southern Crown* despegará en el horario previsto. Repito, en el horario previsto. Todos los aeroplanos de superficie que estén en el campo deben ser desplazados sin demora. Repito, todo el personal del Cuartel General que tenga aeronaves privadas en el campo...

El pelirrojo darkovano que Kerwin había visto antes dijo con audible tono malicioso y en el dialecto de la ciudad que todo el mundo comprendía:

–Qué pobres deben de ser estos terranos para tener que molestarnos con esa caja aullante, en vez de pagar unos peniques a algún lacayo que lleve sus mensajes...

La palabra que utilizó por «lacayo» era particularmente ofensiva.

Un funcionario del espaciopuerto, uniformado, que se encontraba en la parte delantera del restaurante, miró con ira al pelirrojo, después lo pensó mejor, se puso la gorra orlada de dorado y salió a la lluvia. Una helada ráfaga entró en la habitación –ya que el oficial había encabezado un pequeño éxodo– y el darkovano que se hallaba más cerca de Kerwin dijo a su compañero.

–*Esa so vhalle Terranan acquelle...* –Y soltó una risita.

El otro replicó algo aún más insultante, mientras sus ojos se demoraban sobre Kerwin. Éste advirtió que era el único terrano que quedaba. Sintió que temblaba. Siempre había sido infantilmente susceptible a los insultos. En la Tierra había sido un extraño, un ajeno, un darkovano; aquí, en Darkover, de repente se sentía terrano. Y los acontecimientos del día no habían tendido precisamente a suavizar su estado de ánimo. Pero tan sólo lanzó una mirada centellante y comentó... en dirección a la mesa vacía que se hallaba a su izquierda:

–La lluvia sólo puede ahogar al conejo en el lodo si éste no tiene la astucia de mantener la boca cerrada.

Uno de los darkovanos –no el pelirrojo– empujó su banco hacia atrás y giró, volcando su copa en el proceso. El ruido que hizo la copa de metal y la exclamación del camarero hicieron que todos los ojos se clavaran en ellos. Kerwin empezó a incorporarse de su asiento. Internamente, se observaba con pena. ¿Iba a hacer *dos* escenas, en *dos* bares, y acaso su tumultuosa bienvenida a Darkover acabaría por enviarlo a la brigada local con las acusaciones de ebriedad y desorden?

Entonces el compañero del hombre tomó a éste del codo y le dijo algo que Kerwin no alcanzó a escuchar. Los ojos del primer hombre ascendieron con lentitud, hasta posarse en la cabeza de Kerwin, ahora perfectamente iluminada por una lámpara, y lanzó una pequeña exclamación:

–¡No! No quiero problemas con un Comyn...

Kerwin se preguntó de qué demonios estaría hablando. El potencial adversario miró a su compañero, en quien no halló ningún estímulo, luego se puso un brazo sobre el rostro y murmuró algo que sonó como:

–*Su serva, vai dom...*

Luego atravesó la habitación, esquivando las mesas como un sonámbulo, para zambullirse en la lluvia.

Kerwin advirtió que todos los que quedaban en el restaurante le miraban con fijeza, pero logró mirar directamente a los ojos del camarero durante el tiempo suficiente para alejarlo. Se sentó, asió su taza, que contenía el equivalente local del café –una infusión rica en cafeína que tenía un distante sabor a chocolate–, y tomó un sorbo. Estaba fría.

El darkovano bien vestido que quedaba, el pelirrojo, se incorporó, se acercó a la mesa y se sentó frente a Kerwin.

–¿Quién demonios eres tú?

Para sorpresa de Jeff, habló en terrano estándar, pero no muy bien, articulando cada sílaba con cuidado.

Kerwin apoyó su taza con gesto de fatiga.

–Nadie que tú conozcas, amigo. Será mejor que te vayas, ¿quieres?

–No, lo digo en serio –dijo el pelirrojo–. ¿Cómo te llamas?

–Ojo-maligno Fleegle, un dios muy antiguo –respondió–. Y siento cada milenio. Vete, o te haré víctima de la misma maldición que a tu amigo.

El pelirrojo esbozó una sonrisa..., una sonrisa burlona, poco amistosa.

–No es mi amigo –replicó–, y es obvio que tú no eres lo que pareces. Quedaste más sorprendido que nadie cuando él salió corriendo de aquí. Evidentemente, creyó que eras uno de nosotros... –Se interrumpió y corrigió–: Uno de mis parientes...

Kerwin dijo cortésmente:

–¿Qué es esto, la semana del Antiguo Hogar? No, gracias. Procedo de un extenso linaje de hombres-lagarto arturianos.

Tomó la taza de la infusión semejante al café y volvió a enterrar el rostro en el jarro, sintiendo no obstante la mirada perpleja del pelirrojo. Después, el hombre se alejó, mascullando:

–*Terrano.*

Lo hizo en ese tono que convertía la palabra en un insulto mortal.

Ahora que era demasiado tarde, Kerwin deseó haberle respondido con mayor cortesía. Era la segunda vez, esa noche, que alguien había creído reconocerle. Si se parecía mucho a alguien de Thendara, ¿no era eso lo que había venido a averiguar aquí? Experimentó un tardío impulso de seguir al hombre y pedirle una explicación, pero el hecho de saber que eso sólo

implicaría un nuevo rechazo lo detuvo. Sintiéndose frustrado, puso unas monedas en el mostrador, recogió el paquete del comercio del espaciopuerto... y volvió a salir.

Para entonces la lluvia se había transformado en un helado cierzo; las estrellas habían desaparecido. Estaba oscuro y frío y aullaba el viento. Kerwin avanzó con esfuerzo, temblando bajo la delgada chaqueta del uniforme. ¿Por qué no habría traído algo para abrigarse al oscurecer? ¡Sabía cómo era aquí el clima por las noches! Demonios..., *sí* llevaba algo de abrigo. De aspecto un poco peculiar, tal vez, pero podría ponérselo hasta salir del viento. Con dedos rígidos, escarbó en el paquete y extrajo la capa bordada, con forro de piel. Con un solo movimiento se la echó sobre los hombros, sintiendo la flexible calidez de la piel que lo envolvía como una caricia.

Giró hacia una calle lateral, y allí estaba la plaza abierta frente al espaciopuerto, con las luces de neón del Sky Harbor Hotel frente a las puertas. Debería ir al Cuartel General para que le asignaran habitación; no se había presentado y ni siquiera sabía dónde dormiría. Traspuso las puertas, pero después, siguiendo un impulso, volvió en dirección al hotel para beber una última copa y darse un tiempo para pensar antes de regresar a ese mundo de paredes blancas y luces amarillas. Tal vez pidiera allí un cuarto, por esta noche.

El empleado, ocupado revisando los registros, apenas si le dirigió una mirada.

–Por allí –le indicó con brusquedad y volvió a sus libros.

Kerwin, sobresaltado –¿el Servicio Civil habría reservado alojamiento aquí?–, empezó a protestar; luego se encogió de hombros y se dirigió hacia la puerta que le habían indicado.

Se detuvo, porque había entrado en una habitación preparada para una reunión privada: había una larga mesa puesta en el centro con una cena fría y flores en altos jarrones de cristal; en el otro extremo de la estancia, un alto hombre pelirrojo que llevaba una larga capa bordada le miraba vacilante... Entonces Kerwin advirtió que la pared negra era un panel de vidrio que reflejaba la noche y que la oscuridad que había detrás la convertía en un espejo: el darkovano de capa era él mismo. Se miró como si nunca antes se hubiera visto: un hombre alto, con el pelo aplastado por la lluvia y un rostro solitario e introspectivo, el rostro de un aventurero al que por algún motivo le han birlado las aventuras. La visión de su propio rostro emergiendo de la capa darkovana le produjo una súbita y extraña oleada de... ¿de recuerdos? ¿Cuándo se había visto vestido de este modo antes? ¿O... o a *algún otro?*

Frunció el ceño, impaciente. Por supuesto que resultaba familiar para sí mismo. ¿Qué le ocurría? Además, ésa era también la respuesta: simplemente, el empleado lo había tomado por darkovano, tal vez por alguien a quien conocía de vista, y por eso le había indicado la habitación reservada. En realidad, eso explicaría también la actitud de Ragan y la del pelirrojo del restaurante; tenía un doble, o casi un doble, en Darkover, algún alto pelirrojo que tendría su misma estatura y color, y eso confundía a las personas que tan sólo le echaban un vistazo.

–Has llegado temprano, *com'ii* –dijo una voz detrás de él.

Kerwin giró y la vio. Al principio pensó que era una muchacha terrana, a causa de su cabello rojo-dorado recogido en rizos sobre la cabeza. Era pequeña y menuda y llevaba un simple vestido que marcaba sus curvas. Rápidamente, Kerwin desvió la vista –mirar con fijeza a una darkovana en público es una insolencia que se castiga con una paliza o algo peor, si es que alguno de los parientes de la mujer están cerca y se sienten ofendidos–, pero ella le devolvió la mirada con franqueza, concediéndole una sonrisa de bienvenida. Por eso, incluso como segunda impresión, él creyó por un momento que la joven era terrana, a pesar de que le habló en darkovano.

–¿Cómo llegaste aquí? Creí que habíamos decidido que cada uno vendría con su respectiva Torre –dijo.

Kerwin se quedó mirándola. Sintió que el calor invadía su rostro, y no por culpa del fuego, y balbuceó en el idioma de su infancia:

–Mis disculpas, *domna.* No advertí que ésta era una habitación privada. Me enviaron aquí por error. Perdona mi intrusión. Me marcharé de inmediato.

Ella lo miró fijamente, mientras su sonrisa desaparecía.

–Pero, ¿en qué estás pensando? –le preguntó–. Tenemos muchas cosas que discutir... – Se interrumpió. Luego prosiguió, con voz insegura–: ¿He cometido un error?

Kerwin respondió:

–Alguien lo ha cometido, eso es seguro.

Su voz se demoró en las últimas palabras, al advertir que ella *no* le había hablado en el idioma de Thendara, sino en algún otro idioma que él nunca había escuchado antes. Sin embargo, la había comprendido, y tan bien que por un momento no había advertido que la joven le hablaba en un idioma desconocido.

La joven quedó atónita y dijo:

–En nombre del Hijo de Aldones y de su divina Madre, ¿quién eres?

Kerwin empezó a decir su nombre, después advirtió que no tendría ningún significado para ella y ese ciego impulso de ira, dominado por unos momentos tan sólo porque estaba hablando con una bella mujer, volvió a apoderarse de él. Era la segunda vez esa noche... No, la tercera. ¡Maldición! Ese doble suyo debía de ser alguien de verdad, si lo reconocían simultáneamente en un tugurio del espaciopuerto y en la suite privada reservada por la aristocracia darkovana... Porque era imposible que la muchacha fuera otra cosa.

Preguntó con la mayor ironía posible:

–¿No me reconoces, señora? Soy tu hermano mayor Bill, la oveja negra de la familia, que huyó al espacio a los seis años, pero me capturaron los piratas del espacio y me tuvieron prisionero desde entonces en los Planetas del Borde. Continúa en el próximo episodio.

Ella sacudió la cabeza en un gesto de incomprensión, y Kerwin advirtió que el lenguaje, la sátira y las alusiones que había hecho no significaban nada para ella. Entonces la joven le dijo, en ese idioma que él comprendía si no pensaba demasiado:

–¿Pero de verdad eres uno de nosotros? ¿De la Ciudad Oculta, tal vez? ¿Quién eres?

Kerwin frunció el ceño con impaciencia, demasiado irritado para llevar más lejos el juego. Casi deseaba que el hombre con el que lo habían confundido entrara en ese momento, para darle un puñetazo en el rostro.

–Mira, muchacha, me estás confundiendo con algún otro. No sé nada de tu Ciudad Oculta... La han ocultado demasiado bien o algo por el estilo. ¿En qué planeta está? Tú no eres darkovana, ¿verdad? –Pues sus modales no eran ciertamente los de una mujer darkovana.

Si ella había parecido sobresaltada antes, ahora pareció golpeada por el rayo.

–¿Y no obstante comprendes el idioma de Valeron? Escúchame –empezó a decir, esta vez en el dialecto de Thendara–. Creo que debemos aclarar esto. Ocurre algo muy extraño. ¿Dónde podemos conversar un rato?

–Lo estamos haciendo en este mismo momento y aquí –dijo Kerwin–. Tal vez sea nuevo en Darkover, pero no *tan* nuevo. No tengo interés en que tus parientes juren asesinarme antes de haber estado aquí veinticuatro horas, en el caso de que tengas algunos parientes varones susceptibles. Si es que *eres* darkovana.

La pequeña cara de duende se contorsionó en una sonrisita de perplejidad.

–No puedo creerlo –replicó ella–. No sabes quién soy y, lo que es peor, no sabes *qué* soy. Estaba segura de que eras de alguna de las Torres más remotas, que eras alguien a quien nunca había visto personalmente sino en los transmisores. Tal vez alguien de Hali, o Neskaya, o Dalereuth...

Kerwin negó con la cabeza y dijo:

–No soy nadie que conozcas, créeme. Me gustaría que me dijeras con quién me confundiste; me gustaría conocerlo, sea quien fuere, si es que tengo un doble en esta ciudad. Tal vez pudiera responder algunas de mis preguntas.

–No puedo hacer eso –repuso ella, vacilando. Él percibió que ahora, debajo de la abierta capa darkovana, la joven había visto el uniforme terrano–. No, por favor, no te vayas. Si Kennard estuviera aquí...

–Tani, ¿qué ocurre? –interrumpió una voz grave y áspera.

En la pared espejada, Kerwin vio un hombre que se acercaba a ellos. Se volvió para hacer frente al recién llegado, preguntándose –el mundo se había vuelto completamente loco– si vería una imagen especular de sí mismo. Pero no.

El recién llegado era delgado, alto, de piel blanca y espeso cabello rojizo-dorado. Kerwin lo detestó en cuanto lo vio, incluso antes de reconocer en él al pelirrojo con el que había sostenido la breve y desagradable confrontación en el bar. El darkovano interpretó la escena con una sola mirada, y su rostro cobró una expresión de escandalizada convencionalidad.

–¿Un extraño aquí, y tú a solas con él, Taniquel?

–Auster, yo sólo quería... –protestó la muchacha.

–¡Un *terrano*!

–Al principio creí que era uno de nosotros, tal vez de Dalereuth.

El darkovano dedicó a Kerwin una mirada despectiva.

–Es un hombre-lagarto de Arturo... o al menos eso me dijo –enunció con un gesto de burla. Después habló con la muchacha; un tropel de palabras en el mismo idioma, le pareció a Kerwin, en el que ella había hablado antes, pero con tanta rapidez que él no pudo comprender ni una palabra de lo que el otro decía. Tampoco era necesario, el tono y los gestos le dijeron a Kerwin todo lo que necesitaba saber. El pelirrojo estaba más irritado que el demonio.

Una voz más profunda y cálida le interrumpió:

–Vamos, Auster, no puede ser tan grave. Bien, Taniquel, cuéntame qué pasa, y no te burles, niña.

Un segundo hombre había entrado en la habitación. También él era pelirrojo. ¿De dónde salían todos ellos, esta noche? Éste era robusto; un hombre fuerte, alto y de poderosa contextura; su pelo rojo estaba veteado de gris y una barba corta, encanecida, le rodeaba el rostro. Tenía los ojos casi ocultos debajo de cejas tan pobladas que casi parecían deformes. Caminaba rígidamente, apoyándose en un bastón grueso, con empuñadura de cobre.

–*S'dia Shaya.* Yo soy Kennard, tercero de Arilinn. ¿Quién es tu Celadora?

Kerwin estuvo seguro de que había dicho *Celadora.* Era una palabra que también podía traducirse como *Guardián* o *Custodio.*

–Habitualmente me dejan salir sin ninguna –dijo con sequedad–. Al menos así ha sido hasta ahora.

Auster replicó, rápido y burlón:

–Tú también te equivocas, Kennard. Nuestro amigo es un... hombre-cocodrilo de Arturo, o eso alega. Pero, como todos los terranos, miente.

–¡Terrano! –exclamó Kennard–. ¡Pero eso es imposible! –Y pareció tan consternado como la muchacha.

Kerwin ya había tenido bastante.

–Lejos de ser imposible –intervino con brusquedad–, es perfectamente cierto; soy un ciudadano de Terra. Pero pasé mis primeros años en Darkover y aprendí a pensar en este mundo como en mi hogar y a hablar bien el idioma. Si ahora he irrumpido o he sido ofensivo, por favor acepten mis disculpas. Les deseo buenas noches.

Se volvió y empezó a marcharse del cuarto.

Auster masculló algo que sonó como:

–¡... conejo asustado!

Kennard dijo:

–Espera.

Kerwin, que casi había llegado a la puerta, se detuvo al escuchar la voz cortés y persuasiva de aquel hombre.

–Si tiene algunos minutos –prosiguió Kennard–, de verdad que me gustaría hablar con usted, señor. Podría ser importante.

Kerwin miró a Taniquel y estuvo a punto de rendirse. Pero un vistazo a Auster lo decidió. No quería problemas con él. No en su primera noche en Darkover.

–Gracias –dijo con amabilidad–. Tal vez en otro momento. Por favor, acepta mis disculpas por haber irrumpido en tu fiesta.

Auster lanzó una sarta de palabras, mientras que Kennard aceptó con gracia, hizo una reverencia y pronunció una cortés fórmula de despedida. La muchacha, Taniquel, se quedó mirándolo con fijeza, seria y consternada. Él volvió a vacilar, impulsivamente, advirtiendo que debería quedarse, cambiar de idea y pedir la explicación que sospechaba que Kennard podía ofrecerle. Pero ya había ido demasiado lejos como para retroceder sin perder toda su dignidad.

–Una vez más, buenas noches –se despidió y sintió que la puerta se cerraba entre él y los pelirrojos.

Mientras cruzaba el vestíbulo, experimentó un curioso sentimiento de derrota y aprensión. Un grupo de darkovanos, casi todos ellos ataviados con largas capas ceremoniales como la suya –nadie aquí se rendía a las baratas ropas importadas–, cruzó el vestíbulo en dirección opuesta y traspuso la puerta por la que él acababa de salir. Kerwin advirtió que también había entre ellos algunos pelirrojos. Un murmullo corrió entre las personas reunidas en el vestíbulo; una vez más captó la palabra *Comyn.*

Ragan había pronunciado esa palabra, referida a la gema que Kerwin tenía al cuello: *digna de un Comyn.* Kerwin exploró su memoria; la palabra sólo significaba *iguales...,* los que tenían un rango igual al propio. Sin embargo, no era así como habían usado la palabra.

Afuera, la lluvia se había disuelto en una niebla penetrante. Un hombre alto que llevaba una capa verde y negra, con la cabeza pelirroja muy erguida, pasó junto a Kerwin y le dijo:

–Adentro, rápido, llegarás tarde. –Y entró al Sky Harbor Hotel.

Le parecía un lugar curioso para que un grupo de aristócratas darkovanos hicieran una reunión de familia, pero... ¿qué sabía él de eso? De repente se le cruzó la loca idea de irrumpir en la fiesta y preguntar si alguien había perdido un pariente joven treinta años atrás. Pero sólo fue una loca idea, que descartó casi de inmediato.

En la calle oscura, congelada ahora por la lluvia helada que se solidificaba en cuanto caía, el denso cierzo borraba las lunas o las estrellas. Las luces de las puertas del Cuartel General emitían un resplandor amarillo. Kerwin sabía que allí encontraría calor y cosas familiares, abrigo, un lugar asignado e incluso amigos. Probablemente Ellers se había despertado y, al ver que Kerwin se había marchado, habría regresado al Cuartel General.

Pero, ¿qué encontraría allí si regresaba? Unas habitaciones del todo iguales a las que le habían dado en el último planeta, desnudas y frías, con ese aséptico olor institucional, una biblioteca de películas cuidadosamente censuradas para que no provocaran demasiadas emociones ingobernables, comidas iguales por completo a las que podría tomar en cualquier otro planeta del Imperio terrano, para que los empleados, que podían ser transferidos en cualquier momento, no sufrieran incomodidades digestivas ni períodos de adaptación y la compañía de hombres como él, que vivían en mundos fantásticamente ajenos volviéndoles la espalda, para participar del mismo mundo absurdo y familiar de los terranos.

Vivían en mundos extraños, bajo soles extraños, tal como vivían en Terra... A no ser que quisieran salir y crear problemas: cuando buscaban lo peor, no lo mejor, de esa belleza

extraña. Bebidas fuertes, mujeres dispuestas, aunque no demasiado amantes, y un lugar donde gastar su paga. Los mundos reales se hallaban, y se hallarían siempre, absolutamente fuera de su alcance. Tan fuera de su alcance como la muchacha pelirroja y sonriente que lo había recibido como *com'ii*, amigo.

Volvió a alejarse de las puertas del Cuartel General. Más allá del círculo de los bares del espaciopuerto, las trampas para turistas, los burdeles y las exhibiciones, debía de haber algún Darkover real, el mundo que había conocido de niño en la ciudad, el mundo que había obsesionado sus sueños y le había impedido echar raíces nuevas en Terra. ¿Pero por qué había tenido esos sueños? ¿De dónde procedían? ¡Sin duda no del mundo limpio y estéril del Orfanato de los Hombres del Espacio!

Lentamente, como si vadeara una ciénaga, caminó hasta la ciudad vieja, mientras sus dedos ajustaban los cierres del manto darkovano sobre su cuello. Sus botas terranas repicaban con fuerza sobre las piedras. Sea quien fuere el hombre con el que los demás lo confundían, no haría ningún daño si salía a pasear un rato. Éste era su propio mundo. Había nacido aquí. No era ningún ingenuo astronauta terrano, que se ponía en peligro fuera del barrio del espaciopuerto. Conocía la ciudad, o la había conocido alguna vez, y también el idioma. Muy bien, los terranos no eran especialmente bienvenidos en la Ciudad Vieja. ¡No iría allí como terrano! ¿No había sido un terrano el que había dicho: *Dame un niño hasta los siete años, y después podrás dárselo a quien lo quiera.* Ese severo viejo santo tenía razón. Según eso... ¡Kerwin era darkovano y siempre lo sería! ¡Ahora estaba otra vez en casa y no permitiría que lo alejaran!

Ya no había mucha gente en las calles. Sólo unos pocos, con pieles y capas, caminando con la cabeza gacha para protegerse del mordisco agudo del viento. Una muchacha temblorosa, envuelta en un inadecuado vestido de pieles, lanzó a Kerwin una mirada esperanzada y le murmuró unas palabras en el antiguo dialecto de la ciudad, que Kerwin había hablado antes de ser capaz de balbucear tres palabras del terrano que le enseñaron en el orfanato (¿cómo se acordaba de eso?). Vaciló, pues ella era tímida, de voz suave y completamente diferente de la muchacha de mirada dura del bar del espaciopuerto. Entonces ella alzó la vista hasta el pelo rojo de Kerwin, murmuró algo ininteligible y salió corriendo.

Una pequeña criatura enana pasó a su lado, lanzando a Kerwin una breve mirada con sus ojos verdes que resplandecían, como los de un gato, en la oscuridad, pero que poseían inconfundiblemente inteligencia humana; Kerwin se hizo con rapidez a un lado, pues los *kyrri* eran extrañas criaturas que se alimentaban de energía eléctrica y que podían dar a los extranjeros no avisados dolorosos *shocks*, aunque no mortales, si se los empujaba o atropellaba.

Caminó a través del mercado de la Ciudad Vieja, disfrutando de los sonidos y olores poco familiares. Una mujer anciana vendía pescado frito en un pequeño puesto; recubría los pedazos de pescado con una mezcla espesa y después los ponía en un cazo lleno de aceite verde y claro. Alzó la vista y, con volubles palabras pronunciadas en un dialecto demasiado cerrado como para que él pudiera comprenderlo, le entregó un poco de pescado. Kerwin empezó a sacudir negativamente la cabeza, pero, como el pescado olía bien, se encogió de hombros y empezó a escarbar en busca de unas monedas. Ella lo miró, escandalizada, y las monedas cayeron al suelo cuando la mujer retrocedió. En medio de su parloteo, Kerwin volvió a captar la palabra *Comyn* y frunció el ceño. ¡Era el diablo! Esta noche parecía tener el talento de aterrar a las personas, con toda inocencia. Pues bien, con la ciudad llena de hombres y mujeres pelirrojos que llevaban a cabo alguna clase de reunión familiar, ¡Kerwin decidió que el pelo rojo traía todavía más mala suerte de lo que le habían dicho en el orfanato!

Tal vez fuera esta fantástica capa de noble que llevaba puesta. Se la hubiera quitado, pero hacía demasiado frío para andar tan sólo con su fino uniforme terrano; además, suponía que con sus ropas terranas no estaría en absoluto a salvo en esta parte de la ciudad.

Ahora lo admitió: en realidad, tenía en mente exactamente esta clase de impostura cuando compró la capa. Pero demasiada gente lo miraba con fijeza. Se alejó, decidiendo que lo mejor sería tomar la ruta más corta para regresar al Cuartel General.

Caminó con rapidez en la oscuridad, a través de las calles desiertas. Escuchó pasos a sus espaldas... pasos lentos, deliberados, pero se dijo que no debía ser suspicaz... ¡No era el único hombre que tenía una buena razón para andar bajo la lluvia esta noche! Los pasos siguieron resonando con el mismo ritmo, a sus espaldas, y luego se aceleraron para alcanzarlo.

Kerwin se hizo a un lado para dejar paso al que lo seguía por la angosta callejuela.

Fue un error. Sintió un dolor penetrante, su cabeza pareció explotar y escuchó una voz en alguna parte que le gritaba palabras extrañas:

¡Dile al hijo del bárbaro que nunca más vendrá a las llanuras de Arilinn! ¡La Torre Prohibida está destruida y la Campanilla Dorada está vengada!

Eso no tenía sentido, pensó Kerwin, en la fracción de segundo anterior a que su cabeza golpeara el pavimento. Y ya no supo nada más.

4

LA BÚSQUEDA

Era el alba, la lluvia caía con fuerza, y alguien, desde alguna parte, le hablaba al oído.

–Quédate quieto, *vai dom*, nadie te hará daño. ¡Vándalos! ¿Qué ocurre en esta ciudad que incluso los Comyn pueden ser atacados...?

–No seas burro –decía otra voz más áspera–, ¿no ves el uniforme? Este hombre es un terrano, y la cabeza de alguien rodará por esto. ¡Ve y llama a los guardias, rápido!

Alguien intentó levantarle la cabeza, y Kerwin decidió que era la suya la cabeza que rodaría, porque estalló y volvió a caer en la inconsciencia.

Después, al cabo de confusos ruidos y dolor, una brillante luz blanca pareció resplandecer en los rincones de su cerebro. Sintió que alguien le aporreaba la cabeza, que le dolía como el demonio, y gruñó de dolor; entonces alguien le retiró la luz de los ojos.

Estaba tendido en una aséptica cama blanca en un aséptico cuarto blanco. Un hombre de chaqueta blanca, que llevaba el emblema caduceo de Médica y Psic, estaba inclinado sobre él.

–¿Te sientes bien ahora?

Kerwin intentó asentir con la cabeza, pero ésta estalló otra vez y desistió. El doctor le alcanzó una pequeña taza de papel llena de un líquido rojo; le quemó la boca y todo el camino mientras la tragaba, pero la cabeza dejó de dolerle.

–¿Qué ha ocurrido? –preguntó Kerwin.

Johnny Ellers asomó la cabeza por la puerta; tenía los ojos congestionados.

–¿Y tú lo preguntas? Yo me desmayo... ¡pero tú eres el que terminas golpeado! ¡El muchacho más inmaduro, en su primera asignación planetaria, sabría comportarse mejor! ¿Y por qué demonios andabas vagando por la sección de los nativos? ¿No estudiaste el mapa de la zona permitida?

Había una advertencia en sus palabras. Kerwin dijo con lentitud:

–Sí. Debo de haberme perdido.

¿Cuánto de lo que recordaba era verdad? ¿Habría soñado todo lo demás: sus bizarros paseos con la capa darkovana, toda la gente que lo había confundido con *algún otro*...? ¿Todo eso habría sido tan sólo una expresión de su deseo, basado en su ansia de pertenencia?

–¿Qué día es hoy?

–La mañana después de anoche –respondió Ellers.

–¿Dónde ocurrió? ¿Dónde me golpearon?

–Dios sabe –dijo el doctor–. Evidentemente, alguien te encontró y se asustó; te arrastró hasta el borde de la plaza del espaciopuerto y te dejó allí a la madrugada.

El doctor salió de su campo visual. Kerwin descubrió que le dolía la cabeza si trataba de seguirlo con la mirada, de manera que se quedó quieto. Ragan, la muchacha de la taberna, los aristócratas pelirrojos del Sky Harbor Hotel desfilaron por su mente y desaparecieron. Si había empezado a pensar que su regreso a Darkover era lo contrario de sus sueños, al menos ya había tenido suficientes aventuras como para los próximos cincuenta años.

Ningún demonio satírico le susurró al oído que sus aventuras ni siquiera habían empezado todavía.

Aún tenía la cabeza vendada cuando se presentó ante el Legado para que le asignara un cargo, al día siguiente. El Legado le miró sin entusiasmo.

–Necesito médicos y técnicos, cartógrafos y lingüistas... ¿Y qué me envían? ¡Hombres de Comunicaciones! Demonios, sé que no es tu culpa, que me envían lo que consiguen. Oí decir que pediste traslado aquí, así que tal vez pueda conservarte durante algún tiempo; lo que suelo conseguir son novatos que piden traslado en cuanto consiguen sus tarjetas de servicios prestados. Me dicen que recibiste una paliza por andar vagando solo por el sector de los nativos. ¿No te dijeron que eso no es prudente aquí?

Kerwin repuso solamente:

–Me perdí, señor.

–Pero, de todos modos, ¿por qué demonios andabas vagando fuera del área del espaciopuerto? No hay nada interesante por allí. –Frunció el ceño–. ¿Por qué querías ir a explorarlo por tu cuenta?

–Nací aquí, señor –objetó Kerwin con obstinación.

Si iban a discriminarlo por eso, quería saberlo de inmediato. Pero el Legado sólo pareció pensativo.

–Tal vez seas afortunado –dijo–. Darkover no es un destino muy popular; pero, si es tu hogar, tal vez no lo odies tanto. Tal vez. Yo no me ofrecí voluntario, ¿sabes? Me mezclé con el grupo político equivocado, y podríamos decir que estoy cumpliendo una sentencia aquí. Si verdaderamente te gusta el lugar, quizá tengas una carrera por delante, porque, como ya te dije, en condiciones normales nadie se queda aquí más tiempo del necesario. ¿Y te parece que te gusta el lugar?

–No lo sé. Pero quería regresar –agregó, sintiendo que de algún modo podía confiar en este hombre–. Fue casi una compulsión. Lo que recordaba de niño.

El Legado asintió. No era joven, y sus ojos eran tristes.

–¡Dios, lo sé muy bien! –exclamó–. La nostalgia del olor de tu propio aire, el color de tu propio sol. Lo sé, muchacho. He estado fuera cuarenta años y, en ese lapso, sólo he visto dos veces Alfa, donde espero morir. ¿Cómo es ese viejo proverbio...? *Aunque densas como malezas sean las estrellas, ningún mundo estrellado igualará al tuyo...* –Se interrumpió–. ¿Así que naciste aquí? ¿Quién fue tu madre?

Kerwin pensó en las mujeres del café del espaciopuerto y después trató de no pensar en ellas. Al menos su padre se había preocupado por su hijo lo suficiente para tramitarle la ciudadanía y para dejarlo en el Orfanato de Hombres del Espacio.

–No lo sé, señor. Ésa es una de las cosas que esperaba encontrar registrada aquí.

–Kerwin –caviló el Legado–. Me parece haber oído el nombre. Sólo he estado cuatro o cinco años aquí, tiempo local. Pero si tu padre se casó aquí, el matrimonio tiene que estar consignado en Registros, abajo. O tal vez el Orfanato lo tenga registrado. Son bastante cuidadosos con los niños que aceptan; los huérfanos comunes son entregados a los Jerarcas de la Ciudad. Además, te enviaron a la Tierra; eso es *muy* raro. Normalmente, te hubieran dejado aquí y el Departamento te hubiera dado trabajo o entrenamiento, como cartógrafo, intérprete, alguna tarea en la que sería una ventaja para ti el dominio del lenguaje como un nativo...

–He pensado que probablemente fuera darkovano...

–Lo dudo por tu pelo. Nosotros los terranos tenemos muchos pelirrojos... Tipos hiperadrenalínicos, que vamos en pos de aventuras. Con ciertas excepciones, no hay muchos darkovanos pelirrojos...

Kerwin empezó a decir que él se había cruzado por lo menos con cuatro la noche anterior, pero descubrió que no podía pronunciar esas palabras. Literalmente, *no podía*, tenía como un puño apretándole la garganta. En cambio, escuchó al Legado que hablaba sobre Darkover.

–Es un lugar raro –dijo–. Tenemos algunas zonas de comercio, Ciudades Comerciales aquí y en Caer Donn, allá en los Hellers, el espaciopuerto aquí y el gran aeropuerto en Port Chicago, igual que en todas partes. Ya conoces la rutina. Habitualmente, dejamos tranquilos los gobiernos. Cuando los pueblos de los diversos planetas han visto lo que tenemos para ofrecerles en términos de tecnología avanzada, comercio y participación en una civilización galáctica, empiezan a cansarse de vivir en condiciones primitivas y bárbaras, con las jerarquías de monarquías y autarquías, y piden formar parte del Imperio. Nosotros estamos aquí para llevar a cabo plebiscitos y protegerlos de las tiranías persistentes. Es casi una fórmula matemática; las cosas pueden predecirse de este modo. Un mundo clase D como éste suele resistir unos cien o ciento diez años. Pero Darkover no sigue ese esquema, y no sabemos bien por qué. –Golpeó un puño sobre su escritorio de varios metros cuadrados–. Dicen que no tenemos ni una condenada cosa que ellos quieran tener. Oh, comercian con nosotros a veces. Nos dan plata o platino o gemas o pequeños cristales matrices, ¿sabes qué son?, a cambio de cosas como cámaras y suministros médicos, baratos equipos de montaña, hachas para hielo y cosas así. Herramientas metálicas, especialmente: tienen gran escasez de metales. Pero no tienen el menor interés en iniciar con nosotros un intercambio tecnológico ni industrial; no han solicitado expertos ni asesoramiento tecnológico; no tienen nada que se parezca siquiera a un sistema comercial...

Kerwin recordó haber recibido algo de esta información durante su instrucción en la nave.

–¿Estás hablando del gobierno o de la gente común?

–De ambos –espetó el Legado–. El gobierno suele ser un poco difícil de localizar. Al principio, creímos que no existía. ¡Demonios, podría *no* haberlo!

Los darkovanos, según el Legado, eran gobernados por una casta que vivía virtualmente en reclusión; eran incorruptibles y, sobre todo, inaccesibles. Un misterio, un enigma.

–Una de las pocas cosas con las que comercian son los *caballos* –prosiguió el Legado–. Caballos. ¿Puedes imaginártelo? Les ofrecemos aviones, tránsito de superficie, maquinaria para construir caminos... ¿Y qué compran? Caballos. Estimo que hay grandes manadas en las estepas exteriores, en las llanuras de Valeron y Arilinn y en las tierras altas de las Kilghard Hills. Dicen que no quieren construir caminos. Por lo que conocemos del terreno, no sería fácil hacerlo. Les hemos ofrecido toda clase de auxilio tecnológico y no lo quieren. Compran algunos aviones de tanto en tanto. Dios sabe qué hacen con ellos. No tienen aeropuertos y no compran suficiente combustible, pero sí compran aviones. –Apoyó la barbilla sobre las manos–. Es un lugar loco. Nunca lo he comprendido. A decir verdad, me importa un comino. ¿Quién sabe? Tal vez tú lo comprendas algún día.

Cuando volvió a tener tiempo libre, avanzado el día siguiente, Kerwin atravesó las zonas más respetables de la Ciudad Comercial en dirección al Orfanato de los Hombres del Espacio. Recordaba cada paso del camino. El edificio, blanco y frío, se alzó ante él, extraño y ajeno como siempre lo había estado, entre árboles, a bastante distancia de la calle; el emblema terrano de estrella y cohete centelleaba sobre la puerta. El vestíbulo exterior estaba vacío, pero a través de una puerta abierta vio a un pequeño grupo de muchachos que trabajaban industriosamente alrededor de un globo. Desde la parte trasera del edificio llegaban los agudos y alegres gritos de niños que jugaban.

En la enorme oficina que había sido el terror de su infancia, Kerwin esperó hasta que una respetable dama vestida con sobrias ropas darkovanas –falda ancha, una chaqueta de piel– vino a preguntarle, de manera amable, qué podía hacer por él.

Cuando le hubo dicho a qué venía, ella le extendió cordialmente la mano.

–¿De modo que eres uno de nuestros muchachos? Creo que debes de haber estado aquí antes de mi época. ¿Tu nombre es...?

–Jefferson Andrew Kerwin, Junior.

Se le arrugó la frente debido a un cortés esfuerzo de concentración.

–Posiblemente haya visto el nombre en los Registros, pero no lo recuerdo. Debes de haber estado aquí antes de mi época. ¿Cuándo te marchaste? ¿A los trece años? Oh, eso es inusual. La mayoría de nuestros muchachos se quedan hasta los diecinueve o veinte años; luego, después de una prueba, les encontramos trabajo aquí.

–Me enviaron a la Tierra, con la familia de mi padre.

–Entonces sin duda tendremos registros de ti, Jeff. Si se sabe quiénes son tus padres... –Vaciló–. Por supuesto, tratamos de mantener los registros completos, pero a veces sólo conocemos el nombre de uno de los padres; han existido... –titubeó, tratando de encontrar un modo cortés de enunciarlo– uniones desafortunadas...

–Es decir que... ¿si mi madre fue una de las mujeres de los bares del espaciopuerto, mi padre ni siquiera se molestaría en consignar quién era?

Ella asintió, con aspecto ofendido ante la llaneza.

–Suele ocurrir. O tal vez una de nuestras jóvenes quiso tener un niño sin informarnos con respecto al padre. Aunque no parece ser tu caso. Si me esperas un minuto...

Se dirigió hacia una pequeña oficina lateral. A través de la puerta abierta, pudo ver fugazmente las máquinas de oficina y una pulcra muchacha darkovana que vestía uniforme terrano. Al cabo de unos pocos minutos, la dama regresó con aspecto perplejo y un poco irritado y habló con voz cortante.

–Bien, señor Kerwin, no parece haber registro suyo en el orfanato. Debe de haberse tratado de otro planeta.

Kerwin la miró con fijeza, atónito.

–Pero es imposible –dijo razonablemente–. Viví aquí hasta los trece años. Dormía en el Dormitorio Cuatro; el nombre de la matrona era Rosaura. Solía jugar a la pelota en aquella cancha de allá –señaló.

Ella sacudió negativamente la cabeza.

–Bien, tenga la seguridad de que no hay registros suyos, señor Kerwin. ¿Es posible que le hubieran registrado con otro nombre?

–No, siempre me llamaron Jeff Kerwin –negó él.

–Y, lo que es más, tampoco tenemos registro de que ninguno de nuestros muchachos haya sido enviado a Terra a los trece años. Eso sería muy inusual, en absoluto nuestro procedimiento habitual, y sin duda el hecho hubiera sido cuidadosamente registrado. Créame que todo el mundo lo recordaría aquí.

Kerwin dio un paso al frente. Se irguió sobre la mujer un hombre grande, amenazante, furioso.

–¿Qué intentas decirme? ¿Qué quieres decir con que no tienes registros de mí? En nombre de Dios, ¿qué motivos podría tener para mentirte? Te digo que viví aquí durante trece años. ¿Crees que no lo *sé*? ¡Maldición, puedo probarlo!

Ella retrocedió, asustada.

–Por favor...

–Mira –dijo Kerwin, tratando de ser razonable–. Tiene que haber algún error. ¿No estará el nombre mal archivado, o tal vez la computadora funcionó mal? Necesito saber qué clase de registros míos hay aquí. ¿Quieres comprobar otra vez la ortografía, por favor? –Volvió a deletrearle su nombre, y ella le respondió con frialdad:

–Probé con ese nombre y con dos o tres variaciones ortográficas. Por supuesto, si te registraron bajo otro nombre...

–No, maldición –gritó Kerwin–. ¡Es *Kerwin*! Aprendí a *escribir* mi nombre... ¡en esa aula que está justo al final del corredor, la que tiene un gran retrato de John Reade en la pared norte!

–Lo siento –dijo ella–. No tenemos registros de nadie llamado Kerwin.

–¿Qué clase de imbécil, de idiota con dedos torpes tienen para atender la computadora, entonces? ¿No están archivados los nombres, las huellas dactilares, las impresiones retinales?

Se había olvidado de eso. Los nombres podían alterarse, cambiarse, archivarse mal, pero las huellas dactilares no cambiaban.

–Si eso te puede convencer, y si sabes algo de computadoras... –replicó fríamente la mujer.

–Durante siete años trabajé en CommTerra con un Barry-Reade KSO4.

–Entonces –invitó ella con voz helada–, te sugiero que entres y chequees los bancos por ti mismo. Si crees que tu nombre puede estar mal registrado, mal escrito o mal archivado, ya sabes que cada niño que ha pasado por el Orfanato está codificado para tener acceso por sus huellas digitales.

Se inclinó hacia él, le entregó una tarjeta y presionó sus dedos, uno por uno, sobre el papel especial, sensible a las moléculas, que registraba, invisiblemente, las curvas y relieves, la estructura de los poros, el tipo de piel y la textura. Introdujo la tarjeta en una ranura. Él observó el enorme rostro silencioso de la máquina, el frente vidrioso, como ojos ciegos que lo miraran.

Con velocidad casi imposible, liberó una tarjeta, que se deslizó hasta una bandeja. Kerwin la arrebató antes de que la mujer pudiera entregársela, pasando por alto la indignación que su rostro revelaba. Pero, mientras la miraba con expresión de triunfo y la seguridad de que ella, por alguna razón, le había mentido, su rostro cambió. Un frío terror le atenazó el estómago. En las mayúsculas típicas de la impresión de la máquina se leía:

NO HAY REGISTRO DEL SUJETO

Ella tomó la tarjeta de los dedos repentinamente laxos de Kerwin.

–No puedes acusar de mentirosa a una máquina –le dijo con frialdad–. Ahora, si te parece, debo pedirte que te marches.

Su tono revelaba con más claridad que sus palabras que si él no se marchaba ella llamaría a alguien que lo echaría.

Kerwin se aferró con desesperación a la mesa. Sentía como si hubiera pisado en una fría y vertiginosa extensión del espacio. Consternado, desesperado, suspiró:

–¿Cómo pude equivocarme? ¿Hay algún otro Orfanato de Hombres del Espacio en Darkover? Yo... yo *viví* aquí, te aseguro...

Ella lo miró hasta que una especie de compasión ocupó el lugar de su furia.

–No, señor Kerwin –dijo con suavidad–. ¿Por qué no regresa al Cuartel General y consulta en la Sección Ocho? Si hay algún... error, tal vez ellos puedan ayudarte.

Sección Ocho. Médica y Psic.

Kerwin tragó con dificultad y se marchó, sin más protestas. Eso significaba que ella creía que estaba trastornado, que necesitaba ayuda psiquiátrica. Él no la culpaba. Después de lo que acababa de escuchar, hasta él pensaba algo parecido de sí mismo. Salió al aire frío, con los pies rígidos y la cabeza confusa.

Estaban mintiendo, mintiendo. Alguien está mintiendo. Ella estaba mintiendo y él lo sabía; podía sentir cómo mentía...

No, eso era lo que pensaba cada psicótico paranoide: que alguien estaba mintiendo; *todos estaban mintiendo, había una conspiración en su contra...* Alguien, algunos *seres* misteriosos y evasivos conspiraban contra él.

Pero, ¿cómo podía haberse equivocado? Maldición, pensó mientras bajaba la escalera, yo solía jugar a la pelota allí: a patear y atraparla cuando era pequeño y a juegos más estructurados cuando era mayor. Levantó la vista hasta las ventanas de su antiguo dormitorio. Con frecuencia había trepado hasta ellas después de alguna escapada, ayudado por las adecuadas ramas bajas de ese mismo árbol. Sintió deseos de trepar hasta el dormitorio para ver si las iniciales que había tallado en el marco de la ventana todavía estaban allí, pero descartó la idea. Con la suerte que tenía últimamente, casi seguro que lo atraparían y pensarían que era un potencial seductor de niños. Se volvió y una vez más observó con fijeza las blancas paredes del edificio en el que había pasado su infancia... ¿o *no?*

Se presionó las sienes, tratando de atrapar sus esquivos recuerdos. Recordaba hasta allí. Todos sus recuerdos conscientes se referían al orfanato, al terreno en el que se encontraba, a correr por allí; cuando era muy pequeño había caído por la escalera y se había lastimado la rodilla... ¿Cuántos años tenía entonces? Siete, tal vez ocho. Lo habían llevado a la enfermería y le habían dicho que le coserían la rodilla; él se había preguntado cómo diantres harían para poner su rodilla en una máquina de coser y, cuando le mostraron la aguja, había sentido tanta curiosidad por cómo harían que se había olvidado de llorar. Ése era su primer recuerdo verdaderamente claro.

¿Tenía algún recuerdo *anterior* al orfanato? Por más que se esforzara, sólo podía recordar una fugaz imagen de cielo violeta, cuatro lunas que pendían como gemas y una suave voz de mujer que le decía: «Mira, hijito, no volverás a ver esto durante muchos años...» Sabía, por sus lecciones de geografía, que la conjunción de las cuatro lunas en el cielo no se producía con mucha frecuencia, pero no podía recordar dónde había estado cuando la vio, ni cuándo había vuelto a verla. Un hombre cubierto con una capa verde y oro caminaba a grandes zancadas por un corredor de piedra que brillaba como mármol, con la capucha caída sobre un centellante pelo rojo; en algún lado había una habitación llena de luz azul... y después él estaba en el Orfanato de los Hombres del Espacio, estudiando, durmiendo, jugando a la pelota con una docena de niños de su edad, un racimo de niños con pantalones azules y camisas blancas. Cuando tenía diez años, se había enamorado de una niñera darkovana llamada... ¿Cómo se llamaba? Maruca. Se desplazaba suavemente en sus pantuflas bajas y tenía una voz suave y amable.

Me acariciaba el pelo y me llamaba, Tallo, aunque eso era en contra de las reglas; una vez que tuve alguna clase de fiebre, se quedó a mi lado toda la noche en la enfermería y me puso paños fríos en la cabeza y me cantó. Tenía una profunda voz de contralto, muy dulce.

Y cuando tenía once años, le había hecho sangrar la nariz a un muchacho llamado Hjalmar, que le había llamado *bastardo* y le había gritado que al menos él *sabía* el nombre de su padre; los habían separado mientras ambos se debatían y se lanzaban terribles insultos entre sí. Los había separado el canoso maestro de matemáticas. Y unas pocas semanas antes de que lo metieran, asustado y tembloroso y atontado por las drogas, a bordo de la nave espacial que lo llevaría a Terra, había estado con una muchacha llamada Ivy, de una clase superior a la suya. Él había guardado su porción de golosinas para ella, y ambos habían caminado cogidos tímidamente de la mano bajo los árboles que se hallaban al otro lado del campo de juego; una vez, torpemente, él la había besado, pero ella había girado el rostro, de modo que él sólo había besado un poco de fino pelo castaño, de dulce aroma.

No, no podían decirle que estaba loco. Recordaba demasiadas cosas. Iría al Cuartel General, tal como había dicho la mujer, pero no a Médica y Psic, sino a Registros. Allí tenían registro de cada uno de los que habían trabajado alguna vez al servicio del Imperio. De todos. Ellos sabrían.

El hombre de Registros pareció sobresaltarse un poco cuando Kerwin le pidió un chequeo. Kerwin no lo culpó. Después de todo, no es usual que alguien vaya a pedir el propio registro, a menos que quisiera solicitar un traslado. Kerwin intentó excusarse.

–Nací aquí. Nunca supe quién fue mi madre, y aquí podría haber algún registro de mi nacimiento y de mis padres.

El hombre le tomó las huellas digitales y oprimió algunos botones con desinterés. Al cabo de un tiempo, la impresora empezó a resonar, hasta que apareció una copia en la bandeja. Kerwin la tomó y la leyó, primero con satisfacción porque obviamente era un registro completo y después con incredulidad a medida que siguió leyendo.

> KERWIN, JEFFERSON ANDREW. BLANCO. VARÓN. CIUDADANO DE TERRA. DOMICILIO MOUNT DENVER. SECTOR Dos. STATUS soltero. PELO rojo. OJOS grises. PIEL blanca. HISTORIA DE EMPLEO veinte años aprendiz CommTerra. DESEMPEÑO satisfactorio. PERSONALIDAD retraída. POTENCIAL alto.
>
> TRANSFERIDO 22 años. Enviado como CommTerra status júnior certificado, Consulado Megaera. DESEMPEÑO excelente. PERSONALIDAD aceptable, introvertida. POTENCIAL muy alto. DEMÉRITOS ninguno. Sin enredos conocidos. VIDA PRIVADA normal por lo que se sabe. PROMOCIONES regulares y rápidas.
>
> TRANSFERIDO 26 años. Phi Coronis IV. Experto de CommTerra. Legación. DESEMPEÑO excelente, recomendado para tareas extraordinarias. PERSONALIDAD introvertida, pero dos veces castigado por peleas en la zona nativa. POTENCIAL muy alto, pero ante las repetidas solicitudes de traslado, posiblemente inestable. Sin matrimonio. Sin relaciones registradas. Sin enfermedades comunicables.
>
> TRANSFERIDO 29 años, Cottman IV, Darkover (pedido por razones personales, no explícitas). Pedido aprobado, sugiere que Kerwin no será transferido otra vez, salvo por pérdida de status. DESEMPEÑO no hay registros todavía; reprimenda por introducirse en zona fuera de límites permitidos. EVALUACIÓN DE PERSONALIDAD empleado excelente y valioso pero con significativos defectos de personalidad y estabilidad. POTENCIAL excelente.

Eso era todo. Kerwin frunció el ceño.

–Mira, éste es mi registro de empleo; lo que quería era mi registro de nacimiento, o algo así. Nací aquí, en Cottman IV.

–Ésa es la transcripción oficial, Kerwin. Es todo lo que la computadora tiene sobre ti.

–¿No hay ningún registro de nacimiento?

El hombre sacudió la cabeza.

–Si naciste fuera de la Zona terrana... y tu madre era nativa... Bien, no habría registros. No sé qué clase de registro de los nacimientos tienen allá afuera... –hizo un gesto con la mano, abarcando las distantes montañas–, pero sin duda no estás en *nuestra* computadora. Probaré en Registros de Nacimiento, y puedo intentarlo también con los derechos de traspasos para huérfanos. Si te enviaron a Terra a los trece años, eso debería figurar en la Sección Dieciocho: la Repatriación de Huérfanos y Viudas de Astronautas.

Oprimió botones durante algunos minutos y, después, meneando la cabeza, dijo:

–Míralo por ti mismo.

En la pantalla sólo aparecía: SIN REGISTRO DEL SUJETO.

–Aquí están todos los registros de nacimiento que tenemos en Kerwin: tenemos una Evelina Kerwin, nacida a una de las enfermeras, muerta a los seis meses. También hay un registro de empleo de un tal Henderson Kerwin, negro, varón, de 45 años, que era ingeniero del espaciopuerto de Thendara y que murió a consecuencia de las quemaduras producidas por la radiación después de un accidente del reactor. Y en la lista de traslados de huérfanos encontré a un Teddy Kerlayne, que fue enviado a Delta Ophiuchi hace cuatro años. Nada relevante, ¿verdad?

Mecánicamente, Kerwin rasgó el papel en pedazos, mientras sus dedos se enredaban debido a la frustración que sentía.

–Intenta con algo más –dijo–. Intenta con mi padre. Jefferson Andrew Kerwin, Senior.

Estrujó en sus manos su propio registro, recordando que ahí decía: sin matrimonios, sin vínculos registrados. El matrimonio, o la relación de su padre con su madre desconocida, tendría que *haber estado* registrado para que el otro Jeff Kerwin pudiera conseguir la ciudadanía del Imperio para su hijo. Le habían explicado cuidadosamente el procedimiento cuando entró al Servicio Civil: cómo registrar los matrimonios nativos –había pocos planetas del Imperio que fueran tan reticentes como Darkover a fraternizar y hacer matrimonios mixtos– y cómo legitimar un hijo, con o sin matrimonio terrano.

–Busca cuándo y dónde llenó mi padre una solicitud 784-D, ¿quieres?

El hombre se encogió de hombros.

–Compañero, eres difícil de convencer. Si alguna vez hubieras estado consignado en una 784, el dato habría aparecido en tu registro de empleo.

Pero empezó a oprimir botones otra vez, observando la reluciente superficie donde aparecía la información antes de que se imprimiera la copia. De repente, se sobresaltó y apretó los labios. Después se volvió y dijo cortésmente:

–Lo siento, Kerwin, no hay registros. Alguien te informó mal. No tenemos ningún registro de Jeff Kerwin en el Servicio Civil. Ningún otro aparte de ti.

Kerwin le espetó:

–¡Tienes que estar mintiendo! Si no, ¿qué mirabas boquiabierto en la pantalla? ¡Maldición, quita la mano de ahí y déjame verlo por mí mismo!

El empleado se encogió de hombros.

–Como quieras –replicó. Pero ya había apretado otro botón y la pantalla estaba en blanco.

La furia y la frustración inundaron a Kerwin como una gigantesca ola.

–Maldición, ¿tratas de decirme que no existo?

–Mira –dijo el empleado con cansancio–. Puedes borrar una entrada en un libro. Pero muéstrame a alguien que pueda trampear en los bancos de memoria de los registros de CommTerra, y yo te mostraré a cambio un híbrido de hombre y cristópedo. Según los registros oficiales, viniste a Darkover por primera vez dos días atrás. ¡Ahora vete a Médica y Psic y deja de molestarme!

¿Hasta qué punto creen que soy ingenuo? Puede trampearse en CommTerra, para que ningún ajeno llegue a los registros si no tiene el código de acceso adecuado.

Alguien, por alguna oscura razón, había hecho que él no pudiera tener acceso a los datos.

Pero, ¿por qué se habrían tomado esa molestia?

La alternativa era lo que le había dicho la mujer. Había pensado que él estaba loco, que fantaseaba, que nunca había estado antes en Darkover, que por alguna razón se estaba inventando para sí un elaborado pasado darkovano...

Kerwin escarbó en su bolsillo y extrajo un billete doblado.

–Prueba otra vez con mi padre. ¿De acuerdo?

El empleado alzó la vista, y entonces Kerwin supo que su suposición había sido correcta. Valía la pena gastar dinero, aunque no pudiera permitírselo, para saber que no estaba loco. La codicia y el miedo luchaban en el rostro del hombre. Finalmente dijo, guardándose con rapidez el billete en el bolsillo:

–Está bien. Pero si están monitoreando los bancos, tal vez pierda el empleo. Y consigamos lo que consigamos, eso será *todo.* No más preguntas, ¿de acuerdo?

Esta vez Kerwin vigiló la programación. La máquina hizo lentos ruidos para sí. Después, en el panel centelló una luz roja, blink-blink-blink, una urgente señal de pánico. El empleado dijo suavemente: .

–Está desviando el circuito.

Unas letras rojas centellaron en la pantalla.

INFORMACIÓN PEDIDA SÓLO DISPONIBLE EN CÓDIGO DE PRIORIDAD: ACCESO CERRADO. DAR CÓDIGO DE ACCESO VÁLIDO Y AUTORIDAD PARA MAYOR ACCESO.

Las letras centellearon, apareciendo y desapareciendo con intensidad hipnótica. Finalmente, Kerwin sacudió la cabeza e indicó al empleado con un gesto que borrara las luces. La pantalla se quedó mirándolos, vacía y enigmática.

–¿Bien? –preguntó el empleado.

Kerwin sabía que quería otro soborno para intentar romper el código de acceso, pero él mismo tenía tantas posibilidades como el otro de hacerlo. De todos modos, eso probaba que había *algo* allí.

No sabía qué. Pero eso explicaba también la manera en que había actuado la mujer del Orfanato.

Dio media vuelta y se marchó, mientras la determinación se hacía más fuerte en él. Había sido atraído de regreso a Darkover, sólo para encontrar que allí le esperaban misterios más grandes. En alguna parte, de alguna manera, averiguaría de qué se trataba.

Sólo que no sabía por dónde empezar.

5

LA TÉCNICA

No se ocupó del asunto durante los días que siguieron. No pudo hacerlo: acostumbrarse a un nuevo trabajo, por simple y por más parecido que fuera al que había tenido en el último planeta, demandó toda su atención. Era una rama de Comunicaciones altamente especializada: la prueba, calibración y reparación ocasional del equipamiento de intercomunicadores tanto en el edificio mismo del Cuartel General como entre todos los puntos de la Zona terrana. Era un trabajo demorado y tedioso, más que difícil; con frecuencia se descubría preguntándose por qué se molestarían en traer personal terrano de otro lado, en vez de entrenar a técnicos locales. Pero, cuando le planteó la pregunta a uno de sus compañeros, éste tan sólo se encogió de hombros:

–Los darkovanos no aceptarían el entrenamiento. No tienen una mente técnica..., no sirven para esta clase de cosas. –Indicó el inmenso montón de maquinarias que estaban inspeccionando–. Son así por naturaleza, supongo.

Kerwin soltó una risita poco divertida.

–¿Te refieres a algo congénito, a alguna diferencia en la calidad de sus mentes?

El otro lo observó con mirada cautelosa, advirtiendo que había dicho algo hiriente.

–¿Eres darkovano? Pero fuiste criado entre terranos... Aceptas de antemano la tecnología y las máquinas. Por lo que sé, ellos no tienen nada que se le parezca... ni nunca lo han tenido. –Frunció el ceño–. Y tampoco quieren tenerlo.

Kerwin pensó en eso, a veces, mientras estaba tendido en sus habitaciones de soltero del edificio del Cuartel General o sentado a solas con un trago en los bares del espaciopuerto. El Legado había mencionado ese punto: que los darkovanos eran inmunes a la atracción que ejercía la tecnología terrana y se habían mantenido ajenos a la corriente principal de la cultura y el comercio del Imperio. ¿Eran bárbaros, debajo del barniz de civilización? ¿O se trataba de algo menos obvio, más misterioso?

En ocasiones, durante sus horas de ocio, caminaba por la Ciudad Vieja. Pero no volvió a ponerse la capa darkovana y se aseguraba de llevar cubierto el pelo rojo con alguna gorra. Se estaba dando tiempo, para cerciorarse de cuál sería su próximo movimiento. Si es que había un próximo movimiento.

Punto uno: el orfanato no tenía registros de un muchacho llamado Jefferson Andrew Kerwin, Junior, enviado a sus abuelos terranos a los trece años.

Punto dos: los bancos de memoria de la computadora principal del Cuartel General se negaban a revelar cualquier información acerca de Jefferson Andrew Kerwin, Senior.

Kerwin estaba debatiendo qué podían tener en común estos dos hechos, sumados al hecho de que la computadora del Cuartel General estaba evidentemente programada para no dar ninguna información en absoluto a cualquier pregunta casual... y ni siquiera registraba que la persona de su padre hubiera existido alguna vez.

Si pudiera encontrar a alguien que hubiera conocido en el orfanato, tal vez eso sería alguna especie de prueba. Al menos de que los recuerdos que tenía de su vida eran reales...

Y lo eran. *Tenía* que empezar por ellos porque no había otro lugar para empezar. Si comenzaba a dudar de sus propios recuerdos, era como si le abriera la puerta al caos. De modo que seguiría creyendo que sus recuerdos eran reales y que por una u otra razón habían alterado los registros.

Durante la tercera semana advirtió que había visto a ese hombre, Ragan, con demasiada frecuencia como para que se tratara de una coincidencia. Al principio no pensó nada en particular. En el café del espaciopuerto, cuando veía a Ragan sentado a una mesa del rincón, lo saludaba con una inclinación de cabeza, y nada más. Después de todo, el lugar era público, y sin duda había muchos clientes fijos y parroquianos habituales. Hasta él mismo se estaba convirtiendo en uno de ellos.

Pero una vez en que un desperfecto de emergencia en la oficina de envíos del espaciopuerto lo retuvo hasta tarde en el trabajo y vio luego a Ragan en su sitio habitual a pesar de que era muy tarde, empezó a advertirlo. Hasta entonces, sólo había sido una corazonada; pero desde ese día comenzó a cambiar sus horarios de comida y a comer a horas inusuales... y cuatro veces de cada cinco se encontraba con el moreno darkovano. Fue a beber a otro bar durante uno o dos días y así estuvo seguro de que el hombre le seguía. No, seguirle no era la palabra adecuada; lo que el otro hacía era algo mucho más evidente. Ragan no hacía ningún esfuerzo por mantenerse fuera de la vista de Kerwin. Era demasiado inteligente como para encarar a Kerwin y obligarle a que lo reconociera como amigo, pero se ponía en el camino de Kerwin, quien tenía la curiosa impresión de que el otro deseaba que lo acusara por eso, que lo interrogara.

¿Pero por qué? Lo pensó muchas veces, cuidadosamente. Si Ragan estaba dedicado a un juego de acoso, tal vez estuviera vinculado de alguna manera con las otras cosas extrañas. Si Kerwin se mantenía distante y parecía no advertirlo, tal vez ellos –fueran quienes fuesen– se verían obligados a exponerse un poco más.

Pero nada ocurrió, salvo que él se acostumbró a la rutina de su nuevo trabajo y de su nueva vida. En la Zona terrana, la vida era muy parecida a la de la Zona terrana de cualquier otro planeta del Imperio. Pero él era perfectamente consciente del otro mundo que se extendía más allá de éste. Le llamaba con extraña intensidad. Se encontró aguzando el oído cuando estaba en medio del público mixto de los bares del espaciopuerto, en busca de fragmentos de conversaciones darkovanas; cuando estaba distraído, contestaba más de una pregunta casual en darkovano. Y a veces, a la noche, solía extraer su enigmático cristal azul y observaba sus extrañas y frías profundidades, como si por medio de su feroz deseo pudiera revivir aquellos confusos recuerdos, de los que el cristal parecía ser ahora la clave. Pero la piedra permanecía en su palma, fría, sin vida, y no daba ninguna respuesta a las preguntas que la acosaban. Entonces él la devolvía a su bolsillo y caminaba con desasosiego hasta uno de los bares del espaciopuerto en busca de una copa y para volver a aguzar sus oídos y su nariz para captar aunque no fuera más que un rastro de lo que había más allá...

Pasaron tres semanas enteras antes de que la espera se cortara bruscamente en él. Siguiendo un impulso, giró sobre sí mismo en el bar sin darse tiempo a pensar qué haría o diría y se dirigió a grandes zancadas hacia la mesa del rincón en la que el pequeño darkovano, Ragan, se hallaba sentado ante una taza de un líquido oscuro. Kerwin apartó una silla con el pie y se sentó, mirando con ojos furibundos a Ragan.

–No te sorprendas –dijo con aspereza–. Me has seguido durante mucho tiempo. –Buscó en el bolsillo su cristal, rozando sus aristas, lo extrajo y lo puso sobre la mesa entre ellos–. Tú me hablaste de esto la otra noche... ¿O acaso estaría más borracho de lo que creía? Tengo la impresión de que tienes más cosas que decirme. Dímelas.

El rostro delgado y anguloso de Ragan se veía cauteloso y reticente.

–No te dije nada que no pudiera decirte cualquier darkovano. Cualquiera lo hubiera reconocido.

–De todos modos, quiero saber más.

Ragan tocó el cristal con la punta de un dedo.

–¿Qué quieres saber? –preguntó–. ¿Cómo usarlo?

Rápidamente, Kerwin lo pensó. No, al menos por el momento, no le servían trucos tales como los que había hecho Ragan: fundir copas o... cualquier otra cosa que Ragan pudiera hacer.

–Ante todo, siento curiosidad por saber de dónde procede... y por qué tengo yo uno precisamente.

–Lindo regalo –dijo Ragan con sequedad–. Creo que hay tan sólo unos pocos miles. –Pero sus ojos se habían achicado, no eran despreocupados, a pesar de que su voz era artificialmente casual–. Alguna gente del Cuartel General ha estado experimentando con los más pequeños. Es probable que consigas un premio importante, o algo por el estilo, si les entregas esta piedra para propósitos experimentales.

–¡No! –Kerwin se escuchó pronunciar la negativa antes de saber siquiera que había rechazado la idea.

–Pero, ¿por qué recurres a mí?

–Porque últimamente me he encontrado contigo cada condenada vez que salgo y de algún modo me parece que no es porque anheles mi compañía. Sabes algo de este asunto o quieres que yo lo crea. En primer lugar, podrías decirme con quién me confundiste aquella primera noche. No fuiste el único. Todos los que me vieron creyeron que yo era otra persona. Esa misma noche me dieron una paliza en un callejón... –Ragan se quedó con la boca abierta; Kerwin no pudo dudar de su sorpresa– y es obvio que eso me ocurrió porque me parecía a ese *otro*...

–No, Kerwin –dijo Ragan–. Te equivocas. Eso te hubiera protegido, en todo caso. Es un asunto complicado. Mira, no tengo nada contra *ti*. Te diré sólo esto: es por tu pelo rojo...

–Demonios, hay darkovanos pelirrojos. Me encontré con ellos...

–¿Lo hiciste? –Ragan arqueó las cejas–. ¿*Tú*? –Soltó una risita poco alegre–. Mira, si tienes un poco de suerte, tu pelo rojo procede de tu parte terrana. Pero escucha esto: si fuera tú, abordaría la primera nave que despegara de este planeta y no me detendría hasta no estar en el otro extremo del Imperio. Ése es mi consejo, absolutamente sobrio.

Kerwin dijo, con sonrisa sombría:

–Me gustas más borracho. –Y llamó a la camarera para que les trajera otro trago–. Escucha, Ragan –prosiguió cuando los hubieron atendido–, si es necesario, me pondré ropas darkovanas e iré a la Ciudad Vieja...

–¿Para que te corten el cuello?

–Acabas de decir que el pelo rojo me protegería. No. Iré a la Ciudad Vieja, pararé a todos los que me encuentre por la calle y les preguntaré quién creen que soy o a quién me parezco. Tarde o temprano encontraré a *alguien* que me lo diga.

–No sabes con qué estás jugando.

–Y no lo sabré si no me lo dices.

–Maldito y terco tonto –dijo Ragan–. Bien, es tu cuello. ¿Qué esperas que haga *yo*? ¿Y qué sacaré de ello?

Ahora Kerwin se sintió en terreno más sólido. Hubiera sentido desconfianza si el astuto darkovano se hubiera ofrecido a ayudarlo.

–Al diablo si lo sé, pero algo debes de querer de mí, pues si no, no hubieras esperado tanto tiempo a que me decidiera a encararme contigo. ¿Dinero? Sabes cuánto gana en el Imperio un hombre de Comunicaciones. Suficiente para vivir, pero no grandes sumas. Supongo... –hizo una mueca– que esperas sacar ventaja de lo que ocurra y que tienes buenas razones para esperarlo. Empieza con esto –indicó, levantando el cristal matriz–. ¿Cómo hago para averiguar al respecto?

Ragan meneó la cabeza.

–Te di el mejor consejo que podía darte; no pienso mezclarme en eso. Si quieres saber más, hay mecánicos de matrices licenciados, incluso en la Zona terrana. No pueden hacer mucho, pero sí pueden darte algunas respuestas. Pero vuelvo a decirte que no te metas con eso. Mantente tan lejos como puedas. No tienes la menor idea de con qué estás jugando.

De todo esto, Kerwin sólo se había quedado con la extraña idea de que existían mecánicos de matrices licenciados.

–¡Creí que era un gran secreto del que los terranos no sabían nada!

–Ya te dije que comercian las matrices pequeñas. Como la mía. Casi todo el mundo puede aprender a manejar las pequeñas. Como yo. Unos pocos trucos.

–¿Qué hace un mecánico de matrices?

Ragan se encogió de hombros.

–Supongamos que tienes algunos papeles legales que quieres conservar y ni siquiera te parece seguro confiarlos a un banquero; compras una de las matrices más pequeñas –si puedes permitírtelo, ya que ni siquiera las diminutas son baratas– y haces que el mecánico la sintonice con tu estructura personal, con tus ondas cerebrales, como si fueran huellas digitales. Entonces, si quieres cerrar esa caja, la matriz sellará los bordes de tal manera que nada en el mundo, ni una maza mecánica, ni una explosión nuclear, podrá volver a abrirlos; nada lo hará, salvo tu propia decisión mental, tu propio «Ábrete Sésamo» mental. Si piensas *Ábrete,* la caja se abrirá. . No hay que recordar ninguna combinación, ni ningún número de cuenta bancaria secreta, nada.

Kerwin soltó un silbido.

–¡Qué máquina! Ahora que lo pienso, puedo imaginar algunos usos peligrosos para una cosa así.

–Así es –dijo Ragan con sequedad–. No sé mucho de historia darkovana, pero los darkovanos no permiten que ninguna matriz grande salga de sus manos. Hasta con las más pequeñas puedes hacer algunos trucos perversos, aunque sólo administren una pequeñísima cantidad de energía. Supongamos, por ejemplo, que tienes un rival comercial que posee ciertas maquinarias sensibles. Te concentras en tu cristal, incluso en uno pequeño como el mío, y elevas la temperatura del termostato en, digamos, tres grados centígrados y fundes los circuitos más importantes. ¿Quieres sacar del negocio a tu competidor? Contratas a un mecánico de matrices sin escrúpulos para que lo sabotee, para que altere su equipo eléctrico y funda sus circuitos, y podrás probar que nunca te acercaste siquiera al lugar. Creo que en el Cuartel General tienen mucho miedo de que los darkovanos hagan algún truco con sus matrices: que borren los bancos de memoria de las computadoras, que alteren el centro de control de navegación de sus naves espaciales. Los darkovanos no tienen motivos para hacer esas cosas. Pero el solo hecho de que exista esa clase de tecnología indica a los terranos que deberían saber cómo funciona y cómo protegerse de ella. –Una vez más esbozó una sonrisa astuta–. Por eso te digo que probablemente te den una pequeña fortuna o te permitan llenar tu propio cheque si les llevas la tuya. Tu matriz es la más grande que he visto.

Kerwin recuperó unos recuerdos fragmentarios: una azafata de la nave espacial terrana, escarbando en la camisa de un niño drogado y lloroso.

–Entonces, dime: ¿cómo demonios conseguí *yo* una de ese tamaño?

Ragan se encogió de hombros.

–Kerwin, amigo mío, si conociera la respuesta a eso, iría a la Zona terrana y les pediría que me dejaran llenar *mi* propio cheque. No soy adivino.

Kerwin lo pensó durante un minuto, antes de manifestar:

–Tal vez lo que necesito sea un adivino o algo así. Bien, he oído que hay telépatas y psíquicos en todo Darkover.

–No sabes con qué estás jugando –insistió Ragan–. Pero, si estás decidido a arriesgarte, yo conozco a una mujer en la Ciudad Vieja. Solía ser... Bien, no importa. Si hay

alguien que puede decírtelo, es ella. Dale esto. –Escarbó en su bolsillo buscando un pedazo de papel y garrapateó algo en él–. Tengo contactos en la Zona darkovana; así me gano la vida. Te advierto que te costará bastante. Tendrá que correr riesgos y te hará pagar por ello.

–¿Y tú?

La seca risita de Ragan resonó con fuerza.

–¿Por darte un nombre y una dirección? Demonios, me has pagado una copa. Y tal vez tenga cosas que arreglar con uno o dos pelirrojos más. Buena suerte, *Tallo.*

Alzó una mano en un gesto de despedida y Jeff lo observó marcharse, intrigado. ¿En qué se estaba metiendo? Estudió la dirección, advirtiendo que estaba en la parte menos recomendable de Thendara, en la Ciudad Vieja, madriguera de ladrones y patanes y cosas peores. No le gustaba la idea de llegar allí con uniforme terrano. En realidad, no le gustaba la idea de ir allí. Incluso cuando era niño, el lugar le desagradaba.

Para acabar, hizo cautelosas averiguaciones acerca de los mecánicos de matrices de la mejor parte de la ciudad y descubrió que trabajaban abiertamente; encontró los nombres de tres de ellos, licenciados y autorizados en la parte más respetable de la ciudad, y eligió uno al azar.

Se hallaba en un distrito de casas amplias y altas, con muros de piedras translúcidas; de tanto en tanto veía un parque, un edificio público de alguna clase, un predio amurallado con un pequeño cartel que anunciaba que se trataba de la Casa del Gremio de la Orden de las Renunciantes –se preguntó si sería algo así como un convento o monasterio–; las calles eran anchas y bien cuidadas, sin empedrado. En una plaza vacía unos hombres trabajaban en un edificio inconcluso de altas paredes, construidas a medias; unos hombres apilaban piedras con cemento, otros aserraban, otros martilleaban. En la calle siguiente había un mercado en el que las mujeres envueltas en chales regateaban los alimentos, con niños colgados de sus faldas, o se sentaban en grupos en un puesto que vendía pescado frito y tortas dulces y hongos. Las minucias comunes de cada día resultaban tranquilizadoras: las mujeres que chismeaban, los niños que jugaban al escondite entre los puestos y que pedían a sus madres dulces y hongos fritos. Decían que esta cultura era *bárbara,* pensó Jeff con resentimiento, porque no tenían un tránsito complicado ni tecnología, ni sentían necesidad de tenerla. No tenían automóviles a reacción ni grandes carreteras ni rascacielos ni espaciopuertos; pero tampoco tenían fábricas metalúrgicas, ni hediondas refinerías químicas, nada de lo que un escritor terrano había llamado «las oscuras fábricas satánicas», ni minas oscuras colmadas de obreros esclavizados o de maquinarias y robots. Kerwin se rió de sí mismo: se estaba poniendo romántico. Observando un enorme establo en el que se ensillaban y cargaban caballos, pensó que cargar bosta de caballo por la mañana, cuando la nieve era densa, no era mucho mejor que trabajar en una fábrica o en una mina.

Localizó la dirección que estaba buscando y fue recibido por una mujer vestida muy discretamente, que lo condujo a una habitación cerrada, una especie de estudio recubierto por pálidas colgaduras. *Colgaduras aislantes,* se encontró pensando Jeff, y eso le intrigó. ¿Para qué demonios será? Una mujer y un hombre se acercaron a él; eran altos e imponentes, de piel clara, ojos grises y un aire de silenciosa autoridad y prestancia. Ambos parecían alarmados, casi reverentes.

–*Vai dom* –dijo el hombre–. Nos honras. ¿Cómo podemos servirte?

Pero, antes de que Kerwin pudiera responder, la mujer hizo una mueca despectiva.

–*Terrano* –masculló con evidente hostilidad–. ¿Qué quieres?

El rostro del hombre reflejó el cambio del de ella. Eran suficientemente parecidos como para ser hermanos. Kerwin advirtió bajo la luz que, aunque ambos tenían pelo oscuro y ojos grises, en ambas cabezas había pálidos reflejos rojizos, apenas visibles. Pero no tenían nada semejante al pelo rojo y la presencia aristocrática de los tres pelirrojos que había visto aquella noche en el Sky Harbor Hotel.

–Quiero información acerca de esto –dijo Kerwin, tendiéndoles la matriz.

La mujer frunció el ceño, la alejó de sí, fue a un banco, buscó un pedazo de algo centelleante, como si fuera seda mezclada con un resplandor metálico o cristalino, y se envolvió cuidadosamente una mano con la tela. Cuando regresó y tomó con gran cautela la matriz con cuidado de no tocarla con las manos desnudas, Kerwin experimentó una breve y dolorosa sensación de *déjà vu.*

Vi antes a alguien que hacía eso, ese gesto..., pero ¿ dónde y cuándo?

Ella examinó brevemente la piedra, mientras el hombre miraba por encima de su hombro. Después el hombre dijo con fría hostilidad:

–¿Dónde conseguiste esto? ¿La robaste?

Kerwin sabía muy bien que la acusación no tenía en absoluto la fuerza que hubiera tenido en la Zona terrana, pero de todos modos le irritó.

–No, maldición –replicó–. La he tenido desde que puedo recordarlo y no sé cómo llegó a mis manos. ¿Puedes decirme qué es o de dónde vino?

Los vio intercambiar una mirada. Después la mujer se encogió de hombros y se sentó ante un pequeño escritorio, con la matriz en la mano. La examinó cuidadosamente con una lupa, con expresión concentrada y retraída. Ante el escritorio había una pesada placa de vidrio, opaca, oscura, con pequeñas lucecitas que centelleaban en lo profundo; la mujer hizo otro de esos gestos familiares y extraños, y las luces empezaron a guiñar dentro del vidrio, con efecto hipnótico. Kerwin observaba, todavía bajo el dominio de la sensación de *déjà vu,* pensando *ya he visto esto antes.*

No. Es una ilusión, algo que tiene que ver con un lado de tu cerebro, que lo ve una décima de segundo antes que el otro lado, y éste, al alcanzarlo, recuerda haberlo visto...

La mujer dijo, dando la espalda a Kerwin:

–No está en la pantalla principal de monitoreo.

El hombre se inclinó sobre ella, envolvió su mano en la tela aislante y tocó el cristal. Después miró a la mujer, alarmado, y preguntó:

–¿Te parece que sabe lo que tiene aquí?

–En absoluto –respondió la mujer–. No es de este mundo... ¿Cómo podría saberlo?

–¿Es un espía enviado para descubrirnos?

–No, es ignorante, lo percibo. Pero no podemos permitirnos correr el riesgo; han muerto demasiados por haber sido apenas rozados por la sombra de la Torre Prohibida. Líbrate de él.

Con un poco de irritación, Kerwin se preguntó si seguirían hablando delante de él, como si fuera invisible. Entonces, consternado, advirtió que no hablaban en el dialecto de Thendara, ni siquiera en el *casta* puro de las montañas. Hablaban en ese idioma cuya forma él conocía de alguna manera, a pesar de ser incapaz de comprender una sola sílaba conscientemente.

La mujer alzó la cabeza y pidió al hombre:

–Dale una oportunidad. Tal vez sea del todo ignorante y pueda estar en peligro. –Después se dirigió a Kerwin en el idioma del espaciopuerto–: ¿Puedes decirme algo acerca de cómo llegó a ti este cristal?

–Creo que era de mi madre –respondió Kerwin con lentitud–. No sé quién era ella. –Y enseguida, vacilante, pero consciente de que tenía importancia, repitió las palabras que escuchó la noche que le habían golpeado en la Ciudad Vieja–: Dile al hijo del bárbaro que nunca más vendrá a las llanuras de Arilinn, que la Campanilla Dorada está vengada...

La mujer se estremeció repentinamente; Kerwin vio que su prepotencia se quebraba y desaparecía. Con gran rapidez, la mujer se puso de pie, y el hombre extendió el cristal hacia Kerwin, como si los movimientos de ambos estuvieran sincronizados.

–No nos corresponde interferir en los asuntos de las *vai leroni* –dijo ella con sequedad–. Nada podemos decirte.

Kerwin insistió asombrado:

–Pero... tú sabes algo... No puedes...

El hombre sacudió la cabeza, con expresión vacía e inescrutable.

¿Por qué me parece ser capaz de saber lo que él está pensando?, se preguntó Kerwin.

–Vete, terrano. No sabemos nada.

–¿Qué son las *vai leroni*? ¿Qué...?

Pero los dos rostros tan semejantes, distantes y arrogantes, estaban vacíos e impasibles. Kerwin supo que, detrás de la impasibilidad, había miedo.

–No nos corresponde.

Kerwin sintió como si estuviera a punto de explotar de frustración. Extendió una mano en un fútil gesto de súplica. El hombre retrocedió, evitando el contacto, mientras la mujer se hacía atrás con gesto quisquilloso.

–Pero, Dios mío, no pueden dejar las cosas así. Si saben algo..., tienen que decírmelo...

El rostro de la mujer se suavizó un poco.

–Te diré esto: creía que *eso*... –señaló el cristal– había sido destruido cuando... cuando la Campanilla Dorada fue destruida. Si a ellos les pareció adecuado dejártelo, tal vez algún día crean adecuado darte una explicación. En tu lugar, yo no esperaría. Tú...

–¡*Latti*! –El hombre le tocó el brazo–. ¡Basta! Vete –añadió dirigiéndose a Kerwin–, no eres bienvenido aquí. Ni en nuestra casa, ni en nuestra ciudad, ni en nuestro mundo. No tenemos nada en tu contra, pero hasta tu sombra nos pone en peligro. Vete.

Y ya no hubo manera de suplicar. Kerwin se marchó.

De alguna manera, había esperado que ocurriera esto. Otra puerta que se le cerraba en la cara, como la computadora, codificada para no reproducir los registros de su propio nacimiento. Pero no podía dejarlo todo así, aunque deseara hacerlo, aunque empezara a sentir miedo.

Tomó la precaución de cubrirse el pelo y, aunque no llevaba puesto el manto darkovano, precautoriamente se quitó la insignia del Servicio, para que en la Ciudad Vieja nadie pudiera identificarlo con la gente del espaciopuerto.

La dirección que le habían dado era una casa que se venía abajo; no había campanilla; después de llamar con el puño, tuvo que esperar largo rato. Ya casi había decidido marcharse cuando se abrió la puerta y apareció una mujer, que se apoyaba en el marco con mano temblorosa.

Era pequeña y de mediana edad, vestida con chales informes y falda muy vieja; no iba andrajosa y tampoco estaba sucia, pero daba una impresión general de descuido. Miró a Kerwin con pavorosa indiferencia; a él le pareció que fijaba la vista con dificultad.

–¿Deseas algo? –inquirió con voz indiferente.

–Un hombre llamado Ragan me envió –contestó, mientras le entregaba la nota de éste–. Me dijo que eres técnica de matrices.

–Alguna vez lo fui –dijo ella, aún con tono de absoluta indiferencia–. Hace años que me separaron de los transmisores principales. Oh, todavía puedo hacer algunos trabajos, pero te costará algo. Si fuera legal, no estarías aquí.

–Lo que quiero no es ilegal, por lo que sé. Pero tal vez sea imposible.

Una sutil chispa de interés centelleó en sus ojos opacos.

–Entra –ordenó. Y lo introdujo en una habitación.

El interior estaba limpio; había un acre olor familiar: el de hierbas ardiendo en un brasero. La mujer atizó el fuego, produciendo más nubes de ese humo penetrante. Cuando se volvió, sus ojos eran vigilantes.

Kerwin pensó que nunca había visto una persona más incolora. El pelo, recogido con flojedad en la nuca, era del mismo gris desvaído que el chal; caminaba cansinamente, un poco encorvada, como si sufriera algún dolor crónico. Con cuidado, se sentó en una silla y, con un movimiento abrupto de la cabeza, indicó a Kerwin que se sentara.

–¿Qué quieres, *terrano*? –Ante su asombro, los labios de la mujer esbozaron una leve sonrisa–. Tu lenguaje es perfecto –dijo–, pero recuerda qué soy. Hay otro mundo en tu manera de caminar, en la postura de tu cabeza y en lo que haces con las manos. No perdamos tiempo con mentiras.

Al menos no lo había confundido con su misterioso doble, pensó Kerwin con agradecimiento y se quitó el gorro. *Tal vez, si soy sincero con ella, también ella lo será conmigo.*

Se quitó el cristal que llevaba al cuello y lo puso delante de la mujer.

–Nací en Darkover –explicó–, pero me mandaron lejos. Mi padre era terrano. Creí que sería muy simple averiguar más cosas sobre mí mismo.

–Debería serlo con esto –asintió ella–. Digno de una Celadora, eso es.

Se inclinó hacia adelante; a diferencia de los otros mecánicos, no se envolvió la mano para tocar la piedra. Kerwin hizo un gesto de disgusto; por alguna *razón,* odiaba que tocaran el cristal. Ella vio su gesto y dijo:

–De modo que al menos sabes *eso.* ¿Está sintonizado?

–No sé qué quieres decir.

Ella arqueó las cejas. Después le tranquilizó:

–No te preocupes. Puedo protegerme aunque esté sintonizado. No soy supersticiosa y hace mucho tiempo aprendí, del viejo mismo, que cualquier técnico más o menos competente puede hacer el trabajo de una Celadora. Y lo he hecho. Déjame cogerla.

La levantó. Kerwin sintió tan sólo un leve *shock.* Sus manos eran bellas, más jóvenes que el resto, gráciles y flexibles, con uñas bien cuidadas; él había esperado, de algún modo, que las tuviera roídas y sucias. Una vez más el gesto le resultó familiar.

–Cuéntame acerca de ella –le dijo.

Kerwin le contó todo, sintiéndose repentinamente seguro: la manera en que lo habían confundido con algún misterioso *otro,* el ataque que había sufrido en la calle, su imposibilidad de hallar registros en el orfanato, la negativa a decirle algo de los otros dos técnicos. Ante eso, ella frunció el ceño con desdén:

–¡Y dicen que no son supersticiosos! Necios –murmuró.

–¿Y tú qué puedes decirme?

Ella rozó el cristal con un dedo bellamente manicurado.

–Sólo esto: no está en los bancos principales. Debe de proceder de alguien de la Torre Prohibida. No lo reconozco a primera vista. Pero resulta difícil creer que tengas sangre terrana. Aunque algunos han existido y una vez vi al viejo *Dom Ann'dra...* Pero eso no significa nada.

Se dirigió a un armario y escarbó en él hasta extraer algo envuelto en un pedazo de seda aislante. Ante ella, sobre la mesa, colocó un pequeño marco de mimbre; después, tras quitar con cuidado las sedas, puso algo en el marco. Era una matriz pequeña, más pequeña que la suya, pero considerablemente más grande que la que Ragan le había mostrado. En ella jugaban pequeñas lucecitas. Kerwin, al mirarlas, se sintió mareado y con náuseas.

La mujer miró dentro de su propia matriz, luego en la de Kerwin, se incorporó y atizó de nuevo las llamas del brasero para que se elevaran las nubes de ese humo asfixiante. Kerwin

sintió que le daba vueltas la cabeza. El humo parecía contener alguna droga potente, pues la mujer, inhalando profundamente, le miró con un súbito centelleo vital en los ojos.

–Tú –dijo–, tú no eres lo que pareces. –Sus palabras se arrastraban de manera extraña–. Encontrarás lo que buscas, pero también lo destruirás. Eras una trampa que no fue disparada; te enviaron lejos por tu seguridad; te sacaron de la tormenta para que alimentaras a la *banshee*... Encontrarás lo que deseas, lo destruirás pero también lo salvarás...

–No vine aquí para que me adivinaran la suerte –interrumpió Kerwin con brusquedad.

Ella pareció no oírlo y refunfuñó de manera casi incoherente.

Estaba oscuro en la habitación, salvo por el leve resplandor procedente del brasero, y hacía mucho frío. Impaciente, Kerwin se agitó; ella hizo un gesto imperativo y él volvió a sentarse, sorprendido ante la autoridad del movimiento.

¡Bruja incoherente y drogada! ¿Qué demonios estaba haciendo ahora?

El cristal que se hallaba sobre la mesa, el suyo, resplandeció y centelleó; el cristal situado en el marco de mimbre, entre las delgadas manos de la mujer, empezó lentamente a brillar con luz azul.

–La Campanilla Dorada –masculló la mujer, arrastrando las palabras y convirtiéndolas en una sola: *Cleindori*–. Oh, sí, Cleindori era bella. Durante mucho tiempo la buscaron en las montañas del otro lado del río, pero ella se había ido donde ellos no podían seguirla, los orgullosos y supersticiosos necios que predicaban el Estilo de Arilinn...

Ahora toda la luz de la habitación se concentraba en el rostro de la mujer; la luz que parecía manar del centro azul del cristal.

Kerwin se quedó allí sentado largo tiempo, mientras la mujer miraba el cristal y mascullaba algo para sí. Finalmente, él se preguntó si la mujer estaría en trance, si no sería clarividente y tal vez podría responder a todas sus preguntas.

–¿Quién soy?

–Eres aquél a quien ellos lograron alejar, la rama salvada del incendio –dijo ella oscuramente–. Había otros, pero tú eras el más apropiado. Ellos no sabían, los orgullosos Comyn, que les habías sido arrebatado. Que ellos habían escondido la presa en la casa del cazador, que habían ocultado el árbol dentro del bosque. Todos ellos, Cleindori, Cassilde, el *terrano*, el muchacho Ridenow...

Las luces del cristal parecieron condensarse en un brillante relámpago de luz. Kerwin lo sentía como un cuchillo en los ojos, pero no podía moverse.

Luego, una escena se presentó ante sus ojos, clara y distinta, como si estuviera impresa en el interior de sus párpados:

Dos hombres y dos mujeres, todos ellos con ropas darkovanas, sentados en torno a una mesa sobre la que yacía, en un marco, una matriz; y una de las mujeres, muy frágil, muy rubia, se inclinaba sobre ella, asiendo el marco con tanta fuerza que Kerwin veía que sus nudillos se ponían blancos por el esfuerzo. Su rostro, enmarcado por pálido cabello rojizo, resultaba pavorosamente familiar... Los hombres observaban, concentrados, inmóviles. Uno de ellos tenía pelo oscuro y ojos oscuros, ojos de animal. Kerwin se escuchó pensar: El terrano *y supo, en lo profundo de su mente, que estaba mirando el rostro del hombre cuyo nombre llevaría. Y todos ellos observaban como hechizados mientras las frías luces jugaban sobre el rostro de la mujer como una aurora extraña. Entonces, el hombre alto y pelirrojo desprendió de golpe las manos de la mujer del marco; las luces azules se extinguieron y la mujer cayó desmayada en brazos del hombre moreno...*

La escena desapareció. Kerwin vio nubes que se movían y una lluvia fría y espesa que caía sobre un patio. Un hombre caminaba a zancadas a través de un corredor con altas columnas; un hombre alto y arrogante. Kerwin contuvo el aliento, recordando el rostro soñado de sus primeros recuerdos. La escena se redujo otra vez a una cámara de altas paredes. Las

mujeres estaban allí, al igual que uno de los hombres. A Kerwin le parecía ver la escena desde una perspectiva extraña, como si estuviera muy arriba o muy abajo.

Cuando advirtió que estaba *allí*, el horror y el miedo súbito le hicieron temblar. Parecía desviar la vista de los cuatro reunidos en torno a la matriz, fijándola en una puerta cerrada, cuyo picaporte se movía lentamente, muy lentamente. La puerta se abrió de pronto y desapareció tras unas figuras oscuras que llenaron por completo el umbral y ocultaron la luz, figuras que se lanzaron hacia adentro...

Kerwin gritó. No era su propia voz, sino la voz de un niño, aguda, terrible y aterradora, un aullido de absoluto pánico y desesperación. Cayó sobre la mesa, mientras la escena se oscurecía ante sus ojos, y los gritos recordados siguieron resonando en sus oídos mucho después de que su propio grito le hubiera devuelto la conciencia.

Atontado, se incorporó y se restregó lentamente los ojos. Su mano quedó llena de sudor... ¿o lágrimas? Confuso, meneó la cabeza. *No* estaba en ese cuarto de altas paredes lleno de difusas figuras de terror. Estaba en la casa de paredes de piedra de la vieja técnica de matrices; el fuego del brasero se había extinguido y la habitación estaba fría y oscura. Apenas si pudo distinguir la forma de la mujer: había caído hacia adelante, y su cuerpo yacía sobre la mesa, encima del marco de mimbre, que se había caído y soltado el cristal sobre la mesa.

Pero ya no había luz azul en la piedra. Yacía allí vacía, gris, como un opaco pedazo de vidrio.

Kerwin miró a la mujer, perplejo e irritado. Le había mostrado *algo*... pero ¿qué significaba? ¿Por qué había gritado él? Con cautela, se tocó la garganta. Sentía la voz ronca.

–¿Qué demonios era todo eso? Supongo que el hombre moreno era mi padre. ¿Pero quiénes eran los otros?

La mujer no se movió ni habló. Kerwin frunció el ceño. ¿Estaría borracha, drogada? Sin ninguna consideración, extendió una mano para sacudirla del hombro.

–¿Qué era eso? ¿Qué significaba? ¿Quiénes eran?

Con gracia pesadillesca, lentamente, la mujer se deslizó y cayó de lado al suelo. Jurando, Kerwin rodeó la mesa y se arrodilló a su lado, aunque ya sabía qué descubriría.

La mujer estaba muerta.

6

NUEVO EXILIO

Kerwin todavía sentía la garganta dolorida, mientras una pesada histeria hacía presa de él.

¡Todas las puertas siguen cerrándose en mis narices!

Entonces miró a la mujer muerta con pena y una culpa dolorosa. Él la había arrastrado a esto, y ahora estaba muerta. Esta mujer desconocida y poco encantadora, cuyo nombre ni siquiera conocía. Él la había involucrado en el misterioso destino que le perseguía.

Miró la matriz de la mujer, que yacía gris y opaca sobre la mesa. ¿Habría muerto junto con la mujer? Tímidamente, tomó la suya, se la guardó en el bolsillo, volvió a mirar a la muerta con lástima y fútil arrepentimiento y después se marchó y llamó a la policía.

Llegaron darkovanos vestidos de verde y con cinturones en cruz, la Guardia de la Ciudad –el equivalente de la policía metropolitana de Darkover–, que no parecieron en absoluto felices al ver un terrano allí y lo manifestaron. Con reticencia, rígidamente corteses, le concedieron el privilegio legal de llamar a un cónsul terrano antes de ser interrogado, privilegio del que Kerwin hubiera preferido prescindir. No estaba en absoluto ansioso de que el Cuartel General se enterara de que él había estado haciendo averiguaciones allí.

Le hicieron preguntas, y sus respuestas no les agradaron. Kerwin no se reservó nada, salvo el hecho de que tenía una matriz y por qué había ido hasta allí a consultar a la mujer. Pero por fin, como la mujer no tenía ni una marca y, como era obvio que no había sido molestada sexualmente y como tanto un médico terrano como un darkovano opinaron cada uno por su cuenta que había muerto de un ataque cardíaco, le dejaron ir y le escoltaron hasta el límite del espaciopuerto. Allí le dijeron adiós con cierta severa formalidad que le advertía, sin palabras, que, si volvían a encontrarlo en esa parte de la ciudad, ellos no serían responsables de lo que pudiera ocurrirle.

Él pensó, entonces, que ya había visto lo peor, cuando el callejón demostró ser sin salida: sólo le conducía a una mujer muerta. A solas en sus habitaciones, caminando de arriba a abajo como un animal enjaulado, revisó lo ocurrido una y otra vez, tratando de encontrarle algún sentido.

¡Maldición! ¡Tenía que haber algún *propósito* detrás de todo eso! Alguien, o algo, estaba *decidido* a que él no rastreara su propio pasado. El hombre y la mujer que se habían negado a ayudarle le habían dicho: «No nos corresponde interferir en los asuntos de las *vai leroni.»*

La palabra no le resultaba familiar; trató de desentrañar las partes que la componían. *Vai*, por supuesto, era una expresión honorífica adicional, que significaba algo así como *digno* o *excelente,* como en el caso de *vai dom,* que quería decir, a grandes rasgos, *digno señor, buen señor, Su Excelencia,* según el contexto. Encontró *leroni* en *leronis* (singular, dialecto montañés), definido como «probablemente derivado de *laran,* en el sentido de poder o derecho de herencia, sobre todo el poder psíquico heredado; *leronis* suele traducirse casi siempre como *hechicera».*

Pero Kerwin se preguntó, frunciendo el ceño, quiénes eran entonces las *vai leroni,* las buenas hechiceras, y por qué en el mundo –en *cualquier* mundo– alguien habría de creer que él estaba involucrado en sus asuntos.

La chicharra del intercom interrumpió su preocupación; gruñó una respuesta y luego se reacomodó, pues el rostro del Legado, que había aparecido en la pantalla, se veía sin duda muy sombrío.

–¿Kerwin? Sube a Administración... ¡a paso rápido!

Kerwin hizo lo que se le ordenaba, trasladándose en los enormes ascensores hasta el elevado *penthouse* de paredes de vidrio donde se hallaban los despachos del Legado y de su personal. Mientras esperaba, a las puertas de la Administración, se puso rígido al ver, a través de una puerta abierta, dos de los uniformes de los Guardias de la Ciudad que caminaban envaradamente a cada lado de un hombre alto y erguido, de pelo plateado, cuyas ricas vestiduras y corta y enjoyada capa azul y oro revelaban a la alta aristocracia darkovana. Los tres le atravesaron con la mirada, y Kerwin tuvo la desagradable sensación de que lo peor todavía no había pasado.

La recepcionista le indicó que entrara. El Legado le miró con mala cara; esta vez no le invitó a sentarse.

–De modo que aquí está el darkovano –dijo, sin ninguna amabilidad–. Tendría que haberlo sabido. ¿En qué demonios te has estado metiendo ahora? –Ni siquiera esperó la respuesta de Kerwin–. Fuiste advertido –agregó–. Te metiste en problemas antes de haber estado aquí veintiocho horas completas. Eso no fue suficiente; tuviste que seguir buscando problemas. –Kerwin abrió la boca para responder, pero el Legado no le dio tiempo–. Te expliqué cuál era la situación en Darkover; aquí vivimos en una especie de tregua incómoda en el mejor de los casos y, tal como están las cosas, tenemos ciertos acuerdos con los darkovanos. Y eso incluye mantener a los turistas curiosos lejos de la Ciudad Vieja.

La injusticia de tal afirmación le hizo hervir la sangre a Kerwin.

–¡Un momento, señor! ¡Yo no soy un turista! Nací y fui criado aquí...

–Ahórrate todo eso –dijo el Legado–. Despertaste mi curiosidad lo suficiente como para que investigara esa historia fraudulenta que me contaste, acerca de que habías nacido aquí. Evidentemente, inventaste todo, no hay registro de ningún Jeff Kerwin en el Servicio. Excepto –agregó de modo sombrío–, del condenado barullero al que estoy mirando en este momento.

–¡Eso es mentira! –estalló Kerwin, furioso. Pero luego se interrumpió. Él mismo había visto el circuito rojo de prioridad, la advertencia de acceso codificado. Había sobornado al hombre, y aquél le había dicho: *mi empleo está en juego.*

–Éste no es un mundo para mentirosos ni perturbadores –reprochó el Legado–. Te lo advertí una vez, recuérdalo. Pero, por lo que sé, tuviste que andar metiendo la nariz en todas partes...

Kerwin respiró hondo, tratando de presentar su caso con calma y razonablemente.

–Señor, si yo inventé toda la historia, ¿por qué alguien debería preocuparse por dónde ando «metiendo la nariz», como dicen? ¿No es evidente que eso prueba mi historia..., que hay algo raro en todo esto?

–Para mí todo lo que prueba –repuso el Legado– es que eres un loco con complejo de persecución y que crees que todos conspiramos para que no averigües algo de ti.

–Así expresado suena condenadamente lógico, ¿verdad? –reconoció Kerwin con tono de amargura.

–Muy bien –dijo el Legado–. Dame aunque sólo sea una razón para que alguien se moleste en conspirar contra un servidor civil de poca monta, hijo de..., como dices, un empleado del Imperio, de alguien del que nadie oyó hablar nunca. ¿Por qué habrías de ser tan importante?

Kerwin hizo un gesto de impotencia. ¿Qué podía responder a eso? Sabía que sus abuelos habían existido, que le habían enviado con ellos... pero, si no había en Darkover registro de ningún Jeff Kerwin, salvo de él mismo, ¿qué podía decir?

¿Por qué habría de mentir la mujer del orfanato? Ella misma le había dicho que siempre intentaban mantener contacto con los muchachos. ¿Qué prueba tenía él? ¿Habría construido todo a partir de su propio deseo? Su cordura se tambaleó.

Con un profundo suspiro, abandonó todos sus recuerdos y su sueño.

–Muy bien, señor, lo siento. Abandonaré todo, no intentaré averiguar nada más...

–No tendrás oportunidad de hacerlo. No estarás aquí –dijo el Legado con frialdad.

–¿Que no...?

Algo, frío y agudo como un cuchillo, pareció atravesar el corazón de Kerwin. El Legado asintió, con expresión inmutable.

–Los Mayores de la Ciudad han puesto tu nombre en la lista de *persona non grata* –informó–. Y, aunque no lo hubieran hecho, la política oficial es conceptuar muy mal a cualquiera que se mezcle demasiado en los asuntos nativos.

Kerwin se sintió como si lo hubieran apaleado; permaneció inmóvil, sintiendo que la sangre se retiraba de su rostro, dejándolo frío y sin vida.

–¿Qué quieres decir?

–Quiero decir que se ha pedido tu traslado –dijo el Legado–. Puedes llamarlo como quieras. En pocas palabras, has metido tu enorme nariz en demasiados rincones, y nos estamos asegurando de que no vuelvas a hacerlo. Saldrás de aquí en la próxima nave.

Kerwin abrió la boca y volvió a cerrarla. Se apoyó en el escritorio del Legado, sintiendo que se caería si no lo hacía.

–¿Eso significa que me deportarán?

–Así es –confirmó el Legado–. En la práctica no es tan malo, por supuesto. Firmé como si se tratara de una solicitud de traslado de rutina. Dios sabe que tenemos muchos aquí. Tienes un registro limpio, y te daré una buena recomendación. Dentro de ciertos límites, puedes tener cualquier destino para el que estés capacitado; ve a ver la comisión de Despacho para eso.

–Pero, señor, Darkover... –empezó a decir Kerwin, sintiendo en la garganta una especie de nudo.

Era su hogar. Era el único lugar donde quería estar.

El Legado sacudió la cabeza, como si pudiera leer el pensamiento de Kerwin. Se le veía cansado, demacrado, como un hombre viejo, agotado, que luchaba contra un mundo demasiado complejo para él.

–Lo siento, hijo –dijo con amabilidad–. Creo que sé cómo te sientes. Pero tengo un trabajo que cumplir y ni siquiera dispongo del suficiente poder para determinar cómo lo hago. Saldrás de aquí en la próxima nave. Y no solicites regresar, porque no se te autorizará. –Se puso de pie–. Lo siento, muchacho.

El Legado le tendió la mano. Kerwin no la tomó. El rostro de aquél se endureció.

–Estás dispensado del servicio de ahora en adelante. Dentro de veintiocho horas quiero que tengas presentada una solicitud formal de traslado, con tu ruta preferida y asignación. Si tengo que hacerlo por ti, pediré que te trasladen a la colonia penal de Lucifer Delta. Hasta que te marches estarás confinado en tus habitaciones. –Se inclinó sobre su escritorio y comenzó a cambiar papeles de lugar. Sin levantar la vista, agregó–: Puedes retirarte.

Kerwin se marchó. De modo que había perdido; había perdido todo. El misterio al que se enfrentaba había sido demasiado grande para él; se había metido en algo que lo excedía por completo.

El Legado había mentido. Kerwin lo había advertido cuando el hombre le había, tendido la mano, al final. El Legado se había visto obligado a condenarlo al exilio, aunque no lo deseaba particularmente...

Al regresar a sus sombrías habitaciones, Kerwin se dijo que no debía ser necio. ¿Por qué habría de mentir el Legado? ¿Sería un soñador, un tonto con delirio de persecución, que compensaba su infancia huérfana con sueños de grandeza?

Caminó de un lado a otro; fue hasta la ventana, inquieto, a mirar el sol rojo que se sumergía entre las montañas. *El sol sangriento.* Algún poeta romántico había dado ese nombre a la estrella Cottman mucho tiempo atrás. Cuando la rápida oscuridad cayó desde las montañas, Kerwin apretó los puños, mirando el cielo.

Darkover. Es el fin de Darkover para mí. El mundo por el que he luchado vuelve a expulsarme de nuevo. He trabajado y me he esforzado por volver aquí, y todo ha sido para nada. Todo lo que he conseguido han sido frustraciones, puertas cerradas, muerte...

La matriz es real. Yo no la he soñado ni la he inventado. Y ella pertenece a Darkover...

Buscó en el bolsillo *y* extrajo la gema azul. De alguna manera, era la clave del misterio, la clave de todas las puertas que le habían cerrado en la cara. Tal vez debería habérsela mostrado al Legado... No. El Legado sabía perfectamente bien que Kerwin le decía la verdad, sólo que por alguna razón había preferido no admitirlo. Si lo hubiera enfrentado con la matriz, con toda seguridad habría inventado alguna otra mentira.

Kerwin se preguntó cómo sabía que el hombre le había mentido. Porque lo *sabía.* Sin ninguna duda, sin vacilaciones, sabía que el hombre le había estado mintiendo, por alguna oscura razón que sólo él conocía. Pero... *¿por qué?*

Corrió las cortinas para aislarse de la oscuridad exterior, de las luces del espaciopuerto, allá abajo, y colocó el cristal sobre la mesa. Se detuvo, vacilante, viendo con la imaginación el cuadro de la mujer tendida en una muerte inmerecida, recordando el terror que lo había invadido...

Vi algo cuando ella miraba dentro de la matriz, pero no puedo recordar qué era. Sólo recuerdo que me asustó más que el demonio...

En su mente apareció, como una luz parpadeante, un rostro de mujer, figuras oscuras ante una puerta que se abría... Apretó los dientes para contener el pánico que le invadía, golpeando la puerta cerrada de su memoria, pero no pudo recordar nada; sólo el miedo, el grito de una voz de niño y la oscuridad.

Con toda severidad se ordenó no ser necio. Ragan había usado su cristal y no le había hecho ningún daño. Con un sentimiento de autocontrol, colocó el cristal sobre la mesa y se protegió los ojos con la mano, como había hecho la mujer, para observar dentro de la piedra.

Nada ocurrió.

¡Maldición! Tal vez había algún truco especial, tal vez tendría que haber buscado a Ragan para persuadirlo, incluso sobornarlo, para que le enseñara a usarla. Pero ya era demasiado tarde para eso. Miró con ferocidad dentro del cristal. Por un momento pareció que una luz pálida centelleaba en su interior; móviles lucecitas azules que le hicieron sentirse un poco mareado. Pero el resplandor se desvaneció. Kerwin sacudió la cabeza. Le dolía el cuello y sus ojos le estaban jugando una mala pasada; eso era todo. El viejo truco de «mirar fijamente el cristal» era tan sólo una forma de autohipnosis. Tendría que protegerse de eso.

La luz reapareció, reptó como un pequeño puntito de color que se desplazaba dentro de la gema y *creció.* Kerwin pegó un salto: era como un alambre al rojo vivo que tocara algo dentro de su cerebro. Y entonces oyó algo: una voz muy distante que pronunciaba su nombre... No. No había palabras. Sin embargo le hablaba a *él y* a ninguna otra persona que jamás hubiera existido; era un mensaje absolutamente *personal.* Era algo así como: *Tú. Sí, tú. Te veo.*

O, más aún: *Te reconozco.*

Mareado, meneó la cabeza, aferrándose al borde de la mesa. Le dolía la cabeza, pero ya no podía detenerse. Le parecía escuchar palabras, meras sílabas al azar..., una voz que

murmuraba, o varias que zumbaban y zumbaban justo por debajo del umbral de la conciencia, como una corriente que se precipitara, susurrante, sobre piedras agudas.

Sí, él es el esperado.

No puedes combatirlo ahora.

Cleindori trabajó demasiado por esto como para malgastarlo ahora.

¿Sabe él lo que tiene o lo que está ocurriendo?

¡Con cuidado! ¡No le hagas daño! No está acostumbrado...

Un bárbaro, un terrano...

Si ha de sernos de alguna utilidad, debe encontrar el camino solo y sin ayuda; al menos debo insistir en esa prueba.

Lo necesitamos demasiado como para someterlo a eso. Déjame ayudarlo...

¿Que necesitamos eso? Un terrano...

Esa voz sonaba como la del pelirrojo del Sky Harbor Hotel. Pero, cuando Kerwin giró rápidamente, casi esperando encontrar al hombre que de alguna manera había logrado llegar hasta su habitación, no halló a nadie allí, y las voces sin cuerpo desaparecieron.

Se inclinó hacia adelante, mirando el cristal con fijeza. Y entonces, cuando la piedra pareció expandirse hasta colmar la habitación, vio el rostro de una mujer.

Por un momento, a causa del resplandor de su pelo rojo, creyó que era la muchacha semejante a un duende a la que llamaban Taniquel. Después advirtió que nunca antes la había visto.

Tenía el pelo rojo, de un rojo pálido, casi tirando a dorado, era pequeña y delgada, y tenía un rostro redondo, infantil, terso. Kerwin pensó que apenas habría salido de la adolescencia. Le observaba directamente, con grandes y soñadores ojos grises que parecían mirar, desenfocados, *a través de* él.

Tengo fe en ti, dijo ella de alguna manera, sin pronunciar palabras, ya que éstas parecieron resonar dentro de su cabeza, *y te necesitamos tanto que he convencido a los otros. Ven.*

Los puños de Kerwin se apretaron contra la mesa.

–¿Adónde? *¿Adónde?* –gritó.

Pero el cristal estaba otra vez vacío y azul; la extraña muchacha había desaparecido. Kerwin escuchó tan sólo su propio grito que resonaba tontamente contra las paredes vacías.

¿Habría estado ella alguna vez allí? Kerwin se enjugó la frente, húmeda de frío sudor. ¿Era su propio deseo el que le había dado una respuesta? Se guardó el cristal en el bolsillo. No podía perder tiempo en estas cosas. Tenía que hacer las maletas para el viaje, descartar su equipo y abandonar Darkover para no volver jamás. Debía dejar atrás sus sueños y el final de su juventud. Debía dejar atrás todos esos recuerdos vagos y esos sueños engañosos, esos fuegos artificiales que casi lo habían conducido a la destrucción. Tendría que construirse una nueva vida en otra parte, una vida de alguna manera más pequeña, limitada por el cartel de PROHIBIDO PASAR de las esperanzas muertas y los viejos anhelos; debía construirse una vida de algún modo, con los fragmentos de sus viejas aspiraciones, con amargura y resignación...

Y entonces algo se rebeló en el interior de Jeff Kerwin, algo que no era el dócil empleado de CommTerra, algo que se irguió sobre sus patas traseras y que golpeó el suelo con las zarpas y dijo, fría, limpia e inconfundiblemente: *No.*

No sería así. Los *terranos* jamás podrían obligarlo a marcharse.

¿Quién demonios se creen que son, en todo caso, esos condenados intrusos en nuestro mundo?

¿Se trataba de la voz del cristal? No, pensó Kerwin; era la voz interior de su propia mente, que rechazaba de plano las órdenes del Legado. Éste era *su* mundo, y andaban listos si creían que lo obligarían a abandonarlo.

Advirtió que se movía automáticamente, sin pensarlo, como si en él hubiera emergido otro yo, sepultado durante mucho tiempo. Kerwin se observó mientras se movía por la habitación, descartando casi todo su equipo; se guardó en el bolsillo media docena de pertenencias pequeñas y dejó el resto en su lugar. Puso la matriz en la cadena que pendía de su cuello y la ocultó cuidadosamente. Empezó a desabotonarse el uniforme; luego se encogió de hombros y lo dejó; fue hasta el guardarropa, extrajo la bordada capa darkovana que había comprado la primera noche que estuvo en Thendara, se la puso sobre los hombros y la abrochó. Se echó una breve mirada en el espejo. Después, sin mirar atrás, salió de sus habitaciones con la vaga idea, en la superficie de su mente, de que nunca volvería a verlas.

Cruzó las salas centrales comunes de los departamentos para solteros, tomó un atajo a través del desierto comedor común. Se detuvo en la puerta exterior de la sección. Una voz interior, clara e inconfundible, le dijo: *No, ahora no, espera.*

Sin comprender, pero obedeciendo la corazonada –¿qué otra cosa podía hacer?–, se sentó y esperó. Extrañamente, no se sentía impaciente en absoluto. Su espera tenía la misma certeza vigilante del gato ante la ratonera, una seguridad, una... una *justificación.* Permaneció sentado inmóvil, con las manos entrelazadas, silbando para sí una monótona melodía. No se sentía inquieto. Pasó media hora, una hora, una hora y media; sus músculos empezaron a acalambrarse y automáticamente cambió de posición para aliviar la tensión; pero siguió esperando, sin saber qué era lo que esperaba.

Ahora.

Se puso de pie y salió al corredor desierto. Mientras caminaba con rapidez a través del vestíbulo, se preguntó si darían orden de arresto contra él si descubrían que no estaba en sus habitaciones. Suponía que sí. No tenía planes, excepto su idea básica de negarse a obedecer la orden de deportación. Eso significaba que de alguna manera debía salir, no sólo del Cuartel General, sino también de la Zona del espaciopuerto y de toda la Zona terrana sin que lo vieran. No sabía qué ocurriría después y, lo más curioso, no le importaba.

Respetando todavía la extraña corazonada, se desvió del corredor principal, donde podría encontrarse con conocidos fuera de servicio que se dirigieran a las habitaciones, y se encaminó hacia un ascensor de carga, poco utilizado. Se dijo que, al menos, debería quitarse la capa darkovana; si alguien lo encontraba usándola dentro del Cuartel General, seguramente lo interrogarían y lo descubrirían. Levantó una mano para desatarla y llevarla colgada del brazo; si iba de uniforme, sólo sería un empleado más, anónimo, caminando por los pasillos.

No.

Clara, inconfundible, la advertencia negativa resonó en su cabeza. Perplejo, dejó caer la mano y no se quitó la capa. Salió del ascensor a un estrecho corredor y se detuvo para orientarse; esa parte del edificio no le resultaba familiar. Había una puerta al final del corredor; la abrió y salió a un vestíbulo atestado. Lo que parecía un turno completo de empleados de mantenimiento, uniformados, se movía de un lado a otro, aprestándose a terminar el período de servicio. Un numeroso grupo de darkovanos, con sus ropas coloridas y largas capas, se encaminaban, a través de la multitud, hacia las puertas exteriores. Kerwin, al principio confundido por la multitud, advirtió rápidamente que nadie le prestaba la menor atención. Con lentitud, sin destacarse, se abrió camino entre la gente y consiguió unirse al grupo de darkovanos. Ninguno de ellos lo advirtió. Supuso que formaban parte de alguna delegación formal procedente de la ciudad, de uno de los comités que ayudaban a administrar la Ciudad Comercial. Constituían una azarosa corriente dentro de la multitud, marchando en su propia dirección. Kerwin, en el extremo del grupo, se dejó llevar entre ellos hasta la calle, fuera del Cuartel General y a través del portal que permitía salir del recinto cerrado. Los guardias de la Fuerza Espacial sólo les dedicaron, incluso a Kerwin, una mirada desinteresada.

Fuera de las puertas, el grupo de darkovanos empezó a dividirse de a dos y de a tres, mientras conversaban y se demoraban. Uno de los hombres lanzó a Kerwin una cortés mirada de desconocimiento e inquisición. Kerwin murmuró una frase formal, se volvió rápidamente y se dirigió al azar a una callejuela lateral.

La Ciudad Vieja ya estaba envuelta en la penumbra. El viento era helado, y Kerwin se estremeció un poco a pesar de la capa que lo cubría. De todas maneras, ¿adónde iba?

Vaciló en la esquina del restaurante donde, en una oportunidad, se había encarado con Ragan. ¿No debería entrar y buscar al hombrecito, que tal vez le resultara de utilidad?

Una vez más escuchó ese *no* claro e inconfundible de su mentor interno. Kerwin se preguntó si no estaría imaginándose cosas, racionalizando. Bien, no tenía demasiada importancia, de cualquier manera, y había logrado salir del Cuartel General; así que continuaría atendiendo a su corazonada, fuera lo que fuese. Volvió la vista hacia el edificio del Cuartel General, que ya había quedado oculto a medias por la bruma que se espesaba, y después le dio la espalda. Fue como si cerrara una puerta mental. Allí terminaba todo. Se había lanzado a la deriva y no volvería a mirar atrás.

Al tomar tal decisión, una curiosa paz pareció apoderarse de él. Volvió la espalda a las calles conocidas y empezó a alejarse rápidamente del área de la Ciudad Comercial.

Nunca se había internado tanto en la Ciudad Vieja, ni siquiera el día en que fue a buscar a la anciana mecánica de matrices, aquel día que había terminado con la muerte de la mujer. Aquí los edificios eran viejos y estaban construidos con una pesada piedra translúcida, como protección contra el viento penetrante. A esa hora había pocas personas en las calles; de tanto en tanto veía a algún caminante solitario, un obrero que llevaba puesta una de aquellas baratas chaquetas de alpinista, importadas, con la cabeza gacha para defenderse del viento; en cierto momento vio a una mujer que era transportada en una silla cortinada sobre los hombros de cuatro hombres; en otro, cubierto de pelaje plateado y deslizándose sin ruido a la sombra de un edificio, un no-humano le miró con malicia distanciada.

Un grupo de rapazuelos de la calle, con ropas harapientas, descalzos, se acercaron a él como si pensaran molestarlo pidiéndole limosna; de repente retrocedieron, cambiaron algunos susurros y se alejaron a la carrera. ¿Sería por la capa ceremonial o por su pelo rojo, que aparecía por debajo de la capucha?

La rápida bruma se espesaba y empezó a nevar con copos pesados y densos. Kerwin advirtió que estaba absolutamente perdido en las calles desconocidas. Había caminado casi al azar, doblando en las esquinas por impulso, con esa extraña y casi onírica sensación de que no importaba en qué dirección iba. Ahora, al llegar a una gran plaza abierta, tan desconocida que ni siquiera tenía idea de cuánto había caminado, se detuvo y sacudió la cabeza, mientras recobraba su conciencia habitual.

Buen Dios, ¿dónde estoy? ¿Y adónde voy? ¡No puedo vagar toda la noche en medio de una tormenta de nieve, ni siquiera con una capa darkovana encima del uniforme! Debería haber tratado de encontrar un lugar para esconderme por un tiempo, o debería haber intentado salir de la ciudad antes de que descubrieran mi ausencia.

Atontado, miró a su alrededor. Tal vez debería regresar al Cuartel General y aceptar el castigo que le infligieran. No. El exilio estaba en esa dirección. Ya había decidido eso. Pero la curiosa corazonada que había seguido hasta entonces parecía desvanecerse, hasta desaparecer por completo. Se quedó allí mirando hacia uno y otro lado, quitándose los copos de nieve de los ojos y tratando de decidir hacia dónde iría. A un costado de la plaza había una fila de pequeños comercios, todos ellos cuidadosamente cerrados dada la hora de la noche. Kerwin se enjugó la cara húmeda con una manga no menos húmeda, mientras observaba con fijeza, a través de la densa nieve, una casa solitaria; en realidad, era una mansión, la casa ciudadana de algún noble. Había luces dentro, y podía ver, a través de las paredes translúcidas, oscuras

figuras borrosas. Atraído casi magnéticamente por las luces, Kerwin cruzó la plaza y permaneció ante la puerta semiabierta. Adentro había un tramo de peldaños que conducían a una gran puerta tallada. Se quedó allí, luchando contra la invisible atracción que sobre él ejercía esa puerta.

¿Qué estoy haciendo? ¡No puedo entrar ahí, en una casa desconocida! ¿Me habré vuelto completamente loco?

No. Éste es el lugar. Están esperándome.

Aunque se dijo que todo esto era una locura, sus pasos lo llevaron, automáticamente, hacia la puerta. Apoyó una mano en ella y, como no ocurrió nada, la abrió, entró y puso un pie en el peldaño inferior. Allí se detuvo, mientras la cordura y la locura luchaban en su interior; y lo peor era que Kerwin no estaba muy seguro de cuál era cuál.

Has llegado hasta aquí. No puedes detenerte ahora.

Te estás comportando como un condenado tonto, Jefferson Andrew Kerwin. Vete de aquí..., simplemente da la vuelta y sal corriendo de aquí antes de meterte en algo que en realidad *no puedas manejar. No en algo predecible como que te den una paliza en un callejón.*

Con lentitud, peldaño a peldaño, ascendió el resbaladizo tramo hasta el umbral iluminado.

Demasiado tarde ya para volverse atrás.

Asió el picaporte, advirtiendo de forma somera el diseño con forma de fénix. Lo giró lentamente, se abrió la puerta y Kerwin entró.

A millas de distancia, en la Zona terrana, un hombre se había acercado a un comunicador y había pedido un circuito prioritario especialmente codificado para hablar con el Legado.

–Nuestro pájaro ha volado–dijo.

En la pantalla, el rostro del Legado era grave y compuesto.

–Eso pensé. Presionarlo un poco como para que ellos tuvieran que hacer algo. Sabía que no nos dejarían deportarle.

–Parece demasiado seguro, señor. Él parece un tipo bastante independiente. Tal vez simplemente se marchó por su cuenta, se pasó al otro lado. No sería el primero. Ni siquiera el primero llamado Kerwin.

El Legado se encogió de hombros.

–Muy pronto lo averiguaremos.

–¿Todavía debemos seguirlo, entonces?

La respuesta fue inmediata.

–¡No! ¡Demonios, no! ¡Esta gente no es tonta! En el estado en que Kerwin estaba no podía percibir que lo seguían, pero es del todo seguro que *ellos* sí lo percibirían. Hay que dejarlo ir, sin ataduras. El movimiento ha sido de ellos. Ahora... esperemos.

–Eso es lo que hemos estado haciendo durante más de veinte años –gruñó el hombre.

–Esperaremos otros veinte si es necesario. Pero, como ahora el catalizador está trabajando, no creo que falte tanto tiempo. Esperemos y veamos.

La pantalla quedó en blanco. Al cabo de un rato, el Legado oprimió otro botón y apareció un código de acceso especial marcado KERWIN.

Parecía satisfecho.

7

REGRESO AL HOGAR

Kerwin, encandilado, permaneció parpadeando bajo la luz y la calidez del espacioso vestíbulo. Volvió a enjugarse la nieve del rostro. Por un momento, todo lo que pudo oír fue el viento que soplaba y la nieve que caía afuera, que golpeaban contra la puerta. Luego, una cristalina cascada de risa quebró el silencio.

–Elorie ha ganado –dijo una voz de mujer, ligera, infantil, que a él le resultó de alguna manera familiar–. Yo os lo advertí.

Justo ante él, se abrió una gruesa cortina de terciopelo y apareció una muchacha: una esbelta mujer joven con pelo rojo, que llevaba un vestido verde de cuello alto y tenía una preciosa cara de duende. Detrás de ella, otros dos hombres aparecieron por el cortinaje. Kerwin se preguntó si no sería un sueño... o una pesadilla. Pues eran los tres pelirrojos del Sky Harbor Hotel: la mujer bonita era Taniquel, y detrás de ella estaban el felino y arrogante Auster y el corpulento y cortés hombre que se había presentado como Kennard. Fue éste quien habló:

–¿Tenías alguna duda, Tani?

–¡El *terrano*! –dijo Auster y se quedó inmóvil y enfurruñado.

Con suavidad, Kennard apartó a Taniquel de su camino y se acercó a Kerwin, quien se hallaba perplejo y se preguntaba si debía disculparse por su irrupción. Kennard se detuvo a uno o dos pasos de Kerwin y le saludó:

–Bienvenido al hogar, muchacho.

Auster murmuró algo sarcástico, plegando los labios en una sonrisa irónica.

Kerwin dijo, meneando la cabeza:

–No comprendo nada de todo esto.

–Dime –le replicó Kennard–, ¿cómo encontraste este lugar?

Kerwin, demasiado desconcertado como para decir algo que no fuera la verdad, respondió:

–No lo sé. Tan sólo vine. Por una corazonada, me imagino.

–No –corrigió Kennard con gravedad–, fue una prueba, y tú la pasaste.

–¿Una *prueba*?

De repente, Kerwin sintió tanto furia como aprensión. Desde que había llegado a Darkover, alguien lo había estado empujando, y ahora, cuando había hecho lo que creía era un movimiento independiente para liberarse, descubría que lo habían conducido hasta aquí.

–Supongo que debería estar agradecido. ¡Pero en este momento lo único que quiero es una explicación! ¿Una prueba? ¿Para qué? ¿Quiénes *son* los tres? ¿Qué quieren de mí? ¿Todavía me siguen confundiendo con otra persona? ¿Quién se supone que soy?

–No quién –dijo Taniquel–, sino qué.

Y Kennard al mismo tiempo:

–No. Todo el tiempo supimos *quién* eras. Lo que teníamos que averiguar...

Ambos se interrumpieron, se miraron y rompieron a reír. Después la muchacha agregó:

–Díselo tú, Ken. Es *tu* pariente.

Kerwin alzó bruscamente la cabeza y los miró con fijeza.

–Si es por eso –aclaró Kennard– todos somos parientes tuyos; yo supe quién eras, o al menos lo supuse, desde el principio. Y si no lo hubiera sabido, tu matriz me lo habría revelado, porque la he visto y trabajado con ella antes. Pero teníamos que probarte, para ver si habías heredado el *laran*, si eras de verdad uno de nosotros.

Kerwin frunció el ceño y dijo:

–¿Qué quieres decir? Soy un terrano.

Kennard negó con la cabeza y agregó:

–No tiene nada que ver. Entre nosotros, los hijos adoptan el rango y los privilegios del progenitor de casta superior. Y tu madre fue una mujer del Comyn, mi hermana adoptiva, Cleindori Aillard.

Se produjo un súbito silencio, mientras Kerwin escuchaba la palabra *Comyn*, que resonaba una y otra vez en la habitación.

–Recuerda –concluyó Kennard–, que te confundimos con uno de los nuestros aquella noche en el Sky Harbor Hotel. No estábamos tan equivocados como creímos... ni tan equivocados como tú nos dijiste que estábamos.

Auster volvió a interrumpir diciendo algo ininteligible. Era raro con cuánta claridad comprendía a Kennard y Taniquel, aunque apenas si captaba alguna palabra de lo que decía Auster.

–¿Tu hermana adoptiva? –preguntó Kerwin–. ¿Quién eres tú?

–Kennard-Gwynn Lanart-Alton, Heredero de Armida –respondió el hombre mayor. Tu madre y yo fuimos criados juntos; también somos parientes consanguíneos, aunque la relación es... complicada. Cuando Cleindori... murió..., alguien se te llevó, clandestinamente y por la noche. Tratamos de rastrear a su hijo, pero había en esa época un... –Una vez más vaciló–. No pretendo ser misterioso, te lo garantizo; sólo que no puedo imaginar de qué manera explicártelo sin endilgarte un largo relato de la historia de las complicaciones políticas de los últimos cuarenta y pico de años de los Dominios. Había... problemas, y, cuando nos enteramos de dónde estabas, decidimos dejarte allí por un tiempo; al menos allí estabas a salvo. Para el momento en que podíamos reclamarte, ya te habían enviado a Terra. Todo lo que podíamos hacer era esperar. La noche del hotel, me sentí razonablemente seguro de quién eras. Después, tu matriz apareció en una de las pantallas monitoras...

–¿Qué?

–No puedo explicártelo en este momento. Al igual que no puedo explicar la estupidez de Auster cuando te encontró en el bar, salvo diciéndote que había estado bebiendo. Por supuesto, tú tampoco te mostraste precisamente cooperativo. –Una vez más Auster explotó en un barboteo ininteligible. Kennard le ordenó silencio con un gesto–. Ahorra saliva, Auster, no entiendo ni una palabra de lo que dices. De todos modos, pasaste la primera prueba; tienes *laran* rudimentario. Y, por ser quien eres y por... algunas otras cosas, vamos a averiguar si tienes suficiente *laran* como para sernos de utilidad. Entiendo que quieres permanecer en Darkover; nosotros te ofrecemos una oportunidad de hacerlo.

Bien, había seguido su corazonada. Si ésta le había sacado del fuego para meterlo en las llamas, sólo podía agradecérselo a sí mismo.

Bien, aquí estoy, pensó. *El único problema es... ¡que ni siquiera tengo la más mínima idea de dónde es «aquí»!*

–¿Qué es este lugar? ¿Es... –preguntó repitiendo la palabra que había escuchado pronunciar a Kennard–Armida?

Kennard meneó la cabeza, riéndose.

–Armida es la Gran Casa del Dominio Alton –dijo–. Está en las Kilghard Hills, a más de un día de marcha de aquí. Ésta es la casa de la ciudad que pertenece a mi familia. Lo más lógico hubiera sido llevarte al Castillo Comyn, pero algunos del Comyn no quisieron tener

nada que ver con este... –vaciló– este experimento mientras no supieran, en algún sentido, qué iba a pasar. Era mejor que no permitiéramos que demasiadas personas se enteraran de lo que estaba ocurriendo.

Kerwin observó los ricos tapices que había a su alrededor, las paredes recubiertas con paneles con cortinas. El lugar le resultaba bastante familiar, familiar y extraño, como salido de sus sueños lejanos y casi olvidados. Kennard respondió a la inquietud que él no había llegado a enunciar:

–Es posible que hayas estado aquí una o dos veces. Cuando eras muy pequeño. Aunque dudo que puedas recordarlo. De todas maneras... –echó una mirada a Taniquel y a Auster– debemos irnos tan pronto como nos sea posible. Quiero salir de la ciudad rápidamente. Elorie nos espera. –De pronto su rostro cobró una expresión sombría–. Ni que decir tiene que hay... algunas personas... que no verán todo esto con buenos ojos, y queremos presentarles un hecho consumado. –Sus ojos parecieron atravesar a Kerwin cuando agregó–: Ya te atacaron una vez, ¿verdad?

Kerwin no desperdició tiempo preguntándose cómo lo sabría Kennard.

–Sí.

–Al principio –dijo Kennard aún más sombrío–, pensé que Auster estaba detrás de eso. Pero me juró que no. Yo había esperado... que esos viejos odios, supersticiones, temores... se hubieran aquietado en una generación. –Suspiró y se dirigió a Taniquel–: Iré a dar las buenas noches a los niños. Luego podremos partir.

Una aeronave pequeña, sacudida por los vientos y corrientes traicioneras de la atmósfera por encima de las cumbres, voló a través del alba que enrojecía. Habían dejado atrás la tormenta, pero el accidentado terreno que se veía abajo, a una distancia que producía vértigo, estaba suavizado por varias capas de niebla.

Kerwin estaba incómodamente sentado con las piernas dobladas, observando cómo Auster manipulaba los controles invisibles. De ser por él, no habría elegido compartir con Auster la pequeña cabina delantera del piloto, pero apenas había espacio para Kennard y Taniquel en la pequeña cabina trasera y tampoco le habían consultado respecto a sus preferencias. Todavía estaba un poco confundido por la rapidez con que se habían producido los acontecimientos; casi de inmediato le habían llevado con mucha prisa hasta una pequeña pista de aterrizaje privada en el otro extremo de la ciudad y lo habían embarcado en este avión. Al menos, pensó con picardía, ahora sabía más que el Legado terrano, que no podía comprender qué utilidad daban los darkovanos a las aeronaves.

Kerwin todavía no tenía ni idea de qué querían de él, pero no estaba asustado. No eran exactamente amistosos, pero de alguna manera... lo habían *aceptado*, un poco a la manera de sus abuelos: por nada que tuviera que ver con su carácter o su personalidad, ni porque les agradara –a Auster era claro que *no le gustaba*–, pero lo habían aceptado, como familia. Sí, eso era: como familia. Ni siquiera cuando Kennard lo había interrumpido con brusquedad, diciéndole «¡Más tarde, más tarde!», había resultado ofensivo.

La nave no tenía ningún instrumento visible, salvo unos pequeños diales calibradores. Auster había graduado uno de ellos en cuanto abordaron, disculpándose secamente por la incomodidad: una desagradable vibración que a Kerwin le producía dolor en los dientes y en los oídos. Era necesario, explicó Auster con pocas palabras y enfurruñado, compensar la presencia de un telépata no entrenado dentro de la nave.

Desde ese momento, Auster apenas se había inclinado de tanto en tanto, abandonando su postura de rodillas, para mover una mano lánguidamente, como si señalara algún tablero invisible. O, pensó Kerwin, como si estuviera espantando moscas. Kerwin le había preguntado, una sola vez, qué era lo que impulsaba la nave.

–Cristal matriz –dijo Auster escuetamente.

Eso hizo que Kerwin plegara los labios en un silbido inaudible. Ni por asomo había imaginado que el poder de esos cristales sensibles al pensamiento fuera tan enorme. No era solamente poder *psi*. De eso estaba seguro. Por lo que Ragan le había dicho y por lo poco que había visto, Kerwin supuso que la tecnología de matrices era una de esas ciencias que los terranos agrupaban bajo el nombre general de *ciencias no-causales:* cirílica, electromentría, psicoquinética. Sabía muy poco de ellas. Con frecuencia se las encontraba en mundos no-humanos.

A pesar de la fascinación que experimentaba, se sentía llana e inequívocamente asustado. Sin embargo..., nunca había pensado en sí mismo como terrano, salvo por el accidente de su nacimiento. Darkover era el único hogar que había conocido, y ahora sabía con certeza que pertenecía a él, que de alguna manera estaba emparentado con la nobleza más alta, con el Comyn.

El Comyn. Sabía muy poco de ellos; tan sólo lo que sabía cualquier terrano destinado a Cottman Cuatro, que no era mucho. Eran una casta hereditaria que prefería tener que ver lo menos posible con los terranos, aunque había arrendado el espaciopuerto y los edificios de las Ciudades Comerciales. No eran reyes, autócratas, sacerdotes ni siquiera el gobierno: sabía más qué *no* eran que qué eran. Pero había tenido algún indicio de la fanática reverencia con que se trataba a esos nobles pelirrojos.

Con cautela, intentó estirar un poco sus piernas entumecidas sin golpear nada.

–¿Falta mucho para llegar a esa ciudad? –preguntó a Auster.

Auster no se dignó mirarlo. Era muy delgado, había en sus hombros y en el gesto de su boca arrogante una sugerencia felina, pero resultaba familiar también, en algún sentido que Kerwin no podía precisar. Bien, todos estaban emparentados; Kennard había dicho que todos eran parientes. Tal vez Auster se parecía a Kennard.

–Aquí no hablamos cahuenga –dijo Auster secamente–. No puedo entenderte, ni tú a mí, con el apaciguador telepático conectado. –Hizo un pequeño gesto en dirección al calibrador.

–¿Qué tiene de malo el cahuenga? Tú lo hablas a la perfección... Te escuché hacerlo.

–Somos capaces de aprender cualquier lengua humana conocida –reconoció Auster, con esa inconsciente arrogancia que tanto irritaba a Kerwin–, pero los conceptos de nuestro mundo sólo son expresables en la articulación de nuestra propia simbología semántica; y yo no tengo ganas de conversar en cocodrilo de temas triviales con un mestizo.

Kerwin tuvo que reprimir el impulso de golpearlo. Estaba absolutamente harto de sus despectivas alusiones a los hombres-lagarto y más todavía de que Auster lo agrediera cada vez que abría la boca. Nunca había conocido a un hombre más fácil de odiar que Auster; si es que era su pariente, decidió que las relaciones consanguíneas no significaban tanto como se suponía. Empezó a preguntarse cuán cercano sería el parentesco entre ambos. Esperaba que no demasiado.

El sol rozaba apenas el borde de las montañas, cuando Auster se movió un poco, con su rostro satírico levemente relajado, y señaló entre dos cumbres gemelas.

–Allí es –dijo–. Las llanuras de Arilinn, la ciudad y la torre de Arilinn.

Kerwin movió sus hombros entumecidos, mirando hacia abajo para ver la ciudad de sus ancestros. Desde la altura se veía como cualquier otra ciudad: un diseño de luces, edificios, espacios libres. La pequeña nave empezó a descender como respuesta a uno de esos gestos de las manos de Auster. Kerwin perdió el equilibrio, hizo una contorsión desesperada para recuperarlo e, involuntariamente, cayó contra él.

No estaba preparado en absoluto para la reacción de Auster. El hombre olvidó el manejo de la nave y se echó hacia atrás, describiendo al mismo tiempo un gran arco con el brazo, mientras su codo sobresalía para alejar a Kerwin con un golpe muy duro. Su antebrazo golpeó con fuerza a Kerwin en la boca. El aeroplano se agitó y giró. Detrás de ellos, en la cabina, Taniquel gritó. Auster, recuperándose, hizo algunos rápidos movimientos de control.

El primer impulso de Kerwin, romperle a Auster los dientes de un golpe, murió antes de empezar. Permaneció en su sitio gracias a un esfuerzo de su voluntad, apretando los puños para mantener el control.

–Conduce la condenada nave, tú –dijo en cahuenga–. Si te mueres por pelear, espera hasta que aterricemos, y con gusto te complaceré.

La cabeza de Kennard apareció en el estrecho hueco que separaba la cabina de control de la trasera y habló algo, inquisitivo y preocupado, en un idioma que Kerwin no entendía.

–¡Entonces –ladró Auster– haz que deje quietas sus zarpas de cocodrilo, maldita sea!

Kerwin abrió la boca –había sido el movimiento brusco de Auster el que lo había arrojado contra él–, pero enseguida volvió a cerrarla. ¡No había hecho nada de lo que debiera disculparse! Kennard dijo en tono conciliatorio:

–Kerwin, tal vez no sabías que cualquier movimiento brusco puede alterar el curso de la aeronave, cuando se la opera por medio de control de matriz. –Le miró pensativamente y luego se encogió de hombros–. De todas maneras, aterrizaremos en un minuto.

La pequeña nave descendió con suavidad en un pequeño campo de aterrizaje en el que titilaban unas pocas luces. Auster abrió una puerta y un darkovano moreno, con chaqueta y pantalones de cuero, colocó una escalera.

–Bienvenidos, *vai dom'yn* –saludó, extendiendo una mano en un gesto cortés vagamente semejante a un saludo.

Auster descendió por la escalera, indicando a Kerwin que le siguiera; repitieron el saludo para él. Kennard también bajó, buscando cada peldaño con pies torpes. Kerwin no había advertido hasta qué punto era inválido aquel hombre mayor; uno de los asistentes, con deferencia, se acercó a ayudar a Kennard, quien aceptó su brazo con gracia. Sólo un leve endurecimiento del mentón demostró a Kerwin lo que Kennard pensaba en realidad de la aceptación de la ayuda que le había ofrecido el otro. Taniquel descendió, con aspecto somnoliento e irritado; le dijo algo a Auster con el ceño fruncido, y ambos permanecieron hablando en voz baja. Kerwin se preguntó si estarían casados o serían amantes: mostraban esa clase de cómoda intimidad que él asociaba solamente con parejas establecidas. Entonces la joven levantó la vista y le miró, meneando la cabeza.

–Tienes sangre en la boca. ¿Ya habéis estado peleando Auster y tú?

Había en su voz cierta malicia y burla; inclinó la cabeza hacia un lado, mirando primero a uno y luego a otro. Auster se puso rojo.

–Un accidente y un malentendido –dijo Kennard con suavidad.

–*Terrano* –masculló Auster.

–¿Cómo podrías esperar que fuera otra cosa? ¿Y quién tiene la culpa de que no conozca nada de nuestras leyes? –preguntó Kennard. Luego señaló con el dedo, atrayendo la mirada de Kerwin con ese gesto–. Allí está: la Torre de Arilinn.

Se erguía recta, compacta, aunque, si se la miraba por segunda vez, parecía increíblemente alta, hecha de una piedra parda y opaca. La visión pareció producir de nuevo en Kerwin un sentimiento oculto de *déjà vu,* al contemplar esa Torre que se elevaba contra el cielo.

–¿Yo... estuve aquí antes, señor? –inquirió con voz trémula.

Kennard meneó la cabeza.

–No, no lo creo –dijo–. Tal vez la matriz... No lo sé. ¿Te resulta familiar? –Apoyó brevemente la mano sobre el hombro de Kerwin. Un gesto que sorprendió al joven, que ya conocía el tabú que parecía rodear a cualquier contacto azaroso entre estas personas. Kennard retiró la mano con presteza y agregó–: No es la más antigua, ni siquiera la más poderosa de las Torres del Comyn. Pero durante más de cien generaciones nuestras Celadoras han manejado la Torre de Arilinn en una exclusiva sucesión de sangre Comyn.

–¡Y con la centésima primera generación –intervino Auster desde detrás de ellos– traemos aquí al hijo de un terrano y de una *leronis* renegada!

Taniquel se volvió contra él, enfurecida:

–¿Pretendes desafiar la palabra de Elorie de Arilinn?

Con furia, Kerwin giró hacia Auster. Ya lo había soportado bastante... ¡Ahora se atrevía a ofenderle con sus padres! *El hijo de un terrano y de una* leronis *renegada*...

–Auster, basta ya –reprendió Kennard con voz profunda y áspera–. Lo dije antes de que viniéramos y ahora lo diré por última vez. Este hombre no es responsable por sus padres ni por sus supuestos pecados. ¡Y te recuerdo que Cleindori fue *mi* hermana de crianza y *mi* Celadora! ¡Si vuelves a hablar de ella en ese tono, no tendrás que responder de ello ante su hijo, sino ante *mí*!

Auster bajó la cabeza y masculló algo, que sonó como una disculpa. Taniquel se acercó a Kerwin y le indicó:

–¡Vayamos adentro, no podemos quedarnos en la pista todo el día!

Kerwin sintió sobre él algunos ojos curiosos mientras atravesaba la pista.

El aire era húmedo y frío, por lo que se le ocurrió que sería agradable estar bajo techo, donde calentarse y descansar, y que le gustaría mucho tomar un baño y un poco de alimento... ¡Demonios, el desayuno! De todas maneras, había pasado despierto toda la noche.

–Todo a su tiempo –dijo Kennard. Kerwin pegó un salto, advirtiendo que tendría que acostumbrarse a ese truco de Kennard de leerle el pensamiento–. Me temo que primero tendrás que conocer a los otros; naturalmente, estamos ansiosos por saberlo todo de ti, sobre todo aquéllos que todavía no han tenido oportunidad de conocerte en persona.

Kerwin se enjugó la sangre que todavía le manaba del labio. Deseó que le permitieran asearse antes de presentarlo a más desconocidos. Todavía no había aprendido que los telépatas rara vez prestaban atención al aspecto exterior de un hombre. Caminó a través de un patio con paredes de ladrillos, un edificio que parecía una barraca, y a través de un largo corredor cerrado por una puerta de madera. Un olor familiar le dijo que los caballos se hallaban cerca, en el establo. Sólo cuando se acercaron a la Torre advirtió la manera en que el limpio diseño de su arquitectura se veía arruinado por el apiñamiento de edificios bajos a sus pies. Cruzaron dos patios más y finalmente llegaron a una arcada tallada en la que centelleaba una leve niebla, como un arco iris.

Allí Kennard se detuvo un momento y dijo a Kerwin:

–Ningún ser humano, salvo los que tienen pura sangre Comyn, ha cruzado jamás este Velo.

Kerwin se encogió de hombros. Sintió que debería impresionarse, o algo así, pero no le quedaba mucha energía para sorprenderse. Estaba cansado y hambriento, no había dormido nada durante cuarenta y ocho horas y le ponía nervioso advertir que todos ellos, incluso Auster, le observaban para ver qué decía o hacía en esa situación.

–¿Qué es esto, una prueba? –preguntó irritado–. Acabo de quedarme sin conejos que sacar del sombrero y, de todas maneras, yo no soy el que escribe el guión. ¿Iremos por aquí?

Ellos permanecieron inmóviles. Él se preparó y pasó a través del trémulo arco iris.

Sintió algo así como una leve descarga eléctrica, como miles de agujas y alfileres, como si todo el cuerpo se le hubiera dormido como un pie, y, cuando miró atrás, no pudo ver a los otros, convertidos en vaguísimas sombras. De repente, empezó a temblar... ¿Habría sido todo esto la elaborada preparación de alguna clase de trampa?

Permaneció solo en un diminuto cubículo sin ventanas, un cul-de-sac, en el que solamente el arco iris arrojaba una luz levísima.

Entonces, Taniquel traspuso el resplandor del arco iris, y Auster y Kennard la siguieron. Kerwin exhaló un necio suspiro de alivio... Si hubieran querido hacerle daño, ¡no hubieran necesitado traerlo tan lejos!

Taniquel hizo gestos con los dedos, semejantes a los que había hecho Auster para controlar la aeronave, y el cubículo salió disparado hacia arriba de manera tan súbita que Kerwin se tambaleó y casi volvió a caer. El cuartito se estremeció y se detuvo. Salieron a través de otra arcada abierta a un cuarto iluminado que daba, a su vez, a una amplia terraza.

La habitación era enorme, con altura suficiente como para que hubiera eco, y, sin embargo, daba impresión de calidez e intimidad. El suelo era de viejos mosaicos muy desgastados por el uso, como si muchos pies hubieran caminado sobre ellos. En el otro extremo del cuarto había encendido un fuego que olía a humo fragante y a incienso; algo peludo y oscuro y no humano se veía agachado allí, haciéndole algo al fuego con un fuelle largo y de forma extraña. Cuando Kerwin entró, aquello posó sobre él sus grandes ojos verdes, sin pupilas, lanzándole una inteligente mirada inquisitiva.

A la derecha del fuego había una pesada mesa tallada de una madera reluciente, unos pocos sillones dispersos y una gran tarima o diván cubierto con pilas de cojines. Hermosos tapices pendían sobre los muros. Una mujer de edad mediana se incorporó de una de las sillas y se acercó a ellos. Se detuvo a un paso de distancia de Kerwin, observándole con inteligentes y fríos ojos grises.

–El bárbaro –dijo–. Bien, eso parece, con sangre en el rostro. Una pelea más, Auster, y tal vez regreses a la Casa de Penitencia de Nevarsin por una larga temporada. –Y agregó, reflexionando–: En invierno.

Tenía una voz ronca y áspera; había amplias cantidades de gris esparcidos en su pelo, que había sido alguna vez rojizo dorado. Tenía un cuerpo grueso y compacto debajo de las múltiples capas de faldas y chales que llevaba, pero era demasiado dura para parecer gorda. Su rostro estaba colmado de humor e inteligencia, con arrugas alrededor de los ojos.

–Bien, ¿qué nombre te dieron los terranos?

Kerwin le dijo su nombre, y ella lo repitió, arrugando ligeramente el labio superior.

–Jeff Kerwin. Supongo que era de esperar. Mi nombre es Mesyr Aillard, y soy tu prima lejana. No creas que ese parentesco me enorgullece. No es así.

Entre telépatas, las corteses mentiras sociales serían inútiles. No juzgues sus modales con parámetros terranos.

Kerwin pensó que, a pesar de su rudeza, había algo en esta vigorosa dama mayor que le agradaba.

–Tal vez algún día logre que cambies de idea, Madre –replicó cortésmente.

Usó la palabra darkovana que no significaba precisamente *madre,* ni tampoco *madre adoptiva,* sino que era un término general que se aplicaba a cualquier pariente mujer de la generación de una madre.

–Oh, puedes llamarme Mesyr –le espetó ella–. ¡No soy *tan* vieja! ¡Y cierra la boca, Auster, que podrías tragarte una *banshee*! No tiene la menor idea de que ha sido ofensivo; no conoce nuestras costumbres... ¿Cómo podría conocerlas?

–Si he sido ofensivo cuando sólo pretendía ser cortés... –empezó a decir Kerwin.

–Por lo demás puedes llamarme *Madre* si lo deseas –dijo Mesyr–. Ya no me ocupo de las pantallas; al menos no desde que Corus, mi cachorro, se hizo suficientemente mayor como para trabajar en ellas. Hasta ese punto observo el tabú. Mi hijo, Corus... ¿Cómo te llamas..., *Jefferson...?* –Tuvo cierta dificultad para pronunciar el nombre–. ¿Jeff?

Un joven adolescente, de miembros largos, se acercó y dio la mano a Kerwin, como si fuera un gesto formal de desafío. Esbozó una sonrisa traviesa, que de algún modo a Kerwin le hizo recordar a Taniquel, y dijo:

–Corus Ridenow. ¿Has estado fuera del planeta, en el espacio?

–Cuatro veces. En otros tres planetas, incluyendo Terra.

–Suena interesante –replicó Corus, casi anhelante–. Yo nunca he estado más allá de Nevarsin.

Mesyr puso mala cara a Corus.

–Éste es Rannirl. Nuestro técnico.

Rannirl tenía más o menos la misma edad de Kerwin y era un hombre alto y delgado, de aspecto competente, con una sombra de barba roja y grandes manos encallecidas y musculosas. No ofreció a Kerwin la mano sino que hizo una reverencia formal y dijo:

–De modo que te encontraron. No lo esperaba, ni tampoco esperaba que pudieras trasponer el Velo. Kennard, te debo cuatro botellas de vino de Ravnet.

–Las beberemos juntos en las próximas vacaciones... –respondió Kennard, con sonrisa cordial–, todos nosotros. Según creo, también le hiciste una apuesta a Elorie, ¿verdad? Tu pasión por el juego será tu ruina algún día, amigo mío. ¿Y dónde está Elorie? Al menos debería estar aquí para reclamar el halcón que lanzó.

–Bajará dentro de unos minutos –terció una mujer alta que, según decidió Kerwin, debería de tener la edad de Mesyr–. Soy Neryssa.

También era pelirroja; había reflejos rojos en su pelo castaño cobrizo, y era alta y angulosa y nada bella. Cruzó con Jeff una mirada rápida y directa. No parecía amistosa, pero tampoco resultaba hostil.

–¿Trabajarás como monitor aquí? A mí no me gusta trabajar fuera del círculo; es una manera de perder el tiempo.

–Todavía no lo hemos probado, Rissa –dijo Kennard, pero la mujer mayor se encogió de hombros.

–Tiene el pelo rojo y pasó a través del Velo sin sufrir daño. Eso es suficiente para mí: es Comyn. Aunque supongo que tendremos que averiguar qué *donas* posee. Quiera Cassilda que él sea Alton o Ardais; necesitamos ese poder. Tenemos un exceso de dones Ridenow...

–Eso me ofende –repuso Taniquel con alegría–. ¿Vas a quedarte ahí, permitiéndole que diga eso, Corus?

El adolescente se rió y dijo:

–En esta época no podemos permitirnos tantas susceptibilidades. Se trata de eso, ¿verdad? No encontramos suficientes personas para trabajar en Arilinn. Si tiene los talentos de Cleindori, será espléndido, pero no olvidemos que también tiene sangre Ridenow.

–Por un tiempo no sabremos si servirá como monitor, mecánico o incluso técnico –replicó Kennard–. Eso le corresponderá decidirlo a Elorie. Aquí llega precisamente.

Todos se volvieron hacia la puerta. Kerwin advirtió muy pronto que el silencio que invadió el cuarto había sido imaginación suya, pues Mesyr, Rannirl y Neryssa todavía estaban hablando; sólo en su mente un silencio rodeó a la muchacha cuya figura se recortaba en el vano de la puerta. En ese instante, cuando los ojos de ella se cruzaron con los suyos, Kerwin reconoció el rostro que había visto en el cristal matriz.

Era pequeña y de contextura delicada. Kerwin advirtió que era muy joven, tal vez incluso más que Taniquel. Su cabello color cobre, dorado como el amanecer, caía lacio y pálido alrededor de sus mejillas bronceadas por el sol. Llevaba puesto un vestido normal de color carmesí, sostenido en los hombros con broches de metal pesado; tanto el vestido como los broches parecían demasiado pesados para su delgadez, como si los hombros delicados se vieran agobiados por la carga: era una niña sobrecargada por el atavío de una princesa o de una sacerdotisa. Caminaba como una niña de piernas muy largas y tenía el labio inferior enfurruñado, como una criatura; sus ojos, sombreados por largas pestañas, eran grises y soñadores.

–Supongo que éste es mi bárbaro –dijo.

–¿Tuyo? –Taniquel arqueó las cejas en dirección a la joven del vestido carmesí, soltó una risita y luego agregó con su voz suave y leve–: Mío.

–Que nadie se pelee por mí –repuso Kerwin. No podía evitar sentirse un poco divertido.

–No te jactes –le espetó Auster.

Elorie irguió la cabeza y lanzó a Auster una mirada aguda y directa. Para gran asombro de Kerwin, Auster bajó la cabeza como un perro apaleado.

Taniquel miró a Kerwin con esa sonrisa especial –como si ambos compartieran algún secreto– *y* dijo:

–Esta es nuestra Celadora, Elorie de Arilinn. Ahora que estamos todos, puedes sentarte, comer y beber algo *y* recuperarte un poco. Sé que la noche ha sido larga y muy dura para ti.

Kerwin aceptó la bebida que ella puso en su mano. Kennard alzó su copa hacia Kerwin.

–Bienvenido a casa, muchacho.

Los otros se reunieron en torno a él, Taniquel con su sonrisa felina, Corus con esa extraña mezcla de curiosidad y timidez, Rannirl con una sonrisa reservada aunque amistosa, Neryssa estudiándolo y evaluándolo abiertamente. Elorie fue la única que no sonrió ni habló, sino que lanzó a Kerwin una mirada directa por encima del borde de su copa y luego bajó los ojos. Él sintió como si también ella le hubiera dicho «Bienvenido a casa».

Mesyr dejó su copa con firmeza.

–Eso es todo. Y ahora, como todos nos hemos quedado toda la noche levantados para ver si conseguían traerte de regreso con éxito, sugiero que nos vayamos a la cama a dormir un poco.

Elorie se restregó los ojos con los puños cerrados como una niña y bostezó. Auster se acercó a ella.

–¡Te has agotado otra vez! Por *él*... –le regañó, lanzando una feroz mirada a Kerwin. Siguió hablando, pero ahora en un idioma que Kerwin no pudo comprender.

–Ven –le dijo Mesyr, haciéndole un gesto con la cabeza–. Te llevaré arriba y te buscaré una habitación. Las explicaciones vendrán más tarde, después de que todos durmamos un poco.

Uno de los no-humanos les precedió con una luz cuando Mesyr le guió a través de un amplio vestíbulo lleno de ecos y ascendieron una larga escalera de mosaicos.

–El lugar no escasea –explicó–. De modo que, si no te gusta esta habitación, busca otra que esté vacía y múdate. Este lugar fue construido para albergar a veinte o treinta personas; solía haber aquí tres círculos completos, cada uno con su propia Celadora, y ahora somos ocho..., nueve, contándote a ti. Por supuesto, por esa razón estás aquí. Uno de los *kyrri* te traerá lo que quieras comer; si necesitas ayuda para vestirte o alguna otra cosa, díselo. Lamento que no tengamos sirvientes humanos, pero no pueden trasponer el Velo. –Antes de que él pudiera hacerle alguna pregunta, Mesyr añadió–: Te veré al atardecer. Enviaré a alguien que te muestre el camino. –Y se marchó.

Kerwin permaneció inmóvil y miró la habitación.

Era grande y lujosa; no una simple habitación, sino una suite. El mobiliario era viejo y los tapices que pendían de los muros estaban descoloridos. En un cuarto interior, sobre una tarima, había una gran cama; generaciones de pies habían ido desgastando los mosaicos; las sábanas eran frescas y blancas y olían levemente a incienso. En unos anaqueles había algunos libros y rollos viejos; en otro, un par de instrumentos musicales. Kerwin se preguntó quién habría sido la última persona que había vivido en esa habitación y cuánto tiempo atrás. El pequeño no-humano peludo iba abriendo las cortinas para dejar entrar la luz en el cuarto exterior, cerrando otras para oscurecer el cuarto interior y preparando la cama. Al explorar la suite, Kerwin descubrió un baño de lujo casi sibarítico, con una bañera empotrada con suficiente profundidad como para nadar en ella; halló otros objetos igualmente lujosos, de aspecto extraño pero equipados con todo lo que un ser humano podía desear y con unas cuantas cosas más que a él mismo no se le hubieran ocurrido. En un anaquel había algunos

recipientes de plata o marfil tallado; con curiosidad abrió uno de ellos. Estaba vacío, sólo quedaba en el fondo un poco de crema seca y resinosa. Cosmético o perfume, un espectro de alguna *leronis* del Comyn, muerta mucho tiempo atrás, que había habitado alguna vez estos cuartos. ¿Estaría la habitación llena de fantasmas? El perfume desenterró otro de esos recuerdos sepultados en su mente; supuso que lo habría olido siendo muy pequeño y se quedó inmóvil, tratando de reconstruir torpemente el recuerdo, que le eludió... Sacudió la cabeza con resolución y cerró el frasco. El recuerdo se alejó, como un sueño dentro de un sueño.

Regresó a la sala de la suite. Había allí una pintura de una esbelta mujer de cabello color cobre, debatiéndose cautiva de un demonio. Los recuerdos infantiles que Kerwin tenía de las leyendas darkovanas le permitieron identificar a las figuras míticas: el demonio Zandru raptando a Camila. Había otras pinturas que representaban leyendas darkovanas. Reconoció algunas como procedentes de la *Balada de Hastur y Cassilda:* la legendaria Cassilda ante su telar de oro, inclinándose sobre la figura inconsciente del Hijo de la Luz en las costas de Hali, Camila llevándole frutos y cerezas, Cassilda con una flor estelar en la mano, Alar en su forja, Alar encadenado en el infierno con la loba que le comía el corazón, Sharra alzándose entre llamas, Camila atravesada por la espada de sombras. Recordó vagamente que el Comyn alegaba descender del mítico Hastur, Hijo de la Luz. Se preguntó qué tendría que ver el Dios de las leyendas con los actuales Hastur del Comyn. Pero estaba demasiado cansado como para preguntárselo durante demasiado tiempo o para hacerse otras preguntas. Se quitó la ropa y se metió en la enorme cama. Al poco rato se quedó dormido.

Cuando despertó, el sol declinaba y uno de los sigilosos no-humanos se movía en el baño, vertiendo agua levemente perfumada. Recordando lo que le había dicho Mesyr acerca de una reunión al atardecer, Kerwin se bañó, se afeitó y comió un poco de los alimentos que le trajo el no-humano. Pero cuando la peluda criatura le indicó la cama, donde había extendido algunas ropas darkovanas, Kerwin meneó la cabeza y se vistió con el oscuro uniforme del Servicio Civil terrano. Se sintió amargamente divertido consigo mismo. Si entre los terranos sentía necesidad de acentuar su sangre darkovana, aquí sentía una súbita compulsión de no negar su herencia terrana. No estaba avergonzado de ser hijo de un terrano, a pesar de lo que dijera Auster... ¡Que lo llamaran bárbaro si se les antojaba!

Sin llamar, sin una palabra siquiera de advertencia, la muchacha Elorie entró en la habitación. Kerwin se sobresaltó, sorprendido por la intrusión: si hubiera llegado dos minutos antes, ¡lo habría pescado desnudo! Aunque ya estaba vestido, sólo le faltaba ponerse las botas, su entrada lo desconcertó.

–Bárbaro –le dijo ella, soltando una suave risa–. ¡Por supuesto que lo sabía! Soy telépata, ¿recuerdas?

Enrojeciendo hasta la raíz de los cabellos, Kerwin se calzó el otro pie. Obviamente, las convenciones en vigencia en un grupo de telépatas no eran aquéllas a las que él estaba habituado.

–Kennard temía que te perdieras si intentabas llegar solo al gran salón, y yo le dije que vendría a mostrarte el camino.

Elorie ya no llevaba puesto el pesado vestido habitual, sino una túnica transparente, bordada con ramilletes de flores estelares y racimos de cerezas. Estaba de pie justo debajo de una de las pinturas legendarias, y la semejanza resultaba inmediatamente visible. Él paseó la mirada de la pintura a la muchacha y preguntó:

–¿Posaste tú para ese retrato?

Ella levantó la vista con indiferencia.

–No, ésa fue mi tatarabuela. Las mujeres del Comyn, algunas generaciones atrás, tenían pasión por que las pintaran como personajes mitológicos. Sin embargo, sí copié el vestido de esa pintura. Vamos.

No se mostraba demasiado amistosa, ni siquiera muy cortés, pero parecía aceptarlo de hecho, como todos los otros.

Al final del corredor, a punto de bajar un tramo de escaleras, Elorie se detuvo y se dirigió a una ventana, en la que un profundo nicho en la pared dejaba ver el paisaje crepuscular.

–Mira –dijo, señalando–. Desde aquí puedes ver la cumbre del pico de Thendara..., si tus ojos están entrenados para ello. Hay otra Torre del Comyn allí. Aunque la mayoría de ellas están vacías ahora.

Kerwin forzó la vista, pero sólo pudo ver llanuras y las distantes laderas que desaparecían en una bruma azul.

–Todavía estoy confundido –replicó–. No sé con certeza qué es el Comyn, ni qué es una Celadora..., aparte de ser –agregó, sonriendo– una mujer muy bella.

Elorie simplemente le miró. Ante esa mirada directa y explícita, Kerwin bajó los ojos. Le había hecho sentir que el cumplido había sido grosero e intrusivo.

–Sería más fácil explicar lo que hacemos que lo que *somos* –habló ella–. Lo que *somos*... Hay tantas leyendas, tantas viejas supersticiones... que de alguna manera tenemos que responder a todas ellas. –Por un momento, su mirada se perdió en la distancia. Luego agregó–: Una Celadora, básicamente, trabaja en la posición central, centropolar si quieres, de un círculo de técnicos de matrices. La Celadora... –Una leve arruga apareció entre las dos cejas pálidas de Elorie, mientras la joven pensaba cómo podía expresarse con palabras que él comprendiera–. Técnicamente, una Celadora no es más que una operadora de matrices entrenada de modo que pueda reunir a todo su círculo de telépatas en una unidad, actuando como una especie de coordinadora central para lograr los vínculos mentales. La Celadora es siempre una mujer. Nos pasamos toda la infancia entrenándonos para eso y, a veces... –se volvió hacia la ventana, mirando hacia las montañas–, perdemos nuestros poderes al cabo de unos pocos años. O los abandonamos por propia voluntad.

–¿Perderlos? ¿Abandonarlos? No comprendo –dijo Kerwin.

Pero Elorie sólo se encogió levemente de hombros y no le respondió. Sólo mucho tiempo después Kerwin sabría hasta qué punto Elorie sobreestimaba sus capacidades telepáticas. En toda su vida, la joven no había conocido a ningún hombre, a nadie, que no pudiera leer, desde tan cerca, cualquier pensamiento de ella. Kerwin todavía no sabía nada de la fantástica reclusión en la que vivían las jóvenes Celadoras.

Al cabo de un rato, la joven prosiguió:

–La Celadora es siempre una mujer... Desde la Época de Caos, ningún hombre ha trabajado legalmente de Celador. Los otros, monitores, mecánicos y técnicos, pueden ser hombres o mujeres. Aunque en esta época es más fácil encontrar hombres para el trabajo, tampoco resulta sencillo. Espero que me aceptes como Celadora y que seas capaz de trabajar muy cerca de mí.

–Suena como un trabajo muy agradable –dijo Kerwin, mirando con cariño a la adorable muchacha que estaba ante él.

Elorie se giró como un torbellino y le miró con fijeza, con la boca muy abierta, incrédula. Después, con ojos centelleantes y las mejillas en llamas, le reprendió:

–¡Basta! *¡Basta!* ¡Hubo una época en Darkover, bárbaro, en la que podría haberte hecho matar por mirarme de ese modo!

Kerwin, confundido y atónito, dio un paso atrás.

–Tranquila, señorita... ¡señorita Elorie! –se excusó, medio atontado–. No he querido decir nada que te ofendiera. Lo siento... –Meneó la cabeza, sin comprender–. Pero recuerda, si te ofendí, ¡que no tengo la menor idea de cómo, ni por qué!

Las manos de Elorie se asieron a la balaustrada con tanta fuerza que Kerwin vio que los nudillos se le ponían blancos. ¡Se veían tan frágiles esas manos blancas, delgadas, con dedos delicadamente afilados! Al cabo de un momento de silencio, un momento que se alargó

en demasía, ella soltó la balaustrada, echando la cabeza atrás con un pequeño movimiento de impaciencia.

–Lo había olvidado. He oído que también insultaste a Mesyr, sin tener idea de que lo habías hecho. ¡Si Kennard va a actuar como tu padre adoptivo aquí, será mejor que te enseñe un poco de cortesía elemental! Basta de esto, ahora. Has dicho que ni siquiera sabías qué era el Comyn...

–Creí que era un cuerpo gubernamental...

Ella meneó la cabeza negativamente.

–Sólo de manera reciente, y no demasiado; en su origen, los Comyn eran las siete familias telépatas de Darkover, los siete Dominios, y cada una de ellas poseía uno de los principales Dones del *laran.*

–¡Yo creí que todo el lugar estaba atestado de telépatas! –barbotó Kerwin.

Ella desestimó la exclamación con un encogimiento de hombros.

–Todas las personas tienen un pequeño grado de *laran.* Yo estoy hablando de especiales dones psi y psicoquinéticos, los Dones del Comyn, engendrados en nuestras familias durante siglos... antiguamente se creía que eran hereditarios, que el Comyn descendía de los siete retoños, algunos dicen siete hijos, pero a mí me resulta difícil creerlo, de Hastur y Cassilda; tal vez porque en la antigüedad los Comyn eran conocidos como parientes de Hastur, o como los Hijos de Hastur. De modo específico, los Dones del *laran* se centran en la capacidad de utilizar una matriz. Supongo que sabes qué es una matriz.

–Vagamente.

Sus pálidas cejas volvieron a arquearse.

–Me dijeron que tenías la matriz que pertenecía a Cleindori, cuyo nombre está inscrito aquí como Dorilys de Arilinn.

–La tengo –dijo Jeff–, pero no tengo la menor idea de qué *es* en esencia y menos aún de para qué sirve.

Había decidido hacía mucho que la clase de cosas que Ragan hacía con su pequeña matriz eran esencialmente irrelevantes, y esta gente parecía ser muy seria al respecto.

Ella meneó la cabeza, casi maravillada.

–¡Y sin embargo te encontramos y te guiamos a través de ella! Eso nos probó que habías heredado un poco de... –Se interrumpió y agregó, furiosa–: ¡*No* me estoy mostrando evasiva! ¡Estoy tratando de expresarme con palabras que puedas comprender! ¡Eso es todo! Rastreamos la matriz de Cleindori por medio de los bancos de monitores y las redes transmisoras, lo que nos demostró que habías heredado la marca de nuestra casta. Una matriz es, ante todo, un cristal que recibe, amplifica y transmite pensamientos. Podría hablarte de pantallas espaciales, de redes neuroelectrónicas, de canales nerviosos y de energones quinéticos, pero dejaré que Rannirl te explique todo eso. Él es nuestro técnico. Las matrices pueden ser tan simples como ésta... –tocó un cristal diminuto que, desafiando por completo la gravedad, retenía su vestido transparente en el cuello– o pueden ser enormes pantallas, construidas sintéticamente y denominadas *grillas* en lenguaje técnico en las que cada cristal constituyente responde a la amplificación impuesta por una Celadora. Una matriz o, más bien, el poder del pensamiento, del *laran*, controlado por un técnico de matrices hábil o por un círculo de Celadora, puede liberar la energía pura del campo magnético de un planeta y canalizarla, ya sea como fuerza ya sea como materia. El calor, la luz, la energía quinética o potencial, la síntesis de las materias primas en formas utilizables... se hacían en una época por medio de matrices. ¿Sabes que los ritmos del pensamiento, las ondas mentales, son de naturaleza eléctrica?

Kerwin asintió.

–He visto cómo las medían. Nosotros llamamos a ese instrumento un electroencefalógrafo...

Pronunció la palabra en terrano estándar, ya que no sabía si los darkovanos tenían alguna palabra para ello, y empezó a explicar cómo medía y hacía visible las energías eléctricas del cerebro. Ella se encogió de hombros con impaciencia.

–Un instrumento simple y torpe. Bien, en general, las ondas mentales, incluso las de un telépata, no ejercen demasiado efecto sobre el universo material. La mayoría ni siquiera pueden mover un cabello. Hay excepciones, fuerzas especiales... Ya lo aprenderás. Pero, por lo común, las ondas cerebrales no pueden mover por sí mismas ni un cabello. Sin embargo, los cristales matrices actúan de alguna manera que convierte la fuerza en forma. Eso es todo.

–Y las Celadoras...

–Algunas matrices son tan complejas que una sola persona no puede manejarlas. Esa tarea requiere la energía de varias mentes, vinculadas para alimentar el cristal, formando un nexo energético. Una Celadora maneja y coordina las fuerzas. Eso es todo lo que puedo decirte –dijo abruptamente y se volvió, señalando la escalera–. Márchate.

Dio la vuelta y se alejó con un remolino de telas transparentes. Kerwin la observó irse, alarmado. ¿Otra vez habría hecho algo que la había ofendido? ¿O sería algún capricho infantil? ¡Sin duda ella *parecía* bastante infantil!

Bajó la escalera y volvió a encontrarse en el gran salón con chimenea en el que lo habían recibido al amanecer. ¿Le habían dado la bienvenida al *hogar*? ¿A su hogar? La habitación estaba completamente vacía. Kerwin se dejó caer en una de las sillas tapizadas, sepultando la cabeza entre las manos... ¡Si alguien no le explicaba las cosas enseguida, se volvería loco de frustración!

Kennard lo encontró allí en esa posición. Kerwin alzó la vista y le dijo con impotencia:

–Es demasiado. No puedo asimilarlo todo. Es demasiado, todo de una vez. ¡No comprendo, no comprendo nada!

Kennard le miró con una curiosa mezcla de compasión y diversión.

–Sé cómo es. Viví algunos años en Terra y conozco muy bien el *shock* cultural. Déjame sentarme. –Con cuidado se apoyó en la masa de cojines y se recostó con las manos cruzadas detrás de la cabeza–. Tal vez pueda aclararte un poco las cosas. Te lo debo.

Kerwin había escuchado que los darkovanos, la nobleza en todo caso, tenían poco que ver con el Imperio; la novedad de que Kennard había vivido de verdad en Terra le había sorprendido, pero no más que cualquier otra cosa de las ocurridas durante el último día, no más que su propia presencia en ese sitio. Era prácticamente inmune a cualquier otro *shock.*

–Empecemos por esto: ¿Quién soy? ¿Por qué demonios estoy aquí? –inquirió.

Kennard ignoró la pregunta, fijando la mirada en el espacio, por encima de la cabeza del otro. Al cabo de un rato dijo:

–¿Sabes qué vi aquella noche en el Sky Harbor Hotel?

–Lo siento. No estoy de humor para adivinanzas.

Kerwin quería hacer preguntas directas y obtener respuestas también directas; no quería responder a ninguna pregunta.

–Recuerda que yo no tenía ni la menor idea de quién eras. Parecías uno de nosotros, y yo sabía que no lo eras. Vi a un terrano, pero soy un Alton y tengo una percepción temporal tortuosa, desfasada. Así que miré al terrano y vi a un niño, un niño confundido, que nunca había sabido quién ni qué era. Me gustaría que te hubieras quedado y hubieras hablado con nosotros entonces.

–También a mí –replicó Kerwin lentamente. *Un niño que nunca había sabido quién ni qué era.* Kennard lo había expresado con gran precisión–. Crecí, es cierto. Pero me dejé a mí mismo en alguna parte.

–Tal vez te encuentres aquí.

Kennard se puso de pie con lentitud. También Kerwin se incorporó y tendió una mano para ayudar al hombre mayor, pero éste se alejó. Al cabo de un momento, Kennard sonrió con timidez y dijo:

–Te preguntas por qué...

–No –repuso Kerwin, comprendiendo de pronto que todos ellos habían evitado hábilmente el contacto físico con él–. Odio que la gente me empuje; nunca me he llevado bien con la gente a poca distancia. Y me siento como el demonio en las multitudes. Siempre me ha ocurrido.

Kennard asintió y dijo:

–*Laran.* Tienes lo suficiente como para que el contacto físico te resulte desagradable...

Kerwin soltó una risita.

–Yo no iría tan lejos como para decir *eso*...

Kennard agregó, con un sardónico encogimiento de hombros:

–Desagradable excepto en situaciones de intimidad deliberada, ¿verdad?

Kerwin asintió, pensando en los raros encuentros personales de su vida. Sabía que había apenado profundamente a su abuela terrana, debido a su violento desagrado por las demostraciones de cariño. Sin embargo, la anciana había llegado a gustarle; la había amado a su manera. A sus compañeros de trabajo... los había tratado igual que Auster a él en el avión: rechazando con violencia el menor contacto personal, eludiendo cualquier roce físico casual. Eso no le había hecho popular precisamente.

–¿Qué edad tienes? ¿Veintiséis? ¿Veintisiete? Por supuesto que sé cuántos años tienes según el calendario darkovano. Fui uno de los primeros a quien Cleindori se lo dijo. Pero nunca sé convertirlos al tiempo terrano. Hace ya mucho que viví en Terra. ¡Un tiempo condenadamente largo para vivir fuera del medio adecuado!

–¿El medio adecuado? ¡Un cuerno! –le replicó Kerwin–. Dime en qué lugar encajo en este lío, ¿quieres?

–Lo intentaré.

Kennard se dirigió a una mesa que estaba en un rincón, se sirvió una copa del grupo de botellas que allí había y arqueó las cejas con curiosidad en dirección a Kerwin.

–Vamos a tomar una copa cuando bajen los demás, pero yo tengo sed. ¿Y tú?

–Esperaré.

Nunca había sido un gran bebedor. *La pierna enferma de Kennard debe de dolerle bastante si quebranta las costumbres de esta manera.* Esa idea pasó como una instantánea por su mente. Con impaciencia, se preguntó de dónde habría salido, mientras Kennard volvía con gran cautela a su asiento. Una vez en él, bebió, dejó la copa y entrelazó meditativamente los dedos.

–Elorie te lo dijo. Hay siete familias de telépatas en Darkover, cada una de ellas gobernando uno de los Siete Dominios: los Hastur, los Ridenow, los Ardais, los Elhalyn, los Alton, que son mi familia, y los Aillard, que son la tuya.

–Esas son seis –replicó Kerwin, que había ido contando.

–No mencionamos a los Aldarán. Aunque algunos de nosotros tenemos sangre Aldarán, por supuesto, y dones Aldarán. Incluso se han llevado a cabo algunos matrimonios... Bien, no hablemos de eso; es una historia larga y vergonzosa. Los Aldarán fueron exiliados de los Dominios mucho tiempo atrás. No podría contártelo todo ahora, ni aunque lo supiera, ni aunque tuviéramos más tiempo... Y ni lo sé todo ni tenemos suficiente tiempo. Pero, al existir tan sólo seis familias telépatas..., ¿te imaginas hasta qué punto estamos emparentados entre nosotros?

–¿Quieres decir que como norma todos se casan dentro de la propia casta? ¿Entre telépatas?

–No del todo. No... deliberadamente –dijo Kennard–. Pero, al ser telépatas y estar aislados en las Torres, nada más que con otros iguales a nosotros..., es como una especie de droga. –Su voz no era muy firme–. Eso te incapacita por completo para... para el contacto con los de afuera. Uno se pierde en eso y, cuando sale a buscar aire, como se dice, descubre que ya no puede respirar más el aire común. Uno descubre que ya no tolera estar rodeado de otros, de gente que no está sintonizada con tus pensamientos, con gente que... que apretuja tu mente. No puedes acercarte a ellos; no son del todo reales para ti. Oh, la sensación desaparece al cabo de un tiempo, pues si no nadie podría vivir fuera de una Torre, pero... pero es una tentación. Los no-telépatas te parecen bárbaros o como animales extraños, ajenos, equivocados... –Miraba el espacio, por encima de la cabeza de Kerwin–. Te arruina cualquier contacto con gente común. Con las mujeres. Supongo que incluso en tu nivel has tenido problemas con las mujeres que no pueden... no pueden compartir tus sentimientos ni tus pensamientos. Después de diez años en Arilinn, cualquier otra cosa es como... como acostarse con una bestia bruta...

El silencio se prolongó mientras Kerwin pensaba en eso, en la curiosa alienación, en la sensación de *diferencia* que se había interpuesto entre él y todas las mujeres que había conocido. Como si tuviera que existir algo más, más profundo que el contacto más íntimo...

De repente, con un leve estremecimiento, Kennard se recobró y prosiguió con voz áspera:

–De cualquier manera, estamos vinculados mentalmente, más que en lo físico, y todo a causa de esa incapacidad de tolerar a los de afuera. El emparentamiento físico ya es bastante dañoso: han aparecido algunas recesiones muy extrañas. Algunos de los antiguos Dones están prácticamente extinguidos: en toda mi vida, no he visto más que uno o dos telépatas catalizadores. Ése es el antiguo don de Ardais, pero Dom Kyril no lo tenía o, si lo tenía, nunca aprendió a usarlo; y ahora está loco como una *banshee* durante el Viento Fantasma. En los Aillards, el Don se ha tornado asociado al sexo: sólo aparece en las mujeres; los varones no lo tienen. Y cosas por el estilo... Si estudias un poco de genética, comprenderás lo que te digo. Un sólido programa de matrimonios exógamos todavía podría salvarnos, si es que pudiéramos concretarlo, pero la mayoría de nosotros no podemos. Así que... –Se encogió de hombros–. En cada generación hay menos que nacen con los antiguos Dones del *laran.* Mesyr te lo dijo: en una época hubo aquí en Arilinn tres círculos, cada uno de ellos con su propia Celadora. Alguna vez existieron más de una docena de Torres, y Arilinn no era la más grande. Ahora... hay otras tres Torres que operan con un círculo de mecánicos; nosotros somos la única Torre que tiene una Celadora cualificada; lo que significa que Elorie es virtualmente la única Celadora de Darkover. Y en el Comyn, y dentro de la nobleza menor relacionada por lazos de sangre con nosotros, no alcanzan en cada generación las personas adecuadas para mantener las Torres con vida. De modo que en el Comyn hay dos tendencias. –Ahora hablaba con brusquedad, y ya no había en su voz rastro alguno de su anterior ensueño–. Una facción sostiene que debemos aferramos a nuestras antiguas costumbres mientras podamos, resistiéndonos a cualquier cambio hasta extinguirnos, lo que inevitablemente ocurrirá dentro de una o dos generaciones, y ya no tendría importancia, pero al menos seguiríamos siendo lo que siempre fuimos. Otros opinan que, como el cambio es inevitable, o es al menos la única alternativa a la muerte, deberíamos introducir todos los cambios que pudiéramos tolerar antes de que nos obligaran a hacer otros intolerables. Esa facción sostiene que la ciencia de matrices debería enseñarse a todos los que tuvieran los rudimentos de la capacidad del *laran,* que serían desarrollados y entrenados de la misma manera que los de un telépata del Comyn. Una generación atrás, hubo algunos miembros de esta facción en el poder dentro del Comyn, y, durante esos pocos años, la mecánica de matrices se convirtió en una profesión. Durante esa época descubrimos que la mayoría de las personas tienen un poco de poder psi... suficiente para operar una matriz, en cualquier caso, y que podían ser entrenadas en el uso de las ciencias de matriz.

–Yo conocí a un par de ellos –dijo Kerwin.

–Tienes que recordar –prosiguió Kennard– que todo esto se vio complicado por una gran cantidad de actitudes emocionales muy intensas. Se trataba virtualmente de una religión, y en esa época el Comyn era casi una casta sacerdotal. Las Celadoras, sobre todo, eran objeto de un fanatismo religioso que llegaba a la veneración. Y ahora llegamos al punto en que tú entras en la historia. –Incómodo, cambió de posición, suspiró y miró con fijeza a Jeff Kerwin, antes de continuar–. Cleindori Aillard era mi hermana de crianza. Era *nedestro* de su clan, lo que significa que no había nacido de un matrimonio legítimo, sino que era la hija de una mujer Aillard y de un Ridenow, un hijo menor de ese clan. Llevaba el nombre de Aillard porque entre nosotros un hijo adopta el nombre del progenitor de mayor rango, no necesariamente el del padre como ocurre en Terra. Ella y yo nos criamos juntos desde que era muy pequeña. Estaba prometida –una especie de compromiso de matrimonio que se hace más entre las familias que entre las personas en cuestión– a mi hermano mayor, Lewis. Después fue elegida para ser entrenada como Celadora en Arilinn.

Kennard estaba inmóvil. Su rostro había vuelto a reflejar la actitud remota y amarga de antes. Calló un momento y luego dijo:

–No conozco toda la historia. Además hice un juramento. Me obligaron a jurar, cuando regresé a Arilinn. Hay cosas que no puedo decirte. De todas maneras, durante parte de los acontecimientos estuve lejos, en Terra; ésa también es una larga historia. Mi padre eligió un hijo adoptivo terrano. Yo fui a Terra como lo que podríamos llamar un estudiante en intercambio, mientras Lewis era educado aquí. Por eso no vi a Cleindori durante seis o siete años. Cuando regresé, ya era Dorilys de Arilinn. Celadora. Cleindori era, en cierto sentido, la persona más poderosa del Comyn, la mujer más poderosa de Darkover. La Dama de Arilinn. Era una *leronis* de extraordinaria habilidad y, como todas las Celadoras, había hecho votos de virginidad y debía vivir recluida, en severo aislamiento... Fue la última. Ni siquiera Elorie fue entrenada como Cleindori, a la antigua usanza. Al menos Cleindori logró eso. –Por un momento volvió a caer en ese ensimismamiento triste. Después, incorporándose sobre los cojines, con voz seca y sin emoción, continuó–: Cleindori era una luchadora, una rebelde. Era una reformadora de corazón y, como Dama de Arilinn y como una de las últimas mujeres sobrevivientes de Aillard en línea directa, tenía considerable poder y jerarquía en el Concejo por derecho propio. Luchó duramente contra el nuevo Concejo y contra la convicción que ellos sostenían: que las Torres del Comyn debían conservar su carácter secreto y su antiguo y protegido status semi-religioso. Ella trató de introducir plebeyos en las Torres... y lo logró en algunos casos. La torre de Neskaya, por ejemplo, acepta a cualquiera que posea poder telepático, ya sea Comyn, plebeyo o un mendigo de la zanja. Pero... hace cincuenta años que no tienen una verdadera Celadora. Después, Cleindori empezó a atacar los tabúes referidos a su propio status especial. Eso ya fue demasiado; tal herejía produjo una rebelión... Cleindori quebrantó una y otra vez los tabúes, insistiendo en que podía quebrantarlos con impunidad porque, como Celadora, sólo era responsable ante su propia conciencia. Y finalmente se escapó de Arilinn.

Kerwin había empezado a sospechar que el relato terminaría allí, pero aun así fue un *shock* para él.

–Con un terrano –murmuró quedamente–. Con mi padre.

–No estoy seguro. No sé si se marchó de la Torre con él o si él apareció más tarde –se evadió Kennard–. Pero sí, por eso Auster te odia, por eso hay muchas personas que piensan que tu existencia misma es un sacrilegio. No era insólito que una Celadora descartara sus poderes y se casara. Muchas lo han hecho. Pero que una Celadora abandone la torre y su virginidad ritual y siga siendo Celadora... no, eso no podían tolerarlo. –Su voz se tornó más amarga–. Después de todo, una Celadora no es algo tan inusual; se descubrió o se redescubrió, en la época de mi padre, que cualquier técnico más o menos competente puede hacer el trabajo de una Celadora. Incluso algunos hombres. Si es necesario, yo mismo puedo hacerlo, aunque no soy particularmente hábil para eso. Pero la Celadora de Arilinn... es todo un símbolo. Una vez Cleindori me dijo que lo que el Comyn necesitaba de verdad era una

muñeca de cera en un palo, que usara el vestido carmesí y que pronunciara las palabras adecuadas en el momento oportuno. Así ya no habría necesidad de que existieran Celadoras en Arilinn. Y, como la muñeca podría permanecer virgen eternamente sin problemas ni dolor ni sacrificio, todos los trastornos de Arilinn se resolverían. No creo que puedas imaginar lo perturbador que fue eso para los hombres y mujeres más conservadores del Concejo. Se encarnizaron de manera terrible contra el... sacrilegio cometido por Cleindori. –Hizo una pausa y miró el suelo–. También Auster tiene una razón especial para odiarte. Él también nació entre terranos, aunque no lo recuerda. Durante un tiempo también estuvo en el Orfanato de Hombres del Espacio, pero lo recuperamos incluso antes de que hubiera aprendido su idioma. No le he escuchado pronunciar una sola palabra en terrano ni en *cahuenga* desde que tenía trece años, pero eso no significa nada. Es una historia extraña. –Kennard alzó la cabeza y miró a Kerwin–. Es una suerte para ti que los terranos te hayan enviado a Terra, con los Kerwin. Había aquí muchos fanáticos que hubieran creído que era un acto virtuoso... vengar la deshonra de una *vai leronis*, matando al hijo que ella le había dado a su amante.

Kerwin descubrió que estaba temblando, aunque la habitación estaba cálida.

–Siendo así –dijo–, ¿qué demonios estoy haciendo aquí, en Arilinn?

–Los tiempos han cambiado –agregó Kennard–. Como te conté, nos estamos extinguiendo. Ya no hay suficiente cantidad de los nuestros. Aquí, en Arilinn, tenemos una Celadora, pero no hay más de dos o tres en todos los Dominios, aparte de un par de niñitas que *podrían* convertirse en Celadoras. Los fanáticos han muerto o han sido ablandados por la vejez; aunque todavía queden algunos, han aprendido a escuchar la voz de la evidencia. Debería decir, de la desnuda necesidad. No podemos permitirnos desperdiciar a alguien que tal vez posea dones de Aillard o de Ardais o... tal vez otros. Tienes sangre Ridenow y sangre Hastur algunas generaciones atrás y también Alton. Por diversas razones... –Se interrumpió. Luego dijo–: Hay personas diferentes gobernando el Concejo. Cuando regresaste a Thendara, no me llevó mucho tiempo adivinar quién debías de ser. Elorie te vio en las pantallas monitoras... Es decir, vio la matriz de Cleindori y lo confirmó. Aquella noche en el Sky Harbor Hotel nos reunimos media docena, procedentes de las pocas Torres que quedan. Nos reunimos allí, fuera del castillo Comyn, para poder hablar libremente. La razón por la que nos reunimos fue tratar de llegar a algún acuerdo acerca de los requisitos de admisión en las Torres, para poder mantener activas más de una o dos. Cuando tú entraste –supongo que recuerdas lo que ocurrió–, creímos que eras uno de nosotros; y no fue tan sólo por el pelo rojo. Todos *percibimos* quién eras. Por eso te llamamos. Y has venido. Y aquí estás.

–Aquí estoy. Un ajeno...

–No en realidad, o nunca hubieras podido trasponer el Velo. Te habrás dado cuenta de que no nos gusta tener a no-telépatas cerca de nosotros; por eso no tenemos sirvientes humanos y por eso Mesyr se ha quedado a atendernos aun cuando ya no trabaja en las pantallas. Tú pasaste el Velo, lo que significa que tienes sangre Comyn. Y me siento cómodo contigo, lo que es un buen signo.

Kerwin arqueó las cejas. Kennard podía sentirse cómodo con él, pero estaba condenadamente seguro de que el sentimiento no era mutuo; al menos no todavía. Aunque Kennard procuraba agradarle, estaba muy lejos de sentirse a gusto con él.

–En este momento está deseando sentir lo mismo por ti –dijo Taniquel, asomando la cabeza dentro de la habitación–. Ya lo harás, Jeff. Lo que pasa es que has vivido demasiado tiempo entre bárbaros.

–No bromees, *chiya* –la regañó Kennard con indulgencia–. Tampoco está habituado a ti, lo que no significa necesariamente que sea un bárbaro. Sírvenos una copa y deja de hacer travesuras, ¿quieres? Ya tendremos suficientes problemas.

–Nada de tragos todavía –repuso Rannirl, deteniéndose debajo de la arcada que daba a la habitación–. Elorie estará aquí en un minuto. La esperaremos.

–Eso significa que le va a poner a prueba –dijo Taniquel.

Se acercó a los cojines y se dejó caer con gracia, como un gato, con la cabeza apoyada sobre una rodilla de Kennard. Al extender los brazos, uno de ellos golpeó a Kerwin; bostezó y, como al desgaire, rodeó con un brazo su pie, dándole en el proceso una pequeña palmadita ausente. Posó la mano en el tobillo de Kerwin, mientras le miraba con ojos que centelleaban en una sonrisa pícara. Él se sintió incómodamente consciente del contacto. Nunca le había gustado que le tocaran, y sentía que Taniquel lo sabía.

Neryssa y Corus se deslizaron dentro de la habitación y se situaron en los cojines; todos se desplazaron, dejando lugar para la pierna inválida de Kennard; Taniquel se movió con inquietud hasta encontrar lugar entre Kerwin y Kennard, arrebujada en los almohadones como un gatito, con un brazo sobre el regazo de cada uno de ellos. Kennard le palmeó la rizada cabeza con afecto, pero Kerwin, incómodo, se alejó. Maldición. ¿Se estaría burlando esta chica de él? ¿O tan sólo sería ingenua, distendida, infantil, especialmente entre hombres a los que consideraba tan neutros como hermanos o parientes próximos? Sin duda trataba a Kennard –y él a ella– como si fuera su tío favorito, y no había nada provocativo en la manera en que lo tocaba, pero de algún modo su actitud era sutilmente diferente con Kerwin. Y él era consciente de esa diferencia y se preguntaba si *ella* también lo sería. ¿Sería nada más su imaginación? De nuevo, como cuando Elorie había entrado en su cuarto sin anunciarse antes de que él hubiera terminado de vestirse, Kerwin se sintió perturbado. ¡Demonios! La etiqueta de un grupo de telépatas todavía era un misterio para él.

Elorie, Mesyr y Auster llegaron juntos a la habitación. La mirada de Auster buscó de inmediato a Kerwin. Taniquel se enderezó y se alejó un poquito del joven. Corus se dirigió a un armario, con un gesto que era a todas luces producto de una prolongada costumbre.

–¿Qué vais a beber? ¿Lo de siempre, Kennard, Mesyr? Neryssa, ¿qué quieres tú? Elorie, sé que nunca bebes algo más fuerte que *shallan*...

–Lo hará esta noche –dijo Kennard–. Tomaremos *kirian.*

Sobresaltado, Corus se volvió en busca de confirmación. Elorie asintió. Taniquel se incorporó y fue a ayudar a Corus; fueron llenando copas bajas de un botellón de forma curiosa. Alcanzó una copa a Kerwin, sin preguntarle si la quería.

El líquido que había en la copa era pálido y aromático; Kerwin lo observó y sintió que todos los ojos estaban puestos en él. ¡Maldición! ¡Ya se estaba cansando de esta función! Dejó la copa en el suelo, sin probarla.

Kennard rió, Auster dijo algo que Kerwin no entendió y Rannirl frunció el ceño, murmurando una respuesta reprobadora. Elorie los observó, esbozando una sonrisa y alzando luego su copa hasta los labios para probar apenas el líquido. Taniquel soltó una risita y Kennard estalló:

–¡Por los infiernos de Zandru! ¡Esto es demasiado serio para bromear! Sé que te gustan las chanzas, Tani, pero de todos modos... –Aceptó la copa que Corus le alcanzó y la observó ceñudo–. ¡Me parece que me adjudican el rol de maestro durante demasiado tiempo! –Suspiró, alzó la copa y dijo a Kerwin–: Este líquido... no es *kirian* puro, suponiendo que sepas qué es eso, sino licor de *kirian.* No es exactamente una droga ni un estimulante, pero disminuye el umbral de resistencia a la recepción telepática. No tienes que beberlo si no quieres, pero ayuda. Por eso todos lo estamos tomando. –Tomó un sorbo del suyo y prosiguió–: Ahora que ya estás aquí y que has descansado un poco, es muy importante que probemos tu *laran,* que averigüemos qué clase de telépata eres, qué *donas* posees, cuánto entrenamiento necesitarás antes de que puedas trabajar con el resto de nosotros... o viceversa. Vamos a probarte de una media docena de maneras; es más efectivo hacerlo en grupo. Por eso... –tomó otro sorbo– el *kirian.*

Kerwin se encogió de hombros y levantó la copa. El líquido tenía un olor penetrante y curiosamente volátil; le pareció que se evaporaba en su lengua antes de haberlo podido paladear. En su opinión, no parecía un buen medio de emborracharse. Era más parecido a inhalar perfume que a beber algo. El sabor era como alimonado. La copa se terminaba con cuatro o cinco tragos, pero había que tomarlo muy despacio: las emanaciones eran demasiado

fuertes como para que se la pudiera beber como una bebida común. Advirtió que Corus hacía muecas al beber, como si el sabor le provocara un violento disgusto. Por lo que se veía, los demás estaban acostumbrados al gusto; Neryssa incluso agitó su copa, inhalando el perfume como si fuera un brandy fragante. Kerwin decidió que esa bebida era un gusto que se adquiría.

Terminó la copa y la dejó apoyada.

–¿Y ahora qué ocurre? –preguntó.

Ante su sorpresa, sus palabras sonaron curiosamente arrastradas; tuvo algunos problemas para articularlas y, cuando terminó de hablar, no estaba seguro del idioma que había usado. Rannirl se volvió hacia él con una sonrisa. Kerwin supo que quería darle seguridad.

–Nada para preocuparse –le dijo Rannirl.

–No sé por qué es necesario todo esto –intervino Taniquel–. Ya han probado su *laran.* Nos ahorraron ese problema con las pantallas monitoras.

Mientras ella hablaba, una escena apareció involuntariamente en la mente de Kerwin: los hermanos que habían estudiado su matriz y con arrogancia le habían dicho que no era bienvenido en su casa, ni en su mundo.

–¡Cometieron esa condenada insolencia! –exclamó Corus con furia–. ¡Yo no estaba enterado!

–En cuanto al resto... –empezó Taniquel.

Kerwin bajó la mirada hasta la muchacha acurrucada muy próxima a su rodilla, cuyo rostro estaba vuelto hacia él y cuyos ojos, brillantes y solidarios, se cruzaron con los suyos. Estaba muy cerca. Kerwin podría haberse agachado para besarla. Lo hizo.

Taniquel se recostó contra él, sonriente, apoyó su mejilla en la de Kerwin y dijo:

–Ponle positivo en empatía, Kennard.

Kerwin se sobresaltó, alarmado, al advertir que sus propios brazos rodeaban a Taniquel; después se rió y se distendió, abandonando repentinamente toda preocupación. Si la muchacha hubiera querido objetar, ya lo habría hecho; por el contrario, percibía que en realidad estaba complacida, acurrucada en sus brazos como si estuviera satisfecha de encontrarse allí. Auster estalló en un puñado de sílabas ininteligibles, y Neryssa sacudió la cabeza reprobando a Taniquel.

–¡*Chiya*, éste es un asunto serio!

–Y yo me estaba comportando con total seriedad –replicó Taniquel, sonriendo–, aunque mis métodos te parezcan poco ortodoxos.

Volvió a apoyar una mejilla en la de Kerwin. De repente, de manera sorprendente, él sintió un nudo en la garganta y por primera vez en muchos años sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas, nublándole la vista. Taniquel no sonreía ahora; se alejó un poco de Kerwin pero su mano siguió acariciándole una mejilla, como una promesa.

–¿Se te ocurre una mejor prueba de empatía? –dijo con suavidad–. Si él no lo era, no le hubiera hecho ningún daño, pues no podría recibirme; y si lo era..., lo merece.

Kerwin sintió que los suaves labios de la joven le rozaban la mano y le invadió una emoción casi avasalladora. De algún modo, la suavidad y la intimidad implícitas en ese gesto mínimo eran más significativas para él que cualquier cosa que una mujer hubiera hecho en su vida. Sintió que se había producido una absoluta aceptación de él, como hombre y como ser humano, que de alguna manera, aquí, delante de todos, Taniquel y él se habían convertido de pronto en algo más íntimo que amantes.

De repente, los otros habían dejado de existir. Rodeándola con un brazo, atrajo la cabeza de la joven hasta posarla en su hombro y ella se recostó en él, tierna, consoladora, con un gesto de confirmación y calidez que él nunca había sentido. Kerwin alzó sus ojos empañados y parpadeó, incómodo ante este despliegue de emoción, pero sólo vio comprensión y amabilidad.

El rostro adusto de Kennard parecía un poco menos enjuto que de costumbre.

–Taniquel es la experta en empatía. Era previsible... Él tiene sangre Ridenow. Aunque es del todo inusual que un hombre sea émpata en este grado.

–¡Qué solo debes de haber estado! –exclamó Taniquel, todavía aferrada a Kerwin.

Las palabras fueron apenas audibles.

Toda mi vida. Sin pertenecer a ninguna parte.

Pero ahora perteneces aquí.

No todas las miradas eran benévolas. La mirada de Auster buscó a Kerwin, y éste tuvo la clarísima sensación de que, si las miradas quemaran, él se hubiera convertido en una brasa en el suelo.

–Aunque lamento interrumpir este conmovedor espectáculo... –comenzó a decir Auster.

Taniquel, con un resignado encogimiento de hombros, soltó la mano de Kerwin. Auster seguía hablando, pero lo hacía ahora en ese idioma que Kerwin no comprendía.

–Lo siento, no te comprendo –dijo Kerwin.

Auster repitió lo que había dicho, pero en el mismo idioma que Kerwin no entendía. Auster se volvió hacia Kennard y le comentó algo, arqueando las cejas con una sonrisa sardónica.

–¿No entiendes absolutamente nada, Jeff? –preguntó Kennard.

–No, y es muy extraño, porque a ti y a Taniquel os entiendo a la perfección.

–Jeff, comprendiste casi todo lo que te dije, ¿verdad? –terció Rannirl.

–Sí, todo, salvo algunas palabras ocasionales –asintió Kerwin.

–¿Y a Mesyr?

–Sí, perfectamente.

–*Deberías* entender a Auster –dijo Rannirl–. Tiene sangre Ridenow y es el pariente más cercano que tienes aquí, salvo tal vez... –Frunció el ceño–. Jeff, respóndeme con rapidez. ¿En qué idioma estoy hablando?

Kerwin estaba a punto de decir en el idioma que aprendí de niño, en el dialecto de Thendara, pero se detuvo, confundido. No lo sabía.

–Eso es –asintió Kennard con lentitud–. Eso es lo primero que advertí de ti. Te he hablado en tres idiomas diferentes esta noche, y no has vacilado en responderme en cualquiera de ellos. Taniquel te habló en un cuarto. Sin embargo, Auster ha probado a hablarte en dos idiomas que has comprendido cuando te hemos hablado Rannirl y yo, y tú no le has entendido una palabra. Incluso cuando Auster te habló en cahuenga, sólo entendiste una parte. Eres telépata, es cierto. ¿No has sido siempre un lingüista excepcionalmente bueno? –Asintió, sin esperar la respuesta de Kerwin–. Eso me pareció. Captas la idea sin esperar las palabras. Lo que ocurre es que Auster y tú no estáis lo bastante sintonizados como para que captes lo que él dice.

–Tal vez ocurra con el tiempo –dijo confiadamente Elorie–, cuando ambos se conozcan mejor. No saques conclusiones tan rápidas, tío. –Utilizó la palabra que era un poco más íntima que *pariente;* era un término que abarcaba a todos los parientes próximos de la generación de los padres–. De modo que hemos confirmado que posee *laran* básico, telepatía y un alto grado de empatía; el don Ridenow, en medida plena. Probablemente posea también una variedad de talentos menores... Tendremos que localizarlos uno por uno, tal vez en contacto telepático. Jeff... –De alguna manera, pareció volverse hacia él, a pesar de que su mirada estaba fija en la distancia y, aunque él trató de cruzar su mirada con la de ella, Elorie no desvió los ojos–. Tienes una matriz. ¿Sabes cómo usarla?

–No tengo la menor idea.

–Rannirl –indicó ella–. Tú eres el técnico.

–Jeff, ¿me permitirías ver tu matriz? –inquirió Rannirl.

–Por supuesto –respondió Kerwin; y la extrajo, se quitó la cadena del cuello y la entregó a Rannirl.

Protegiendo su mano con un pañuelo de seda, el hombre la tomó. Ante su sorpresa, Kerwin sintió un vago y penetrante malestar cuando aquél asió la piedra entre los dedos. Automáticamente, sin ninguna idea consciente, Kerwin extendió la mano y se la arrebató. El malestar desapareció. Atónito, se quedó mirando con fijeza su propia mano.

–Eso me pareció –asintió Rannirl–. Ha logrado sintonizarse rústicamente con ella.

–¡Nunca me había ocurrido antes! –exclamó Kerwin.

Todavía seguía mirando fijamente la matriz que tenía entre las manos, consternado ante la manera en que había actuado sin pensarlo para protegerse de ese contacto.

–Es probable que ocurriera mientras te guiábamos hasta nosotros –dijo Elorie–. Estuviste mucho tiempo en contacto telepático con el cristal; por eso llegamos a ti. –Extendió sus dedos esbeltos y añadió–: Dámela a mí, si puedes.

Preparándose, Kerwin permitió que Elorie tomara el cristal. Sintió el contacto como si las delicadas manos de la joven se hubieran posado en sus nervios; no era un dolor agudo, pero él era terriblemente consciente del contacto, como si ese roce indefinible pudiera convertirse en agonía de un momento a otro... o en un placer intolerable.

–Soy Celadora –explicó ella–. Una de las habilidades que estoy obligada a tener es la de manejar matrices que no están sintonizadas conmigo. ¿Taniquel?

Kerwin sintió que su conciencia hipersensible del contacto se esfumaba cuando Taniquel tomó la matriz de manos de Elorie. Taniquel sonrió y dijo:

–Esta prueba no sirve: Jeff y yo estamos en estrecho contacto telepático en este momento. Te parece tenerla tú mismo, ¿no es cierto?

Jeff asintió.

–¿Corus? –llamó Taniquel, y la entregó al joven.

Kerwin se estremeció de manera incontrolable ante la intensa sensación de pinchazos que experimentó en todo el cuerpo cuando Corus tomó la matriz. Corus también se estremeció, como si el contacto le hiciera daño, y entregó con rapidez el cristal a Kennard.

El contacto de Kennard no fue muy doloroso, aunque Kerwin era extremadamente consciente de él, de una manera desagradable. El malestar se alivió un poco, mientras Kennard sostenía el cristal en su mano, hasta convertirse en una sensación de calidez que no era desagradable, pero que seguía siendo una intrusión, una intimidad no deseada. Kerwin sintió alivio cuando Kennard le pasó la piedra a Neryssa.

Una vez más esa sensibilidad terriblemente exacerbada, casi dolorosa, disminuyó un poco cuando Neryssa tomó el cristal. Kerwin percibió el cálido aliento de la mujer sobre la piedra, algo que no tenía sentido, ya que la mujer se hallaba casi en el otro extremo de la habitación.

–Estoy habituada al trabajo de monitor –dijo ella con suavidad–. Puedo hacer lo mismo que Tani: resonar al unísono con el campo magnético de tu cuerpo, aunque no tan bien como ella, pues nosotros dos no estamos en un contacto telepático tan estrecho. Hasta ahora, bastante bien. Sólo queda Auster.

Auster jadeó y soltó la matriz como si fuera una brasa encendida. Kerwin sintió el dolor como un *shock* de sus nervios; sintió que Taniquel se estremecía bajo su mano como si también ella sintiera el dolor. Neryssa miró el cristal caído sin aventurarse a tocarlo e indicó:

–¿Tani? ¿Podrás...?

El dolor desapareció cuando Tani acunó la matriz en su mano. Kerwin exhaló un suspiro profundo y trémulo. También Auster estaba pálido y tembloroso.

–¡Por los infiernos de Zandru! –exclamó. Y la mirada que lanzó a Kerwin no era ahora de malevolencia sino más bien de temor–. Lo siento, Kerwin, juro que no lo hice deliberadamente.

–Lo sabe, lo sabe –le tranquilizó Taniquel.

Soltó la mano de Jeff y se dirigió hacia Auster, rodeándole la cintura y acariciándole con suavidad una mano. ¿Cómo podía desprenderse de un contacto emocional tan íntimo con él y acercarse tan directamente a ese... a ese Auster... y empezar a preocuparse por *él?* Con celosa atención, observó cómo Taniquel tranquilizaba a Auster, cómo desaparecían las arrugas de su enjuto rostro, y cómo se calmaba poco a poco.

Elorie miró a Kerwin a los ojos mientras él guardaba su matriz.

–Evidentemente, está sintonizada contigo –reconoció–. Primera lección para el adecuado manejo de una matriz: nunca, ni siquiera con *kirian*, como ahora, permitas que nadie la toque, salvo dentro de tu propio círculo y exclusivamente cuando estés seguro de que están en contacto telepático contigo. Todos nosotros nos esforzamos por lograr el máximo de sintonía, incluso Auster, y, según parece, funcionó, salvo con él. Pero, si la hubiera tocado algún ajeno, podrías haber sufrido un *shock verdaderamente* doloroso.

Kerwin se preguntó qué sería un *shock* verdaderamente doloroso, si Elorie pensaba que el que había recibido de Auster no lo era. Lanzó una mirada llameante a Taniquel y Auster, sintiéndose furioso y abandonado.

Rannirl esbozó su sonrisa sardónica y dijo:

–Todo esto, tan sólo para descubrir lo que ya podríamos haber supuesto esta mañana cuando vimos que Kerwin tenía sangre en la cara: que ellos dos no simpatizan y que no pueden contactarse.

–Tendrán que hacerlo –repuso Elorie con voz tensa–. ¡Los necesitamos a ambos y no podemos permitir aquí esa clase de fricciones!

–Dije que accedería a la decisión de la mayoría –replicó Auster, con los ojos cerrados–. Todos conocen lo que siento al respecto, pero lo prometí y dije que haría todo lo que pudiera. Lo dije en serio.

–Eso es todo lo que cualquiera podría esperar de ti –lo tranquilizó Taniquel.

–Me parece justo –acotó Kennard–. ¿Qué sigue ahora?

–Puede contactarse con el círculo si lo ayudamos –intervino Rannirl–, pero... ¿puede *usar* su matriz? Intentemos una prueba de estructura.

De pronto, Kerwin volvió a sentir aprensión, pues Kennard se veía tenso y concentrado. Taniquel volvió a acercarse para tomarle la mano.

–Si logró sintonizar su propia matriz –opinó–, tal vez pueda captar la estructura espontáneamente.

–Y tal vez los cerdos vuelen –cortó Kennard con sequedad–. Haremos la prueba, aunque creo que sería confiar demasiado en nuestra suerte esperar que él lo logre espontáneamente. Permíteme tu copa, Tani. –La puso boca abajo sobre una mesita baja–. Jeff, toma el cristal... No, no me lo des –dijo con rapidez, al advertir que Kerwin intentaba dárselo–. Es sólo una prueba. –Señaló la copa–. Cristalízala. –Kerwin le miró sin comprender–. Hazte en tu mente un claro cuadro de esa copa haciéndose pedazos. Con cuidado, no dejes que estalle: nadie quiere cortarse con vidrios voladores. Utiliza la matriz para ver su estructura cristalina.

De pronto, Kerwin recordó que Ragan había hecho algo semejante, en el café del espaciopuerto. Si Ragan había podido hacerlo, no debía de ser tan difícil. Miró con fijeza la copa, luego el cristal, como si una intensa concentración pudiera forzar el proceso de su mente, y sintió una curiosa agitación...

–No –dijo Kennard con aspereza–, no le ayudes, Tani. Sé cómo te sientes, pero debemos estar seguros.

Kerwin miró el cristal. Los ojos empezaron a dolerle y se le nubló un poco la vista.

–Lo siento –masculló–. No me doy cuenta de cómo es.

–Inténtalo –insistió Taniquel–. ¡Jeff, es tan simple! Terranos, niños, cualquiera puede aprenderlo... ¡Es tan sólo un truco!

–Estamos perdiendo el tiempo –dijo Neryssa–. Tendrás que darle la estructura, Ken. No puede hacerlo espontáneamente.

Kerwin los miró con suspicacia, pues Kennard tenía una expresión sombría.

–¿Y ahora qué?

–Tendré que mostrarte cómo se hace. Como la técnica es no verbal, tendré que entrar directamente. Soy un Alton, y ésa es nuestra técnica especial, la de forzar el contacto telepático. –Vaciló. A Kerwin le pareció que todos le miraban con aprensión. Se preguntó qué ocurriría ahora–. Mira mi dedo –ordenó Kennard.

Lo puso cerca de la nariz de Kerwin; éste lo miró, alarmado, preguntándose si desaparecería o algo así y qué clase de demostración del poder psi sería *ésta;* siguió observando mientras Kennard retiraba el dedo lentamente. Después sintió que las manos del otro le rozaban las sienes y después...

No recordó nada más.

Movió la cabeza, atontado. Estaba tendido sobre los almohadones, con la cabeza apoyada en el regazo de Taniquel. Kennard lo miraba con amistosa preocupación. Kerwin sentía rara la cabeza, como si tuviera resaca.

–¿Qué demonios me hiciste? –preguntó.

Kennard se encogió de hombros.

–Nada, en realidad. La próxima vez no lo recordarás conscientemente, pero será más fácil. –Le entregó la copa–. Aquí tienes. Cristalízala.

–Ya lo *intenté*...

Con rebeldía, mientras Kennard le observaba, fijó la vista en la matriz. De repente, la copa que estaba frente a él se hizo difusa, extraña. Ya no era tan sólo un liso pedazo de vidrio, sino que le parecía verla diferente. No era vidrio en absoluto; el vidrio era amorfo. La copa era de cristal, y dentro de ella podía ver curiosas tensiones y movimientos. Era consciente de que el cristal matriz que tenía en la mano latía de manera extraña, como una tensión emocional, un equilibrio...

Los cristales están situados en un plano, pensó; y percibió de repente el plano; mientras se tornaba claro en su mente, oyó un ligero *crac.* Su nueva visión se nubló y desapareció. Él miró hacia abajo, incrédulo, a la copa que yacía ante él sobre los cojines en dos mitades, partida limpiamente por el centro como con un cuchillo afilado. *Surrealista,* pensó. Algunas pálidas gotas de *kirian* mojaban los almohadones. Cerró los ojos. Cuando volvió a abrirlos, todo seguía allí.

Kennard asintió con satisfacción.

–No está mal para ser un primer intento. No demasiado simétrico, pero bastante bien. Tu percepción molecular se agudizará con la práctica. ¡Por los infiernos de Zandru, tus barreras son muy fuertes! ¿Te duele la cabeza?

Kerwin empezó a negar con la cabeza, pero entonces advirtió que debía responder que sí. Se tocó las sienes con cuidado. Los grises ojos de Elorie se cruzaron con los suyos por un momento, fríos y remotos.

–Defensas mentales –dijo– contra una tensión intolerable. Típica reacción psicosomática. Te dices: *si siento dolor, no me harán más daño y me dejarán tranquilo.* Y a Kennard le disgusta hacer daño a la gente; se detuvo para no dañarte más. El dolor es la mejor defensa contra la invasión mental. Por ejemplo, si alguien trata de leerte el pensamiento y no hay apaciguador telepático, la mejor defensa es simplemente morderte el labio hasta que

sangre. Muy pocos telépatas pueden atravesar eso. Podría darte algunas explicaciones técnicas, acerca de vibraciones simpáticas y células nerviosas, pero ¿para qué? Se las dejaré a los técnicos.

Se dirigió hacia el armario donde se guardaban las bebidas, extrajo tres tabletas verdes y chatas de un pequeño frasco y se las puso en la mano, con habilidad, sin tocarlo.

–Tómalas. En una o dos horas se te pasará. Cuando tengas más práctica no las necesitarás, porque podrás trabajar directamente en los canales, pero por ahora...

Muy obediente, Kerwin ingirió las píldoras, mirando todavía con incredulidad la copa partida por la mitad en línea recta.

–¿De veras hice eso?

–Bueno, ninguno de nosotros lo hizo –respondió Rannirl con sequedad–. Y supongo que sabes que hay pocas posibilidades de que todas las moléculas pierdan tensión siguiendo por azar una línea como ésa. Decir que tienen una posibilidad en cien trillones sería ser generoso.

Kerwin recogió las dos mitades y palpó el afilado borde de fractura. Trató de formular alguna explicación que diera satisfacción a la mitad terrana de su mente, jugando con frases como *percepción subliminal de la estructura atómica...* ¡Demonios! ¡Por un minuto había *visto* la manera en que los cristales se mantenían unidos por medio de una estructura de tensiones y fuerzas vivientes! Recordó que en la escuela había aprendido que los átomos eran sólo uniones móviles de electrones, que cada objeto sólido estaba formado en realidad por espacio vacío ocupado por fuerzas infinitesimales en estasis. Sintió vértigo.

–Aprenderás –le consoló Rannirl– y, si no, siempre puedes hacer como Tani: pensar que es magia. Te concentras, agitas la mano y ya está... ¡*Puf*! ¡Pura magia!

–Es más fácil de ese modo –protestó Taniquel–. *Funciona,* aunque no haya comprendido cuáles son exactamente las fuerzas involucradas en las tensiones moleculares...

–¡Y eso es tan sólo entregarse en manos de la gente que disfruta siendo supersticiosa con respecto a nosotros! –dijo Elorie con furia–. Creo que te gusta cuando te llaman *hechicera y bruja...*

–Lo hacen de todos modos, independientemente de cómo me llame a mí misma –replicó Taniquel con ecuanimidad–. Lo decían de Mesyr, que en su época fue una de las mejores técnicas. ¿Qué importa lo que ellos piensen, Lori? Nosotros sabemos qué somos. ¿Cómo era ese proverbio que tanto le gusta a Kennard, el de aprender lógica de los ladridos de tu perro?

Elorie no respondió. Kerwin tomó la copa rota e hizo coincidir los bordes mientras la miraba con ferocidad. Una vez más experimentó esa nueva clase de percepción, como si viera por debajo de la superficie todas las fuerzas y tensiones de la *estructura* del cristal...

La copa estaba entera en su mano, limpiamente unida pero un poco desequilibrada, con una burbuja en el borde que señalaba el lugar en que se había partido.

Kennard sonrió, como aliviado.

–Ahora sólo falta una prueba –anunció.

Kerwin todavía seguía mirando la copa levemente desequilibrada.

–¿Puedo conservarla? –preguntó.

Kennard asintió.

–Tráela.

Una vez más Kerwin sintió que los pequeños dedos de Taniquel se entrelazaban con los suyos y percibió que la joven estaba asustada, pudo sentir su miedo como un dolor dentro de él.

–¿Es del todo necesario, Kennard? –rogó Taniquel–. ¿No puedes ponerlo en el círculo exterior para ver si el *shock* le produce apertura?

Elorie le lanzó una mirada compasiva.

–Eso casi nunca funciona, Tani. Ni siquiera en un círculo de mecánicos.

Kerwin empezó a sentir miedo otra vez. Había pasado tan bien las otras pruebas que había empezado a enorgullecerse de sus logros.

–¿Qué pasa? ¿Qué ocurrirá ahora, Taniquel?

Fue Elorie quien respondió con dulzura:

–Lo que Kennard quiere decir es simplemente esto: ahora tenemos que probarte dentro de un círculo y ver cómo encajas en los transmisores... en los nexos de poder. Sabemos que eres un émpata de alto nivel y que has pasado las pruebas básicas. Tienes suficiente PK para ser un buen mecánico, cuando hayas aprendido cómo hacerlo. Pero ésta es la verdadera prueba: ver cómo encajarás con el resto de nosotros. –Se volvió hacia Kennard–. Tú lo probaste con contacto telepático; sabes cómo funciona estructuralmente. ¿Cómo son sus barreras?

–Infernales –dijo Kennard–. ¿Cómo esperabas que fueran, si creció entre ciegos mentales? –Y enseguida explicó a Kerwin–: Ella quiere decir que te impuse el contacto telepático, para darte la estructura de ese modo... –Señaló la copa, quebrada y vuelta a unir, ligeramente desequilibrada–. Entonces tuve oportunidad de comprobar cómo eran tus defensas. Todo el mundo tiene alguna defensa natural contra la invasión telepática... El término técnico que utilizamos es *barrera,* un escudo protector entre telépatas para evitar que uno emita sus pensamientos privados a toda la localidad y para protegerte de la posibilidad de captar mucha estática telepática casual... Después de todo, no necesitas enterarte de qué caballo piensa ensillar primero el mozo de establo, ni de los problemas que tiene la cocinera para decidir qué preparará de cenar. Todo el mundo tiene defensas. Es un reflejo condicionado. Y, en general, cuando más fuerte es el telépata, tanto más fuertes son sus barreras. Pues bien, cuando trabajamos en un círculo, tenemos que aprender a bajar esa barrera, a trabajar sin el reflejo protector. Casi todos nosotros empezamos a trabajar en la adolescencia y aprendemos a mantener las barreras altas o a bajarlas conscientemente. Como creciste en un mundo de no-telépatas, quizás hayas aprendido a mantenerlas en su lugar todo el tiempo. A veces las barreras no pueden bajarse y hay que forzarlas, por medio de un *shock,* para que se abran. Tenemos que saber hasta qué punto será difícil trabajar contigo y cuánta resistencia tienes.

–¿Pero por qué esta noche? –preguntó Mesyr, interviniendo por primera vez. Kerwin tenía la vaga idea de que ella se consideraba separada de los otros, alguien que ya no formaba parte del círculo interior–. Lo está haciendo muy bien... ¿Por qué apresurar las cosas? ¿No podemos darle tiempo?

–Tiempo es lo único que no tenemos para darle –replicó Rannirl–. Recuerda que estamos trabajando con un plazo.

–Rannirl tiene razón –dijo Kennard, mirando a Kerwin con expresión de disculpa– Trajimos a Kerwin aquí porque estamos desesperadamente escasos de telépatas en Arilinn. Si no podemos usarlo, tú sabes tan bien como yo qué nos ocurrirá a todos. –Miró a su alrededor con expresión sombría–. ¡Necesitamos ponerlo en condiciones de trabajar con nosotros con rabiosa rapidez!

–Estamos perdiendo el tiempo –opinó Elorie y se puso de pie, mientras la pálida gasa de su vestido flotaba a su alrededor como una intangible corriente de aire–. Será mejor que lo hagamos arriba, en la cámara de matrices.

Uno a uno todos se pusieron de pie; cuando Taniquel tiró de su mano, también Kerwin se incorporó. Kennard miró a Taniquel compasivamente y dijo:

–Lo siento, Tani; sabes tan bien como yo que no puedes participar. El vínculo entre ambos es ya demasiado intenso. Neryssa monitoreará. –Y explicó a Kerwin–: Taniquel es nuestra émpata y está en contacto telepático contigo. Si formara parte del círculo, te ayudaría demasiado, no lo soportaría de otro modo. Más tarde, el vínculo que existe entre ambos hará

más fuerte la relación entre todos y ayudará al círculo, pero no ahora mientras te probamos. Tani, tienes que permanecer aquí.

Con reticencia, ella le soltó la mano. Kerwin se sintió frío y solo; era evidente que la sensación de calor, de confianza, había sido parte de lo que Taniquel había estado emitiéndole. De repente, se sintió bastante asustado.

–Alégrate –le animó Rannirl y entrelazó su brazo con el de Jeff. Aunque el gesto era de claro apoyo, el tono sonaba demasiado como una disculpa.

Kennard hizo un gesto y todos, agrupados, recorrieron el vestíbulo y ascendieron una escalera; atravesaron un corredor y finalmente otro tramo de escaleras hasta llegar a una habitación aislada que Kerwin no había visto antes. Era pequeña y octogonal. Sobre las paredes había vidrios y superficies con espejos que reflejaban las imágenes y que distorsionaban sus formas hasta hacerlas irreconocibles. Kerwin se vio a sí mismo como una delgada franja de uniforme oscuro coronado por una rojiza llamarada, que era su pelo. En el centro de la habitación había una depresión circular con asientos tapizados. Kerwin observó que todos se acomodaban siguiendo un orden que parecía familiar, preestablecido. En el centro del círculo había una pequeña mesa chata o estrado, con una canasta tejida como la que había visto en la casa de la *leronis,* que otra vez le produjo fugaz sensación de *déjà vu.* En ella había un cristal, mucho mayor que cualquier otro que hubiera visto antes.

–Es la pantalla emisora –le murmuró Rannirl al oído. Como Kerwin no comprendió, Rannirl trató de ser más claro–: Es sintética, no es una matriz natural.

Pero esa información tampoco resultó aprovechable para Kerwin.

–Quítanos de las redes de transmisión, Neryssa, sólo por esta noche –indicó Elorie–. No hay motivos para que la gente de Neskaya se entere de lo que estamos haciendo, y no creo que Hali quiera enterarse.

Neryssa fue hasta el centro, protegiéndose las manos con un pedazo de seda como había hecho la *leronis* de Thendara. Kerwin se cubrió los ojos con las manos –tan fuerte era la sensación de *déjà vu*– mientras observaba los gráciles gestos de Neryssa, inclinada sobre el cristal ¿Qué le ocurría? Nunca había estado en una cámara de matrices, nunca había visto formarse un círculo... Era una ilusión, una falsa percepción de las dos mitades del cerebro, se dijo con ferocidad, nada más que eso...

Captó el fluir de las ideas, como chispazos a su alrededor, y después escuchó claramente, a pesar de que Neryssa no había hablado:

Estamos probando en Arilinn; estaremos fuera de la red de transmisión durante veintiocho horas...

Con cuidado, protegiéndose la mano, Neryssa sacó el enorme cristal de la canasta.

–Estamos protegidos y fuera de las pantallas –informó. Guardó el cristal en un armario, envolviéndolo con esmero en pesadas sedas, pero no regresó al sitio central–. El círculo está en tus manos, *tenerésteis* –le dijo a Elorie con curiosa formalidad.

Kerwin reconoció el término arcaico por Celadora, sin saber muy bien cómo.

Elorie colocó su propio cristal en la canasta, quitándoselo del cuello. Miró inquisitivamente al círculo y a los otros. Kennard asintió. Luego lo hicieron Neryssa y Rannirl. Por un momento, Auster pareció dudar, pero por fin dijo:

–Acato tu decisión, Elorie. Ya dije que acataría la decisión de la mayoría.

El joven Corus apretó los labios y miró de manera escéptica a Kerwin.

–Creo que Mesyr tenía razón; tendríamos que haber esperado. Pero puedo arreglarme, si tú crees que *él* también puede.

Elorie estaba mirando a Auster; éste murmuró algo ininteligible para Kerwin, y Elorie asintió, accediendo. Kennard se inclinó hacia Kerwin y le explicó:

–Mientras Auster y tú no podáis resonar al unísono, os mantendremos en niveles separados.

–Haré entrar primero a Auster, y a Kerwin al final –anunció Elorie, quien, tras pasear la mirada de Rannirl a Kennard, agregó–: Kennard, tú hazlo entrar.

Echó un rápido vistazo a todo el círculo y cambió levemente de posición en su asiento. Kerwin vio una ligera comunicación, casi imperceptible, que recorría el círculo: gestos de asentimiento, miradas, una especie de acomodación mutua, pequeños acuerdos para los que no hacían falta palabras. Elorie bajó la cabeza, miró la matriz durante un momento y luego extendió un dedo esbelto hacia Auster.

Kerwin, que observaba con aprensión, sensibilizado a esas corrientes, sintió que algo como una línea de fuerza palpable conectaba a la delicada muchacha con Auster y percibió un pequeño *shock* eléctrico en el aire cuando ambos entraron en contacto telepático.

Una difusa marea de emoción en la estancia, como una llama tenue, una llama protegida ardiendo entre el hielo...

Rannirl...

Fuerzas en tensión, alineándose, como un puente poderoso a través de un abismo vacío...

–Corus –susurró Elorie en voz alta. Y Kerwin supo, sin darse cuenta cómo, captándolo, como destellos de pensamientos, que Corus era todavía demasiado joven y demasiado inexperto para poder captar el círculo sin una clave verbal.

Sonriendo nerviosamente, el joven se cubrió el rostro con las manos, dejando al descubierto la frente arrugada por la intensa concentración. Se le veía muy joven. Kerwin, todavía tanteando la atmósfera de la habitación, percibió su curiosa visualización de mano y muñecas entrelazándose, como acróbatas que se sostienen en medio del aire, asiéndose con fuerza...

Neryssa, llegó la orden silenciosa, y de repente la habitación se colmó de destellos eléctricos, como una red de pequeños centelleos interconectados. Por un momento, Kerwin sintió que todos se fundían en uno: una mezcla de ojos, rostros que circulaban... Y, mientras sentía que Kennard se alejaba de él y se sumergía en el contacto, percibió el vuelo de pájaros que giraban como uno solo: aleteos, rostros, ojos que esperaban...

–Tranquilo –dijo Kennard–. Yo te haré entrar.

Luego la voz de Kennard se hizo más tenue, más apagada; parecía zumbar en los oídos de Kerwin como desde una gran distancia. Ahora podía verlos a todos, no con los ojos, sino como un círculo de rostros, de ojos que esperaban... Supo que estaba revoloteando en el borde del contacto telepático; lo veía como una red, cuyas hebras se agitaban delicadamente...

–Jeff –susurró Elorie, pero la suave palabra fue como un chillido.

Simplemente deslízate en el contacto; es fácil.

Era igual que las instrucciones que le habían dado para encontrar el camino hasta ellos, una azarosa caminata por las calles de Thendara. Él podía decir dónde estaban, podía *sentir* el círculo que le esperaba; de alguna manera los visualizaba como una ronda, asidos de las manos; y habían dejado un lugar vacío para él... Pero, ¿cómo ir hacia allí? Permaneció impotente, como retenido, sin poder moverse hacia las manos que se tendían hacia él. De repente sintió que se balanceaba en mitad del aire sobre un inmenso abismo, esperando una señal para saltar sobre algún blanco móvil... Sabía que estaba captando de Corus esa imagen mental. No sabía por qué, pero sentía el mismo escozor nervioso provocado por el temor a las alturas, el paralizante terror al gran abismo, la caída, la zambullida interminable... ¿Qué se suponía que debía hacer? Todos parecían pensar que lo sabía.

Puedes hacerlo, Jeff. Tienes el Don.

Era la voz de Kennard, suplicante.

No tiene sentido, Ken. No puede hacerlo.

La barrera es un reflejo condicionado. Después de veinte años con los terranos, hubiera enloquecido sin ella.

El rostro de Kennard se agitaba en la habitación, reflejado en el cristal de Elorie, que hacía centellear en torno a ellos destellos prismáticos de color. Podía ver que los labios de Kennard se movían, pero no le oía hablar.

Será duro. Veinte años. Ya fue muy duro para Auster después de cinco años, a pesar de que era, Comyn puro.

Se movía difusamente a través de la luz de la habitación; parecía estar nadando bajo el agua.

Trata de no resistirte, Jeff.

De repente, como si lo hubieran apuñalado, sintió el contacto... indescriptible, increíble, tan ajeno e indefinible que sólo podía interpretarse como dolor... Por una fracción de segundo, supo que esto era lo mismo que Kennard había hecho antes, que esto era algo que no podía soportarse ni recordarse, este contacto intolerable, esta intrusión, esta violación... Era como si le abrieran el cráneo con el torno de un dentista. Lo soportó durante unos cinco segundos; luego empezó a retorcerse convulsivamente y escuchó que alguien gritaba a un millón de millas de distancia mientras caía en la oscuridad.

Cuando se recuperó esta vez, yacía en el suelo de la cámara de matrices octogonal. Kennard, Neryssa y Auster estaban de pie a su lado, mirándole. Procedentes de alguna parte se escuchaban unos sollozos ahogados. Con el rabillo de la mente vio al joven Corus acurrucado, con el rostro sepultado entre las manos. Rannirl le rodeaba con un brazo y le estrechaba contra sí. La cabeza de Kerwin era un gigantesco balón colmado de un dolor al rojo vivo. Era tan espantoso que durante un segundo no pudo respirar; después sintió que sus pulmones se expandían y de su boca, involuntariamente, se escapó un ronco sonido.

Kennard se arrodilló a su lado y le dijo:

–¿Puedes sentarte?

De algún modo consiguió hacerlo. Auster le tendió una mano, con aspecto de enfermo. Con una amabilidad inusual en su voz, le animó:

–Jeff, todos hemos pasado por esto, de una manera o de otra. Ven, apóyate en mí.

Remoto, sorprendido de sí mismo, Kerwin aceptó la mano que Auster le ofrecía.

–Corus, ¿estás bien? –preguntó Kennard.

Corus alzó un rostro congestionado, manchado por las lágrimas. Se le veía muy pálido.

–Sobreviviré –respondió escuetamente.

–Tú sabes que te lo estás haciendo a ti mismo. Tú tienes alternativa –dijo Neryssa con tono amable y distanciado.

–Hagámoslo rápido –advirtió Elorie con voz tensa–. Ninguno de nosotros puede soportar mucho más.

Temblando, tendió una mano a Corus. Kerwin, como un leve golpe eléctrico, una descarga, sintió en alguna parte de su mente la reconstrucción del vínculo. Auster y después Rannirl y Neryssa ocuparon sus lugares. Kennard, que todavía sostenía a Kerwin, se alejó y desapareció. Elorie no habló, pero súbitamente sus ojos grises colmaron todo el espacio de la habitación y Jeff escuchó su susurro autoritario:

–Ven.

Con una sacudida que le dejó sin aire percibió el impacto de todas sus mentes fundidas, como si hubiera caído en una faceta del cristal tallado. Una forma centelleó en su mente como una gigantesca estrella de fuego, y sintió que corría alrededor del círculo, fluyendo como agua, en un remolino que lo ponía y lo sacaba de contacto. Elorie, fría y distante, *sosteniéndole al final de una línea de vida;* la gentil seguridad de Kennard; un contacto telepático suave como una pluma, tembloroso y atemorizado, que era Corus; un opaco resplandor que era Auster; chispas entremezcladas, separándose; Neryssa, un suave roce exploratorio...

–Suficiente –dijo Kennard secamente.

De repente, Kerwin volvió a ser él mismo. Los otros ya no eran intangibles remolinos de energía dentro de la habitación, sino una vez más personas independientes que se agrupaban en torno a él.

Rannirl soltó un silbido.

–¡Por los infiernos de Zandru, qué barrera! Si conseguimos que la bajes del todo alguna vez, Jeff, serás un técnico endemoniadamente bueno... ¡Pero tenemos que librarnos primero de esa barrera!

–No fue tan malo la segunda vez –comentó Corus–. Él lo hizo, al menos en parte.

La cabeza de Kerwin era todavía una doliente masa de fuego.

–Pensé que, sea lo que fuere lo que me hiciste... –empezó a decir.

–Nos libramos de parte de esa barrera –dijo Kennard.

Siguió hablando, pero de repente las palabras fueron solamente ruido, estática dentro del cerebro de Kerwin, que meneó la cabeza, sin comprender.

–¿Mejor del dolor de cabeza? –preguntó Kennard en cahuenga.

–Sí, seguro –masculló Kerwin, aunque no era cierto. En todo caso había empeorado, pero no tenía la energía suficiente para decirlo.

Kennard no discutió. Tomó a Kerwin firmemente de los hombros, lo condujo a la habitación contigua y lo tendió en un sillón mullido.

–Bien, esto es asunto mío –dijo Neryssa, y se acercó y puso sus manos leves sobre la cabeza de Kerwin.

Éste no dijo nada. Ya no podía hacerlo. Se balanceaba en una hamaca gigantesca, cada vez más rápido; era un vertiginoso péndulo de dolor. Elorie murmuró algo, Neryssa le habló con tono urgente, pero para Kerwin ninguna palabra tenía sentido. Hasta la voz de Kennard era tan sólo una masa de sílabas sin significado, confusión verbal, una ensalada de palabras. Escuchó que Neryssa decía:

–No consigo llegar a él. Hay que hacer subir rápido a Taniquel. Tal vez ella lo logre...

Ahora Taniquel estaba allí, difusa ante sus ojos; se dejó caer de rodillas a su lado con una exclamación de pena.

–¡Jeff! Jeff, ¿me escuchas?

Las palabras surgían y se desvanecían frente a él como si se tratara de una melodía cantada en una lengua extraña. El mundo se difuminó en una niebla gris mientras él se balanceaba en un péndulo gigantesco, más y más lejos hacia el exterior, hacia la oscuridad salpicada de pálidas luces, hacia la nada...

¿Cómo podría evitarlo, pensó Kerwin con la irracionalidad del dolor, si le gritaba exactamente en el oído...?

–Jeff, por favor, mírame, déjame ayudarte...

–Basta ya –masculló él–. Basta de esto. He tenido suficiente por una noche, ¿verdad?

–Por favor, Jeff, no puedo ayudarte si no me dejas... –le suplicó Taniquel.

Él sintió su mano, caliente y dolorosa, sobre su cabeza que latía. Se debatió con inquietud, intentando librarse de ella. La sentía como hierro al rojo. Deseó que todos se marcharan y le dejaran solo.

Después, muy lentamente, como si le hubieran drenado alguna vena tensa y colmada, sintió que el dolor empezaba a desaparecer. Siguió cediendo hasta que por fin pudo volver a ver a la muchacha con claridad. Se incorporó. El dolor era tan sólo un leve latido en la base de su cerebro.

–Bastante bien –dijo Kennard con brusquedad–. Creo que finalmente lo conseguirás.

–¡No vale la pena tanto trabajo! –masculló Auster.

–Eso lo escuché –repuso Kerwin.

Kennard le dedicó un lento asentimiento de triunfo.

–Ya ves –agregó–. Te lo dije. Te dije que valía la pena correr el riesgo. –Y exhaló un prolongado suspiro de cansancio.

Kerwin se puso de pie con dificultad y permaneció allí, aferrado a la silla. Se sentía como si lo hubieran pasado por una trituradora, pero se hallaba penosamente en paz. Taniquel estaba desmoronada junto a su silla, gris y exhausta, y Neryssa estaba a su lado, sosteniéndole la cabeza. La joven susurró con voz débil, alzando la mirada:

–No te preocupes, Jeff. Me alegró... me alegró poder hacer algo por ti.

También Kennard se veía cansado, pero triunfante. Corus alzó los ojos y le sonrió, tembloroso y con un curioso desgarramiento. Kerwin comprendió que el muchacho había estado llorando por *su* dolor. Hasta Auster, mordiéndose los labios, comentó:

–Tengo que concederte algo. Eres uno de nosotros. No me culpes por haberlo dudado, no me acuses por eso.

Elorie se acercó y se puso de puntillas, lo suficientemente próxima como para besarlo, pero no lo hizo. Alzó una mano *y* le rozó la mejilla; un levísimo roce con la punta de los dedos.

–Bienvenido, Jeff-el-bárbaro –dijo sonriendo y mirándole a los ojos.

Rannirl le llevó del brazo para bajar las escaleras hasta el salón donde se habían reunido antes, esa misma noche.

–Al menos esta vez todos podremos elegir qué deseamos beber –comentó riéndose.

Kerwin se dio cuenta de que había pasado la última prueba. Si bien Taniquel le había aceptado desde el principio, ahora lo habían hecho todos de manera igualmente completa. Él, que nunca había pertenecido a parte alguna, se sentía ahora sobrecogido por saber cuán profundamente pertenecía a este lugar. Taniquel se acercó y se sentó en el brazo de su sillón. Mesyr se acercó y le preguntó si deseaba comer o beber algo. Rannirl le sirvió una copa de un vino fresco y fragante que tenía un sabor a manzanas.

–Creo que te agradará; lo hacen en nuestras tierras.

De manera incongruente, parecía la celebración de un cumpleaños.

Un poco más tarde, esa misma noche, se encontró junto a Kennard. Sensibilizado al humor del otro, se oyó decir:

–Pareces feliz por lo ocurrido. Auster no está complacido, pero tú sí. ¿Por qué?

–¿Por qué Auster no lo está o por qué yo sí? –le preguntó Kennard con una carcajada pícara.

–Ambas cosas.

–Porque tú eres en parte terrano –le replicó sombríamente Kennard–. Si de verdad te conviertes en parte de un círculo de matrices... dentro de una Torre y el Concejo lo acepta, habrá alguna esperanza de que también acepten a *mis* hijos. –Frunció el ceño, con la mirada perdida por encima de la cabeza de Kerwin, en una distancia triste–. Verás –concluyó–. Hice lo mismo que hizo Cleindori. Me casé fuera del Comyn... Me casé con una mujer que era en parte terrana y tengo dos hijos. Y esto establece un precedente. Me gusta pensar que algún día mis hijos podrán venir aquí...

Quedó en silencio.

Kerwin hubiera podido hacerle una docena más de preguntas, pero percibió que no era el momento. Eso no parecía tener demasiada importancia. Él pertenecía ahora a este sitio.

8

EL MUNDO EXTERIOR

Los días pasaban en la torre de Arilinn. Muy pronto Kerwin empezó a sentirse como si hubiera estado allí toda su vida. Sin embargo, de manera curiosa, era como un hombre perdido en un sueño encantado, como si todos sus viejos sueños y deseos se hubieran hecho realidad y él hubiera ingresado en ellos, construyendo un muro que lo aislara de lo demás. Era como si la Zona terrana y la Ciudad Comercial no hubieran existido jamás. Nunca, en ningún mundo, se había sentido tan cómodo. Nunca había sentido tanta pertenencia en ningún lado como aquí. Casi le resultaba incómodo ser tan feliz. No estaba acostumbrado a ello.

Con la guía de Rannirl, estudió mecánica de matrices. No llegó demasiado lejos con la teoría, le parecía que tal vez Tani había tenido razón cuando la llamó magia. Los hombres del espacio tampoco comprendían la matemática del impulso interestelar, pero funcionaba. Fue más rápido para aprender las más simples proezas psicoquinéticas con los cristales matrices pequeños. Y Neryssa, que era monitora, le enseñó a explorar su propio cuerpo, a distinguir la estructura de la sangre que fluía por sus venas, a regular, acelerando o deteniendo el latido de su corazón, a subir o bajar su presión sanguínea, a vigilar el flujo de lo que ella llamaba los canales y Kerwin sospechaba que eran el sistema nervioso autónomo entre los médicos terranos. Era algo considerablemente más sofisticado que cualquier técnica de bioretroalimentación que hubiera aprendido en la Zona Terrana.

Hizo menos progresos en el círculo de contacto telepático. Había aprendido a cumplir su turno –con Corus o Neryssa a su lado– en los transmisores, la red de comunicación de telépatas entre las Torres, que enviaban mensajes acerca de lo que estaba ocurriendo, entre Neskaya y Arilinn y Hali y la lejana Dalereuth; mensajes que todavía tenían poco significado para Jeff, como los referentes a un incendio forestal de las Kilghard Hills, a una ola de asaltos de bandidos en el límite de los Hellers, a una epidemia de fiebre contagiosa en Dalereuth, al nacimiento de trillizos cerca de la Zona lacustre. También venían ciudadanos a la Sala de Extranjeros de la Torre y pedían que se enviaran mensajes por medio de los transmisores; cuestiones de negocios o nacimientos, muertes y acuerdos matrimoniales.

Pero tenía menos éxito trabajando con el círculo. Sabía que todos observaban sus progresos con ansiedad, ahora que lo habían aceptado; a veces le parecía que lo vigilaban como halcones. Taniquel insistía en que lo estaban llevando demasiado rápido, en tanto que Auster se enfurruñaba y acusaba a Kennard y a Elorie de protegerlo demasiado. Pero hasta ahora sólo podía soportar unos pocos minutos por vez en el círculo. Evidentemente, no era un proceso que pudiera apresurarse; ganaba algunos segundos cada día, resistiendo cada vez más las tensiones del contacto antes de desmoronarse.

Persistieron los dolores de cabeza e incluso empeoraron, pero por algún motivo eso no desalentó a nadie. Neryssa le enseñó a controlarlos un poco por medio de la regulación de la presión interna de los vasos sanguíneos que se hallaban alrededor de las órbitas y en el cráneo. No obstante, en muchas oportunidades, todavía era incapaz de soportar nada que no fuera una habitación a oscuras y silenciosa y sentía que se le partía la cabeza. Corus le hacía bromas rudas y Rannirl predijo con pesimismo que debía empeorar antes de mejorar, pero todos eran pacientes con él; incluso una vez que estaba encerrado padeciendo uno de esos cegadores dolores de cabeza escuchó que Mesyr –a quien él había creído disgustar– regañaba a Elorie, a quien obviamente adoraba, por hacer ruido en el corredor ante la puerta de la habitación de Kerwin.

Una o dos veces, cuando el dolor le resultaba insoportable, Taniquel vino a su habitación sin que se lo pidiera e hizo lo mismo que la primera noche; posar sus leves dedos sobre sus sienes, drenándole el dolor como si destapara una válvula. Kerwin sabía que a la joven no le agradaba hacerlo, pues la dejaba exhausta y a él le asustaba –y también lo avergonzaba– verla tan gris y demacrada después. Además ponía furiosa a Neryssa.

–Tiene que aprender a hacerlo solo, Tani. ¡No es bueno para ti ni para él que hagas lo que puede y debe aprender por sí mismo! Y mírate –le reprochaba–. ¡Has logrado incapacitarte también!

–No soporto su dolor y, como de todas maneras lo siento, me parece que es mejor ayudarle –dijo Taniquel débilmente.

–Entonces aprende a protegerte –le advirtió Neryssa–. ¡Sabes muy bien que un monitor nunca debe involucrarse tanto! ¡Si sigues así, Tani, sabes perfectamente qué te ocurrirá!

Taniquel la miró esbozando una sonrisa pícara.

–¿Estás celosa, Neryssa?

Pero la otra sólo frunció el ceño hacia Kerwin, furiosa, y salió de la habitación.

–¿Qué era todo eso, Tani? –preguntó Kerwin.

Taniquel no le respondió. Kerwin se preguntó si alguna vez llegaría a comprender las pequeñas interacciones que se daban entre esta gente, las cortesías y las cosas que no se decían dentro de una sociedad telepática.

No obstante, había empezado a distenderse. Por extraña que fuera la Torre de Arilinn, no era sin embargo un castillo de cuento de hadas, sino tan sólo un gran edificio de piedra donde vivían personas. Los silenciosos sirvientes no-humanos que se desplazaban sigilosamente todavía le ponían un poco incómodo, pero empezaba a habituarse a sus modales silenciosos y a aprender a ignorarlos como los demás, a menos que necesitara algo. El lugar no era todo hechicería y duendes. La torre encantada no estaba encantada del todo. Por alguna curiosa razón, se sintió complacido cuando encontró una gotera en el techo, justo en su habitación; como ningún obrero, ningún ajeno podía trasponer el Velo, él y Rannirl tuvieron que trepar la vertiginosa pendiente del techo para arreglarla ellos mismos. De algún modo, ese prosaico incidente tornó el lugar más real para él, menos de ensueño.

También empezó a aprender el idioma que hablaban entre ellos –lo llamaban *casta*– pues, si bien podía comprenderlo telepáticamente, sabía que tarde o temprano tendría que tratar con los no-telépatas locales. Leyó un poco de historia de Darkover desde el punto de vista darkovano, no terrano; no había muchos libros, pero Kennard era algo así como un erudito y tenía una extensa historia de la época de los Cien Reinos –que a Jeff le parecía un poco más complicada que la de la Europa medieval– y otra de las Guerras Hastur que, al final de la Época de Caos, habían unificado casi todo el planeta bajo el gobierno de los Siete Dominios y el Concejo del Comyn. Kennard le advirtió que la historia verdadera era prácticamente desconocida; esos libros habían sido compilados a partir de la tradición, las leyendas, las antiguas baladas y los relatos, ya que casi durante mil años la tarea de escribir había quedado en manos de los hermanos de San Valentín, en el Monasterio de Nevarsin, y casi se había perdido el alfabetismo. De todo ello, Kerwin concluyó que en una época Darkover había tenido una tecnología muy desarrollada de las piedras matrices y que su mal uso había reducido a los Siete Dominios a una anarquía caótica, tras la cual los Hastur habían dado forma al sistema de las Torres sometidas a una Celadora, que hacía votos de castidad para evitar las perpetuaciones dinásticas y que estaba sometida, por juramento, a severos principios éticos.

Había empezado a perder la noción del tiempo, pero creía haber estado en Arilinn unos treinta o cuarenta días cuando Neryssa le dijo inesperadamente, al finalizar una sesión de entrenamiento:

–Creo que ya podrías funcionar como monitor en un círculo sin demasiadas dificultades. Te certificaré como monitor y te tomaré juramento, si quieres. –Jeff la miró asombrado y temeroso. Ella confundió la sorpresa que él mostraba y añadió–: Si prefieres que Elorie te tome el juramento, estás en tu derecho, pero te aseguro que nunca molestamos a la Celadora con esas cosas; yo estoy perfectamente cualificada para tomarte el primer juramento.

Kerwin meneó la cabeza.

–¡No estoy seguro de querer pronunciar ningún juramento! No me dijeron... No lo comprendo.

–Pero no puedes trabajar en el círculo sin pronunciar el juramento de monitor –replicó Neryssa, frunciendo un poco el ceño–. Y tampoco nadie de otra Torre querrá trabajar contigo si no has jurado... ¿Por qué no quieres hacer el juramento? –Le observó con preocupación y con la mirada de sospecha que había desaparecido en los ojos de todos salvo en los de Auster–. ¿Te propones traicionarnos?

Transcurrieron un par de minutos antes de que Kerwin advirtiera que ella no había pronunciado la última frase en voz alta.

Advirtió que era lo bastante mayor como para ser su madre; súbitamente se preguntó si habría conocido a Cleindori, pero no quiso enunciar la pregunta. *Cleindori había traicionado a Arilinn.* Y Kerwin supo que su hijo no se liberaría nunca de ese estigma, a menos que se ganara esa libertad.

–No me notificaron que debería hacer juramentos –dijo lentamente–. En general, no es una costumbre terrana. No sé qué debería jurar. –Y agregó, siguiendo un impulso–: ¿Acaso tú harías un juramento que no conoces, sin saber a qué te va a obligar?

Con lentitud, la furia y la suspicacia abandonaron el rostro de Neryssa.

–No se me había ocurrido, Kerwin –respondió–. Hasta los niños pronuncian el juramento de monitor cuando se les prueba aquí. Más tarde se te exigirán otros juramentos, pero éste te compromete tan sólo con los principios básicos: juras que nunca usarás tu piedra estelar para forzar la voluntad o la conciencia de un ser vivo, que nunca invadirás sin consentimiento la mente de otra persona, que usarás tus poderes sólo para ayudar o curar y nunca para la guerra. El juramento es muy antiguo; se remonta a la época anterior a la Época de Caos; algunos dicen que fue ideado por el primer Hastur cuando dio una matriz a su primer servidor, pero eso es una leyenda, por supuesto. Lo que *sí* sabemos es que se exige formalmente en Arilinn desde los días de Varzil el Bueno o tal vez desde antes. –Y agregó, con una mueca despectiva de su boca delgada–: ¡Puedes estar seguro de que en el juramento de monitor no hay nada que pudiera ofender la conciencia del mismo Hastur, por no hablar de la de un *terrano*!

Kerwin lo pensó durante un momento. Había pasado mucho tiempo desde que alguien le llamara de ese modo, no había ocurrido desde la primera noche que había estado en Arilinn. Finalmente se encogió de hombros. ¿Qué tenía que perder? Tarde o temprano tendría que dejar de lado sus jerarquías terranas para adoptar los principios de la ética darkovana... ¿Por qué no hacerlo ahora?

–Haré el juramento –dijo.

Mientras repetía las arcaicas palabras –*no forzar a ningún ser humano en contra de su voluntad o su conciencia, no interferir sin requerimiento en la mente ni el cuerpo, salvo para ayudar o curar, no usar nunca los poderes de la piedra estelar para forzar mente o conciencia*–, pensó casi por vez primera en los pavorosos poderes de una matriz cuando estaba en manos de un operario capacitado. El poder de interferir en las ideas de las personas, de acelerar o pausar el latido de sus corazones, detener el flujo sanguíneo, quitar oxígeno del cerebro... constituían una responsabilidad verdaderamente aterradora. Sospechaba que el juramento de monitor tenía un valor muy semejante al del juramento hipocrático para la medicina terrana.

Neryssa había insistido en que debía pronunciar el juramento estando en contacto telepático, pues ésa era la costumbre. Él sospechaba que la razón era monitorear cualquier reserva mental, como una rudimentaria forma de detector de mentiras, algo tan normal entre telépatas que Kerwin advirtió que en realidad no implicaba falta de confianza. Mientras pronunciaba las palabras –comprendiendo ahora por qué se le exigían y sabiendo que las decía con seriedad–, fue consciente de la proximidad de Neryssa; de alguna manera sentía como si ambos estuvieran muy cerca físicamente, aunque en realidad la mujer estaba sentada en el otro extremo de la habitación, con la cabeza gacha y los ojos fijos en su matriz, sin mirarle siquiera. En cuanto Kerwin hubo terminado, Neryssa se puso con rapidez de pie y dijo:

–Estoy cansada de estar encerrada aquí dentro. Salgamos un rato. ¿Te gustaría cabalgar un poco? Todavía es temprano y no hay mucho que hacer hoy; ninguno de los dos estamos de turno con los transmisores. ¿Qué te parecería cazar con halcones? A mí me gustarían algunas aves para la cena. ¿A ti no?

Guardó su matriz y la siguió. Había aprendido a disfrutar de las cabalgatas. En Terra era un lujo exótico para excéntricos ricos, pero aquí, en las Llanuras de Arilinn, era un medio común de desplazarse, ya que las aeronaves, impulsadas por matriz, eran muy raras y sólo utilizadas por el Comyn en circunstancias muy especiales.

La siguió a los establos sin recelo. Cuando se hallaban a mitad de camino, bajando la escalera, ella le preguntó:

–¿Te parece que deberíamos invitar a uno o dos de los otros?

–Como prefieras –respondió él, algo sorprendido.

Ella no se había mostrado antes particularmente amistosa, y él no esperaba que tuviera tanto interés en su compañía. Pero Mesyr estaba ocupada con algunos asuntos domésticos en otra parte de la Torre, Rannirl tenía cosas que hacer en el laboratorio de matrices –trató de explicárselo, pero Kerwin sólo entendió una de cada cinco palabras, ya que no tenía la necesaria formación técnica–, Corus estaba en los transmisores, a Kennard le dolía la pierna mala y Taniquel estaba descansando para prepararse a cumplir su turno en los transmisores durante la noche. De modo que salieron los dos solos, ya que Auster se negó secamente a acompañarlos.

Kennard había puesto un caballo a disposición de Kerwin, una alta yegua negra procedente de sus tierras. Kerwin tenía entendido que los caballos de Armida eran famosos en todos los Dominios. Neryssa tenía un poney gris plateado con crines y cola doradas que, según dijo, procedía de los Hellers. Posó su halcón en el borrén de la montura; llevaba una capa gris y carmesí y una larga falda que, tal como Kerwin advirtió finalmente, estaba dividida, como si fueran pantalones muy anchos. Cuando tomó su halcón de manos del halconero, echó un vistazo a Kerwin y le dijo:

–Hay un halcón bien entrenado que Kennard te autorizó a usar. Yo mismo lo oí.

–No sé nada de cazar con halcones –repuso Kerwin. Había aprendido a montar de manera aceptable, pero no sabía manejar las aves de caza y no quería pretender que sí.

Hubo algunas miradas curiosas y murmullos, que Neryssa ignoró, mientras atravesaban los límites de la ciudad. Kerwin advirtió que casi no había visto nada de la ciudad de Arilinn –que, según había oído, era la tercera o cuarta en importancia dentro de los Siete Dominios– y decidió que saldría a explorarla en algún momento. Neryssa no tenía puesta la capucha y mostraba su canoso cabello cobrizo recogido en trenzas. Como hacía frío, Kerwin se había puesto su capa ceremonial de cuero encima de sus ropas terranas. Al escuchar los murmullos y ver los rostros reverentes, advirtió que le tomaban por otro miembro del círculo de la Torre. ¿Era eso lo que había pensado la gente de Thendara, durante la primera noche que estuvo en Darkover?

Fuera de las puertas de Arilinn se extendían las llanuras, con matas de arbustos aquí y allá, unas sendas y un viejo camino para carros, ahora desierto. Cabalgaron más o menos

durante una hora bajo el cielo próximo, bajo la pálida luz púrpura del alto sol. Por fin, Neryssa puso su caballo al paso, diciendo:

–Hay buena caza aquí. Podríamos conseguir algunas aves, o tal vez algún conejo astado... Elorie no ha estado comiendo gran cosa últimamente. Me gustaría tentarla con algo sabroso.

En realidad, Kerwin había estado pensando que la caza con halcón era un deporte exótico, una cosa extraña que se hacía por la excitación que proporcionaba; ahora, por primera vez, advirtió que, en una cultura como ésta, era una manera muy utilitaria de conseguir carne para la mesa.

Pensó que tal vez debería aprender. Parecía ser una de las habilidades prácticas de un caballero; aunque, al observar las manos pequeñas y fuertes de Neryssa mientras desencapuchaba su halcón, comprendió que también de una dama. No se podía pensar en una mujer noble que cazara para llenar su cocina. ¡Pero sin duda así habría empezado la caza con halcón: como manera de proveer la cocina! Y, si bien una dama no podía hacer gran cosa en la caza de animales grandes, no había motivos que impidieran que una mujer igualara o superara a un hombre en la caza con halcón. De repente, Kerwin se sintió muy inútil.

–No te preocupes –le tranquilizó Neryssa, alzando los ojos hasta él, quien advirtió que aún estaban en contacto telepático, aunque más levemente–. Aprenderás. La próxima vez, te conseguiré un halcón *verrin.* Tienes estatura y fuerza suficiente como para arreglarte con uno de ésos. –Lanzó su halcón a gran altura; el pájaro despegó y voló cada vez más alto. Neryssa observó el vuelo, protegiéndose los ojos con las manos–. Ahora –dijo en un susurro– ha avistado su presa...

Kerwin miró, pero no vio rastros del pájaro.

–Sin duda no puedes ver tan lejos, Neryssa...

Ella levantó la vista con impaciencia.

Por supuesto que no. El contacto telepático con los halcones y otros pájaros de caza es uno de nuestros dones familiares.

Aunque fue un pensamiento superficial, con la parte más externa de la mente, Kerwin advirtió que todavía existía entre ambos un fuerte contacto telepático, ya que con parte de su mente pudo *sentir* el vuelo, las alas que batían, la envolvente excitación de la caza, el mundo que giraba abajo, cómo se lanzaba en picado, con un escalofrío de éxtasis corriendo por el cuerpo... Sacudiendo la cabeza, asombrado, Kerwin regresó a la tierra y siguió a Neryssa que cabalgaba ágilmente hasta el lugar donde el halcón había matado su presa. La mujer hizo un gesto al halconero, que los seguía a distancia, para que tomara el pequeño pájaro muerto y lo llevara en su montura. El halcón se posó en el guante de la mujer, y Neryssa lo alimentó con la cabeza del pájaro muerto, todavía caliente. Tenía los ojos cerrados y el rostro sonrojado. Kerwin se preguntó si también ella habría compartido la excitación de esa cacería. Observó cómo el halcón desgarraba la carne y los tendones con una sensación de excitación mezclada con asco.

Neryssa alzó los ojos hacia él.

–Sólo se alimenta de lo que le doy; ningún pájaro bien entrenado probará su presa mientras no se le haya dado. Suficiente... –Alejó los restos sangrientos del cruel pico, explicando–. Quiero al menos otro pájaro.

Una vez más lanzó el ave al aire y una vez más Kerwin percibió el contacto telepático entre la mujer y el pájaro. Lo siguió mentalmente, sabiendo que no interfería, que de alguna manera ella se había abierto a él para que compartieran el éxtasis del vuelo, el fuerte ascenso, el golpe, la sangre que manaba...

Cuando el halconero le trajo a Neryssa la cabeza del segundo pájaro, Kerwin fue de pronto consciente, a través de la excitación y la repulsión, de la profundidad con que estaba compartiendo todo eso con ella, percibió el calor, casi sexual, en las profundidades de su cuerpo. Con furia, trató de borrar el pensamiento, perturbado y avergonzado de que Neryssa

lo captara. Él no estaba intentando seducirla... ¡Si ni siquiera le gustaba! ¡Y lo último que deseaba, aquí, era complicarse la vida con una mujer!

Sin embargo, cuando el sol bajó un poco y el halcón voló una y otra vez, atacando y matando, Kerwin fue atraído una vez más al extático contacto entre mujer y halcón, sangre, terror y excitación. Finalmente, Neryssa se volvió hacia el halconero y dijo:

–Ya es suficiente; lleva de regreso los pájaros. –Y detuvo su caballo, respirando con profundidad y lentitud mientras observaba al hombre que se alejaba.

Kerwin estaba seguro de que se había olvidado de él. Sin una palabra, ella encaminó su caballo de regreso hacia los distantes portales de Arilinn.

Kerwin cabalgó tras ella, curiosamente apagado. Como se estaba levantando viento, se colocó con cuidado la capucha sobre la cabeza. Cabalgando detrás de la figura arropada de Neryssa, con el tenue sol rojo ya muy bajo en el cielo y un cuarto creciente de la luna violeta sobre una montaña distante, tuvo la curiosa sensación de estar solo en el mundo con la mujer que le daba la espalda, cabalgando tras ella tal como el halcón había perseguido a su presa que huía... Clavó los talones en los flancos de su caballo y partió al galope, corriendo como en alas del viento, perdido en la excitación de la cacería... Se aferraba al caballo con las rodillas, por instinto, con la mente atrapada en la excitación de la caza, ganado por su conciencia creciente. Mientras cabalgaba, era levemente consciente del contacto que aún existía entre la mujer y él, de la excitación del cuerpo de ella, que percibía el ruido de cascos que la perseguían, la larga cacería, un hambre extraña mezclada con miedo... Las imágenes colmaron la mente de Kerwin; alcanzarla, arrancarla de su montura, arrojarla al suelo... Compartirlo con ella era como una creciente excitación sexual. De modo que, inconscientemente, apresuró su caballo hasta que, al llegar a las puertas de la ciudad, ya le pisaba los talones...

De pronto cobró conciencia. ¿Qué estaba haciendo? Era un huésped invitado, un compañero de trabajo, ahora juramentado, un hombre civilizado... ¡no un bandido, ni un halcón! La sangre le latía con fuerza en las sienes. Eludió los ojos de Neryssa cuando los caballerizos vinieron a llevarse sus caballos. Desmontaron. Él percibió sin embargo que también ella estaba débil por la excitación, que apenas si podía sostenerse. Kerwin se sentía avergonzado y perturbado por la intensidad de su fantasía sexual, aterrado ante la idea de que ella la hubiera compartido. En las pequeñas dimensiones del establo, ella pasó a su lado; sus cuerpos no llegaron a tocarse, pero él tuvo perfecta conciencia de la mujer debajo de la capa plegada y giró la cabeza para ocultar su rostro sonrojado.

Justo después del Velo, en la escalera interior, ella se detuvo de repente y alzó los ojos hacia él.

–Lo siento –dijo con dulzura–. Olvidé... por favor, créeme, no lo hice deliberadamente. Había olvidado que tú no... que todavía no puedes amurallarte, si no deseabas compartirlo.

Él la miró, un poco avergonzado, sin aceptar del todo que ella había dado forma a esa curiosa fantasía y la había compartido con él.

–No tiene importancia –repuso, tratando de ser cortés.

–Sí la tiene –corrigió ella, furiosa–. No comprendes. Había olvidado qué podría significar para ti. No es lo que podría significar para cualquiera de nosotros.

De repente, ella abrió su mente ante él, y Kerwin fue perturbadoramente consciente de la tensa excitación que la invadía, con su desnudez sexual, desenmascarada ahora del simbolismo de la caza del halcón. Se sintió perturbado, incómodo. Ella agregó, en voz baja y viciosa:

–Ya te he dicho que no lo comprendes. No debía haberte hecho eso mientras no tuvieras barreras adecuadas para bloquearlo. Y aún no las tienes. En un hombre... de los nuestros... el hecho de que lo hayas aceptado... y compartido... significaría algo más de lo que significa para ti. Es culpa mía. Ocurre a veces, después del contacto telepático. Es mi fracaso. No el tuyo, Kerwin. A ti no te obliga en nada. No te preocupes. Sé que no deseas...

Exhaló un largo suspiro, mirándole directamente, y él percibió su furia y su frustración. Alterado, dijo, todavía comprendiendo a medias:

–Neryssa, lo siento, no quise... no quise hacer nada que te ofendiera o te hiriera...

–Ya lo sé, maldito seas –exclamó ella con ira–. Ya te he dicho que a veces ocurre. He sido monitora durante suficientes años como para saber que yo soy responsable. ¡Juzgué mal el nivel de tus barreras! ¡Eso es todo! ¡Deja de hacer de ello una montaña y contrólate antes de que lo desparramemos por todo Arilinn! Yo puedo manejarlo, pero tú no puedes. Y Elorie es joven. ¡No permitiré que *ella* se perturbe con esta tontería!

Fue como un cubo de agua fría que ahogó por completo su excitación por la mujer *y* lo dejó consternado ante la idea de que los otros telépatas pudieran captar sus fantasías, su necesidad... Se sentía desnudo *y* expuesto. La furia de Neryssa era como un relámpago carmesí en medio de su consternación. Tartamudeando una débil disculpa, subió las escaleras corriendo y se refugió en su habitación. Todavía no comprendía exactamente lo ocurrido, pero le perturbaba.

Una larga introspección le dijo que el ocultamiento de las emociones era imposible en un grupo telépata. Cuando todos volvieron a reunirse, a pesar de que estaba preocupado por temor de que su vergonzosa incapacidad de bloquear sus propios pensamientos pudiera haber arruinado la familiaridad con que lo aceptaban, nadie habló de eso ni tampoco pareció pensar al respecto. Empezaba a comprender lo que significaba estar abierto, revelar hasta los pensamientos más íntimos a un grupo de ajenos. Se sentía incómodo, avergonzado, como si lo exhibieran desnudo, pero supuso que ninguno de ellos habría vivido toda su vida sin concebir algún pensamiento vergonzoso y que simplemente tendría que habituarse a eso.

Al menos ahora sabía que no tenía sentido intentar fingir con Neryssa. Ella le conocía; como monitora, había entrado hasta lo más profundo de su cuerpo y también en su mente, incluso en esos sitios desnudos que él hubiera preferido que la mujer no conociera. Sin embargo, ella seguía aceptándole. Era un sentimiento agradable. Paradójicamente, a él no le gustaba más que antes, pero ahora sabía que no tenía importancia; ambos habían compartido algo y lo habían aceptado.

Llevaba en Arilinn alrededor de cuarenta días cuando volvió a ocurrírsele que no había visto nada de la ciudad. Una mañana le preguntó a Kennard –todavía no estaba seguro de su estatus aquí– si podía salir a explorar. Kennard le dirigió una breve mirada y dijo:

–¿Por qué no? –Después, saliendo de su ensueño, agregó–: ¡Por los infiernos de Zandru, joven, no tienes que pedir permiso para hacer cualquier cosa que quieras! Ve solo, o que alguno de nosotros te acompañe, o llévate a uno de los *kyrri* para no perderte. ¡Haz lo que quieras!

Auster se volvió de la chimenea –todos estaban en el gran salón– y recomendó con tono amargo:

–No nos deshonres, no vayas vestido con esas ropas, ¿quieres?

Cualquier cosa que Auster dijera siempre provocaba en Kerwin la determinación de hacer exactamente lo contrario.

–Todos te mirarán demasiado si vas con esas ropas, Jeff –insistió Rannirl.

–Le mirarán de todos modos –agregó Mesyr.

–De todas maneras, ven, te buscaré algunas mías... Somos más o menos de la misma estatura, me parece..., por ahora. Debemos hacer algo para conseguirte un equipo adecuado.

Kerwin se sintió ridículo al ponerse la corta chaqueta, la blusa de mangas anchas, los pantalones que le llegaban justo a la caña de las botas. Tampoco compartía con Rannirl el gusto por los colores. Si debía usar ropas darkovanas –y suponía que se veía bastante tonto con su uniforme terrano–, ¡no era necesario que se pusiera una chaqueta magenta con ribetes anaranjados! ¡Al menos, eso esperaba!

Sin embargo, se sorprendió al descubrir, al mirarse en el espejo, que le sentaba bien ese atuendo resplandeciente. Favorecía su altura y coloración poco usual, que siempre lo había hecho sentir torpe con las ropas terranas. Mesyr le advirtió que no se cubriera la cabeza: los telépatas de la Torre de Arilinn exhibían con orgullo sus cabezas pelirrojas, *y* eso les protegía de ataques o insultos accidentales. En un mundo como Darkover, donde la violencia era cotidiana, donde los tumultos callejeros eran la forma favorita de demostrar un buen espíritu, Jeff Kerwin se vio obligado a admitir que la advertencia era sensata.

Mientras caminaba a través de las calles de la ciudad –había elegido ir solo–, advirtió las miradas y los susurros y que nadie lo empujaba al pasar. Era una ciudad extraña para él que había crecido en Thendara. Aquí el dialecto era diferente y también el corte de la ropa de las mujeres, que llevaban faldas más largas, menos chaquetas de montañista terranas y más capas con capuchas; incluso los hombres las llevaban. El calzado terrano no se adecuaba a las ropas darkovanas que vestía –Rannirl, más alto que él tenía sin embargo pies sorprendentemente pequeños en un hombre, y sus botas no le habían entrado–, de modo que, siguiendo un impulso, al pasar ante un comercio en el que se exhibían botas y sandalias, Kerwin entró y pidió un par de botas.

El propietario pareció tan respetuoso que Kerwin empezó a preguntarse si no habría cometido algún error social –evidentemente, los Comyn rara vez entraban en los comercios comunes–, hasta que empezó el regateo. El hombre no cejó de intentar que Kerwin cambiara las botas modestas que había elegido por el par más costoso y de mejor calidad que tenía en existencia. Entonces Kerwin se irritó y empezó a regatear con acaloramiento. El comerciante seguía insistiendo, con genuina desazón, que esas pobres botas no eran dignas para el *vai dom.* Kerwin acabó quedándose con dos pares, uno de botas de montar y uno de esas suaves botas cortas de gamuza que todos los hombres de Arilinn usaban cuando estaban dentro. Extrayendo su billetera, preguntó:

–¿Cuánto le debo?

El hombre pareció consternado y ofendido.

–¿Qué he hecho para merecer este insulto, *vai dom*? Has honrado mi negocio... ¡No puedo aceptar el pago!

–Oh, vamos... –protestó Kerwin–. No debes hacer esto...

–Te he dicho que estas pobres cosas no eran dignas de tu atención, *vai dom,* pero si tú, encumbrado señor, te aventuraras a aceptar un par verdaderamente digno de ti...

–¡Por los cuernos del infierno! –masculló Kerwin, preguntándose qué estaba ocurriendo y qué tabú darkovano, habría transgredido esta vez, sin saberlo.

El hombre lanzó a Kerwin una aguda mirada y luego le dijo:

–Perdona mi presunción, *vai dom,* pero eres el señor del Comyn Kerwin-Aillard, ¿verdad?

Recordando la costumbre darkovana que daba al niño el nombre y el rango del progenitor de mayor jerarquía, Kerwin lo admitió. El comerciante, firme y respetuosamente, pero más bien como si estuviera instruyendo a un niño retardado para infundirle buenos modales, explicó:

–No se acostumbra a aceptar pago por nada que un señor del Comyn se digne aceptar, señor.

Kerwin accedió con gracia, ya que no deseaba hacer una escena, pero se sintió incómodo. ¿Cómo demonios haría para conseguir las otras cosas que quería? ¿Simplemente debía pedirlas? Por lo que se veía, el Comyn tenía armado un buen circo allí, pero él no era lo bastante desaprensivo como para disfrutarlo. Estaba acostumbrado a trabajar por lo que deseaba y a pagar por ello.

Cargó el paquete bajo el brazo y siguió caminando. Le parecía diferente y agradable caminar como ciudadano por una ciudad darkovana, no como ajeno, no como transgresor.

Pensó un momento en Johnny Ellers, pero ésa era otra vida y los años que había pasado en el Imperio terrano eran como un sueño.

–¿Kerwin?

Levantó la mirada y vio a Auster, vestido de verde y escarlata, de pie ante él. Auster le habló de manera agradable para ser él:

–Se me ocurrió que podías perderte. Tenía cosas que hacer en la ciudad, y pensé que tal vez te encontraría en el mercado.

–Gracias –dijo Kerwin–. No me perdí, pero las calles me confunden un poco. Es bueno que hayas venido a buscarme.

Estaba asombrado ante aquel gesto amistoso; de todos los del círculo, Auster era el único que se había mostrado persistentemente poco amistoso.

Auster se encogió de hombros, y de repente, con tanta claridad como si le hubiera hablado, Kerwin lo captó:

Está mintiendo. Me ha dicho eso para que no le preguntara qué está haciendo aquí. No ha venido a buscarme, y eso le molesta.

Descartó la idea con un encogimiento de hombros. ¡Qué demonios! Él no era el guardián de Auster. Tal vez el hombre tuviera una chica aquí o un amigo o algo. Sus andanzas no eran asunto de Kerwin.

¿Pero por qué creyó que debía explicarme por qué estaba en la ciudad?

Caminaban juntos, de regreso a la Torre, que se extendía como un largo brazo de sombra sobre la plaza del mercado. Auster se detuvo.

–¿Te gustaría que nos paráramos en alguna parte a beber una copa antes de volver?

Aunque apreciaba la amistosa oferta, Kerwin meneó la cabeza:

–No, gracias. Ya me han mirado suficiente para este día. De todas maneras, no soy un gran bebedor. Pero gracias de todos modos. Otra vez, quizá.

Auster le lanzó una rápida mirada, no amistosa pero sí comprensiva.

–Ya te acostumbrarás a que te miren... en un sentido –replicó–. En otro, se pone cada vez peor. Cuanto más te aíslas con... con los tuyos, tanto menos capaz eres de tolerar a los ajenos.

Por un momento caminaron lado a lado. Entonces, detrás de él, Kerwin escuchó un repentino grito. Auster giró en redondo, propinando a Kerwin un violento empujón. Kerwin perdió pie, se desequilibró, resbaló y cayó mientras algo pasó sobre él y fue a dar contra un muro. Se desprendió un fragmento de piedra, que golpeó la mejilla de Kerwin, haciéndole un tajo profundo.

También Auster había perdido el equilibrio y había caído de rodillas. Se puso de pie, miró cautelosamente a su alrededor y alzó el pesado adoquín que alguien había arrojado con lo que podría haber sido mortal precisión.

–¿Qué demonios ha pasado? –dijo Kerwin, incorporándose *y* mirando con fijeza a Auster.

–Te pido disculpas... –se disculpó Auster rígidamente.

–Olvídalo. Me salvaste de una horrible herida. Si esa cosa me hubiera dado de lleno, podría haberme matado. –Se palpó la mejilla con dedos cautos–. ¿Quién arrojó esa condenada cosa?

–Algún descontento –respondió Auster y miró a su alrededor, inquieto–. En estos días ocurren cosas extrañas en Arilinn. Kerwin, ¿quieres hacerme un favor?

–Me parece que te debo uno.

–No les menciones nada de esto a las mujeres... ni a Kennard. Ya tenemos suficientes cosas para preocuparnos.

Kerwin frunció el ceño, pero asintió. Silenciosamente, uno junto al otro, caminaron hasta la Torre. Era sorprendente cuán cómodo se sentía con Auster, a pesar del hecho obvio de que al otro no le gustaba. Era como si ambos se hubieran conocido de toda la vida. *Cuando te aíslas con los tuyos,* había dicho Auster. ¿Sería de los suyos?

Tenía dos hechos sobre los que debía reflexionar. En primer lugar, Auster, a quien no le gustaba, había actuado... automáticamente, por instinto, para protegerlo de la roca; si se hubiera quedado quieto, Kerwin sin duda habría resultado herido y él se hubiera ahorrado problemas. Pero aún más sorprendente que la extraña conducta de Auster era el incidente de la roca. A pesar de toda la deferencia que la gente de Arilinn manifestaba ante el Comyn, había *alguien* allí a quien le gustaría ver a un Comyn muerto.

¿O tal vez sería al mestizo terrano a quien querían matar? De repente, Kerwin deseó no haber hecho a Auster la promesa de no decir nada. Le hubiera gustado comentar el asunto con Kennard.

Cuando se reunieron esa noche en el salón, Kennard miró inquisitivamente su mejilla vendada. Si le hubiera hecho una pregunta directa en ese momento, Kerwin podría haberle contestado –no le había prometido a Auster que mentiría al respecto–; pero Kennard no dijo nada. De modo que Kerwin sólo le contó lo de sus botas y la charla con el comerciante, mencionando su propia inquietud con respecto a la costumbre.

–Mi querido muchacho –explicó Kennard con solemnidad–, has dado un prestigio a ese hombre. Supongo que un *terrano* diría publicidad gratis, ¡que le durará durante años! El hecho de que un Comyn de Arilinn, incluso uno que no es muy importante, haya ido a su negocio a regatear con él...

–Bonito escándalo –dijo Kerwin, con amargura. No le parecía divertido.

–En realidad, Jeff, tiene un perfecto sentido. Damos una buena parte de nuestras vidas al pueblo; podemos hacer cosas que nadie más puede hacer. No se les ocurriría darnos una excusa para hacer otra cosa. Pasé algún tiempo como oficial de los Guardias; mi padre es Comandante hereditario, un cargo de los Alton, y, cuando él muera, yo tendré que comandar. Debería estar a su lado, aprendiendo a hacerlo, pero, como Arilinn estaba necesitada de personal, regresé aquí. Si mi hermano Lewis hubiera vivido... Pero murió y me dejó como Heredero de Alton y, al mismo tiempo, comandante de los Guardias. –Kennard suspiró. Su mirada se perdió en la distancia. Después agregó, al recordar repentinamente lo que estaba hablando con Kerwin–: En cierto sentido, es un modo de mantenernos prisioneros aquí: un soborno. Se nos da cualquier cosa que deseemos, a todos nosotros, de manera que ni siquiera tengamos un asomo de excusa para abandonar la Torre alegando que en otra parte podríamos tener más. –Miró las botas y frunció el ceño–. En verdad te ha dado mercadería bastante pobre... Debería avergonzarse... ¡Esto habla mal de él y de su comercio!

Kerwin rió. ¡No era raro que el hombre hubiera insistido tanto para que comprara un par de mejor calidad! Cuando le hizo este comentario, Kennard asintió.

–En serio, a ese hombre le agradaría que regresaras la próxima vez que visites la ciudad y aceptaras el mejor par de botas que haya en su comercio. O, mejor aún, que le encargues que te haga un par especialmente... ¡con el diseño que se te antoje! Mientras haces eso, deja también que algún fabricante de ropa te equipe con una vestimenta apropiada a este clima, ¿de acuerdo? Los terranos piensan en tener calientes sus casas, no sus cuerpos; yo me sentía casi permanentemente sofocado cuando estuve allí...

Kerwin aceptó el cambio de tema, pero todavía no comprendía bien qué era lo que *hacían* las Torres que fuera tan importante. Mensajes, sí. Suponía que los transmisores resultaban más simples y menos problemáticos que los teléfonos o la comunicación radial inalámbrica. Pero, si eso era todo lo que querían, un sistema radial sería más sencillo. En cuanto a otras cosas, todavía no había conectado los trucos más simples que se podían hacer con un cristal con la avasalladora importancia que los telépatas del Comyn parecían tener en Darkover.

Y ahora había otra pieza del rompecabezas que no encajaba: una roca, arrojada a plena luz del día, contra dos de esos reverenciados telépatas de Torre. Una roca arrojada deliberadamente, para herir o matar... y que casi había cumplido su propósito. No encajaba, y Kerwin maldijo haberle dado su palabra a Auster.

Recibió respuesta para una de sus preguntas unos veinte días más tarde. En uno de los cuartos aislados, supervisado por Rannirl, Kerwin trabajaba en mecánica elemental, practicando técnicas simples de emisión de fuerzas, nada demasiado diferente a los trucos de fundir el vidrio que le había enseñado Ragan. Llevaban dedicados a eso más de una hora. A Jeff ya le dolía la cabeza, cuando Rannirl dijo de repente:

–Suficiente por ahora; está ocurriendo algo.

Salieron al descanso justo cuando Taniquel subía corriendo las escaleras. La joven casi los atropelló. Rannirl extendió las manos para sostenerla.

–¡Con cuidado, *chiya*! ¿Qué ocurre?

–No estoy segura –respondió ella–, pero Neryssa ha recibido un mensaje de Thendara; Lord Hastur se dirige hacia Arilinn.

–Tan pronto –murmuró Rannirl–. ¡Esperaba que tuviéramos más tiempo! –Miró a Kerwin y frunció el ceño–. Tú no estás listo.

Kennard subió los peldaños renqueando, sosteniéndose fuertemente en la balaustrada.

–¿Esto tiene algo que ver conmigo? –preguntó Kerwin.

–Todavía no estamos seguros –dijo Kennard–. Podría ser. Fue Hastur quien nos dio consentimiento para que te trajéramos aquí, ya sabes, aunque nosotros aceptamos la responsabilidad.

Kerwin sintió un miedo repentino que le atenazaba la garganta. ¿Lo habrían rastreado hasta aquí? No quería irse de Darkover. Sentía que ya no podría soportar abandonar Arilinn. Pertenecía aquí; ésta era su gente.

Kennard siguió sus pensamientos y le sonrió amablemente.

–No tienen autoridad para deportarte, Jeff. Según la ley darkovana, la ciudadanía depende del progenitor de más alto rango, lo que significa que eres darkovano por derecho de sangre y Comyn *Aillard.* Sin duda, cuando llegue la época de sesión del Concejo, Lord Hastur te confirmará como Heredero de Aillard, ya que no hay heredera para ese linaje. Cleindori no tuvo hijas; ella misma era *nedestro.* –Sin embargo, todavía se le veía preocupado. Mientras se marchaba a su habitación, miró por encima del hombro, inquieto, y le dijo–: ¡Pero, maldición, usa ropas darkovanas!

Kerwin se había hecho equipar en la ciudad. Mientras se ponía el oscuro atuendo azul y gris que había encargado al mejor sastre que encontró, pensó, mirándose en el espejo, que al menos *parecía* darkovano. Se sentía darkovano... casi todo el tiempo. Pero todavía tenía la sensación de estar a prueba. ¿Acaso tendría Arilinn, o incluso el Concejo del Comyn, el poder de desafiar al Imperio terrano?

Ésa, decidió Jeff, era una pregunta condenadamente buena. El único problema era que no conocía la respuesta y ni siquiera podía suponerla.

No se reunieron en el gran salón que usaban por las noches, sino en una cámara más pequeña y amueblada de manera más normal en lo alto de la Torre, una habitación que Kerwin había oído llamar la cámara de audiencia de la Celadora. El cuarto estaba brillantemente iluminado con prismas que pendían de cadenas plateadas; los asientos eran antiguos, tallados en alguna madera oscura, y entre ellos había una mesa baja encastrada con un diseño de perlas y nácar, con una estrella de muchas puntas en el centro. Ni Kennard ni Elorie se encontraban en la habitación. Jeff sabía que aquél había ido al campo de aterrizaje a esperar al distinguido huésped. Kerwin, al sentarse en una de las sillas bajas que rodeaban la mesa, advirtió que había una silla más alta e imponente que las demás y supuso que estaría reservada para Lord Hastur.

Uno de los no-humanos corrió una cortina para dar paso a Kennard, quien, renqueando, ocupó su lugar. Detrás de él entró un hombre alto, moreno, imponente, no muy corpulento pero con apariencia militar.

–Danvan Hastur de Hastur, Guardián de Hastur, Regente de los Siete Dominios, Señor de Thendara y Carcosa... –presentó ceremoniosamente.

–Y etc., etc. –dijo una voz sonora y gentil–. Me honras, Valdir, pero te ruego que me ahorres tantas ceremonias.

Y Lord Hastur entró a la habitación.

Danvan Hastur de Hastur no era un hombre alto. Simplemente vestido de gris, con una capa azul forrada en piel plateada, parecía al principio tan sólo un hombre erudito y tranquilo, apenas pasada la madurez; tenía el pelo claro, plateado en las sienes, y sus modales eran corteses y tranquilos. Pero había algo... la erguida imponencia de su cuerpo delgado, la firme línea de la boca, la mirada rápida, incisiva, con que estudió la habitación y las personas, que hizo que Kerwin advirtiera que no se trataba de un viejo cualquiera. Era un hombre de tremenda presencia, un hombre acostumbrado a mandar y a ser obedecido, un hombre absolutamente seguro de su propia posición y de su propio poder, tan seguro que ni siquiera necesitaba mostrarse arrogante.

De algún modo parecía ocupar en la habitación más espacio del que ocupaba en realidad. Su voz llegaba a todos los rincones, a pesar de que no era aguda.

–Me honráis, hijos. Me alegra regresar a Arilinn.

Sus claros ojos azules se clavaron en Kerwin, y se acercó a él. Su presencia era tan imponente que Kerwin se puso de pie en automático gesto de deferencia.

–*Vai dom* –saludó–. Estoy aquí a tu servicio.

–Entonces tú eres el hijo de Cleindori, el que enviaron a Terra –dijo Danvan Hastur. Hablaba en el dialecto de Thendara que Kerwin había aprendido en la infancia. Por algún motivo, sin saber precisamente cómo lo había percibido, Kerwin supo que Hastur no era telépata–. ¿Qué nombre te dieron, hijo de Aillard?

Kerwin le dijo su nombre. Hastur asintió, pensativo.

–Bastante bien, aunque *Jeff* suena innecesariamente bárbaro. Podrías considerar la posibilidad de adoptar algún nombre de tu clan. Con toda seguridad tu madre te hubiera puesto algún nombre de familia, como Arnad o Damon o Valentine. ¿No has pensado en eso? Cuando te presentes ante el Concejo, sin duda debes tener un nombre que sea digno de un noble Aillard.

Kerwin replicó con aspereza, resistiéndose al encanto de aquel hombre:

–No estoy avergonzado de llevar el nombre de mi padre, señor.

–Bien, como quieras –dijo Hastur–. Te aseguro que no quería ofenderte, pariente, ni tampoco tenía intención de insinuarte que negaras tu herencia terrana. Pero pareces Comyn. Quería verte con mis propios ojos para asegurarme.

–¿No confiaste en mi palabra, Lord Danvan? –replicó Kennard con sequedad. Y, echando una mirada al hombre moreno y delgado al que habían llamado Valdir, agregó–: ¿O fuiste tú quien no pudo aceptar mi palabra, padre? –Entre ambos se cruzó una mirada mitad hostil mitad afectuosa, antes de que Kennard dijera formalmente a Kerwin–: Mi padre, Valdir-Lewis Lanart de Alton, Lord de Armida.

Kerwin hizo una reverencia, sobresaltado. ¿El padre de Kennard?

–Ni siquiera se nos ocurrió que intentaras engañarnos, Kennard, aunque pudieras –dijo Valdir–. Pero Lord Hastur deseaba asegurarse de que los terranos no habían conseguido engañarte para que aceptaras a un impostor. –Su aguda mirada estudió brevemente a Kerwin; después suspiró y añadió–: Pero veo que es verdad. –Y dirigiéndose a Kerwin–: Tienes los ojos de tu madre, muchacho, eres muy parecido a ella. Yo fui su padre adoptivo... ¿Quieres darme un abrazo de pariente, sobrino?

Dio un paso adelante y abrazó a Jeff, presionando cada una de sus mejillas contra las de él. Jeff, al percibir –y correctamente– que se trataba de un gesto muy significativo de reconocimiento personal, agachó la cabeza.

–Son épocas extrañas –comentó Hastur, frunciendo el ceño–. Nunca pensé que daría la bienvenida al Concejo al hijo de un terrano. Aunque, si es necesario, debemos hacerlo. –Suspiró y se dirigió a Kerwin–: Que así sea, entonces. Te reconozco. –Esbozó una sonrisa de picardía–. Y, como hemos aceptado a un hijo de padre terrano, supongo que debemos aceptar al hijo de una madre terrana. Kennard, trae pues a Lewis-Kennard ante el Concejo, si quieres hacerlo. ¿Qué edad tiene ahora? ¿Once años?

–Diez, señor –dijo Kennard.

–Bien –asintió Hastur–. No puedo hablar en nombre de todo el Concejo. Si el muchacho tiene *laran...* pero es demasiado joven todavía, el Concejo puede negarse a reconocerlo; pero yo, al menos, ya no seguiré combatiéndote, Ken.

–*Vai dom,* eres demasiado bondadoso –repuso Kennard, con voz orlada de sarcasmo.

–Basta –replicó Valdir con aspereza–. Haremos volar ese halcón cuando le crezcan las plumas. Por el momento... Bueno, Hastur, el joven Kerwin no será el primero de sangre terrana que comparezca ante el Concejo del Comyn por derecho de matrimonio. Ni siquiera el primero destinado a construir un puente entre nuestros dos mundos para progreso de ambos.

Hastur suspiró.

–Conozco tus opiniones al respecto, Valdir. Mi padre las compartía, y fue por deseo suyo que Kennard fue enviado a Terra cuando era tan sólo un muchacho. No sé si tenía razón o estaba equivocado; sólo el tiempo lo dirá. Por el momento, debemos enfrentarnos con las consecuencias de esa elección y hacer algo con ellas, nos guste o no nos guste.

–Extrañas palabras para el Regente del Comyn –dijo Auster desde su asiento.

–Me ocupo de realidades, Auster –replicó Hastur, lanzándole una feroz mirada azul, como de halcón–. Tú vives aquí aislado con tus hermanos y hermanas de sangre Comyn; yo, en el borde mismo de la Zona terrana. No puedo fingir que aún estamos en los viejos días de Arilinn o que la Torre Prohibida nunca arrojó una sombra sobre cada una de las Torres de los Dominios. Si el rey Stephen... Pero está muerto, que en paz descanse, y yo gobierno como Regente en nombre de un niño de nueve años y no demasiado sano ni inteligente. Algún día, si somos afortunados, el Príncipe Derek gobernará, pero, hasta que llegue ese día, hago lo que debo hacer en su lugar.

Giró con un gesto definitivo que acalló a Auster y ocupó su asiento. Kerwin advirtió asombrado que no ocupaba el asiento más alto, sino una de las sillas comunes dispuestas alrededor de la mesa. Valdir no se sentó sino que permaneció de pie junto a la puerta. Aunque no llevaba armas, a Kerwin le hizo pensar en un hombre cuya mano se posara en la empuñadura de la espada.

–Ahora decidme, hijos, ¿cómo andan las cosas en Arilinn?

Kerwin, observando a Lord Hastur, pensó: *¡Me gustaría contarle a este viejo lo de la roca que nos lanzaron! ¡Lord Hastur no se anda con tonterías! ¡Él sabría qué significa eso, y sin equivocarse!*

Se movieron las cortinas de la entrada. Valdir anunció ceremoniosamente:

–Lady Elorie, Celadora de Arilinn.

Una vez más el cuerpo pequeño y erguido de la joven parecía cargado con las vestiduras ceremoniales, cruelmente pesadas. Las cadenas doradas que le rodeaban la cintura y que cerraban su manto casi parecían grillos pesados; se aferraban a sus hombros como una carga. En silencio, sin mirar a nadie, la joven se desplazó hasta la silla semejante a un trono que se encontraba en la cabecera de la mesa. La profunda reverencia de Valdir sobresaltó a Kerwin tanto como el gesto de Lord Hastur, quien se puso de pie y dobló una rodilla ante Elorie.

Kerwin observó, paralizado. Ésta era la misma muchacha que jugaba con los pájaros que tenía de mascotas en el gran salón, que se peleaba con Taniquel y hacía apuestas tontas con Rannirl y que cabalgaba atrevidamente con sus halcones. Como no la había visto antes con todos los emblemas de Celadora, le resultó una conmoción y una revelación. Le pareció que él también debía hacerle una reverencia, pero Taniquel le rozó la muñeca y Kerwin captó el pensamiento no pronunciado:

En los Dominios, sólo el Círculo de la Torre de Arilinn no tiene necesidad de ponerse de pie ante su Celadora. La Celadora de Arilinn es sacrosanta, pero nosotros somos sus elegidos.

En la idea de Taniquel había orgullo. También Kerwin sintió un poco. Ni siquiera Hastur podía negarse a mostrar deferencia ante la Celadora de Arilinn.

Entonces, en cierto sentido, somos más poderosos que el Regente de los Siete Dominios.

–Bienvenido, en nombre de Evanda y Avarra –dijo Elorie con su voz suave y ronca– ¿Qué puede hacer Arilinn por el hijo de los Hastur, *vai dom*?

–Tus palabras hacen más brillante el cielo, *vai leronis* –respondió Hastur.

Elorie le indicó con un gesto que volviera a sentarse.

–Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que nos honraste visitando Arilinn, Lord Hastur –comentó Kennard–. Y sin duda nos sentimos honrados, pero, si me perdonas, sabemos que no has venido a honrarnos ni a echar un vistazo a Jeff Kerwin ni para traerme mensajes del Concejo, ni tampoco para permitirme ver a mi padre y pedir noticias acerca de la salud de mis hijos. Tampoco, me atrevería a decir, has venido por el placer de nuestra compañía. ¿Qué deseas de nosotros, Lord Hastur?

El rostro del Regente se plegó en una mueca complacida.

–Debería haber sabido que verías a través de mí, Ken –respondió–. Cuando Arilinn pueda prescindir de ti, nos vendrá muy bien tener a alguien como tú en el Concejo. Valdir es demasiado diplomático. Tienes razón, por supuesto. Vine de Thendara porque tenemos una delegación esperando... respuesta a esa enorme pregunta.

Todos ellos, salvo Kerwin, parecían saber a qué se refería.

–¿Tan pronto? –masculló Rannirl.

–No nos has dado mucho tiempo, Lord Hastur –repuso Elorie–. Jeff está haciendo progresos, pero es lento.

Kerwin se inclinó hacia adelante, asiendo el apoyabrazos de su silla.

–¿De qué se trata? ¿Por qué me miran?

–Porque tú, Jeff Kerwin-Aillard –dijo Hastur solemnemente–, nos has dado, por primera vez en muchos años, un Círculo de Torre con poder completo, bajo una Celadora. Si no nos fallas, tal vez logremos salvar el poder y el prestigio del Comyn. He dicho si no nos fallas. De otro modo... –abrió las manos–, los terranos conseguirán un camino de entrada. Quiero que... todos... hablen con la delegación. ¿Qué te parece, Elorie? ¿Te fías lo suficiente de tu bárbaro terrano?

En el silencio que siguió, Kerwin sintió la mirada calma e infantil de Elorie posada sobre él.

El bárbaro. El bárbaro de Elorie, Eso es lo que soy todavía para todos ellos.

Elorie se volvió hacia Kennard y dijo suavemente:

–¿Qué te parece, Kennard? Tú lo conoces mejor.

Para entonces, Kerwin ya se había acostumbrado a que se discutiera acerca de él en su presencia. De todas maneras, en una sociedad de telépatas no había modo de evitarlo. Aunque con gran tacto le hubieran pedido que saliera de la habitación, él hubiera sabido lo mismo lo que estaban diciendo. Trató de conservar una expresión impasible.

Kennard suspiró.

–En lo que se refiere a la confianza, creo que podemos confiar en él, Elorie –dijo–. Pero el riesgo es tuyo, y también debe ser tuya la decisión. Decidas lo que decidas, te apoyaremos.

–Yo me opongo –exclamó Auster apasionadamente–. Todos saben lo que siento... ¡y también tú, Lord Hastur!

–¿Se trata de un ciego prejuicio contra los terranos, Auster? –le replicó Hastur. Sus modales tranquilos contrastaban curiosamente con el rostro tenso y contorsionado de Auster y con su voz iracunda–. ¿O tienes alguna razón?

–Puro prejuicio –dijo Taniquel con furia– ¡y celos!

–Prejuicio, sí –admitió Auster–, pero me parece que no ciego. Fue demasiado fácil sacárselo a los terranos. ¿Cómo podemos saber si todo el asunto no estuvo preparado?

–¿Con el rostro de Cleindori marcado en el suyo? –repuso Valdir con voz profunda. Tiene sangre Comyn.

–Creo, con tu permiso –acusó Auster–, que tú también tienes prejuicios, Lord Valdir. Tú, con tu hijo adoptivo terrano y tu nieto mestizo...

Kennard se incorporó de un salto.

–¡Maldición, Auster...!

–¡Y hablas de Cleindori! –Tal como lo pronunció, el nombre fue un insulto, una injuria–. Ella, que fue Dorilys de Arilinn... renegada, hereje...

Elorie se puso de pie, furiosa y pálida.

–Cleindori está muerta. ¡Déjala descansar en paz! ¡Y que Zandru azote con sus escorpiones a quienes la asesinaron!

–¡Y a su seductor... *y a, todos los de su sangre*¡ –le replicó Auster–. Todos sabemos que Cleindori no estaba sola cuando huyó de Arilinn...

Emociones desacostumbradas batallaban dentro de Jeff Kerwin. ¡Era a su padre y a su madre desconocida a quienes insultaban! Por primera vez experimentó una oleada de simpatía por sus abuelos terranos. Le habían parecido poco amorosos y fríos y, sin embargo, lo habían aceptado como a su hijo y nunca le habían reprochado la existencia de su madre desconocida y ajena, ni tampoco su sangre mezclada. Deseaba incorporarse y retar a duelo a Auster. Casi se puso de pie, pero la furiosa mirada de Kennard lo clavó en su asiento.

–¡Basta! –ordenó la sonora voz de Hastur.

–Lord Hastur...

–¡Ni una palabra! –La voz furiosa y empática de Hastur acalló incluso a Auster–. ¡No estamos aquí para desenterrar las acciones, buenas o malas, de hombres y mujeres que llevan muertos una generación!

–Entonces, con tu permiso, Lord Hastur, ¿para qué estamos aquí? –preguntó Neryssa–. He tomado a Kerwin el juramento de monitor; se arreglará bien en un círculo de mecánico.

–¿Y en un círculo de Celadora? –inquirió Hastur–. ¿Estáis dispuestos a arriesgaros a eso? ¿A hacer una vez más lo que podía hacer Arilinn en la época de Leonie, lo que no se ha hecho desde entonces? ¿Estáis dispuestos? –Hubo un silencio, un profundo silencio. Kerwin percibió que había miedo también. Hasta Kennard callaba. Finalmente Hastur agregó, con tono urgente–: Solamente la Celadora de Arilinn puede tomar esa decisión, Elorie. Y la delegación espera la palabra de la Celadora de Arilinn.

–Creo que no deberíamos arriesgarnos –dijo Auster–. ¿Qué significa para nosotros la delegación? ¡La Celadora debe elegir tomándose su tiempo!

–El riesgo es *mío.* ¡El de aceptar o el de negarme! –Dos manchones de fría cólera ardían en las mejillas de Elorie–. Nunca he usado antes mi autoridad. No soy una bruja, ni una hechicera. No permitiré que los hombres me atribuyan poderes sobrenaturales... –Extendió las

manos en un pequeño gesto de impotencia–. Sí, para bien o para mal, yo soy Arilinn. Por ley, la autoridad descansa en mí, Elorie de Arilinn. Escucharemos a la delegación. No hay nada más que decir. Elorie ha hablado.

Hubo inclinaciones de cabezas y murmullos de asentimiento. Kerwin, al observarlos, se sintió consternado. Entre ellos, disputaban con Elorie y le discutían sin vacilaciones; este asentimiento público semejaba un ritual.

Elorie se dirigió hacia la puerta, imponente y erguida. Kerwin la observó y de repente compartió su inquietud. *Supo,* sin notar cómo había llegado el conocimiento hasta él, que Elorie odiaba invocar su autoridad ritual y suprema y cuánto le disgustaba la supersticiosa reverencia que rodeaba su alto cargo. De pronto, esta muchacha pálida e infantil le pareció *real.* Su calma era una mera máscara para sus apasionadas convicciones, para emociones tan severamente controladas que eran como el ojo del huracán.

¿Y yo la creí impasible, sin emoción? Es sólo una máscara, una máscara que nadie puede quitarle, ni siquiera ella misma...

Experimentaba las emociones de Elorie como si fueran suyas.

Entonces he hecho lo que juré que jamás haría. He usado la condicionada veneración que experimentan por una Celadora... ¡simplemente para obligarlos a hacer lo que quiero! Pero tenía que hacerlo, sí, tenía que hacerlo para que no tuviéramos otros cien años de esta basura supersticiosa... Entonces Kerwin sintió una idea que consternaba tanto a Elorie como a él, una pregunta centelleante, pavorosa: *¿Tenía razón Cleindori?* Sintió que los pensamientos de Elorie resplandecían en el silencio y supo que esa última pregunta la había asustado.

9

DESAFÍO A ARILINN

Mientras bajaba en el ascensor, entre Taniquel y Elorie, Kerwin todavía temblaba por el contacto telepático sostenido con Elorie. ¿Cómo había llamado Kennard a su don? *Empata:* dotado del poder de sentir las emociones de otros. Había aceptado, intelectualmente, que era cierto; lo había probado un poco en el entorno del laboratorio y en el círculo. Ahora, por primera vez, le había golpeado con profundidad, visceralmente, y lo había *sentido y* había sabido. No sabía adónde iban. Seguía a los otros. Traspusieron el Velo y salieron en dirección a un edificio cercano a la Torre que Jeff no había visto antes. Entraron a un salón largo, angosto, con colgaduras de seda. En alguna parte sonó un gong ceremonial. Había algunos espectadores sentados, y delante de ellos, alrededor de una mesa larga, se encontraban medida docena de hombres.

Tenían aspecto próspero, la mayoría de mediana edad o más, y usaban ropa darkovana a la moda de las ciudades. Esperaron en silencio mientras Elorie era anunciada y ocupaba la silla central. El círculo se sentó tranquilamente en torno a ella, sin hablar.

Fue Danvan Hastur quien comenzó a hablar:

–¿Sois los hombres que se autodenominan Sindicato Pan-Darkovano?

Uno de los hombres, moreno y robusto, con ojos centelleantes, hizo una reverencia.

–Valdrin de Carthon, *z'par servu,* mis señores y damas –confirmó–. Con vuestro permiso, hablaré por todos.

–Déjame revisar la situación –dijo Hastur–. Habéis formado una liga...

–Para estimular el crecimiento de las manufacturas y el comercio en Darkover, en los Dominios y más allá –interrumpió Valdrin–. No necesito explicarte la situación política: los terranos y su influencia en nuestro mundo. El Comyn y el Concejo, con el perdón de tu presencia, Lord Hastur, han tratado de ignorar la presencia terrana aquí y sus implicaciones para el comercio...

–Ésa no es precisamente la situación –repuso Hastur con suavidad.

–No discutiré contigo, *vai dom* –dijo Valdrin, con respeto pero impaciente–. Los hechos son éstos: la posibilidad de acuerdos con los terranos nos da una oportunidad sin precedentes de hacer que los Dominios salgan de la Edad Oscura. Los tiempos cambian. Nos guste o no, los terranos están aquí para quedarse. Darkover está siendo atraído al Imperio. No podemos fingir que no están aquí, negarnos a comerciar con ellos, ignorar sus ofrecimientos de intercambio y mantenerlos encerrados dentro de sus Ciudades Comerciales, porque las barreras que les ponemos caerán dentro de una generación, tal vez dos como máximo. Lo he visto ocurrir en otros mundos.

Kerwin recordó lo que le había dicho el Legado: que dejaban tranquilos a los gobiernos, que era el pueblo quien veía lo que el Imperio terrano tenía para dar y que empezaban a exigirlo.

Es casi una fórmula matemática,, una cosa predecible.

Valdrin de Carthon estaba diciendo lo mismo de manera bastante apasionada.

–En resumen, Lord Hastur, protestamos por la decisión del Concejo del Comyn. ¡Queremos algunas de las ventajas que vienen aparejadas con formar parte del Imperio!

Hastur preguntó con delicadeza:

–¿Comprendes la decisión del Concejo de retener la integridad del estilo de vida darkovano en vez de convertirnos simplemente en otro estado satélite del Imperio?

–Con todo respeto, Lord Hastur, cuando hablas del estilo de vida darkovano, ¿te refieres a permitir que sigamos siendo para siempre una cultura bárbara? Algunos deseamos la civilización y la tecnología...

–He visto la civilización terrana más de cerca que tú. Te aseguro que a Darkover no le hace falta nada de eso –volvió a hablar Hastur con suavidad.

–¡Debes hablar por vosotros, *vai dom*, no por nosotros! Tal vez en otras épocas existía cierta justificación para que los Siete Dominios gobernaran; en esas épocas, el Comyn nos daba algo para compensarnos por lo que nosotros le dábamos en fidelidad y respaldo...

–Hombre, ¿estoy escuchando palabras de traición contra el Concejo y Hastur? –replicó Valdir Alton.

–¿Traición? –contestó Valdrin de Carthon pesadamente–. Nada de eso, señor. Dios no lo permita. Nosotros queremos formar parte del Imperio tanto como tú. Hablamos de comercio, de adelantos tecnológicos. Hubo una época en la que Darkover tenía su propia ciencia, su propia tecnología. Pero esa época ha pasado, y debemos reemplazarla con algo si no queremos hundirnos en una segunda Época de Caos. Es hora de admitir que esa ciencia ha desaparecido y buscar algo para reemplazarla. Y si los terranos quieren estar aquí, pueden ofrecernos algo: intercambio, metales, herramientas, asesores tecnológicos. Porque no hay duda de que las antiguas ciencias de las Torres han desaparecido para siempre.

Kerwin empezaba a ver la situación con claridad. En algún momento, en virtud de sus poderes psi congénitos, los del Comyn habían sido gobernantes –y, en cierto sentido, esclavos– de Darkover y de los Dominios. Por medio de la tremenda energía de las matrices, no de las más pequeñas, individuales, sino de las grandes, que exigían círculos de telépatas entrenados en las Torres y reunidos por una Celadora, habían dado a Darkover una ciencia y una tecnología propias. Eso explicaba las vastas ruinas de una tecnología olvidada, las tradiciones de las ciencias antiguas...

Pero, ¿cuál había sido el coste en términos humanos? Los hombres y mujeres que poseían estos poderes habían vivido a la fuerza vidas limitadas y circunscritas, protegiendo con gran cuidado sus preciosos poderes, incapaces de establecer un contacto humano común.

Kerwin se preguntó si la tendencia natural de la evolución, proclive a acercarse a la norma y a alejarse de los extremos, no habría sido responsable de la atenuación de estos poderes. Pues se habían atenuado. Mesyr le había dicho que Arilinn había albergado tres círculos, cada uno de ellos con su propia Celadora. Y Arilinn sólo había sido una Torre entre muchas. En estos días nacían cada vez menos que poseyeran el precioso *laran* en medida plena. La ciencia de Darkover se había convertido en un mito olvidado y unas pocas tretas psi, lo que no era suficiente para mantener a Darkover lejos de la seducción que ejercían el comercio y la tecnología terranas.

–Hemos tratado con los terranos –dijo Valdrin de Carthon–, y también creo que la mayor parte del pueblo está de nuestro lado.

–¡En Thendara la gente es leal al Concejo del Comyn! –repuso Valdir.

–Pero, con tu permiso, *vai dom*, Thendara es tan sólo una pequeña parte de los Dominios –replicó Valdrin–, y los Dominios no son todo Darkover. Los terranos han prometido que nos darán técnicos, ingenieros, expertos en desarrollo industrial... Todo lo necesario para emprender minería extensiva y procesos de manufacturación. Los metales y los minerales son la clave, señor. Antes de tener tecnología, debemos tener maquinarias; y, antes de tener maquinarias, debemos tener...

Hastur alzó una mano y dijo:

–Conozco de memoria esa vieja canción. Antes de tener minas, deben tener maquinaria; pero alguien debe extraer los materiales necesarios para hacer la maquinaria. No somos una civilización mecanizada, Valdrin...

–¡Cierto, y es una lástima!

–¿Es verdaderamente una lástima? El pueblo de Darkover está contento en sus granjas, en el campo y en las ciudades. Tenemos las industrias que necesitamos: lecherías, quesos, grano y tejidos. Se hace papel y cartón, se procesan nueces y cereales...

–¡Que se transportan a lomo de caballo!

–Y no tenemos hombres –agregó Hastur– que se esclavicen para construir caminos y mantenerlos en condiciones para el paso de monstruosos vehículos robot, que desarrollan velocidad como para romperte el cuello y que pudren nuestro aire limpio con sus combustibles químicos...

–Tenemos derecho a tener industrias y riqueza...

–¿Y fábricas? ¿Y riquezas ganadas obligando a los hombres a trabajar en condiciones inhumanas para construir cosas que los hombres no necesitan ni desean de verdad? ¿Y trabajo realizado por medio de máquinas automáticas, que no dejan a los hombres nada que hacer, salvo embotar sus sentidos con diversiones baratas y el trabajo de reparar las máquinas? ¿Y minas, y gente apiñada en las ciudades para construir y reparar esas máquinas, sin tiempo de cultivar ni preparar el alimento que necesitan? ¿Para que la alimentación se convierta en otra empresa monstruosa y los hijos de un hombre se conviertan en una desgracia en vez de en una dicha?

La voz de Valdrin sonó calmada y teñida de desprecio:

–Tú eres un romántico, señor, pero tu tendenciosa descripción no convencerá a esos hombres que quieren algo mejor que sufrir hambre en sus tierras cada año, para morir en un año malo. No puedes retenernos para siempre dentro de una cultura primitiva, señor.

–Entonces, ¿de verdad queréis convertiros en una réplica del Imperio terrano?

–No en eso –dijo Valdrin–. No en lo que piensas. Podemos tomar lo que necesitamos del sistema terrano sin corrompernos con él.

–Ésa es una ilusión –replicó Hastur, esbozando una sonrisa– que ha seducido a muchos pueblos y mundos, mi buen hombre. ¿Crees que podemos combatir a los terranos en su propio terreno? No, amigo. El mundo que acepta las cosas buenas del Imperio terrano –y no me engaño, sé que hay muchos– también debe aceptar lo malo que hay en él. Sin embargo, tal vez tengas razón. No podemos obstaculizar eternamente el camino y conservar a nuestro pueblo bueno y simple, una sociedad agrícola en una era interestelar. Es posible que tu acusación sea justa. Alguna vez fuimos más poderosos que ahora; es verdad que acabamos de emerger de una Edad Oscura. Pero no es verdad que debamos seguir el estilo de Terra. ¿Y si los antiguos poderes regresaran? ¿Y si el Comyn pudiera hacer otra vez todas las cosas que, según dice la leyenda, podía hacer antes? ¿Y si las fuentes de energía volvieran a estar disponibles, sin esa interminable búsqueda de combustibles, sin los males que azotaron nuestra tierra en los años anteriores al Pacto?

–¿Y si el asno de Durraman volara? –preguntó Valdrin–. Es un buen sueño, pero no ha existido una Celadora competente, por no hablar de un círculo plenamente cualificado, desde hace años.

–Pero existe ahora. –Hastur se volvió con un gesto–. Un círculo Comyn competente y dispuesto a demostrar sus poderes. Sólo pido esto: que te mantengas lejos de los terranos y de sus métodos deshumanizantes y ruinosos. ¡No aceptes que sus técnicos y sus ingenieros destruyan nuestras tierras! ¡Y si vamos a comerciar con Terra, hagámoslo como iguales, no como protegidos pobres a los que se ayuda a salir de la barbarie! Nuestro mundo es antiguo, más antiguo que los sueños de Terra y más orgulloso. ¡No nos avergüences de este modo!

Les había tocado el orgullo y el patriotismo. Kerwin vio que esto había prendido en los ojos de los miembros de la delegación, aunque Valdrin todavía parecía escéptico.

–¿El círculo de la Torre puede hacerlo?

–Podemos –dijo Rannirl–. Yo soy el técnico. Tenemos la habilidad y sabemos cómo usarla. ¿Qué es lo que necesitáis?

–Hemos estado tratando con un grupo de ingenieros terranos para que nos hagan una investigación de los recursos naturales de los Dominios –explicó Valdrin–. Nuestra mayor necesidad son los metales: estaño, cobre, plata, hierro, tungsteno. Después, combustibles, azufre, hidrocarbonos, productos químicos... Nos prometieron un inventario completo, localizar con sus equipos de reconocimiento todos los principales depósitos accesibles de recursos naturales para la minería...

Rannirl alzó una mano.

–Y descubrir al mismo tiempo dónde están –le espetó– ¡y desparramar por todo Darkover sus máquinas infernales, en vez de quedarse respetuosamente encerrados en sus Ciudades Comerciales!

–¡Yo lamento eso tanto como tú! –exclamó Valdrin–. No amo especialmente al Imperio, pero si la alternativa es volver a caer en el primitivismo...

–Hay otra alternativa –dijo Rannirl–. Nosotros podemos hacer esa investigación... y también la extracción de metales, si quieres. Y podemos hacerlo más rápido que los terranos.

Kerwin exhaló un suspiro profundo. Tendría que haberlo supuesto. Si un cristal matriz podía impulsar una aeronave, ¿cuáles serían los límites de su poder?

¡Dios, qué idea! Y que los ingenieros terranos se quedaran fuera de los Dominios...

Hasta ese momento, Kerwin no había advertido la intensidad de sus sentimientos al respecto. Volvieron a su mente los años pasados en Terra, las sucias ciudades industrializadas, los hombres que vivían para las maquinarias, su desconcierto cuando llegó a Thendara y descubrió que la Ciudad Comercial era tan sólo un rinconcito del Imperio. Con el apasionado amor que un exilado siente por su hogar, comprendió el sueño de Hastur: conservar Darkover tal como era, mantenerlo fuera del Imperio.

–Suena bien, señores –admitió Valdrin–, pero el Comyn no ha sido tan fuerte durante siglos, tal vez nunca... Mi tatarabuelo solía contar historias de edificios construidos por medio del poder de las matrices, de caminos que se abrían y de cosas por el estilo, ¡pero en mi época un hombre sólo consigue el hierro suficiente para herrar a su caballo!

–Suena bien, sí –dijo otro de los hombres–, pero creo que lo más probable es que el Comyn esté tratando de demorarnos hasta que los terranos pierdan interés y se marchen a otro lado. Creo que deberíamos hacer un acuerdo con los terranos.

–Lord Hastur –exigió Valdrin–, necesitamos algo más que vagas palabras acerca de los antiguos poderes del Comyn y de los círculos de Torre. ¿Cuánto tiempo les llevaría hacer ese reconocimiento para nosotros?

Rannirl miró a Hastur, como pidiéndole permiso para hablar.

–¿Cuánto tiempo les llevaría a los terranos? –preguntó.

–Nos han prometido hacerlo en medio año.

Rannirl miró a Elorie y a Kennard. Kerwin sintió que los tres compartían un intercambio del que él estaba excluido.

–Medio año, ¿eh? ¿Qué te parecerían cuarenta días ? –ofreció Rannirl.

–Con una condición –intervino Auster apasionadamente–. ¡Que, si lo hacemos, abandonarás toda idea de pactar con los ingenieros terranos!

–Eso parece justo –habló Elorie por vez primera. Kerwin advirtió cómo se hacía silencio en la habitación ante la voz de la Celadora–. Si te probamos que podemos hacer más que los ingenieros terranos, ¿aceptarás la guía del Concejo? Nuestro único deseo es que Darkover continúe siendo Darkover, no una réplica del Imperio terrano... ¡ni una imitación de tercera categoría! Si tenemos éxito, aceptaréis que el Concejo del Comyn y Arilinn os guíen en todos los aspectos.

–Eso suena bastante justo, mi señora –dijo Valdrin–. Pero sólo lo será si funciona en ambos sentidos. Si no puedes cumplir, ¿aceptará el Concejo del Comyn retirar sus objeciones y nos permitirá tratar con los terranos sin interferencias?

–Yo sólo puedo hablar en nombre de Arilinn, no en el del Concejo del Comyn– respondió Elorie.

Hastur se puso de pie. Con su voz tranquila y sonora que solía llenar la cámara del Concejo, dijo:

–Por la palabra de un Hastur, así será.

Kerwin miró a Taniquel y vio la consternación reflejada en los ojos de la joven. La palabra de un Hastur era proverbial. Ahora todo estaba en sus manos. ¿Podrían hacer lo que Rannirl había asegurado, aquello por lo que Hastur había comprometido su palabra? Todo el futuro de Darkover, su dirección, dependía del éxito o el fracaso de ellos. Y ese éxito o fracaso dependía de él, de Jeff Kerwin, del «bárbaro de Elorie», ¡del miembro más reciente del círculo, del eslabón más débil de la cadena! Era una responsabilidad paralizante. Kerwin estaba aterrorizado por lo que implicaba.

Como las formalidades de la despedida eran interminables, Kerwin se marchó sigilosamente a mitad de ellas sin ser visto, recorrió el patio y traspuso una vez más la centelleante bruma del Velo.

Era una carga demasiado pesada de llevar que el éxito o el fracaso dependieran sólo de él. ¡Y él que había creído que tendría más tiempo para aprender! Recordó la agonía de los primeros contactos telepáticos y sintió un miedo horrible. Fue a su habitación y se echó sobre la cama, en silenciosa desesperación. ¡No era justo exigirle tanto, tan pronto! ¡Era demasiado pretender que todo el destino de Darkover, del Darkover que él conocía y amaba, dependiera de sus poderes apenas probados!

El espectral perfume que flotaba en la habitación se tornó más intenso; en un relámpago de remoto reconocimiento, penetró en un lugar cerrado de su memoria.

Cleindori. Mi madre, que rompió los votos hechos al Comyn por un terrano... ¿Debo pagar por su traición?

Un chispazo de algo –¿reconocimiento? ¿memoria?– flotaba en el límite de sus sentidos, una voz que decía *no fue traición...* No pudo identificar esa oscura puerta de la memoria, entreabierta, esa voz...

Un dolor cegador estalló en su cabeza y todo desapareció. Estaba en su cuarto, llorando de desesperación.

–¡Es demasiado! –exclamó–. No es justo que todo dependa de mí...

Escuchó las palabras resonando en su cabeza, como si rebotaran en las paredes, como si otro hubiera estado allí y hubiera exclamado esas palabras con la misma desesperación.

Hubo suaves pisadas y una voz que susurraba su nombre. Taniquel apareció a su lado, mientras la red del contacto telepático les aunaba. El rostro de la muchacha, ahora solemne y libre de picardía, estaba demacrado y lleno de pesar por él.

–Pero no es así, Jeff –susurró al fin la joven–. Confiamos en ti; todos confiamos en ti. Si fracasamos, no será sólo por tu culpa. ¿No lo sabías?

Su voz se quebró y ella se aferró a él, abrazándole. Kerwin, conmovido por una emoción nueva y violenta la estrechó contra sí. Cuando sus labios se fundieron, Kerwin supo que lo había estado deseando desde la primera vez que la vio, a través de la lluvia y el cierzo de la noche darkovana, a través del humo de una habitación terrana. Una mujer de su propio pueblo, la primera que lo había aceptado como uno de ellos.

–Jeff, te amamos. Si fracasamos, no será tu fracaso, sino el nuestro. No tendrás la culpa. Pero no fracasarás, Jeff. Sé que no.

Sus brazos le cobijaron, sus ideas se mezclaron, y la oleada de amor y deseo que experimentó Kerwin fue algo desconocido que jamás había imaginado.

Ésta no era una conquista fácil, no era una muchacha barata de los bares del espaciopuerto, que diera a su cuerpo alivio momentáneo dejando su corazón intacto. No era un encuentro que dejara en su memoria el regusto de la lujuria y la náusea de la soledad cuando sentía, como le ocurría a menudo, la vacuidad de la mujer con tanta profundidad como su propia desilusión.

Taniquel. Taniquel, que había estado más cerca de él que cualquier amante anterior desde aquel primer instante de contacto telepático entre ambos, desde su primer beso de aceptación. ¿Cómo era posible que no se hubiera dado cuenta? Cerró los ojos para saborear mejor la cercanía, esa cercanía que era más intensa que el contacto de los labios o los brazos...

–Había sentido... –susurró Taniquel– tu soledad y tu necesidad, Jeff. Pero hasta ahora tuve miedo de compartirlas. Jeff, Jeff, he compartido tu dolor, déjame compartir también esto.

–Pero –protestó Kerwin con voz ronca–, ahora no tengo miedo. Tenía miedo solamente porque estaba solo.

–Ahora nunca más volverás a estar solo –dijo ella dando voz a los pensamientos de él y hundiéndose en sus brazos con una entrega tan absoluta que a Kerwin le pareció que nunca había conocido antes a una mujer.

10

EL ESTILO DE ARILINN

Si Kerwin había visualizado el reconocimiento planetario como algo hecho mágicamente, por medio de concentración en las matrices, un rápido proceso mental, muy pronto se le reveló hasta qué punto estaba errado. El verdadero trabajo telepático, le dijo Kennard, vendría más tarde; entre tanto había que hacer preparativos, y sólo los mismos telépatas de la Torre podían hacerlos.

Le explicaron que era casi imposible centrar el contacto telepático si el objeto o la sustancia en cuestión no había sido primero contactado telepáticamente por el telépata que debería utilizarlo. Kerwin había imaginado que los materiales serían recogidos por ajenos o subalternos; sin embargo, por ser el menos entrenado en el trabajo telepático con matrices, él mismo fue destinado a varias pequeñas tareas técnicas durante las etapas preliminares. Había aprendido algo de metalurgia en Terra; con la ayuda de Corus, localizaron muestras de los diversos metales y, trabajando luego en un laboratorio que a Jeff le recordaba la concepción histórica terrana de un cuarto de alquimista, los fundieron y los redujeron a pura forma por medio de técnicas primitivas pero sorprendentemente efectivas. Se preguntó qué demonios iban a hacer con esas muestras minúsculas de hierro, estaño, cobre, plomo, zinc y plata. Se confundió aún más cuando Corus empezó a hacer modelos moleculares de estos metales, cosas de jardín de infancia con pequeñas bolitas de arcilla en palitos, deteniéndose a veces para concentrarse en los metales y «explorar» la estructura atómica con su matriz. Enseguida aprendió Kerwin el truco; no era muy diferente de sus experimentos con el vidrio y la estructura cristalina.

Mientras tanto, Taniquel salía diariamente en la aeronave con Auster y Kennard, estudiaba grandes mapas y los cotejaba con meticulosidad con fotografías (tomadas con excelentes cámaras terranas) del terreno. A veces pasaban dos o tres días fuera.

Taniquel le había explicado a Kerwin por qué necesitaban esos mapas y fotografías del terreno.

–Verás. La fotografía –y el mapa– se transforma en un símbolo de ese pedazo de terreno; podemos establecer contacto con él mediante la foto. En una época, un buen psíquico podía encontrar agua o minerales en el suelo, pero tenía que estar todo el tiempo caminando sobre el lugar.

Kerwin asintió. Incluso en la Tierra, donde los poderes psi no eran demasiado bien considerados, había personas que encontraban agua y minerales. ¿Pero sobre un *mapa?*

–No encontramos nada en un mapa, tonto –le dijo Taniquel–. El mapa es un recurso para establecer contacto con esa zona de tierra, con el territorio *representado* por el mapa. Podríamos hacerlo por medio de psiquismo puro, pero es más sencillo si tenemos algo que lo represente directamente, algo como una fotografía. Utilizamos el mapa para establecer el contacto y para señalar lo que hallamos allí.

Kerwin supuso que el principio era el mismo que el del relato folklórico del hombre que mataba a su enemigo clavándole alfileres a su imagen. Pero, en cuanto esa asociación se estableció en su mente, Taniquel se puso lívida y exclamó:

–¡Nadie entrenado en Arilinn haría jamás, *jamás,* algo tan perverso!

–Pero el principio es el mismo –repuso Kerwin–, el de utilizar un objeto para concentrar los poderes de la mente.

Taniquel no lo admitía.

–¡No es en absoluto lo mismo! Eso es interferir con otra mente y es ilegal... y *sucio* –dijo con vehemencia, para mirarle luego con suspicacia–. Tú pronunciaste el juramento de monitor, ¿verdad? –le preguntó, como si le extrañara que alguien que hubiera jurado pudiera concebir siquiera esos pensamientos.

Kerwin suspiró, comprendiendo que jamás comprendería a Taniquel. Compartían tantas cosas, habían estado tan frecuentemente en contacto telepático, que él sentía que la conocía por completo. Sin embargo había momentos, como éste, en los que ella se tornaba del todo ajena, una perfecta desconocida.

Mientras confeccionaban los mapas y controlaban su exactitud con las fotografías terranas (Kerwin, que conocía algo de cámaras de los años pasados en Terra, fue encargado de revelar, imprimir y ampliar las enormes vistas aéreas), Corus terminaba su tarea de hacer muestras de los metales; luego Elorie las utilizaba para la tarea de construir las parrillas de matriz o «pantallas».

Se trataba de un trabajo duro y exigente, tanto física como mentalmente; trabajaban con vidrio fundido, cuya estructura amorfa era no obstante lo bastante sólida como para sostener los cristales matrices en la estructura deseada, como una red sólida encastrada en el vidrio. Corus, cuyo potencial PK era de lo más alto, se hacía cargo de mantener la sustancia vidriosa en un estado de docilidad líquida sin calor. Kerwin lo intentó varias veces, pero le asustó ver a Elorie sumergir sus manos blancas y frágiles en esa masa aparentemente en ebullición. Rannirl dijo con sequedad que si Kerwin perdía la cabeza y el control del vidrio todos podían hacerse mucho daño y se negó a permitirle que controlara el vidrio mientras trabajaban con él. Se vertía capa tras capa del cristal, mientras Elorie, con su propia matriz, activaba los diminutos cristales sensibilizados suspendidos dentro de cada capa. Rannirl estaba a su lado dispuesto a hacerse cargo si el control de Elorie fallaba y, mientras tanto, seguía todo el proceso en una pantalla monitora semejante a la que Kerwin había visto en la casa de los dos mecánicos de matrices de Thendara, monitoreando las complejas estructuras cristalinas interiores que se formaban dentro de las capas de vidrio, por medio de un proceso análogo al de monitoreo que Taniquel o Neryssa podían llevar a cabo en el cuerpo de cualquiera de ellos.

Al cabo de una prolongada jornada de trabajo con las pantallas, Rannirl comentó:

–No debería decirlo, pero Elorie está desperdiciada como Celadora. Tiene talento para ser técnica y nunca lo será, porque tenemos tanta necesidad de Celadoras. Si hubiera más mujeres dispuestas a trabajar como Celadoras... Una Celadora no necesita esta clase de talento; una Celadora ni siquiera tiene que aprender a monitorear; simplemente debe reunir el flujo de energones. Por los infiernos de Zandru, podríamos usar una condenada *máquina*, para eso. ¡Yo podría construir un amplificador tal que cualquier buen mecánico pudiera manejarlo! Pero es tradicional utilizar las polaridades de una Celadora y los flujos de energía. Ni siquiera puedo enseñar a Elorie todo lo que quiere saber de mecánica. ¡Necesita toda su energía para el trabajo que hace con el círculo! Maldición... –Bajó la voz como si pensara que alguien podía escucharle y desintegrarle–: Las Celadoras son un anacronismo en esta época. Cleindori tenía razón. ¡Si al menos hubiera podido verlo!

Pero, cuando Kerwin le miró fijamente y le preguntó qué había querido decir, Rannirl meneó la cabeza, hizo una mueca con la boca y dijo:

–Olvídalo. Es un punto de vista peligroso.

Se negó a decir más. No obstante, Kerwin captó un jirón de pensamiento acerca de fanáticos que pensaban que la virginidad ritual de una Celadora era más importante que su eficiencia con las matrices y que este punto de vista destruiría las Torres tarde o temprano, si es que ya no las había destruido.

Trabajando con ellos, sentía que su propia sensibilidad crecía día a día. Ya casi no tenía problemas para visualizar cualquier estructura atómica; gracias al trabajo que había hecho con Neryssa, para aprender a monitorear sus propios órganos y procesos internos, empezaba a ver los campos energéticos y los procesos atómicos; tampoco tenía problemas

para mantener la estasis en cualquier estructura cristalina. Empezaba a percibir ya la estructura interna de otras sustancias. Una vez descubrió que advertía la oxidación de una bisagra y, realizando su primer esfuerzo sin supervisión, extrajo su matriz y revirtió el proceso.

Todavía lo aquejaban los terribles dolores de cabeza cada vez que trabajaba en las pantallas –aunque ahora podía cumplir un turno completo en los transmisores sin ayuda–; el esfuerzo era tremendo, devastador; cada gasto de energía psíquica lo dejaba agotado y vacío, por lo que su cuerpo exigía luego enormes cantidades de comida y de sueño.

Ahora comprendía el apetito gargantuesco de todos ellos. Elorie, por ejemplo. Le había parecido graciosa la voracidad de dulces de la joven y había quedado atónito al ver a una muchacha tan delicada y frágil engullir una cantidad de comida que hubiera saciado a un arriero. Pero ahora advertía que él mismo estaba todo el tiempo hambriento; su cuerpo, vacío de energía, demandaba reposición con un hambre de lobo. Cuando terminaba el día de trabajo –o se interrumpía porque Elorie no podía soportar más tensión– y Kerwin podía descansar, o cuando Taniquel tenía tiempo para estar con él, el joven descubría que sólo podía acostarse junto a ella y dormir.

–Temo que no soy un amante muy ardiente –se disculpó una vez, casi enfermo de pesar.

Taniquel estaba junto a él, amante y dispuesta, pero el único deseo que había en él era el de dormir. Taniquel se rió con dulzura y se inclinó para besarlo.

–Lo sé. He estado toda mi vida con operarios de matrices, ¿recuerdas? Siempre es así cuando hay trabajo. Se tiene una cantidad determinada de energía y se invierte toda en el trabajo; no queda nada. –Volvió a reír con una risita pícara–. Cuando me entrenaba en Neskaya, uno de mis hombres y yo solíamos hacer una prueba a veces: nos acostábamos juntos y, si alguno de los dos podía *pensar* siquiera en algo que no fuera dormir, ¡sabíamos que habíamos estado mintiendo, que no habíamos dado todo lo posible al trabajo de matriz!

Kerwin sintió una súbita oleada de celos por el hombre que ella había conocido de esa manera, pero en realidad estaba demasiado cansado para molestarse.

Ella le acarició el cabello.

–Duerme, *bredu.* Tendremos tiempo cuando esto termine, si es que todavía me deseas entonces.

–¿*Si* todavía te deseo?

Kerwin se incorporó en la cama y miró fijamente a la muchacha, que estaba recostada en la almohada, con los ojos cerrados, las pecas pálidas en su rostro de duende y el pelo suelto y brillante como el sol sobre las sábanas.

–¿Qué quieres decir, Tani?

–Oh, la gente cambia –dijo ella vagamente–. No importa ahora. Vamos. –Con suavidad, lo empujó para acostarlo, mientras sus manos leves le acariciaban la frente–. Duerme, amor, estás agotado.

Cansado como estaba, esas palabras le habían quitado el sueño. ¿Cómo podía dudar Taniquel? ¿O estaría influida por alguna premonición? Desde que se habían convertido en amantes, Kerwin se había sentido feliz; ahora, por primera vez, le invadía la inquietud. Experimentó un súbito destello mental de Taniquel, de la mano con Auster, caminando por los predios que rodeaban la Torre. ¿Qué había habido entre Taniquel y Auster?

Sabía que él le importaba a Taniquel de una manera que nunca había supuesto posible con mujer alguna. Estaban en total armonía. Ahora sabía por qué sus asuntos casuales con mujeres siempre habían sido superficiales: su desconocida sensibilidad telepática había captado la superficialidad fundamental de la clase de mujeres que había conocido, pero se había reprochado ser un idealista que quería más de lo que podía dar cualquier mujer. Ahora sabía que era posible; su relación con Taniquel había expuesto a la luz toda una dimensión, su

primera experiencia de emoción y de pasión compartida, de verdadera intimidad. Sabía que él le importaba a Taniquel, pero... ¿cómo podía interesarle tan profundamente, si se interesaba con la misma profundidad por otro?

Muchas inquietudes lo asaltaron mientras yacía despierto, por supuesto con dolor de cabeza. Ahora le resultaba claro: todos los de la Torre de Arilinn sabían que eran amantes. Detalles que no siempre había advertido, una sonrisa de Kennard, una mirada significativa de Mesyr, incluso el breve diálogo con Neryssa –*¿estás celoso?*–, cobraron sentido ahora.

Nunca, me he dado cuenta; en una cultura telepática todos lo sabían; no podía existir nada parecido a la intimidad; y yo nunca lo he comprendido...

De repente, la idea se tornó violenta, incómoda: como todos eran telépatas y leían sus pensamientos y sus emociones, ¿espiarían lo que había compartido con Taniquel? Una ardiente vergüenza le invadió; como si hubiera tenido un sueño bochornoso de caminar desnudo por la plaza pública y se hubiera despertado descubriendo que era real.

Taniquel, semidormida a su lado, cogida de su mano, se despertó repentinamente como si hubiera sufrido una descarga eléctrica. La indignación llameaba en su rostro.

–Tú... tú *eres* un bárbaro –le espetó–. ¡Tú... *terrano*!

Saltó de la cama, tomó su bata y se marchó con rapidez. Sus pasos ligeros se perdieron en la distancia con un ritmo furioso sobre el suelo desparejo. Kerwin, desconcertado ante la súbita ira de la joven, se quedó tendido, con la cabeza latiéndole de dolor. Se dijo que no era bueno nada de esto, que debía trabajar al día siguiente, y se acostó, intentando aplicar con todas sus fuerzas la técnica que Neryssa le había enseñado: distender el cuerpo, imponer a su respiración un ritmo pausado y normal, tratando de calmar las tensiones de su cuerpo por medio del control de la respiración y aliviando el latido de la sangre en sus sienes. Pero estaba demasiado confundido y apenado para lograr suficiente éxito.

Cuando volvieron a encontrarse, ella se mostró tan cortés y afectuosa como siempre y le recibió con un abrazo espontáneo.

–Perdóname, Jeff, no debí enfurecerme. Fue injusto de mi parte. No debí acusarte, ya que viviste entre terranos y adquiriste algunas de sus... sus extrañas costumbres. Ya llegarás a comprendernos mejor.

Al sentir la confirmación de los brazos que le rodeaban y cómo las emociones de ella se mezclaban con las suyas, Kerwin no pudo dudar de la sinceridad de los sentimientos de Taniquel.

Trece días después de la visita de Hastur a Arilinn, las matrices estuvieron listas. Ese mismo día, Elorie les dijo en el gran salón:

–Podemos empezar la primera operación de reconocimiento esta noche.

Kerwin experimentó el pánico del último minuto. Ésta sería su primera experiencia de contacto telepático prolongado dentro de un círculo de matriz.

–¿Por qué de noche? –preguntó.

–La mayor parte de la gente duerme mientras está oscuro –respondió Kennard–; hay menos interferencia telepática. En radio la llamarías estática. También hay estática telepática.

–Quiero que todos durmáis un poco durante el día –dijo Neryssa–. Os quiero a todos frescos y descansados para esta noche.

Corus le hizo un guiño a Kerwin.

–Será mejor que le demos un sedante a Jeff, porque si no se quedará despierto por la preocupación.

No había malicia en sus palabras. Mesyr miró inquisitivamente a Jeff.

–Si quieres algo...

Él meneó la cabeza, sintiéndose tonto. Hablaron durante algunos minutos más, hasta que Elorie, bostezando, manifestó que iba a obedecer su propia recomendación y subió a su

habitación. Uno a uno empezaron a alejarse de la chimenea. Kerwin, que no tenía sueño a pesar del cansancio, se demoró esperando que Taniquel fuera con él. Tal vez, si ella le acompañaba, sería capaz de olvidar la inminente prueba y relajarse.

–Neryssa lo dijo en serio, joven –le advirtió Kennard, deteniéndose junto a él–. La palabra del monitor es ley en estos casos. Será mejor que descanses un poco, o lo de esta noche será demasiado para ti. –Tras un momento de silencio, las espesas cejas de Kennard se arquearon–. Oh, ¿así que de eso se trata?

–¡Maldición! –explotó Kerwin–. ¿No hay nada de intimidad aquí?

Kennard le miró con una sonrisa como de disculpa.

–Lo siento. Soy un Alton. Nosotros somos los telépatas más fuertes del Comyn. Y... bien, he vivido en Terra. Me casé con una mujer terrana. De modo que tal vez comprendo más que los más jóvenes. No te ofendas, pero... ¿puedo decirte algo, como lo haría con... un hermano menor o un sobrino?

Conmovido, aun en contra de su voluntad, Kerwin respondió:

–Sí, por supuesto.

Kennard pensó durante un minuto y luego dijo:

–No reproches a Taniquel que te deje solo justamente ahora, cuando sientes que más la necesitas. Sé cómo te sientes. ¡Por los infiernos de Zandru que lo sé! –Se rió como de alguna broma privada–. Tani también lo sabe. Cuando está en marcha una operación con matriz, y sobre todo una tan importante como ésta, el celibato es la regla y una necesidad. Alguno de nosotros debería haberte informado antes de eso.

–Creo que no comprendo –replicó lentamente Kerwin, rebelándose–. ¿Por qué tiene que ser necesario el celibato?

Kennard le respondió con otra pregunta.

–¿Por qué crees que se les exige a las Celadoras que sean vírgenes?

Aunque Kerwin no tenía la menor idea, de repente se le ocurrió que eso explicaba a Elorie. Superficialmente, era una joven adorable, sin duda tan bella como Taniquel, pero tan asexuada como una niña de siete u ocho años. Rannirl había dicho algo acerca de la virginidad ritual... Y Elorie, por cierto, era tan inconsciente de su propia belleza y atractivo como la criatura más pequeña. Más aún: mientras la mayoría de las niñas, a los ocho o nueve años, eran bastante conscientes de su propia femineidad y ya se podía ver en ellas el germen de la atracción, Elorie parecía completamente inconsciente de la suya propia.

–En la antigüedad se consideraba como algo ritual –explicó Kennard–. Yo creo que es una superchería, pero aún tiene vigencia el hecho de que es terriblemente peligroso para una mujer trabajar en la posición centropolar de un círculo de matriz, uniendo los flujos de energones, si no es virgen. El proceso tiene que ver con las corrientes nerviosas. Incluso en las posiciones más exteriores del círculo, las mujeres observan una castidad estricta durante bastante tiempo antes. En cuanto a ti..., ten por seguro que necesitarás hasta la última migaja de tu energía nerviosa y de tu fuerza esta noche. Taniquel lo sabe. Por eso es mejor que duermas un rato. Solo. Y será mejor que te advierta, por si todavía no lo has descubierto por tu cuenta, que no servirás de mucho con una mujer durante varios días después. No dejes que eso te preocupe; es tan sólo un efecto colateral del drenaje de energías. –Puso una mano amable, casi paternal, sobre la muñeca de Kerwin–. El problema, Jeff, es que te has convertido hasta tal punto en uno más de nosotros que nos olvidamos de que no siempre has estado aquí; suponemos que sabes todas estas cosas aunque nadie te las haya dicho.

Jeff agradeció en voz baja, conmovido por el afecto de Kennard:

–Gracias, pariente.

Usó la palabra sin timidez por vez primera. Si Kennard había sido hermano de crianza de Cleindori, la madre de Jeff... Kerwin ya sabía que la adopción, en Darkover, creaba lazos familiares que en muchos casos eran más fuertes que los lazos de sangre.

–¿Conociste a mi padre, Kennard? –preguntó, llevado por un impulso.

Kennard vaciló. Después respondió con lentitud:

–Sí. Supongo que se podría decir que le conocí bastante bien. No, no tan bien como hubiera deseado, pues si no las cosas podrían haber sido diferentes. Eso no me ayudó a cambiar nada.

–¿Cómo era mi padre?

Kennard suspiró.

–¿Jeff Kerwin? No muy parecido a ti. Tú te pareces a mi hermana. Kerwin era grande y moreno y práctico; nada de tonterías. Pero también tenía imaginación. Lewis, mi hermano, le conoció mejor que yo. Él se lo presentó a Cleindori. –De repente, Kennard frunció el ceño y agregó–: Mira, no hay tiempo para esto. Vete a descansar.

Kerwin percibió que Kennard estaba alterado. Abruptamente, ya fuera porque había captado una imagen de la mente de Kennard o porque había percibido algo, preguntó:

–Kennard, ¿cómo murió mi madre?

La mandíbula de Kennard se tensó.

–No me preguntes Jeff. Antes de que aceptaran permitirte que vinieras aquí... –Se interrumpió, pensando qué decir. Kerwin advirtió que se había bloqueado para impedir que él captara siquiera un jirón de sus pensamientos–. También yo estaba en Arilinn –prosiguió Kennard–. Me pidieron que regresara porque estaban escasos de gente, después... después de lo que ocurrió. Pero, antes de que aceptaran permitirte que vinieras, me hicieron... me hicieron jurar que no respondería a ciertas preguntas, y ésta es una. Jeff, el pasado es *pasado.* Piensa en hoy. Todos los de Arilinn, todos los de los Dominios hemos tenido que dejar atrás el pasado y pensar en lo que estamos haciendo por Darkover y por nuestro pueblo. –Había un atisbo de dolor en su rostro, pero seguía cuidadosamente amurallado–. Jeff, cuando viniste aquí, todos dudábamos bastante de ti. Pero ahora, triunfemos o fracasemos, eres uno de nosotros. Un verdadero darkovano... y un verdadero Comyn. Esa idea tal vez no te tranquilice tanto como tener contigo a Tani –agregó, con un intento de picardía–, pero debería ayudarte un poco. Ahora vete a dormir, pariente.

Le despertaron cuando salió la luna. La Torre de Arilinn se veía extraña y silenciosa en medio de la noche, y la cámara de matrices estaba colmada con esa quietud extrañamente sonora. Se reunieron, hablando en susurros, sintiendo el silencio como algo vivo a su alrededor, como una presencia real a la que no querían molestar. Kerwin se sentía flojo, vacío, exhausto. Advirtió que Kennard renqueaba más que de costumbre, que Elorie se veía somnolienta e irritada y que Neryssa respondió con aspereza cuando Rannirl hizo algún comentario gracioso.

Taniquel tocó la frente de Kerwin, y él sintió el roce leve de sus pensamientos, el contacto rápido y seguro. Ahora no lo rechazó.

–Él está bien, Elorie.

Elorie paseó la mirada de Taniquel a Neryssa.

–Tú monitoreas, Tani. Necesitamos a Neryssa en el círculo –explicó, ante la mirada ofendida que le lanzó Neryssa–. Ella es más fuerte y ha estado trabajando desde hace más tiempo. –Luego se dirigió a Kerwin–: Cuando trabajamos en un círculo como éste, necesitamos un monitor fuera del círculo. Y, como Tani es la mejor émpata que tenemos, permanecerá en contacto telepático con cada uno de nosotros; así, si alguno se olvida de respirar o sufre un calambre muscular, ella lo sabrá antes que nosotros e impedirá que nos agotemos o que suframos daño. Auster, tú te ocuparás de las barreras –ordenó, y agregó para beneficio del recién llegado–: Todos nosotros anulamos nuestras barreras individuales, y él se ocupa de alzar una barrera común que evita las filtraciones telepáticas. Percibirá si alguien

trata de interferir. En otras épocas había fuerzas ajenas a Darkover; tal vez todavía existan, por lo que sabemos. La barrera que rodea la *gestalt* formada por nuestras mentes nos protegerá.

Kennard sostenía una pantalla de matrices más pequeña, una de las pantallas con superficie de vidrio como la que habían construido. La hacía girar hacia uno y otro lado, hacia cada uno de ellos, frunciendo el ceño y haciendo algunos ajustes en un dial calibrado. En las profundidades de la pantalla centelleaban unas lucecitas aquí y allá.

–La barrera de Auster debería resistir –dijo abstraído–, pero sólo por seguridad activaré un apaciguador y lo concentraré alrededor de la Torre. ¿Segundo nivel, Rannirl?

–Tercero, creo –respondió Elorie.

Kennard arqueó las cejas.

–¡Todo el mundo en los Dominios sabrá que hay algo en marcha en Arilinn esta noche!

–Que lo sepan –replicó Elorie con indiferencia–. Ya les solicité que sacaran a Arilinn de la red de transmisión esta noche. Es asunto nuestro.

Kennard terminó de hacer lo que estaba haciendo con el apaciguador y empezó a colocar mapas sobre la mesa, frente a ellos, y también un gran número de lápices de colores.

–¿Quieres que yo marque los mapas? –preguntó–. ¿O pediremos a Kerwin que lo haga?

–Márcalos tú –respondió Elorie–. Quiero a Corus y Jeff en el círculo exterior. Corus tiene PK suficiente, de modo que tarde o temprano podremos hacer extracciones con él, y Jeff tiene un fabuloso sentido de percepción estructural. Jeff... –Lo situó justo más allá de Rannirl–. Y Corus aquí.

La gran pantalla matriz yacía en su canasto ante ella.

–Todo listo aquí –dijo Auster.

A Kerwin le pareció que el silencio, iluminado por la luna, se hacía más profundo; parecían estar de algún modo aislados en el aire quieto; sus respiraciones se hicieron más profundas, despertando ecos en torno a ellos. Una imagen flotó en su mente, y supo que Corus había establecido algún contacto con él: *una fuerte muralla de vidrio nos rodea, que permite ver, pero es impenetrable...*

Podía percibir las murallas de la Torre de Arilinn, no de la Torre real sino de una imagen mental de ella, semejante pero diferente, una Torre arquetípica, y escuchó que alguien del círculo pensaba: *Ha estado aquí, así, durante cientos y cientos de años...*

Las manos de Elorie estaban plegadas. A Kerwin le habían advertido una y otra vez: *nunca toques a una Celadora, ni siquiera accidentalmente, dentro de un círculo.* Era evidente que ninguno de ellos tocaba jamás a Elorie, aunque a veces Rannirl, que era el técnico, la sostenía por un momento, poniéndole una mano en el hombro. Tampoco Elorie tocaba jamás a nadie. Kerwin había advertido que ella podía acercarse a ellos, podía entregarles algunas píldoras, quedarse al lado, pero en realidad nunca *tocaba* a nadie, era simplemente parte del tabú que rodeaba a una Celadora, que prohibía hasta el más mínimo contacto físico. Sin embargo, aunque podía ver las manos de la joven plegadas sobre la mesa, al mismo tiempo *sentía* que ella las extendía hacia todos; parecía que todo el círculo se unía de la mano, mezclándose en un lazo fuerte. A Kerwin le parecía –y sabía que todos compartían la sensación– que Elorie sostenía una mano y Taniquel, que monitoreaba, la otra. Kerwin tragó saliva, sintiendo la boca súbitamente seca, cuando los grises ojos de Elorie se cruzaron con los suyos. Los ojos de la joven centelleaban como el brillo fundido de la matriz. Sintió que ella los atraía como si fueran una red tendida entre sus manos fuertes, una red de hebras centelleantes en las que ellos estaban engarzados como gemas, cada uno de un color resplandeciente. El cálido gris rosado de la vigilancia de Taniquel, la brillantez dura como un

diamante de Auster, Corus con su brillante lustre incoloro, cada uno de ellos con su propio sonido y su propio color en la red de luz de luna que era Elorie...

A través de los ojos de Kennard vieron el mapa extendido sobre la mesa. Kerwin flotó hacia él y sintió como si se elevara, como si volara, sin cuerpo, sin alas, sobre una gran extensión de terreno, con la fuerza de la pura muestra metálica que yacía en el canasto junto a la pantalla matriz. Parecía extenderse indefinidamente, ignorando los límites de su cuerpo. Luego Rannirl proyectó con rapidez una estructura giratoria y Kerwin, sin sorpresa, se descubrió trazando, con toda su mente y su conciencia, un modelo molecular como alguna vez sus dedos habían dado forma a las esferas y varas de arcilla de las maquetas. A través de los sensibles dedos de Corus percibió los electrones que giraban, la extraña amalgama de núcleo y protones, la estructura atómica del metal que buscaban.

Cobre. Su estructura parecía relucir y girar en remolino desde el mapa, como si estuviera sintonizada con el terreno en el que el mapa se había convertido de pronto. Kerwin podía *sentir* allí el metal. No era semejante a entrar en la estructura cristalina del vidrio. Era curiosamente diferente; como si a través del mapa y las fotografías que tenían, de alguna manera, él situara las corrientes magnéticas palpables, la textura del suelo y las rocas y las hierbas y los árboles, dejando de lado todas las estructuras atómicas irrelevantes. Era cien veces más sensible al terreno que se extendía bajo sus... ¿manos? ¡No! Bajo su mente, sus pensamientos. Sin embargo, de algún modo, exploraba el suelo mismo en busca de la centelleante y compleja estructura de los átomos de cobre, los lugares donde se apiñaban... ricos depósitos minerales...

Un dolor sordo y punzante le invadió. Se retorcía *a través* de los átomos de cobre; se había *convertido* en cobre, enredado con otros electrones desconocidos, con otras estructuras, tan enredado que le resultaba imposible respirar, entre átomos que giraban y se mezclaban y chocaban. Estaba *dentro* de las corrientes de energía; vagaba y fluía en ellas. Por un momento, con sensibilidad desencarnada, miró a través de los ojos de Rannirl las complejas estructuras, miró un terreno extraño y aplastado que intelectualmente sabía que era el mapa, pero que de alguna manera seguía siendo una enorme perspectiva aérea de las Kilghard Hills extendidas debajo de él, de sus cimas y grietas y abismos, rocas y árboles... A través de todo eso, trazó las secuencias de átomos de cobre. Veía y sentía por los ojos de Kennard; se movía en la punta de un lápiz anaranjado hasta la superficie del mapa, una marca que no significaba nada, absorto como estaba en el remolino de las estructuras, átomos de puro cobre enredados con dificultad en las complejas moléculas de ricos minerales... Sabía que Kennard le seguía, midiendo distancias y transmutándolas en mediciones y marcas sobre el mapa... Siguió adelante, entremezclado con las centelleantes capas de la pantalla matriz que, sin saber cómo, se había convertido en el mapa y en la superficie misma del planeta...

Nunca supo, porque el tiempo dejó de tener sentido, cuánto tiempo giró y exploró y centelleó suelo, roca, lava, fluyendo en las corrientes magnéticas, cuántas veces las percepciones de Rannirl le atraparon y se unió a la punta del lápiz de Kennard, para que toda su sustancia se transmutara en las marcas sobre el mapa. Por fin, el movimiento se hizo más lento y se detuvo. Sintió que Corus (un líquido que se cristalizaba, que se enfriaba hasta convertirse en cristal) se separaba de la fusión como un vidrio que se astillaba; percibió que Rannirl salía de algún abismo invisible; Elorie abrió su mano suavemente y dejó caer a Kennard (unos dedos invisibles hicieron caer un muñeco sobre la mesa); después el dolor, parecido a la agonía de respirar agua, invadió a Kerwin mientras sentía que empezaba una caída libre hacia la nada; Auster (un vidrio que se quebraba, liberando al prisionero) soltó una exclamación de agotamiento, deslizándose hacia adelante hasta apoyar la cabeza en la mesa. Una soga invisible se cortó y Neryssa cayó, acalambrada, como desde una gran altura. Lo primero que vio Kerwin fue a Taniquel, que suspiraba con cansancio mientras estiraba su cuerpo entrecogido. Los nudosos dedos de Kennard, hinchados *y* tensos por el dolor, soltaron lo que quedaba de un lápiz mientras el hombre hacía una mueca de dolor y sostenía una mano con la otra. Kerwin pudo ver que tenía los dedos hinchados, percibió la tensión en ellos y por primera vez fue consciente de la enfermedad de las articulaciones que había disminuido a

Kennard y que llegaría a paralizarlo si vivía lo suficiente. El mapa estaba cubierto de símbolos crípticos. Elorie se cubrió el rostro con las manos con una exclamación de agotamiento, y Taniquel se puso de pie y se acercó a ella, con aspecto preocupado. Hizo correr sus manos sobre la joven por medio del monitor, a pocos centímetros de la frente de Elorie.

–Ya basta –dijo–. El corazón de Corus casi se ha detenido y Kennard está dolorido.

Con paso inseguro, Elorie fue detrás de Rannirl y Kennard, para mirar los mapas. Tocó la mano hinchada de Kennard con la más leve de las caricias, más con un gesto simbólico que con un gesto real. Lanzando una rápida mirada a Kerwin, observó:

–Jeff hizo todo el trabajo estructural, ¿os habéis dado cuenta?

Kennard alzó la cabeza y dedicó a Jeff una vacilante sonrisa. Todavía se frotaba distraídamente las manos, como si le dolieran. Taniquel se acercó y las tomó en las suyas, sosteniéndolas con delicadeza entre sus dedos suaves. Kerwin vio que las tensas arrugas de dolor desaparecían del rostro de Kennard, quien manifestó:

–Estuvo allí todo el tiempo, sosteniendo las estructuras. Fue fácil con él aquí. Será un técnico tan bueno como tú, Rannirl.

–Eso no es gran cosa –replicó Rannirl–. Yo soy mecánico, no técnico; puedo hacer el trabajo de un técnico, pero no soy nada cuando hay un verdadero técnico presente. Kerwin puede ocupar mi lugar cuando quiera; también *tú* podrías, Ken, si fueras suficientemente fuerte.

–Gracias. Se lo dejaré a Jeff, *bredu* –dijo Kennard, dedicándole a Rannirl una sonrisa afectuosa e inclinándose hacia adelante para apoyar por un minuto la cabeza en el hombro de Taniquel. Kerwin captó un fragmento de las ideas de ella: *es demasiado viejo para este trabajo,* y una furiosa oleada de resentimiento: *estamos tan condenadamente escasos...*

–Pero lo hicimos –exclamó Corus mirando el mapa, cuya superficie rozó Elorie con un dedo leve.

–Mira –dijo la joven–, Kennard ha medido cada depósito de cobre de las Kilghard Hills, todos los lugares donde los yacimientos son más ricos e incluso los lugares en que está tan mezclado con otros minerales que ya no sirve. Hasta está marcada la profundidad, la riqueza y la composición química de los minerales para que sepan qué clase de equipos necesitarán para la extracción y la refinación. –De pronto, a través del cansancio, su mirada fue exultante–. ¡Que me demuestren que los terranos pueden hacer tanto, a pesar de toda su tecnología! –Se estiró como un gato–. ¿Os dais cuenta de lo que hemos *hecho*? –preguntó–. Funcionó. ¡Todos funcionamos! ¿Os alegráis ahora de haberme escuchado? ¿Quién es el bárbaro *ahora*?

Se acercó a Jeff y le tendió las manos, sus delicados dedos apenas le rozaron. Él percibió que se trataba de un gesto significativo para Elorie, limitada por la estructura del tabú y de la intocabilidad, como hubiera sido un abrazo para otra muchacha.

–¡Oh, Jeff, sabía que podríamos hacerlo contigo! ¡Eres tan fuerte, nos ayudaste tanto!

Impulsivamente, sus manos se cerraron sobre las de la joven; pero ella se alejó de pronto, con su rostro pálido. Cuando sus ojos se encontraron, Kerwin pudo ver el pánico en ellos. Elorie apretó las manos en un gesto de terror, y en sus ojos apareció un ruego durante un momento. Después se derrumbó.

–Apóyate en mí, Elorie –le invitó con suavidad–. Estás exhausta, y no es raro, después de todo. –Elorie se tambaleó de cansancio y se cubrió los ojos, infantilmente, con los puños. Neryssa la cogió en brazos–. La llevaré a su habitación y me ocuparé de que coma algo.

Kerwin era otra vez consciente del dolor de sus músculos acalambrados; se estiró y se volvió hacia la ventana, donde el sol entraba a raudales, alto ya en el cielo. No se había dado cuenta de que había amanecido. ¡Habían estado dentro de la matriz, en contacto telepático, durante más de una noche!

Rannirl plegó cuidadosamente el mapa.

–Lo intentaremos de nuevo dentro de unos días, con muestras de hierro –dijo–. Después estaño, plomo, aluminio... Será más fácil la próxima vez, ahora que sabemos qué puede hacer Jeff dentro de la red. –Sonrió a Jeff y agregó–: ¿Sabes que ésta es la primera vez en doce años o más que ha habido en Arilinn un círculo completo? –Miró hacia Auster y frunció el ceño–. Auster, ¿qué te ocurre, pariente? ¡Es un momento de alegría!

Los ojos de Auster estaban clavados en Kerwin con una malevolencia firme e inexorable. Y Kerwin lo supo: *no es feliz porque lo he logrado.*

Quería que yo, que nosotros fracasáramos. Pero ¿porqué?

11

SOMBRAS EN EL SOL

La depresión permaneció incluso después de que Kerwin hubo dormido y despejado su fatiga. Mientras se vestía para reunirse con los otros, se dijo que no debía permitir que la malicia de Auster le estropeara la situación. Había pasado la dura prueba del contacto telepático pleno dentro del Círculo de la Torre, y era su triunfo. Nunca le había agradado a Auster. Incluso era probable que estuviera celoso por todas las atenciones prestadas a Kerwin. Probablemente sólo fuera eso.

Sabía que ahora habría un intervalo libre y ansiaba pasar una parte del tiempo con Taniquel. A pesar de la advertencia de Kennard, se sentía fresco y descansado, ansioso de estar con ella. Se preguntó si ella aceptaría, como había hecho a menudo, pasar la noche con él y, mientras bajaba la escalera, experimentó una placentera sensación de anticipación. No había por qué apurarse: si no era esta noche, sería después.

Todos los demás habían despertado antes que él y estaban reunidos en el salón. La espontaneidad de sus saludos le hicieron sentirse cómodo: pertenecía, era parte de la familia. Aceptó un vaso de vino y se sentó en su sitio de costumbre. Neryssa se acercó, con su trabajo de costura, y se sentó a su lado. Él se sentía un poco impaciente, pero había tiempo. Miró a su alrededor buscando a Taniquel. La joven se hallaba cerca de la chimenea, hablando con Auster, dándole la espalda a Kerwin, que no pudo mirarla a los ojos.

–¿Qué estás haciendo, Neryssa?

–Una colcha para mi cama. No sabes el frío que hace aquí en invierno. Además, así mantengo las manos ocupadas.

Giró para mostrarle el trabajo. Era una colcha blanca, con cerezas en tres matices de rojo agrupadas en racimos, con hojas verdes y con listas de los mismos tres matices de rojo en los bordes, y todo unido con delicadas puntadas que formaban un diseño de curvas y rizos. Él se quedó atónito al advertir la cantidad de trabajo y de ingenio invertidos en ese diseño. Nunca se le habría ocurrido que Neryssa, monitora de Arilinn y dama del Comyn, pudiera ocuparse con un trabajo de costura tan tedioso.

Ella se encogió de hombros.

–Como te he dicho, mantiene mis manos ocupadas cuando no hay otra cosa que hacer; y estoy orgullosa de mi habilidad manual.

–Es sin duda muy bella –dijo él–. Un trabajo manual como éste no tendría precio en la mayoría de los planetas que he visitado, pues la mayoría de la gente tiene ropa de cama hecha rápidamente a máquina.

Neryssa soltó una risita.

–Creo que no me gustaría dormir entre cosas hechas a máquina. Sería como acostarme con un hombre mecánico. Según creo, también tienen esas cosas en otros mundos, pero no creo que a las mujeres les gusten. Yo prefiero genuinos trabajos manuales en mi cama y también dentro de ella.

A Jeff le llevó un momento captar el doble sentido que de alguna manera era más sugestivo en *casta* que en el idioma que él hablaba– pero nadie que tuviera un mínimo de fuerza telepática podía malentender la intención de Neryssa. Soltó una risita, un poco incómodo. Ella le miró tan directamente a los ojos que su incomodidad se disipó y se rió con ganas.

–Supongo que tienes razón. Algunas cosas son mejores cuando son obra de la naturaleza –concedió.

–Cuéntame algo de tu trabajo para el Imperio, Jeff. A veces pienso que, si hubiera sido hombre, me habría marchado al espacio. No hay muchas aventuras en las Kilghard Hills, y menos para una mujer. ¿Has vivido en muchos mundos?

–En dos o tres. Pero en el Servicio Civil no se ve gran cosa de ellos; casi todo consiste en trabajar con los equipos de comunicaciones.

–¿Y hacen lo mismo con sus máquinas de comunicaciones que nosotros con la red de transmisión? –preguntó con curiosidad–. Cuéntame un poco del funcionamiento, si puedes. He estado trabajando en los transmisores desde los catorce años; me resultaría raro hacerlo con máquinas. ¿Verdaderamente no hay telépatas en el Imperio terrano?

–Si los hay –respondió Kerwin–, no se lo dicen a nadie.

Le habló a Neryssa de la red de comunicaciones de CommTerra que unía los planetas por medio de sistemas de transmisión interestelares, explicándole la diferencia entre la radio, el inalámbrico y el «hipercom» interestelar. Descubrió que ella poseía una rápida inteligencia mecánica y que captaba velozmente la teoría en cuestión, a pesar de que la disgustaba un poco la idea de comunicarse por medio de máquinas.

–Me gustaría experimentar con alguna de ellas –dijo–. Pero sólo como un juguete. Creo que los transmisores de la Torre son más fiables y rápidos y me imagino que no se descomponen con tanta facilidad.

–¿Y has estado haciendo esto toda la vida? –preguntó Kerwin, tratando de saber también qué edad tendría Neryssa–. ¿Qué te impulsó a entrar en una Torre, Neryssa? ¿Nunca te has casado?

–Nunca sentí deseos de casarme –respondió meneando la cabeza–. Para una mujer de los Dominios está el matrimonio o la Torre... A menos que –se rió– ¡que hubiera querido cortarme el pelo y tomar la espada y pronunciar el juramento de Renunciante! Yo había visto casarse a mis hermanas, para pasarse la vida sometidas a los caprichos de algún hombre y para tener un hijo tras otro hasta que a los veintinueve años eran gordas y feas, con cuerpos gastados por los partos... ¡y con las mentes igualmente gastadas y estrechas para acomodarse a la crianza de los niños, la limpieza y el gallinero! Pensé que esa vida no me gustaba; de modo que cuando me probaron para el *laran* vine como monitora aquí. Me gusta este trabajo y también esta vida.

A Kerwin se le ocurrió que de joven debió de haber sido una belleza; todavía permanecían los elementos de esa belleza: los huesos aristocráticos del rostro, el rico color del cabello, apenas veteado de gris, y su cuerpo tan delgado y erguido como el de la misma Elorie.

–Estoy seguro de que muchos protestaron por esa decisión –dijo Kerwin con galantería.

Ella lo miró por un instante a los ojos.

–No serás tan ingenuo como para pensar que hice los votos de una Celadora, ¿eh? Hace diez años le di una hija a Rannirl, esperando que heredara mi *laran;* mi hermana la ha criado, porque yo no tenía ganas de llevar un bebé colgado de mis talones. También hubiera tenido un hijo con Kennard, porque no tenía heredero y el Concejo estaba furioso con él, pero él eligió casarse. A ellos no les gustó la mujer que eligió; pero ella le dio dos hijos, y han aceptado al mayor como su Heredero..., aunque fue muy difícil conseguir que lo hicieran. Yo estoy satisfecha, ya que aquí me necesitan, aunque ya no tanto ahora que han descubierto que Taniquel tiene suficiente *laran* como para monitorear. Sin embargo, Tani es joven. Es probable que decida marcharse de la Torre y casarse; muchas jóvenes lo hacen. Me sorprendí cuando Elorie vino aquí. Es la hija del viejo Kyril Ardais. El relato de sus atrocidades se ha difundido desde Dalereuth hasta los Hellers; por lo que, después de ver lo que sufrió su propia madre, estoy segura de que Elorie no tenía ningún deseo de casarse y empezó a sentir pavor

de todos los hombres. Es mi hermanastra, ¿sabes? Yo soy una de las bastardas del viejo Dom Kyril. –Hablaba con una desapasionada calma–. Yo fui responsable de que ella viniera aquí. El viejo la hubiera puesto a cantar y a entretener a sus camaradas de juerga. Una vez, cuando ella era aún muy pequeña, ya le puso uno las manos encima. Nuestro hermano casi lo mató. Después de eso, él se quejó al Concejo, Elorie fue enviada a Arilinn y Dyan pidió que se dejara de lado a nuestro padre y se le nombrara Regente del Dominio, para que, cuando padre perdiera la cabeza, el Dominio no cayera en desgracia debido a sus indecencias y felonías. A Dyan le costó bastante hacerlo. Es un músico dotado y un curandero; quería estudiar todas las artes curativas en Nevarsin, y ahora debe llevar sobre sus hombros toda la carga del Dominio. Pero estoy chismorreando –agregó, con una leve sonrisa–. A mi edad, se me puede disculpar, creo. Traje a Lori aquí, como te he dicho, esperando que fuera monitora, tal vez incluso técnica, porque tenía buena cabeza. En cambio, prefirieron intentar enseñarle las artes de Celadora. Por eso somos la única Torre de Darkover que tiene una Celadora cualificada a la antigua usanza. Supongo que deberíamos estar orgullosos de ella, pero yo lo lamento por Elorie. Es una vida dura; y, como es la única Celadora que tenemos, aunque están entrenando a otra niña en Neskaya, no se sentirá libre de abandonar la Torre, como han podido hacerlo casi todas las Celadoras del pasado, en cuanto la tarea se les hacía demasiado pesada. Es una carga espantosa –añadió, mirándole a los ojos–. A pesar de que la Dama de Arilinn tiene más jerarquía que la reina, yo no querría el cargo para mí ni para una hija mía.

Su copa estaba vacía. Ella la tomó y le pidió que volviera a llenársela. Incorporándose, Kerwin fue hasta la mesa donde estaban las bebidas. Corus y Elorie jugaban a algún juego con unas fichas de cristal cortado. Rannirl tenía un pedazo de cuero en la mano y estaba haciendo con él una capucha de halcón.

Taniquel estaba cerca de la chimenea, profundamente absorta en una conversación con Auster. Kerwin intentó cambiar con ella una mirada, para hacerle señas de que se reuniera con él, una seña que ella conocía muy bien. Tenía la esperanza de que ella diera alguna excusa banal a Auster y que se reuniera con él.

Pero ella tan sólo le dedicó un guiño y una sonrisa y sacudió lentamente la cabeza. Alarmado, rechazado, miró la mano de Taniquel, posada en la de Auster, y sus dos cabezas muy juntas. Parecían absortos. Kerwin llenó la copa de Neryssa y se la llevó, mientras su perplejidad crecía. La muchacha nunca le había parecido tan deseable como ahora, cuando su risa, su traviesa sonrisa, era para Auster. Regresó a sentarse junto a Neryssa y le entregó la copa. Su perplejidad se convirtió en irritación y luego en resentimiento. ¿Cómo podía hacerle esto? ¿Sólo era entonces una despiadada burlona?

A medida que transcurría la velada, Kerwin se deprimía cada vez más. Escuchaba la cháchara de Neryssa a medias. Incluso los intentos de Kennard y Rannirl de darle charla cayeron en el vacío. Al cabo de un rato, supusieron que Jeff todavía estaba cansado y lo dejaron solo.

Corus y Elorie terminaron su juego y empezaron otro. Neryssa fue a mostrarle a Mesyr su costura y le pidió consejo. Ambas mujeres se pusieron a elegir colores entre una gran cantidad de hilos de bordar. Era una escena doméstica perfectamente apacible, salvo por la acerada conciencia que Kerwin tenía de Taniquel, cuya cabeza descansaba sobre el hombro de Auster. Una docena de veces se dijo Kerwin que era un tonto por quedarse allí sentado mirando, pero la perplejidad y la ira combatían dentro de él. ¿Por qué hacía eso ella? ¿Por qué?

Más tarde, Auster se incorporó para volver a llenar sus copas. Kerwin se puso bruscamente de pie. Kennard alzó la vista, preocupado, cuando Kerwin cruzó la habitación y se agachó para tocar a Taniquel en el brazo.

–Ven conmigo –le rogó–. Quiero hablar contigo.

Ella alzó los ojos, alarmada y nada complacida, pero dando un rápido vistazo a su alrededor; él casi pudo sentir su exasperación, mezclada con la determinación de no hacer una escena le dijo:

–Salgamos a la terraza.

Los últimos resplandores del crepúsculo se habían desvanecido hacía mucho; la niebla se condensaba en pesados goterones de lluvia que, al cabo de un rato, se convertiría en diluvio. Taniquel se estremeció, envolviéndose en su chal tejido de color amarillo.

–Hace demasiado frío para que nos quedemos mucho tiempo aquí afuera. ¿Qué ocurre, Jeff? ¿Por qué has estado mirándome de ese modo toda la noche?

–¿No lo sabes? –le espetó él–. ¿No tienes corazón? Hemos tenido que esperar...

–¿Estás *celoso*? –le preguntó ella con amabilidad.

Jeff la tomó en sus brazos y la besó con violencia, aplastando su boca bajo la de él; ella suspiró y le devolvió el beso, pero con tolerancia más que con pasión. Él la agarró de los codos, diciendo roncamente:

–Tendría que haber sabido que sólo me estabas provocando, pero no podía tolerar... verte con Auster, delante de mis propios ojos.

Taniquel se separó de él perpleja y hasta furiosa, según percibió Jeff.

–¡Jeff, no seas tan pesado! ¿No te das cuenta de que Auster me necesita ahora? ¿No puedes comprenderlo? ¿No tienes sentimientos?¿ No tienes compasión? Éste es tu triunfo... y su derrota. ¿No te das cuenta?

–¿Estás tratando de decirme que te has vuelto contra mí?

–Jeff, simplemente no te comprendo –dijo ella, frunciendo el ceño a la penumbrosa luz que venía de la ventana que estaba detrás de ambos–. ¿Por qué habría de volverme contra ti? Todo lo que te estoy diciendo es que Auster me necesita ahora, esta noche, más que tú.

Se puso de puntillas y le besó persuasivamente, pero él la separó con brusquedad, mientras empezaba a comprender lo que ella le había dicho.

–¿Estás diciéndome lo que creo que me estás diciendo?

–¿Qué *pasa* contigo, Jeff? ¡Por lo visto no puedo hacerte entender nada esta noche!

Él le dijo con un nudo en la garganta:

–Te amo. Te... te deseo. ¿Es eso tan difícil de entender?

–Yo también te amo, Jeff –replicó ella, con un indicio de impaciencia en su voz–. ¿Pero qué tiene que ver? Creo que estás agotado, pues de otro modo no dirías estas cosas. ¿Qué tiene que ver contigo si por esta noche Auster me necesita más que tú, y yo decido consolarlo de la manera que más falta le hace?

–¡Sí, por cierto, claro! –Kerwin sentía la boca seca–. ¡Eres una puta!

Taniquel dio un paso atrás como si la hubiera golpeado. Su rostro, bajo la media luz, estaba muy pálido y las pecas resaltaban como manchas oscuras.

–Y tú eres un bruto egoísta –le respondió–. ¡Bárbaro, como te llama Elorie, y peor aún! ¡Los terranos creen que las mujeres somos *propiedades*!. ¡Te amo, sí, pero no cuando te comportas de este modo!

Él sintió que su boca se tensaba penosamente en un rictus.

–¡Puedo comprar *esa* clase de amor en los bares del espaciopuerto!

La mano de Taniquel se elevó y cayó con dureza sobre su mejilla.

–¡Tú...! –tartamudeó, sin habla–. Me pertenezco *a mí misma*, ¿me oyes? ¡Malditos sean todos los terranos de mente sucia! ¡Auster tenía razón acerca de ti!

Con rapidez, pasó junto a él y él oyó sus pasos que se alejaban ágiles y definitivos; en algún lugar dentro de la Torre una puerta se cerró de golpe.

Con el rostro ardiendo, Kerwin no la siguió. La lluvia era espesa ahora y caía sobre las cornisas de la Torre; en las gotas había rastros de hielo, que él se fue quitando de las mejillas ardientes. ¿Qué había hecho? Siguiendo un impulso de ocultarse avergonzado, atontado –todos debían de haber visto cómo le rechazaba Taniquel, cómo se había volcado hacia Auster,

todos debían de haber comprendido lo que eso significaba–, se marchó con rapidez por el corredor y subió la escalera hasta su habitación. Pero, antes de llegar, escuchó unos pasos desparejos y vio a Kennard ante él.

–Jeff, ¿qué ocurre?

Como no deseaba afrontar el rostro demacrado y comprensivo del otro, precisamente ahora, entró en su cuarto, mascullando:

–Todavía estoy cansado... Creo que me iré a la cama a dormir otro poco.

Kennard entró tras él, puso las manos sobre los hombros del joven y, con sorprendente fuerza, le giró para mirarle.

–Mira, Jeff, no puedes ocultarte de nosotros de este modo. Si hablaras del asunto...

–Maldición –dijo Jeff con voz quebrada–. ¿No hay en este lugar nada de intimidad?

Kennard le soltó y suspiró.

–Mi pierna es un infierno. ¿Puedo sentarme?

Kerwin no podía negarse. Kennard se dejó caer en un sillón.

–Mira, hijo, entre nosotros, las cosas deben... deben afrontarse; no pueden esconderse para que se infecten. Para bien o para mal, eres miembro del círculo...

–No te metas en esto –replicó Jeff apretando los labios–. Es un asunto entre Taniquel y yo; no tuyo.

–Pero no es en absoluto entre Taniquel y tú. Es entre Auster y tú. Ten presente que todo lo que ocurre en Arilinn nos afecta a todos. Tani es émpata... ¿no puedes comprender cómo se siente cuando percibe, cuando tiene que *compartir*, esa clase de necesidad, de hambre, de soledad? Tú lo transmitías a diestra y siniestra; todos lo captamos. Pero Tani es émpata y vulnerable. Respondió a esa necesidad, porque es una mujer, amable y émpata, y no podía soportar tu desdicha. Te dio lo que más necesitabas y lo que para ella resultaba natural darte.

–Dijo que me amaba. Y yo la creí –masculló Kerwin.

Kennard extendió su mano, y Kerwin captó la comprensión y simpatía que había en él.

–¡Por los infiernos de Zandru, Jeff! ¡Palabras, palabras, palabras! ¡Y la manera en que la gente las usa y lo que quiere decir con ellas! –Fue casi una imprecación. Rozó levemente la muñeca de Jeff (el roce de aceptación de los telépatas, que de alguna manera significaba más que un apretón de manos o un abrazo) y luego agregó con suavidad–: Te ama, Jeff. Todos y cada uno de nosotros te amamos. Eres uno de nosotros. Pero Tani... es lo que es. ¿No comprendes lo que eso significa? En cuanto a Auster... Trata de imaginar lo que significa ser una mujer, y además émpata, y de sentir el grado de necesidad y desesperación que había esta noche en Auster. ¿Cómo puede sentir eso... y no responder? Maldición –dijo con desesperación–. Si Auster y tú os comprendierais, si tuvieras empatía con respecto a él, también sentirías su dolor y comprenderías a Taniquel...

Incluso contra su voluntad, Jeff empezó a comprender la idea: en un círculo íntimo de telépatas, las emociones, las necesidades y los deseos no sólo afectaban al que los sentía sino también a todos los que estaban a su alrededor. Como los había perturbado a todos con su soledad y su hambre de aceptación. Taniquel había respondido con tanta naturalidad como una madre que calma a un niño que llora. Pero ahora, cuando Jeff era feliz y estaba triunfante y Auster aparentemente derrotado, era el de Auster el dolor que ella deseaba calmar...

La carne y la sangre humanas no podían soportarlo, pensó él con crueldad. Taniquel, a quien amaba, Taniquel, la primera mujer que había significado algo para él, Taniquel en brazos del hombre al que él odiaba...

Cerró los ojos, tratando de despegarse de la idea, de protegerse de ella, de su dolor.

Cuando Kennard le miró, Kerwin, incómodo, reconoció lástima en su expresión.

–Debe de ser muy difícil para ti. Pasaste tanto tiempo entre los terranos que has adoptado sus códigos neuróticos. Las leyes de la Torre no son iguales a las leyes de los Dominios; no pueden serlo entre telépatas. El matrimonio es una institución reciente en Darkover, lo que llaman monogamia es aún más reciente y en realidad nunca ha sido aceptada. No te estoy reprochando nada, Jeff. Eres lo que eres, tal como Tani es lo que es. Pero me gustaría que no fueras tan desdichado.

Con dificultad, se incorporó y se marchó. Kerwin captó un fragmento de su pensamiento. También Kennard se había casado con una terrana, había conocido el dolor de un hombre atrapado entre dos mundos sin pertenecer a ninguno, había tenido que ver a sus hijos rechazados por no haber podido engendrar un hijo con la esposa adecuada que le había dado el Concejo, pero a la que, por ser demasiado sensible a las emociones no manifestadas, no había podido amar.

Despierto, ardiendo de furia y celos, Kerwin sostuvo una batalla solitaria. Hacia el amanecer llegó a un penoso equilibrio. La mujer no valía la pena. No permitiría que Auster le arruinara las cosas. Tenían que trabajar juntos, de una manera o de otra. Era terrible perder ante Auster pero, después de todo, sólo era su orgullo lo que estaba en juego. Si Taniquel deseaba a Auster, que lo tuviera. Ella ya había hecho su elección y bien podía atenerse a ella.

No era ideal, pero funcionó en cierto modo. Taniquel se mostró cortés y fríamente remota, y él le siguió la corriente. Una vez más comenzaron la tarea de construir pantallas matrices sintonizadas con los mapas y las fotografías aéreas; una vez más se reunieron en el círculo, buscando depósitos de hierro y, pocos días más tarde, plata y zinc. El día anterior al que iban a emprender una cuarta exploración telepática, Jeff regresó de una solitaria cabalgata al pie de las colinas y encontró a Corus que lo esperaba, pálido y excitado.

–¡Jeff, Elorie quiere que todos vayamos inmediatamente a la cámara de matrices!

Siguió al muchacho, preguntándose qué habría ocurrido. Los otros ya se habían reunido allí. Rannirl estaba con los mapas en la mano.

–Problemas –le informó–. Me lo dijeron nuestros clientes, después de que les pasara este mapa. En tres lugares distintos, aquí, aquí y aquí –indicó sobre el mapa marcado–, la gente del otro lado de los Hellers, los condenados aldaranes y sus hombres, se han instalado y han hecho reclamaciones de las tierras que marcamos como los más ricos depósitos de cobre. Sabes tan bien como yo que los aldaranes son lacayos de los terranos, con su Ciudad Comercial en Caer Donn. Están a favor del Imperio y reclaman que se establezca allí una colonia industrial terrana. Es un terreno vacío de los Hellers, que no sirve para la agricultura. Tampoco creo que nadie haya supuesto nunca que era adecuado para la minería; es demasiado inaccesible. ¿Cómo lo supieron?

–Coincidencia –respondió Neryssa–. Sabes que la gente de Aldarán está muy cerca de los forjadores. Éstos siempre están a la busca de metales y usan en las montañas talismanes de fuego, igual que nosotros usamos los círculos de matriz.

–¡No puedo creer que sea una coincidencia! –replicó Auster con furia–. ¡Que esto ocurra la primera vez que Jeff forma parte del círculo! Los testaferros de Terra hacen esta reclamación y sólo nos dejan para nuestros clientes los depósitos más débiles, casi imposibles de fundir. ¡No se trata de un reclamo ni de dos, sino de *tres*! –Con ira, giró para afrontar a Kerwin–. ¿Cuánto te pagaron los terranos para que nos traicionaras?

–¡Si crees eso, por todos los diablos, eres aún más necio de lo que suponía!

–¡Sé que Jeff no te gusta, Auster, pero esto es indignante! –repuso Taniquel con rabia–. ¡Si crees eso, puedes creer cualquier cosa!

–Ha sido mala suerte –dijo Kennard–. Eso es todo: pura mala suerte.

–Una vez –rugió Auster–, hubiera creído en una coincidencia; dos veces, coincidencia y mala suerte. ¿Pero tres veces? *¿Tres?* ¡Es tanta coincidencia como que una partera tenga trabajo después del Viento Fantasma!

–¡Basta, basta! –ordenó Elorie, frunciendo el ceño–. ¡No permitiré este escándalo! Hay una manera de descubrirlo, Kennard. Tú eres un Alton. Él no puede mentirte, tío. –Kerwin comprendió inmediatamente a qué aludía, incluso antes de que ella se volviera hacia él y le dijera–: ¿Accederás a un examen telepático, Jeff?

La furia le invadió.

–¿Acceder? Lo *exijo* –respondió–. ¡Y juro que después te haré comer tus palabras, Auster! ¡Te las hundiré en la garganta con mis puños! –Se puso frente a Kennard, mientras la ira le hacía ignorar el miedo a afrontar esa pesadillesca exploración–. ¡Adelante! ¡Descúbrelo por ti mismo!

Kennard vaciló.

–Verdaderamente no creo...

–Es la única manera –dijo con brusquedad Neryssa–. Y Jeff está dispuesto.

Kerwin cerró los ojos, preparándose para el penoso *shock* del contacto telepático forzado. A pesar de que se hiciera con frecuencia, no por eso se hacía más fácil. Lo soportó durante un momento, una intrusión increíble, una violación de pesadilla, antes de que la piadosa niebla gris borrara el dolor. Cuando volvió en sí estaba de pie ante ellos, asido al borde de la mesa para no caerse. En el cuarto en silencio, escuchó el sonido agitado de su propia respiración.

La mirada de Kennard iba de él a Auster.

–¿Bien? –preguntó Jeff, con tono irritado y defensivo.

–Siempre dije que podíamos confiar en ti, Jeff– respondió con dulzura Kennard–, pero aquí ocurre algo. Algo que no comprendo. Hay un bloqueo en tu memoria, Jeff.

–¿Es posible que los terranos lo hayan sometido a algún condicionamiento posthipnótico? –inquirió Auster–. ¿Que lo hayan plantado entre nosotros... como una bomba de tiempo?

–Te aseguro –dijo Kennard– que estás sobrestimando el conocimiento que ellos tienen de la mente. Y puedo asegurarte, Auster, que Jeff no les está suministrando información. No hay culpa en él.

Pero un oscuro y frío horror había hecho un nudo en la garganta de Jeff.

Desde que había llegado a Darkover había sido empujado por alguna fuerza misteriosa. Sin duda no había sido el Comyn quien había destruido sus registros de nacimiento y los de Jeff Kerwin, que le había reconocido y le había conseguido la ciudadanía del Imperio, en las computadoras terranas. No había sido el Comyn quien le había estado acorralando hasta dejarle sin lugar adonde ir, por lo que él había tenido que escapar y había escapado hacia el Comyn.

¿Le habrían plantado entre ellos, como un espía inconsciente dentro de la Torre de Arilinn?

–Nunca escuché algo tan condenadamente tonto –dijo Kennard con irritación–. ¡Tanto me daría creer eso de ti, Auster, como de la misma Elorie! ¡Pero, si hay entre nosotros esta clase de sospecha, sólo los terranos saldrán beneficiados! –Tomó el mapa–. Es más probable que sea uno de los aldaranes; tienen algunos telépatas allí *y* trabajan con matrices no monitoreadas, fuera de la red de transmisión de las Torres. Tu barrera puede haber fallado, Auster, eso es todo. Digamos que es mala suerte y hagamos otro intento.

12

LA TRAMPA

Trató de eliminar la idea de su mente. Después de todo, Kennard le había garantizado que era inocente tras del examen telepático. Sabía que eso era una defensa legal en cualquier parte, pero, una vez suscitada, la idea persistía como el dolor de un diente enfermo.

¿Podría llegar a saber si los terranos me habían insertado aquí?

Me alegró tanto liberarme de la Zona terrana que ni siquiera pregunté nada. Además, ¿por qué la computadora del Orfanato no tenía registro de mí? Dijeron que también Auster nació entre los terranos. ¿Habrá algún registro suyo allí? ¿Hay alguna razón para que un telépata con una matriz, como dijo Ragan, no pueda borrar el banco de memoria de una computadora... para eliminar un registro en particular?

Por todo lo que sabía de computadoras y por lo que sabía de matrices, le parecía que esa tarea no sería en absoluto difícil.

Pasaba los días silencioso y concentrado, se quedaba en cama durante horas, trataba de no pensar en nada o cabalgaba solo por las colinas. Era consciente de que los ojos de Taniquel le vigilaban siempre que estaban con los otros y sentía su comprensión *(¡maldita perra, no quiero su lástima!) y* su dolor. La evitaba siempre que podía, pero el recuerdo de su breve período de amantes le hería como un cuchillo. Como había sido para él mucho más profundo que cualquier relación casual, no podía descartarlo espontáneamente; permanecía en él como un dolor.

Tenía cierta consciencia de que ella intentaba encontrarse con él a solas y sentía un placer perverso en evitarla. Una mañana, sin embargo, se encontraron frente a frente en la escalera.

–Jeff –dijo ella, tendiéndole la mano–. No huyas, por favor, no sigas huyendo. Quiero hablar contigo.

Él se encogió de hombros, mirando más allá de ella.

–¿Qué tenemos que decirnos?

Los ojos de Taniquel se llenaron de lágrimas y se desbordaron.

–No soporto esto –se dolió con voz quebrada–. Vernos como dos enemigos, ¡y la Torre colmada de... puntas de flecha de odio y de sospecha! Y celos...

El hielo del resentimiento de Kerwin se fundió ante lo genuino del dolor de ella.

–Tampoco a mí me gusta, Tani. Pero recuerda que no fui yo quien lo hizo.

–¿Por qué tienes que...? –controló su estallido, mordiéndose un labio y agregó–: Lamento que seas tan desdichado, Jeff. Kennard me explicó un poco lo que sientes. De veras que lo lamento. Yo no comprendí...

–Si soy suficientemente desdichado –le respondió él, cargando sus palabras con denso sarcasmo–, ¿volverías conmigo? –La tomó con muy poca suavidad de los hombros–. Supongo que Auster te ha hecho pensar lo peor de mí: que soy un espía terrano o algo así.

Ella permanecía quieta entre sus manos, sin hacer ningún esfuerzo por desasirse.

–Auster no está mintiendo, Jeff. Sólo dice lo que cree. Si piensas que es feliz por eso, estás muy equivocado.

–Supongo que se le rompería el corazón si consiguiera alejarme de aquí...

–No lo sé, pero no te odia de la manera que tú crees. Mírame, Jeff. ¿No te das cuenta de que te digo la verdad?

–Supongo que debes de saber lo que siente Auster.

Los hombros de Taniquel temblaban. De algún modo, el espectáculo de Taniquel, la pícara, la alegre, llorando, le dolía más que todas las sospechas de los otros. Pensó que eso era lo peor: si Auster había estado mintiendo por maldad, si Taniquel lo había dejado por Auster para herirlo y ponerlo celoso, él al menos podría haber *entendido* esa clase de motivación. Pero, tal como parecía, todo era un completo misterio para él. Taniquel ni lo atacaba ni lo defendía, ni siquiera con el pensamiento; simplemente compartía su dolor. Cayó contra él, sollozando, y le asió con desesperación.

–¡Oh, Jeff, éramos tan felices cuando viniste! ¡Significó tanto para nosotros tenerte aquí! Y ahora todo se ha arruinado. ¡Oh, si tan sólo pudiéramos saber, si tan sólo pudiéramos estar seguros!

Él les hizo frente esa noche en el salón, esperando hasta que se reunieron para la copa de la noche antes de ponerse agresivamente de pie, con las manos unidas a la espalda. Desafiante, se había puesto sus ropas terranas; desafiante, habló en cahuenga.

–Auster, me has hecho una acusación. Me he sometido a un examen telepático que debería haber terminado la cuestión, pero no has aceptado mi palabra ni la de Kennard. ¿Qué prueba exigirías? ¿Qué aceptarías?

Auster se puso de pie, esbelto, gracioso, delgado como un gato, y dijo:

–¿Qué quieres de mí, Kerwin? No puedo desafiar tu inmunidad de Comyn...

–Que la inmunidad de Comyn se vaya a la... –Kerwin utilizó una palabra que procedía directamente de las alcantarillas del espaciopuerto–. Me pasé diez años en Terra. Allí tienen una expresión que puede ser traducida groseramente como cerrar el pico. Dime, aquí y ahora, qué prueba *aceptarías y* dame oportunidad, aquí y ahora, de cumplirla para tu satisfacción. O cierra el pico sobre eso para siempre. Y créeme, hermano, que si escucho una sola condenada sílaba... o si capto una sola insinuación telepática, ¡te moleré a palos!

Se quedó de pie, con los puños apretados. Cuando Auster se hizo a un lado, Jeff también se movió para mantenerse directamente frente al otro.

–Te lo digo otra vez: habla o cierra el pico para siempre.

Hubo un silencio consternado en la habitación, que Kerwin percibió con satisfacción. Mesyr soltó una exclamación de reproche, casi una admonición: *Vamos niños...*

–Jeff tiene razón –dijo Rannirl–. No puedes seguir con eso, Auster. Prueba lo que estás insinuando o pide disculpas a Jeff y cierra la boca después. No sólo por el bien de Jeff. Debes hacerlo por todos nosotros. No podemos vivir de este modo; somos un círculo. No pretendo que hagas con él el juramento de *bredin,* pero de alguna manera debéis arreglároslas para vivir en armonía. No podemos vivir así, divididos en dos facciones y cada bando ladrándole al otro. Elorie ya tiene bastante de qué preocuparse.

Auster miró a Kerwin. Si las miradas pudieran matar, pensó Kerwin, Auster ya no tendría más problemas. Pero, cuando habló, su voz fue tranquila y considerada:

–Tienes razón. Todos nosotros debemos averiguar la verdad de una vez por todas. El mismo Jeff ha prometido atenerse al resultado. Elorie, ¿puedes construir una trampa matriz?

–Puedo –espetó ella–. ¡Pero no lo haré! ¡Haz tu propio trabajo sucio!

–Kennard puede hacerlo –dijo Neryssa.

–Sí –replicó Auster, frunciendo el ceño–, pero está prejuiciado... a favor de Jeff. ¡Actúa aquí como su padre adoptivo!

La voz de Kennard fue calmada y peligrosa.

–Si te atreves a suponer que yo, que he sido mecánico en Arilinn desde antes de los Cambios, quebrantaría mi juramento...

Rannirl levantó una mano para interrumpir a ambos.

–Yo la construiré. No porque esté de tu lado, Auster, sino porque tenemos que zanjar esta cuestión de alguna manera. Jeff –se volvió hacia Kerwin–, ¿confías en mí?

Kerwin asintió. No estaba seguro de qué era una trampa matriz, pero, si Rannirl estaba encargado de construirla, estaba seguro de que esa trampa no estaría tendida para *él.*

–Muy bien –dijo Rannirl–. Ya está arreglado. Mientras tanto, hasta que la trampa matriz se prepare para el próximo círculo, ¿no podéis declarar una tregua?

Jeff tenía ganas de decir: *infiernos si puedo, y* supo, mirando el rostro hosco de Auster, que el otro tampoco estaba bien dispuesto. ¿Cómo podían fingir dos telépatas? Pero, al ver a Taniquel al borde de las lágrimas, Jeff repentinamente se encogió de hombros. Qué diablos, no le haría ningún daño ser cortés. Auster sólo quería saber la verdad y, de todas maneras, en eso estaban todos de acuerdo.

–Le dejaré tranquilo –comunicó– si él me deja tranquilo a mí. ¿De acuerdo?

El rostro tenso de Auster se distendió.

–De acuerdo.

Una vez que se tomó la decisión, la tensión se hizo más leve y la siguiente etapa de trabajo empezó con una atmósfera que era, por contraste, casi amistosa. Esta vez tenían que construir una pantalla matriz para la tarea conocida como «limpieza», que no se había llevado a cabo en esta escala desde los grandes días del Comyn, cuando las Torres marcaban la tierra, dando poder y tecnología a todos los Dominios.

Habían localizado minerales y depósitos de metales y habían señalado su riqueza y accesibilidad. El próximo paso sería separar los depósitos de otros minerales que los contaminaban, para que el cobre y otros metales fueran extraídos en su forma más pura, sin necesidad de refinado. Gota a gota, átomo a átomo, en las profundidades de la tierra, por medio de minúsculos desplazamientos de energía y de fuerza, los metales puros serían separados de otros minerales y rocas. Corus se pasó más tiempo con sus modelos moleculares, preocupado por los pesos y proporciones precisos. Esta vez Elorie, con Rannirl, pidieron de una manera especial la ayuda de Kerwin para colocar los cristales dentro de las pantallas. Le pidieron que sostuviera complejas estructuras moleculares claramente visualizadas en una pantalla monitora, para que Elorie y Rannirl pudieran poner los cristales vacíos en sitios precisos dentro de las amorfas capas de vidrio. Kerwin aprendió cosas de la estructura atómica que ni siquiera los científicos terranos sabían. Su educación en física, por ejemplo, no le había dicho nada acerca de la naturaleza de los *energones.* Era un trabajo agobiante, monótono y que destrozaba los nervios, más que físicamente exigente; y siempre, en un rincón de su cabeza, se hallaba la idea de que habría una prueba con la trampa matriz, fuera de lo que fuese.

Quiero saber la verdad, sea cual sea.

¿Sea cual sea?

Sí. Sea cual sea.

Un día estaban trabajando en uno de los laboratorios de matrices, y Jeff, que sostenía la compleja estructura interna del cristal que se visualizaba en la pantalla monitora, de repente vio que la estructura de la pantalla se hacía borrosa, se fundía en un centelleo azul y se rajaba. El dolor le apuñaló. Sin saber lo que hacía, actuó por puro instinto. Rápidamente cortó el contacto telepático entre Rannirl y Elorie, vació las pantallas y alcanzó a sostener el cuerpo exánime de Elorie cuando caía. Durante un breve momento de pánico, pensó que la joven no respiraba; después vio que sus pestañas se movían y que la joven suspiraba.

–Trabajando demasiado, como siempre –dijo Rannirl, mirando la pantalla–. Ella *quiere* seguir y seguir, aun cuando le ruego que descanse. Menos mal que la sostuviste justo

en ese momento, Jeff. De otra manera hubiéramos tenido que reconstruir toda la pantalla, lo que nos hubiera llevado diez días. ¿Qué tal, Elorie?

Elorie sollozaba débilmente, de agotamiento, y yacía en brazos de Jeff. Tenía el rostro muy pálido, y sus sollozos eran tan débiles como si no tuviera siquiera fuerzas para respirar. Rannirl la tomó de brazos de Jeff, alzándola como si fuera una niña pequeña, y la sacó del laboratorio.

–¡Haz subir a Tani, rápido!

–Taniquel se fue con Kennard en la aeronave –dijo Kerwin.

–Entonces será mejor que suba y trate de localizarlos con los transmisores –repuso Rannirl y abrió con un pie la puerta más próxima. Era una de las habitaciones que no se utilizaban, parecía que nadie había puesto un pie allí durante décadas.

Acostó a la joven en una cama cubierta con un tapizado polvoriento, mientras Kerwin se quedaba impotente junto a la puerta.

–¿Puedo hacer algo? –preguntó.

–Eres émpata –respondió Rannirl– y estás calificado como monitor; yo no lo he hecho durante años. Iré arriba y trataré de encontrar a Neryssa. Pero será mejor que la monitorees mientras tanto y veas si su corazón está bien.

De repente, Kerwin recordó lo que Taniquel había hecho por él la primera noche de prueba, tomando el dolor para sí cuando él se desmayó al caer sus barreras.

–Haré lo que pueda –dijo y se acercó a la joven.

Elorie movía la cabeza de un lado a otro, como una niña caprichosa.

–No –protestó con irritación–. No, déjame tranquila, estoy bien.

Tuvo que respirar dos veces para pronunciar esas palabras; tenía el rostro blanco y demacrado como un hueso.

–Siempre es así–dijo Rannirl–. Haz lo que puedas, Jeff, mientras yo voy a buscar a Neryssa.

Jeff se acercó y se inclinó sobre Elorie.

–No creo que sea tan bueno como Tani o Neryssa, pero haré lo que pueda.

Rápidamente, aguzando su sensibilidad, pasó la punta de los dedos sobre su cuerpo, a unos centímetros de distancia, captando la profundidad de las células. Su corazón latía pero de manera débil e irregular, casi en un hilo; su pulso era débil, casi imperceptible. Respiraba tan flojo que casi no podía sentirlo. Con gran cautela, buscó el contacto telepático, para ver con su conciencia exacerbada los límites de la debilidad de la joven, tratando de tomar para sí el agotamiento de Elorie, tal como Taniquel había hecho antes con su dolor. Ella se agitó e hizo un leve movimiento, extendiendo las manos en busca de las de Jeff; éste recordó que Taniquel también le había tomado las manos. El gesto de Elorie permaneció, por lo que, al cabo de un momento, Jeff le dio sus manos y sintió el esfuerzo que ella hizo para cerrar los dedos sobre los suyos. Estaba casi inconsciente. Pero poco a poco, mientras él permanecía arrodillado junto a ella sosteniéndole las manos, pudo percibir que la respiración de la joven se hacía más regular y que su corazón empezaba a latir con más normalidad; vio que la mortal palidez de su rostro empezaba a transmutarse una vez más en un color más saludable. No advirtió cuán asustado había estado hasta que sintió su respiración pausada y regular; la joven abrió los ojos y le miró. Todavía estaba un poco pálida, aunque sus suaves labios empezaban a cobrar color.

–Gracias, Jeff –susurró débilmente.

Entonces le estrechó las manos y, para asombro de Kerwin, le tendió los brazos para atraerlo hacia ella. Respondiendo con rapidez, él la estrechó contra sí y sintió que ella deseaba la confirmación del contacto; la sostuvo por un momento, sintiéndola muy próxima, suave y dócil, débil todavía. Después, sin sorpresa, Kerwin notó la suave y exquisita fusión de sus percepciones, mientras sus labios se encontraban.

Lo sintió con la intensidad duplicada de sus dos conciencias; el cuerpo delgado y flexible de Elorie en sus brazos, su fragilidad mezclada con acerada fuerza, la cualidad infantil mezclada con la tranquila sabiduría sin edad de su casta y de su entrenamiento.

(Y vagamente, por medio de todas estas cosas, sintió lo que sentía Elorie: su debilidad y lasitud, el terror que había sentido cuando le falló el corazón y se sintió cerca de la muerte, su necesidad de la confirmación del contacto, la fuerza de sus propios brazos al abrazarla; sintió la lasitud y la ansiedad con que ella aceptó su beso, un extraño despertar de sus sentidos, comprensible a medias; compartió con la mujer su perplejidad y su sorpresa ante el contacto, el primero que ella había conocido que no fuera paternal e impersonal; compartió su tímida y desvergonzada sorpresa ante la fuerza del cuerpo del hombre, ante la súbita oleada de calor que la invadió; sintió que la joven le buscaba, inconfundiblemente, en pos de un contacto más profundo, y respondió...)

–Elorie –susurró. Pero fue como un grito triunfal–. Oh, Elorie...

Y sólo para sí susurró *mi amor.* Por un momento sintió que toda la mujer se movía hacia él, sintió su súbita calidez y su anhelo de otro beso...

Después hubo un momento espasmódico de convulso miedo, que le apuñaló con angustia cada nervio; el contacto telepático que había entre ellos se astilló como un vidrio, y Elorie, pálida y aterrada, quiso alejarse de él, debatiéndose como un gato entre sus brazos.

–No, no –jadeó–. Jeff, suéltame, suéltame... No, no...

Atontado por el *shock,* Kerwin la soltó; ella se puso rápida y torpemente de pie y se alejó de él, con los brazos cruzados sobre los pechos, que se alzaban y caían por los sollozos inaudibles, angustiados. Tenía los ojos muy abiertos por el horror, pero ya estaba amurallada otra vez. Su boca infantil se movía silenciosamente y su rostro mostraba un gesto de niña que no desea llorar.

–No –susurró una vez más al fin–. ¿Has olvidado... has olvidado lo que soy? ¡Oh, que Avarra tenga piedad de mí! –dijo en un murmullo jadeante.

Se cubrió el rostro con las manos y salió corriendo de la habitación, a ciegas, tropezando con un banco, eludiendo automáticamente la mano que Jeff había extendido para sostenerla, hasta que traspuso la puerta y siguió huyendo por el corredor. Muy lejos, en lo alto de la Torre, él oyó que una puerta se cerraba.

No volvió a ver a Elorie durante tres días.

Esa noche, por primera vez, Elorie no se reunió con ellos para el ritual vespertino de las copas en el gran salón. Jeff, desde el momento en que Elorie huyó de él, se sintió aislado y solo, un extranjero en un mundo repentinamente frío y extraño.

A los otros les parecía natural la reclusión de Elorie; Kennard dijo, encogiéndose de hombros, que todas las Celadoras lo hacían en ocasiones; formaba parte de ser lo que eran. Jeff, sosteniendo con cuidado sus barreras para evitar una traición involuntaria (¿de él mismo? ¿de Elorie?), no dijo nada. Pero los ojos de Elorie, luminosos e invadidos de pena y de ese miedo súbito, así como el recuerdo de su calor cuando la abrazó, parecían danzar ante los suyos en la oscuridad cada noche antes de dormirse; sentía, con una memoria casi táctil, su beso sobre su boca, su cuerpo frágil y asustado en sus brazos y el *shock* después de que ella se alejó y huyó de él. Al principio se había enojado un poco: *ella* había iniciado el contacto. ¿Por qué ahora se alejaba como si él hubiera intentado violarla?

Luego, lenta, penosamente, empezó a comprender.

Había quebrantado la ley más estricta del Comyn. Una Celadora hacía votos de virginidad y se entrenaba mucho tiempo para su tarea; su cerebro y su cuerpo recibían un prolongado condicionamiento para la tarea más difícil que había en Darkover. Para todos los hombres de los Dominios, Elorie era inviolable. Una Celadora, *tenerésteis,* que jamás debía ser rozada por la lujuria y ni siquiera por el amor más puro.

Él los había oído hablar –y, peor aún, había sentido lo que ellos sentían– acerca de Cleindori, que había quebrantado su voto. (Y también ella con uno de los despreciados terranos.)

En su antigua vida, Kerwin hubiera podido defenderse, diciendo que Elorie había incitado sus insinuaciones. Ella le había tocado primero, ella le había ofrecido sus labios. Pero, después de un tiempo de entrenamiento en la ascética honestidad de Arilinn, no había para él evasiones tan simples. Conocía el tabú y la ignorancia de Elorie: era consciente de la manera directa en que ella demostraba su afecto a todos los otros miembros del círculo, completamente confiada en el tabú que la protegía; para todos ellos, era asexuada y sacrosanta. Había aceptado a Jeff de la misma manera... ¡y él había traicionado su confianza!

La amaba. Ahora sabía que la había amado desde el primer momento en que la vio o tal vez antes, cuando sus mentes se tocaron a través de la matriz y él escuchó que ella le decía con dulzura *te reconozco.* Ahora sólo veía ante sí el dolor y el renunciamiento.

Taniquel... Su chifladura por Taniquel le parecía ahora un sueño. Sabía que había sido gratitud por su aceptación, por su amabilidad y su calidez; todavía la quería, pero lo que había existido entre ellos por un tiempo no podía sobrevivir a una interrupción del vínculo sexual. Nunca había sido algo parecido a esta cosa avasalladora que engullía toda su conciencia; sabía que amaría a Elorie durante el resto de su vida, aunque no pudiera volver a tocarla y ella no mostrara ni el menor indicio de corresponder a su amor.

(Pero lo había hecho, lo había hecho...)

Pero peor aún era el miedo terrible que apuñalaba su conciencia. Kennard le había advertido acerca de los peligros del agotamiento nervioso, aconsejándole que estuviera separado de Taniquel durante los días anteriores a algún trabajo con matriz, para evitar así el agotamiento de sus energías. Las Celadoras, él lo sabía, se sintonizaban completamente, en cuerpo y alma, con las matrices que operaban; por eso no debían ser tocadas jamás con un signo de emoción, y menos aún con la sexualidad. Su memoria regresó a la primera noche pasada en Arilinn: el pesar de Elorie ante el menor indicio de coquetería o de galantería, su comentario acerca de que las Celadoras se entrenaban toda la vida para su tarea y que a veces perdían su capacidad en un lapso muy breve. Neryssa había subrayado que no había otras Celadoras, por lo que Elorie, a diferencia de sus antecesoras del pasado, no estaba en libertad de dejar de lado su alto cargo por el matrimonio... o el amor.

Y ahora, cuando tal vez el destino mismo de Darkover dependía de la fuerza de la Torre de Arilinn –y tal vez de Elorie sola, ya que la fuerza de Arilinn descansaba sobre la fortaleza de su amada Celadora–, él, Jeff Kerwin, el extraño, el ajeno al que habían aceptado como uno más, los había traicionado y había quebrado las defensas de su Celadora.

Al llegar a este punto de sus pensamientos, Kerwin se incorporó y se cubrió el rostro con las manos. Trató de vaciar por completo su mente. Esto era peor que la acusación de Auster, quien le había dicho que era un espía y que enviaba información al Imperio.

Solo en la noche, se abrió camino hasta el final de una batalla duramente ganada. Amaba a Elorie, pero su amor por ella podía destruirla como Celadora. Y sin Celadora, fracasarían en el trabajo que estaban haciendo para el Sindicato Pan-darkovano, que tomaría ese fracaso como un permiso para admitir a los terranos, expertos en remodelar Darkover a imagen del Imperio.

Una parte traidora de sí mismo preguntó: *¿Y eso sería tan malo?* Tarde o temprano, Darkover se incorporaría al grupo. Todos los planetas lo hacían.

Hasta para Elorie, se dijo, sería mejor. Ninguna joven debería estar obligada a vivir de esta manera. ¡Ninguna mujer debería creer que su cuerpo era tan sólo una máquina destinada a transformar las energías del trabajo con matriz! Hasta Rannirl se había rebelado, eso que era el técnico jefe de Arilinn. Rannirl había dicho que las Celadoras como Elorie eran un anacronismo en esta época. Si la Torre de Arilinn y la tecnología de matrices no podían sobrevivir salvo gracias al sacrificio de las vidas de mujeres jóvenes como Elorie, tal vez no

merecieran en absoluto la supervivencia. Si el trabajo para el Sindicato Pan-darkovano fallaba, Elorie no tendría necesidad de ser Celadora y quedaría en libertad.

¡Traidor!, se acusó amargamente. La gente de Arilinn le había acogido, a él, un extraño sin hogar, exiliado de dos mundos, y le había dado su amabilidad, su amor y su aceptación. ¡Y él estaba preparado para herirlos en su punto más débil! ¡Estaba dispuesto a destruirlos!

Yaciente, en la noche, deseó poder renunciar a Elorie. Ella era quien importaba, y su única opción era seguir siendo Celadora. Por alto que fuera para él el precio de su renuncia, por grande que fuera su dolor, no podía poner en peligro la tranquilidad mental de la joven.

La mañana del cuarto día escuchó la voz de la joven en la escalera. Había luchado hasta llegar a la aceptación, pero ante el sonido de su suave voz todo volvió a resurgir en él; regresó a su cuarto y se echó en la cama, tratando de calmarse en medio de ese ciego dolor y de la rebelión que se alzaba en él.

Oh, Elorie, Elorie...

Todavía no podía situarse cara a cara con ella. Más tarde, escuchó la voz de Rannirl ante su puerta.

–¿Jeff? ¿Quieres bajar?

–Dame tan sólo un minuto –dijo Jeff.

Rannirl se marchó. A solas, Kerwin luchó por aplicar todas las técnicas de control que le habían enseñado, regulando su respiración y obligándose a relajarse. Cuando supo que podía encararse a todos sin revelar su dolor o su culpa, bajó.

El círculo de Arilinn estaba reunido ante el fuego, pero Kerwin sólo tuvo ojos para Elorie. Se había puesto otra vez su vestido transparente bordado con cerezas, sostenido en el cuello por un único cristal; su pelo cobrizo estaba elaboradamente recogido en trenzas, reunidas por una flor azul salpicada de oro; la flor de *kireseth,* coloquialmente llamada campanilla azul: *cleindori.* ¿Estaría poniendo a prueba su control? ¿O el de ella misma?, se preguntó súbitamente.

Cuando la joven alzó los ojos, él recordó que debía respirar. La sonrisa de ella fue amable, distante, indiferente.

¿Entonces ella no había sentido nada? ¿Todo había sido imaginación suya? ¿Su reacción sólo habría sido miedo, como si hubiera vuelto a despertar aquel viejo miedo?

Recordó la historia de Neryssa: uno de los compañeros de tropelías de su padre loco le había puesto las manos encima, y su hermano la había traído aquí para que estuviera a salvo y protegida.

Kennard puso con suavidad una mano sobre el hombro de Jeff; de alguna manera, a través de ese contacto, una idea sin palabras se transmitió entre los dos.

Las Celadoras están entrenadas, de maneras que ni siquiera podrías imaginar, para mantenerse libres de toda emoción.

De algún modo, durante esos tres días de reclusión, Elorie había logrado recobrar esa calma remota, esa paz intocable. Su sonrisa era casi la de siempre. *Casi.* Kerwin percibía que era frágil, controlada, una delgada capa de control sobre el pánico. Con una oleada de compasión y dolor pensó: *No debo hacer nada, nada que la perturbe. Ella así lo quiere. No debo transgredir su control ni siquiera con un pensamiento.*

–Hemos establecido que la operación de separación se hará esta noche –dijo ella con suavidad–. Rannirl me ha dicho que la trampa matriz está lista para ti, Auster.

–Estoy dispuesto –repuso Auster–. A menos que Jeff quiera echarse atrás.

–Dije que aceptaría cualquier prueba a la que quisieras someterme. ¿Pero qué demonios es una trampa matriz?

Elorie hizo uno de sus gestos infantiles.

–Es una sucia perversión de una ciencia honesta –explicó.

–No necesariamente –protestó Kennard–. Hay algunas válidas. El Velo de Arilinn es una clase de trampa matriz; no permite entrar a nadie que no esté aceptado como Comyn y con relación consanguínea. Y hay otras en el *rhu fead,* el lugar sagrado de Comyn. ¿De qué clase es la tuya, Auster?

–Una trampa tendida en la barrera –respondió Auster–. Cuando pongamos la barrera grupal en torno al círculo, sincronizaré con ella la trampa matriz. Entonces, si hay alguien que esté en contacto con alguna mente fuera del círculo, quedará atrapado e inmovilizado, y después podremos echarle un vistazo en el monitor.

–Créeme –dijo Kerwin– que si alguien está espiando a través de *mi* mente... ¡estoy tan ansioso de descubrirlo como tú!

–Empecemos, entonces –ordenó Elorie. Vaciló, se mordió el labio y se dirigió hacia el armario donde se guardaban las bebidas–. Quiero un poco de *kirian.*

Bajo la mirada de desaprobación de Kennard, la joven pasó junto a él y se sirvió.

–¿Hay alguien más que no confíe en sí mismo esta noche? ¿Auster? ¿Jeff? ¡Deja de mirarme de ese modo, Neryssa! Sé lo que estoy haciendo, y no eres mi madre.

–Lori –dijo Rannirl con aspereza–, si no te sientes en condiciones para la operación de limpieza, podemos demorarla unos días.

–Ya la hemos demorado tres días. Estoy todo lo dispuesta que podría estarlo. –Dicho esto, se llevó la copa de *kirian* a los labios. Luego miró a Jeff, cuando creyó que él no la veía, y sus ojos llegaron al corazón del joven.

De modo que también a ella le ocurría. A él le había herido creer que ella había podido dejar todo de lado, que había sido capaz de olvidar o de ignorar lo que había ocurrido entre ellos. Ahora, al ver el dolor en sus ojos, Kerwin deseó con todo su corazón que Elorie no hubiera sido afectada por lo ocurrido. Él podía soportar su propio sufrimiento, si debía hacerlo. Pero no sabía si podría soportar el de ella.

Podría, porque debía hacerlo. La observó terminar el licor de *kirian* y subió con los demás a la cámara de matrices.

Se dispusieron como antes: Taniquel monitoreando, Neryssa dentro del círculo, Auster sosteniendo la barrera colectiva, Elorie en el centro, sosteniendo en sus manos delgadas las fuerzas que podían perforar el campo magnético de un planeta, reuniendo todas sus mentes unidas y dirigiendo sus fuerzas fusionadas a la pantalla matriz ideada para esta operación.

Kerwin sintió la espera como un dolor y se fue preparando para controlarse en el momento en que los ojos grises de Elorie, fijos en él, le hicieran estar en contacto telepático con todo el círculo. Sintió cómo todo cobraba forma a su alrededor: Auster, fuerte y protector; la fuerza intangible que era Kennard, tan diferente de su cuerpo lisiado; Neryssa, amable y distante; Corus, un remolino de imágenes en giro.

Elorie.

Sintió su presencia firme que le guiaba dentro de las capas de la pantalla de cristal que, de alguna manera, era también el mapa que se extendía frente a Kennard y la tierra de los Dominios, y su conciencia se amplió más allá del tiempo y el espacio, enviándole a viajar a las profundidades del corazón del mundo.

Emergió de él horas más tarde, volviendo lentamente a la conciencia para ver la luz del amanecer que inundaba la habitación y los rostros del círculo de la Torre a su alrededor. Auster permanecía ceñudo, hostil, triunfante. Sin palabras, les hizo un gesto para que se reunieran a su alrededor.

Kerwin nunca había visto antes una trampa matriz. Se veía como un pedazo de metal extrañamente brillante, engarzado con cristales aquí y allá, con la cristalina superficie bordada como con cintitas de centelleante luz en el interior.

–¿Cansada, Elorie? –preguntó Auster–. Toma la pantalla monitora un minuto, Corus. Veamos qué tenemos aquí. –Con un dedo señaló el mortal y bello objeto que tenía en el regazo–. La dispuse para cualquiera que tratara de trasponer la barrera colectiva y sentí que la trampa se activaba. Sea quien sea, está inmovilizado aquí y podremos echarle una buena mirada.

Con fastidio, como si tocara algo sucio, Corus tomó la trampa matriz. Movió un calibrador de la gran pantalla monitora, y las luces empezaron a parpadear en su interior. Después, lentamente, se formó una imagen en la superficie de vidrio. Se movía por encima de la ciudad de Arilinn, pasando un hito tras otro. Luego, paso a paso, se centró en un cuarto pequeño y mezquino, casi desnudo, y en la figura de un hombre, inclinado en silenciosa concentración, tan inmóvil como si estuviera muerto.

–Sea quien sea, lo tenemos en estasis –dijo Auster–. ¿Puedes verle el rostro, Corus?

La imagen se enfocó, y Jeff exclamó al reconocer ese rostro:

–¡*Ragan*!

Por supuesto. El hombrecito de las alcantarillas del espaciopuerto, que prácticamente había admitido ser espía terrano y que había seguido los pasos de Jeff y le había enseñado a usar una matriz, impulsando cada uno de sus pasos.

¿Qué otro podría haber sido?

De pronto fue invadido por una furia enorme, apacible, helada. Algo atávico en él, algo completamente darkovano, liberó su ira y su orgullo herido por haber sido manipulado de esa manera, por haber sufrido que espiaran su mente. Sin pensarlo, palabras antiguas salieron de su boca:

–¡Com'ii, *la vida de ese hombre es mía*! ¡Cuando, donde y como pueda, reclamo su vida frente a frente! ¡Quien la tome antes que yo deberá responder ante mí!

Auster, preparado –Kerwin lo sabía– para lanzar nuevos cargos y acusaciones, se quedó frío, con ojos muy abiertos y mirada consternada.

Kennard le miró a los ojos y le dijo:

–*Comyn* Kerwin-Aillard, como tu pariente más próximo y guardián aquí, escucho tu petición y te concedo esa vida para que la extingas o la salves a tu voluntad. Búscala, quítala o da la tuya.

Jeff escuchó las palabras rituales casi sin comprenderlas. Casi le dolían las manos en su deseo de hacer pedazos a Ragan. Dijo rápidamente, indicando la imagen de la pantalla:

–¿Esa cosa puede retenerlo el tiempo suficiente como para que lo atrape, Auster?

Auster asintió, con la trampa matriz aún entre las manos. Taniquel quebró el silencio con voz estridente.

–¡No le podemos dejar que haga eso! Es asesinato. Jeff no tiene idea de cómo usar la espada... ¿Creéis que ese... ese *sharug*, ese felino, peleará limpio?

–Tal vez no sea capaz de manejar una espada –replicó Jeff con voz tensa–, pero soy muy bueno con el cuchillo. Pariente, dame una daga y lo atraparé –agregó, volviéndose hacia Kennard, quien lo había reconocido.

Fue Rannirl quien le tendió el cuchillo que llevaba a la cintura.

–Hermano –le dijo con lentitud–, estoy contigo. Tus enemigos son los míos. Que nunca se desenvaine un cuchillo entre nosotros.

Tendió el cuchillo a Kerwin con la empuñadura hacia adelante. Kerwin lo tomó, atontado. De alguna parte recordaba que este gesto tenía en Darkover un significado muy importante. No sabía las palabras rituales, pero recordaba que este intercambio tenía la fuerza ritual de un juramento de hermandad; a pesar de la furia que le embargaba, se sintió reconfortado. Dio a Rannirl un rápido abrazo. Todo lo que se le ocurrió decir fue:

–Gracias, hermano. Contra mis enemigos... y contra los tuyos.

Debían de ser las palabras adecuadas, o muy semejantes, pues Rannirl giró la cabeza y, para turbación de Jeff, le dio un beso en la mejilla.

–Vamos –dijo–. Me ocuparé en tu nombre de que haya juego limpio, Kennard. Si lo dudas, Auster, ven con nosotros.

Kerwin tomó el cuchillo, sopesándolo. No tenía dudas de su habilidad con él. Había tenido un par de luchas en otros mundos y había descubierto que llevaba enterrado a un luchador dentro de sí; ahora le agradaba saberlo. El código de su infancia, el código de la disputa de sangre, parecía colmarle hasta lo más profundo de su ser.

Ragan se llevaría una condenada sorpresa.

Y después estaría muerto, muy muerto.

13

EL EXILIO

Salieron de la Torre, trasponiendo el Velo, y se encontraron bajo la penumbrosa y roja luz del sol, el Sol Sangriento que se alzaba sobre las colinas, muy lejos hacia el este. Jeff caminaba con la mano en la empuñadura del cuchillo, sintiéndose extraño y frío. A esta hora las calles de Arilinn estaban desiertas; sólo unos pocos viandantes alarmados vieron a los tres pelirrojos caminando juntos, armados y listos para una pelea; y los que los vieron descubrieron al instante que tenían ocupaciones urgentes en otra dirección.

Atravesaron el distrito suburbano, el mercado en el que un día más feliz Jeff había elegido un par de botas, y llegaron a un suburbio atestado y sucio. Auster, con las manos todavía en la trampa matriz, dijo en voz baja:

–Esto no resistirá mucho tiempo más.

Kerwin esbozó una sonrisa tensa, sin alegría.

–Aguántalo lo suficiente como para *encontrarlo.* Después, suéltalo cuando se te antoje.

Pasaron por un callejón estrecho, por un sucio patio atestado de conejos, ante un establo que albergaba un par de animales mal cuidados. Un caballerizo retardado, vestido con andrajos, los observó un momento. Luego dio media vuelta y huyó. Auster señaló una escalera empinada que daba a una galería externa con un par de habitaciones. Mientras subían, una muchacha con una falda y un pañuelo andrajosos salió a la galería, dibujando en su boca una gran O de asombro. Rannirl le hizo un furibundo gesto de enojo, y ella retrocedió a una de las habitaciones y cerró la puerta.

Auster se detuvo ante la otra puerta.

–¡Ahora! –exclamó. Sus manos huesudas hicieron algo en la trampa matriz, algo que Jeff no alcanzó a ver. Desde dentro de la habitación llegó un prolongado grito de rabia y desesperación cuando Kerwin, saltando hacia adelante, abrió la puerta de un puntapié y entró.

Ragan, todavía en la postura agachada de la trampa matriz, se liberó súbitamente y cayó sobre ellos como un gato acorralado, haciendo centellear un cuchillo que extrajo de su bota. Retrocedió y les hizo frente con el acero desnudo por delante, mostrando los dientes en una mueca desafiante.

–¿Tres contra uno, *vai dom'yn*?

–¡Sólo uno! –le espetó Kerwin y, con su brazo libre, indicó a Rannirl y Auster que retrocedieran.

Al momento se tambaleó por el impacto del cuerpo de Ragan que se estrelló contra él. Sintió el corte sobre el brazo mientras alzaba su cuchillo, pero sólo alcanzó a rasgarle la manga. Respondió con un golpe rápido que desequilibró a Ragan; después se enredaron en un apretón mortal, y tuvo que luchar para mantener el cuchillo del otro lejos de sus costillas. Sintió cómo su propio cuchillo cortaba el cuero y emergía enrojecido. Ragan gruñó, debatiéndose, e hizo una súbita finta...

Auster, observando como un gato ante la ratonera, se arrojó de pronto contra ellos. Desequilibró a Jeff, quien, casi sin creer que eso estuviera ocurriendo *–¡tendría que haber sabido que no podía confiar en Auster!–*, sintió cómo el cuchillo de Ragan subía por su brazo y entraba unos centímetros por debajo de la axila. La insensibilidad y luego un dolor ardiente estalló en él; dejó caer el cuchillo de la mano izquierda y lo tomó con la otra, resistiéndose al

abrazo mortal de Auster y bajándole el brazo. Kerwin soltó un juramento brutal, pateando con sus botas.

–Vete, maldito seas. ¿Es ésta tu idea de una lucha limpia?

Rannirl corrió para separar a Auster por detrás y, al intentar arrastrarlo recibió en el proceso un corte del cuchillo de Ragan que le abrió el antebrazo y el dorso de la mano. También soltó una maldición.

–Hombre, ¿estás loco? –jadeó.

Ragan se desasió. Hubo un estallido, ruido de pies que bajaban corriendo la escalera y ruido de basura que caía. Auster y Rannirl, todavía luchando, cayeron al suelo. Auster, de alguna manera, se había hecho con el cuchillo de Ragan.

–¡Jeff! ¡Quítale el cuchillo! –exclamó Rannirl.

Kerwin dejó caer su propio cuchillo, se arrojó contra los cuerpos que se debatían y consiguió apresar la mano de Auster, que siguió debatiéndose un momento, hasta que su mano se aflojó y dejó caer el arma, a la vez que la cordura regresaba lentamente a su mirada. Tenía un largo tajo en la mejilla –Kerwin no sabía qué cuchillo se lo había hecho–, se le estaba amoratando un ojo y la nariz le sangraba por el golpe que Jeff le había propinado con el codo.

Rannirl se incorporó, enjugándose la sangre que manaba de su antebrazo. El cuchillo no había penetrado; era tan sólo un rasguño superficial. Miró con horror y consternación a Auster, que empezaba a incorporarse. Kerwin hizo un gesto amenazante. Por muy poco le hubiera pateado las costillas.

–Quédate donde estás, maldito seas.

Auster se enjugó la sangre que manaba de su boca y su nariz y se quedó donde estaba. Kerwin fue hasta la ventana y miró hacia el sucio patio. Ragan, por supuesto, había desaparecido. No había ninguna posibilidad de que volvieran a encontrarle.

Regresó hacia Auster y le dijo:

–¡Dame alguna buena razón para que no te vuele los sesos de un puntapié!

Auster se sentó, ensangrentado pero no vencido.

–¡Adelante, terrano! –le increpó–. ¡Alega ahora que te debemos la protección de nuestro código de honor!

Rannirl se irguió sobre él, amenazante.

–¿Te atreves a llamarme *traidor*? Cuando Kennard aceptó el desafío, tú no dijiste nada. Y yo le he dado mi cuchillo: es mi hermano. ¡Auster, tendría derecho a matarte! –Y parecía dispuesto a hacerlo–. Kennard le dio el derecho...

–A asesinar a su cómplice... ¡para que nunca sepamos la verdad! ¿No viste que estaba dispuesto a matarlo antes de que pudiéramos interrogarlo? Oh, sí, montó un buen espectáculo ante nosotros –dijo Auster–. Muy astuto, matarlo antes de que uno de nosotros pudiera enterarse de la verdad. Yo quería atraparlo con vida. ¡Y, si tú hubieras tenido siquiera el sentido común de un conejo astado, lo tendríamos ahora para someterlo a un interrogatorio telepático!

Está mintiendo, miente, pensó Kerwin con impotencia, pues la duda ya había empezado a asentarse en el rostro de Rannirl. Como siempre, Auster había logrado confundir el asunto, ponerlo a la defensiva.

–Vamos –dijo con cansancio–. Bien podemos regresar ahora.

Se sentía cansado y decepcionado y le empezaba a doler el brazo que Ragan le había herido.

–Ayúdame a quitarme la camisa y detener la hemorragia, ¿quieres, Rannirl? ¡Estoy sangrando como un matadero en verano!

Ahora había más gente por las calles y eran más los que miraban a los tres Comyn, uno de ellos con la cara llena de sangre que le salía de la nariz y otro con el brazo provisionalmente entablillado con la túnica interior de Rannirl. Kerwin sintió que caía sobre él todo el cansancio de una noche pasada trabajando con matriz, sentía que cada paso sería su último esfuerzo. También Auster se tambaleaba de cansancio. Pasaron ante una tienda de comida donde había obreros apiñados, comiendo y bebiendo. El olor de la comida le recordó a Kerwin que después de pasar toda la noche con las pantallas matrices no habían comido nada; se moría de hambre. Miró a Rannirl y, sin hablar, entraron al establecimiento. El propietario se mostró reverencial y charlatán, lleno de promesas de que les traería lo mejor que tenía, pero Rannirl meneó la cabeza, tomó un par de hogazas de pan recién hecho, una cazuela de salchichas, arrojó unas monedas al cocinero y con un gesto indicó a sus compañeros que le siguieran. Ya fuera, cortó el pan y entregó una porción a Kerwin y, de mala gana, otra a Auster. Siguieron caminando a través de las calles de Arilinn, masticando la comida con hambre de lobos. Parecía apenas un canapé, un bocadito digno de un niño pequeño y delicado, pero les hizo recobrar un poco de fuerza. Cuando llegaron a la Torre y traspusieron el Velo, ese leve cosquilleo pareció agotar la última fuerza que le quedaba a Jeff.

–Jeff –le dijo Rannirl–, te vendaré esa herida.

Kerwin meneó la cabeza. Rannirl parecía exhausto también, y ni siquiera había sido su pelea.

–Ve a descansar... –balbuceó con torpeza–, hermano. Ya me las arreglaré.

Rannirl vaciló, pero se marchó. Kerwin, aliviado por estar solo, fue a su habitación y cerró la puerta. En el lujoso baño se quitó la camisa y el vendaje, levantando con torpeza el brazo con una mueca de dolor. Rannirl había detenido burdamente la sangre con un pedazo de su camisa. Lo quitó y examinó la herida. Le habían quitado una tira de piel, que colgaba como un andrajo ensangrentado, pero por lo que veía la herida era tan sólo superficial. Sumergió la cabeza en el agua y volvió a alzarla chorreando pero más clara.

El peludo no-humano que le atendía se deslizó a la habitación y se quedó mirándole apenado, con los ojos verdes, sin pupilas, muy abiertos por la consternación; enseguida se marchó y regresó con vendajes y un espeso ungüento amarillo con el que untó la herida y, con gran habilidad, con sus extrañas patas sin dedos, la vendó. Hecho esto, miró a Kerwin inquisitivamente.

–Tráeme algo de comer –ordenó Kerwin–. Me muero de hambre.

El pan y las salchichas que habían compartido al regresar sólo habían empezado a llenar el enorme agujero vacío que había en su interior.

Había comido como tres domadores hambrientos después de la doma de otoño cuando se abrió la puerta y Auster entró en la habitación sin anunciarse. Se había bañado y cambiado de ropas pero, y esto complació a Kerwin, tenía un espléndido ojo negro que tardaría bastante en curarse. Kerwin se limpió la boca, hizo a un lado el plato y le indicó el cuchillo de Rannirl que yacía sobre la mesa.

–Si has tenido otra perturbación, ahí está el cuchillo –dijo–. Si no, vete inmediatamente de aquí.

Auster estaba pálido. Se tocó el ojo como si le doliera. Jeff esperaba que así fuera.

–No te culpo si me odias, Jeff, pero tengo algo que decirte.

Kerwin esbozó un encogimiento de hombros y, al descubrir que le dolía, interrumpió el gesto. Auster, que le miraba, hizo un gesto como si él también sintiera el dolor.

–¿Tu herida es grave? ¿Se ha asegurado el *kyrri* de que no había veneno en el cuchillo?

–Para lo que te importa... –replicó Kerwin–. Pero ése es un truco darkovano; los terranos no pelean así. ¿Por qué demonios te preocupas, si hiciste todo lo que podías para que yo resultara apuñalado?

–Tal vez me merezca eso. Cree lo que se te antoje. Sólo me importa una cosa... dos cosas... y tú las estás destruyendo. Tal vez no te des cuenta... ¡pero, maldición, es peor que si te dieras cuenta!

–Ve al grano, Auster, o márchate.

–Kennard dijo que había un bloqueo en tu memoria. No te acuso de que nos estés traicionando a propósito...

–Eso es muy generoso de tu parte –dijo Kerwin con marcado sarcasmo.

–Tú no quieres traicionarnos –prosiguió Auster, mientras su rostro se descomponía repentinamente–. ¡Y todavía no te das cuenta de lo que esto *significa*! ¡Significa que los terranos *te infiltraron entre nosotros*! Pusieron ese bloqueo en tu memoria, con toda probabilidad antes de que abandonaras el Orfanato de Hombres del Espacio, antes de que fueras a Terra. Cuando regresaste, lo activaron, con la esperanza de que ocurriría esto, que nosotros llegaríamos a aceptarte, a pensar en ti como uno de los nuestros, a depender de ti, *¡a necesitarte!* Porque era tan obvio que eras uno de los nuestros... –Su voz se quebró. Consternado, Kerwin advirtió que Auster estaba conteniendo las lágrimas y que se estremecía de pies a cabeza–. Cedimos por eso y por ti... ¿Cómo podemos odiarte por ello..., hermano?

Kerwin cerró los ojos. Ésta era precisamente la idea que había estado tratando de eludir.

Le habían manipulado, habían manejado cada uno de sus pasos, desde el primer momento, cuando Ragan se encontró con ellos en el bar. Tal vez Johnny Ellers había sido encargado de presentarle a Ragan. Nunca lo sabría. ¿Quién podía haberlo hecho, salvo los terranos? Manipularle para que experimentara con la matriz, manipularle para que se enfrentara con el Comyn y, finalmente, amenazarlo con la deportación, para obligar al Comyn a reclamarlo.

¡Era una elaborada bomba de relojería! Arilinn le había aceptado... ¡y en cualquier momento podía estallarles en la cara!

Auster tomó a Kerwin del brazo suavemente, con cuidado de no hacerle daño en la herida.

–Querría que nos apreciáramos más. Ahora debes de pensar que te estoy diciendo todo esto porque no hemos sido amigos.

Kerwin sacudió la cabeza. El dolor y la sinceridad de Auster eran obvios para cualquiera que tuviera un mínimo de *laran.*

–No lo creo. Ahora no. ¿Pero qué esperaban lograr?

–No estoy seguro. Tal vez pensaron que el círculo de la Torre se desintegraría contigo adentro; tal vez quisieran información, filtrada a través del hueco de la barrera. Sé que sienten curiosidad con respecto al funcionamiento de la ciencia de matriz y no han podido averiguar demasiado. Ni siquiera de Cleindori, cuando se fugó con tu condenado padre. No lo sé. ¿Cómo demonios podría saber *yo* qué quieren los terranos? Tú deberías saberlo. Eres uno de ellos; has vivido con ellos. ¡Dime tú qué quieren!

Kerwin meneó la cabeza.

–Ya no. Los abandoné, ¿verdad? Nunca fui uno de ellos, salvo en la superficie –dijo con lentitud–. Pero ahora que tenemos al espía, ahora que sabemos lo que están haciendo, ¿no podemos protegernos?

–Si fuera solamente eso, Jeff... –respondió Auster con gravedad–. Pero hay algo más, una cosa que he estado tratando de ignorar. –Su rostro estaba grave y pálido–. ¿Qué le has hecho a Elorie, hermano?

Elorie. Qué le has hecho a Elorie.

Si Auster lo sabía, lo sabían todos.

No podía hablar. Su culpa y el miedo de Auster eran como un miasma en la habitación. Auster lo soltó y le dijo con seriedad:

–Márchate, Jeff. Por amor de todos los dioses que hayas conocido en Terra, márchate antes de que sea demasiado tarde. Sé que no es culpa tuya. No creciste con ese tabú. No está profundamente arraigado en tu sangre ni en tus huesos. Pero si te importa algo Elorie, si te importamos nosotros, márchate antes de que nos destruyas a todos.

Se volvió y salió. Kerwin se echó sobre la cama, boca abajo, viendo todo claramente por primera vez.

Auster tenía razón. Escuchó, como un eco sombrío, las palabras de la mecánica de matrices que había pagado con su vida por mostrarle un fragmento de su pasado.

Eres el que fue enviado, una trampa que no explotó.

Pero también había dicho algo más.

Encontrarás lo que amas y lo destruirás; pero también lo salvarás.

Era cierta su profecía, la de esa mujer fea, vieja y condenada cuyo nombre o historia él jamás conocería. Había hallado lo que amaba y ya había estado muy cerca de destruirlo. ¿Podría salvarlo si se marchaba o sería ya demasiado tarde?

¡Oh, Elorie, Elorie!

Pero ni siquiera debía susurrar su nombre. Hasta un pensamiento podía perturbar la tranquilidad, tan duramente ganada, de la joven. Kerwin se incorporó, con rostro tenso, sabiendo qué debía hacer.

Muy despacio se quitó los pantalones de gamuza, las botas y el brillante chaleco; volvió a vestir el uniforme terrano que había descartado –para siempre, había creído– al llegar aquí.

Tuvo un momento de vacilación con la piedra matriz, maldiciendo desgarrado y deseando arrojarla desde la ventana más alta de la Torre para que se hiciera añicos contra las piedras, pero por fin la guardó en su bolsillo. Sentía un gran estrés ahora y siempre se hallaba incómodo cuando la piedra estaba físicamente fuera de su alcance.

Fue de mi madre. Fue con ella al exilio. También puede venir conmigo.

También vaciló ante la bordada capa ceremonial que había iniciado toda esta cadena de acontecimientos, pero finalmente se la puso sobre los hombros. Era suya, la había comprado con dinero ganado con honradez en otro mundo y, dejando de lado el sentimentalismo, era una protección contra el mordiente frío de la noche darkovana. Todavía le dolía la herida del cuchillo de Ragan (¿eso era todo lo que el Comyn podía darle, heridas de cuchillo en el cuerpo, heridas más sutiles en el alma?) y no podía permitirse congelarse. Y –otra consideración absolutamente práctica– en las calles de Arilinn, un hombre con uniforme terrano llamaría la atención tanto como una flor estelar en los desnudos glaciares de los Hellers. La capa le conferiría un decente anonimato hasta que estuviera a buena distancia de aquí.

Fue hasta la puerta de su habitación. De alguna parte venía un grato olor a comida: las peleas con cuchillo, las disputas de sangre, las interminables operaciones telepáticas en la cámara de matrices podían ir y venir, pero la práctica Mesyr seguiría adelante con la preparación de la comida, persuadiendo a los *kyrri* para que cocinaran siguiendo sus instrucciones, no dejaría de regañar a Rannirl por arruinarse el apetito con vino antes de la cena, buscaría cintas nuevas para los etéreos vestidos de Elorie, y reprendería a los hombres por arrojar las botas llenas de barro en el gran salón cuando volvían de cabalgar o de cazar. Escuchó su voz alegre y tranquila con un deje de nostalgia. Éste era el único hogar que había tenido.

Siempre quise que mi abuela Kerwin fuera como ella.

Traspuso una puerta abierta. Flotó el aroma del perfume delicadamente floral de Taniquel, y la escuchó cantar en algún sitio de sus habitaciones. Tuvo una breve visión de su cuerpo delgado y hermoso sumergido a medias en agua verdosa y de sus rizos recogidos mientras se enjabonaba. La ternura le invadió. La joven había dormido, despojándose del

agotamiento de toda una noche de trabajo y no conocía las consecuencias de la lucha a cuchillo... Tampoco las conocía Kennard.

Esa idea le dejó helado. Muy pronto, si es que todavía no había ocurrido, el contacto telepático se establecería entre ellos, cuando se reunieran para la noche, y todos sabrían lo que él planeaba. Debía irse cuanto antes, pues si no ya no lograría marcharse en absoluto.

Se cubrió con la capucha, bajó la escalera sin ser visto y traspuso el Velo. Ahora estaba a salvo: el Velo también aislaba los pensamientos. Avanzando con resolución, controlando su desazón, cruzó el grupo de edificios próximos a la Torre, el campo de aterrizaje, y se encaminó hacia la ciudad de Arilinn.

Sus planes eran vagos. ¿Dónde podía ir? Los terranos no le habían querido. Ahora ya no había lugar para él en Darkover, ni tampoco seguridad; en cualquier sitio donde se ocultara, desde Dalereuth hasta Aldarán, no había un refugio tan remoto como para que el Comyn no le encontrara; sin duda que no, mientras llevara la matriz de la renegada Cleindori.

Regresaría con los terranos, entonces. Que lo deportaran. Dejaría de combatir con su destino. Tal vez nada más lo deportaran. Pero, si de verdad lo habían infiltrado en el Comyn, como una gigantesca bomba de relojería, ¿qué harían al descubrir que les había saboteado el plan, un plan cuidadosamente concebido que había precisado de dos generaciones para concretarse?

¿Acaso importaba? Podían hacer lo peor.

¿Acaso algo importaba todavía?

Alzó la mirada y miró directamente el gran ojo inyectado en sangre que algún terrano romántico, unas generaciones atrás, había llamado el Sol Sangriento. Observó cómo se ponía detrás de la Torre de Arilinn. Luego llegó esa rápida oscuridad, el frío y el silencio. El último resplandor del Sol Sangriento se extinguió. La Torre persistió un minuto como una pálida imagen detrás de los párpados de Jeff; luego se disolvió entre la punzante lluvia. Una sola luz azul brillaba cerca de la cúspide de la Torre, luchando valientemente para atravesar la lluvia y la niebla; después se desvaneció como si jamás hubiera existido. Kerwin se enjugó la lluvia de los ojos (¿sería la lluvia caliente y salada lo que punzaba su cara?) dio la espalda a la Torre con determinación y se dirigió a la ciudad.

Encontró un lugar en el que no le reconocieron como terrano ni como Comyn, donde tan sólo miraron el color de su dinero y le dieron una cama, intimidad y suficiente bebida –esperaba– como para borrar todo pensamiento y memoria, para borrar su inevitable intento de revivir las pocas semanas que había pasado en Arilinn.

Fue una borrachera monumental. Nunca supo cuántos días duró, ni cuántas veces se tambaleó por las calles de Arilinn en busca de bebida, para regresar a su madriguera como un animal herido. Cuando dormía, la oscuridad estaba preñada de rostros, voces y recuerdos que no podía soportar; finalmente, emergió de un largo olvido, más sueño que estupor, y los encontró a todos en torno a su cama.

Por un momento pensó que era una consecuencia del güisqui malo o que su mente tensa se había quebrado por fin. Cuando Taniquel lanzó una incontrolable exclamación de pena y pesar y se arrodilló junto al sucio jergón en el que él yacía, él supo que estaban verdaderamente allí.

Se pasó una mano por el mentón sin afeitar y se humedeció con la lengua los labios agrietados. La voz no le obedecía.

–¿De veras creíste que te dejaríamos en este estado, *bredu*? –habló Rannirl, utilizando la inflexión que daba a la palabra el significado de *amado hermano.*

–Auster... –balbuceó Kerwin con torpeza.

–No lo sabe todo –dijo Kennard–. Jeff, ¿puedes escucharnos sensatamente ahora o todavía estás borracho?

Se incorporó. La sordidez del cuarto alquilado, la botella vacía a los pies de la cama desordenada y el dolor todavía agudo de la descuidada herida de cuchillo parecían parte de la misma cosa, su propia desdicha y derrota. Taniquel le tenía una mano, pero era el contacto telepático de monitor de Neryssa el que sentía en su mente.

–Está suficientemente sobrio –comunicó la mujer.

Él los miró uno por uno. A Taniquel, cuyos dedos firmes apretaban los suyos; a Corus, con aspecto preocupado, casi lloroso; a Rannirl, preocupado y con expresión amistosa; a Kennard, triste y preocupado; a Auster, amargamente distante. A Elorie, con el rostro convertido en una pálida máscara, con los ojos enrojecidos e hinchados... ¡Elorie estaba llorando!

Kerwin se incorporó, soltando con delicadeza la mano de Taniquel.

–Oh, Dios, ¿debemos volver a pasar por todo esto? –preguntó– ¿Acaso Auster no os dijo...?

–Nos contó muchas cosas –respondió Kennard–; todas ellas fundadas en sus propios temores y prejuicios.

–No lo niego –replicó Auster–. Pero pregunto si mis temores y prejuicios no eran justificados. Ese espía... ¿Cómo dijo Jeff que se llamaba? Ragan. Es otro de ellos. Es muy obvio, maldita sea; *reconozco* a ese hombre. ¡Juro que es un *nedestro* del Comyn, tal vez Ardais o incluso Aldarán! Con sangre terrana. Dispuesto a espiarnos. En cuanto a Jeff... ¡Hasta pudo trasponer el Velo! ¡Y engañar a Kennard en el interrogatorio telepático!

–¡Creo que ves espías terranos detrás de cada planta, Auster! –dijo Rannirl con furia.

Taniquel volvió a tomar la mano de Kerwin.

–No podemos dejar que te vayas, Jeff. Eres uno de nosotros, eres parte de nosotros. ¿Adónde irás? ¿Qué harás?

–Espera, Tani –intervino Kennard–. Jeff, traerte a Arilinn fue un riesgo calculado. Lo sabíamos antes de llamarte por medio de la matriz, y todos accedimos a correr el riesgo. Más aún. Queríamos dar un golpe a la magia negra y al tabú, dar un primer paso para convertir la mecánica de matrices en una ciencia, no en una cosa de... brujería. Demostrar que era algo que cualquiera podía aprender, no tan sólo un sacerdocio... sacrosanto.

–No sé si estoy de acuerdo con Kennard en ese punto –dijo Neryssa–. No quiero que la sombra de la Torre Prohibida, con sus sucios manejos y sus Celadoras renegadas, roce siquiera Arilinn. Pero hemos reclamado Arilinn. En cuanto a ti, Jeff, Tani tiene razón: eres uno de nosotros. Todos estuvimos de acuerdo en correr el riesgo.

–¿Pero no comprendéis? –La voz de Kerwin se quebró–. Yo *no* estoy dispuesto a correr el riesgo. No sin estar seguro de ser un... agente libre, no un espía infiltrado que no sabe qué le pueden obligar a hacer. Pueden forzarme a destruiros.

–Tal vez fue *de este modo* como querían que nos destruyeras –intervino Corus, con voz amarga–. Que confiáramos en ti... y después, cuando ya no podíamos trabajar sin ti, que te marcharas.

–Es una manera muy injusta de expresarlo, Corus –dijo Jeff con voz ronca–. ¡Estoy tratando de salvaros! ¡No es posible que sea el que os destruya!

Taniquel agachó la cabeza y apoyó una mejilla sobre su mano. Lloraba inaudiblemente. Auster tenía una expresión dura.

–Kerwin está en lo cierto, Kennard, y tú lo sabes. De todos modos, él tiene suficiente valor para hacer lo que debe. Tú sólo nos estás haciendo daño al prolongar todo esto.

Kennard se apoyaba en su bastón y los miraba a todos con desprecio, mordiéndose la boca para reprimir su furia.

–¡Cobardes, todos! ¡Ahora que tenemos la oportunidad de combatir esta condenada *necedad*! ¡Rannirl, lo sabes! ¡Tú mismo lo has dicho!

Rannirl apretó los dientes y respondió:

–Mis convicciones privadas son una cosa, y la voluntad del Comyn es otra. Me niego a hacer una declaración política acerca de mi carrera en Arilinn. Soy un técnico, no un diplomático. Jeff es mi amigo. Le di mi cuchillo. Le llamo hermano y le defenderé de sus enemigos. No tiene que volver con los terranos. Jeff... –Se volvió hacia el hombre acostado y agregó–: Cuando salgas de aquí, no es necesario que vayas con los terranos; ve a mi casa familiar en las Kilghard Hills. Pregúntale a cualquiera dónde está el lago Mirion. Allí di que eres mi hermano de juramento y muéstrales el cuchillo que te di. Cuando esto se aclare, tal vez puedas regresar a Arilinn.

–Nunca pensé que fueras tan cobarde, Rannirl –dijo Kennard–. ¿Por qué no le defiendes aquí? Si necesita un hogar, Armida es suya o, como hijo de Cleindori, lago Mariposa. ¿Pero no hay nadie que tenga suficiente valor para defenderle en Arilinn? No es el primer terrano...

–Eres condenadamente transparente, Kennard –terció Auster–. Todo lo que te importa es que algún día ese mestizo tuyo entre en Arilinn... ¡Y eres capaz de soportar un espía terrano con tal de sentar un precedente! ¿Acaso tu condenado hijo no puede entrar a Arilinn por sus propios méritos, suponiendo que los tenga? No deseo ningún mal a Jeff. Que Zandru se lleve esta mano –la puso brevemente en la empuñadura de su daga–, si es que le deseo algún daño. Pero no debe regresar a Arilinn; no podemos correr el riesgo de tener un espía terrano dentro del círculo de matriz. Si él vuelve a Arilinn, yo me voy.

–Y yo–dijo Neryssa.

Rannirl, con expresión de terrible vergüenza, agregó:

–Lo lamento. También yo.

–Cobardes –les espetó Corus con furia–. Los terranos han conseguido romper nuestro círculo después de todo, ¿verdad? Ni siquiera tuvieron que convertir a Jeff en su espía. ¡Bastó con la sospecha!

Kennard meneó la cabeza con disgustada incredulidad.

–¿De verdad vais a hacer eso todos?

Kerwin deseaba gritar:

¡Los amo a todos; dejen de torturarme de este modo!

En cambio, dijo con voz quebrada:

–Ahora que saben que es posible, encontrarán a alguien que ocupe mi lugar.

–¿A quién? –preguntó Elorie con amargura–. ¿Al hijo mestizo de Kennard? ¡Todavía no tiene diez años! ¿A la vieja Leominda de Neskaya? ¿Al heredero de Hastur, que tiene cuatro años? ¿O al Heredero de Elhalyn, que tiene nueve años y es casi un retrasado? ¿Al loco de mi padre, tal vez? ¿A la pequeña Callina Lindir de Neskaya?

–Ya hablamos de todo esto cuando decidimos traer a Jeff aquí –replicó Kennard–. En todos los Siete Dominios no encontramos otros candidatos. Y ahora que tenemos un círculo de Celadora completo y cualificado en Arilinn... ¿pensáis echarlo por la borda y permitir que Jeff se marche? ¿Después de todo lo que hicimos para que viniera?

–¡No!

Elorie los sobresaltó con su grito. Se arrojó hacia adelante. Temiendo que cayera, Kerwin extendió un brazo para atraparla. La hubiera soltado de inmediato, respetuosamente, pero ella se aferró a él y sus brazos le rodearon con fuerza. Tenía el rostro más pálido que cuando se había desmayado en la cámara de matrices.

–No –susurró–. ¡No, Jeff, no te vayas! Quédate con nosotros, Jeff, pase lo que pase... Te lo ruego... No puedo soportar que te vayas...

Por un instante Kerwin la abrazó con fuerza, también mortalmente pálido.

–Oh, Elorie, Elorie... –murmuró casi sin aliento. Luego, endureciéndose, la soltó con suavidad–. ¿Comprendéis ahora por qué debo marcharme? –dijo, casi en un murmullo, como si hablara para sí–. *Debo* irme, Elorie, y tú lo sabes tan bien como yo. No lo hagas todavía más difícil.

Él vio la consternación, la furia, la compasión, la acusación que aparecía en cada uno de los rostros que le rodeaban. Neryssa vino a llevarse a Elorie, murmurándole algo, pero Elorie se desasió de sus manos. Su voz fue aguda y estridente.

–No. Si esto es lo que Jeff ha decidido o lo que le han obligado a decidir, también yo he decidido. ¡Basta! ¡No... no puedo seguir desperdiciando mi vida de esta manera!

Los afrontó a todos con ojos enormes que parecían heridas en su rostro pálido.

–Pero Elorie, Lori –le rogó Neryssa–. Sabes por qué no puedes retirarte, sabes cuán necesaria eres...

–¿Y qué soy, entonces? ¿Un títere, una máquina al servicio del Comyn y de la Torre? –gritó, con voz aguda e histérica–. No. No. ¡Es demasiado! No puedo soportarlo. Renuncio a esto...

–Elorie, *breda* –le suplicó Taniquel–. ¡No lo digas! ¡No así, no ahora ni aquí! Sé como te sientes, pero...

–¡Dices que sabes lo que siento! ¡Tú te atreves a decirme eso, tú que has estado en sus brazos y has conocido su amor! Oh, no. Tú que no te has contenido, estás demasiado dispuesta a decirme qué debo hacer...

–Elorie –dijo Kennard con voz tierna–. No sabes lo que dices. Te ruego que recuerdes quién eres...

–¡Sé quién se supone que soy! –gritó ella, frenética, fuera de sí–. Una Celadora, una *leronis*, una virgen sagrada sin mente ni corazón ni alma ni vida propios, una máquina de los transmisores...

Kennard cerró los ojos en agonía. Kerwin, observando su rostro, creyó escuchar palabras semejantes años atrás y vio, reflejada en la mente y la memoria de Kennard, la cara de su madre.

Cleindori. ¡Mi pobre hermana!

Pero en voz alta Kennard tan sólo dijo suavemente:

–Lori, querida. Todo lo que sufres lo han sufrido otras antes que tú. Cuando viniste a Arilinn, sabías que no sería fácil. No podemos permitirte que nos dejes ahora. Están entrenando a otra Celadora. Cuando llegue ese día, serás libre. Pero ahora no, *chiya, o* arruinarás todo lo que hemos hecho.

–¡No puedo! ¡No puedo vivir así! –exclamó Elorie–. ¡Sobre todo ahora que sé a qué juré renunciar!

–Lori, mi niña... –empezó a decir Neryssa con suavidad, pero Elorie se volvió hacia ella hecha una furia.

–¡Tú has vivido como te pareció! ¡Encontraste la libertad en la Torre, no una esclavitud! Para ti fue un refugio; para mí ha sido solamente una prisión. Tanto tú como Tani estáis demasiado dispuestas a instarme a que deje para siempre algo que las dos habéis conocido, el amor y la alegría compartidos y los hijos. –Su voz se quebró–. Yo no sabía, no sabía, pero ahora... –Volvió a arrojarse en brazos de Jeff, que no pudo rechazarla.

Auster, mirando con horror a Elorie, comentó en voz baja:

–Esta traición es peor que cualquiera que pudieran planear los terranos. ¡Y pensar, Jeff, que creí que lo habías hecho inocentemente!

Rannirl meneó la cabeza, mirándolos apesadumbrado. Luego dijo en voz baja y amenazante:

–Te di mi cuchillo. Te llamé hermano. ¡Y nos has hecho esto! ¡Le has hecho esto a *ella*! –Escupió–. En una época, un hombre que seducía a una Celadora era descuartizado, y la Celadora que violaba su juramento... –No pudo continuar. Estaba demasiado furioso–. Así la historia se repite, ¡la de Cleindori y su sucio terrano!

–Tú mismo lo dijiste –exclamó Elorie atormentada–. ¡Dijiste que cualquier mecánico podía hacer el trabajo de una Celadora, que las Celadoras eran un anacronismo, que Cleindori tenía razón!

–Lo que creo y lo que puedo hacer en Arilinn son dos cosas diferentes –le espetó él con desprecio–. ¡Nunca creí que fueras tan necia! ¡Tampoco creí que fueras tan débil como para ofrecerte como una ramera a este apuesto terrano que nos ha seducido a todos con sus encantadores modales! Sí, también yo fui seducido por él. ¡Y él se ha servido de ello, maldito sea, para destrozar la Torre!

Rannirl soltó un juramento y les volvió la espalda.

–¡Sucia perra! –dijo Neryssa y levantó una mano para abofetear a Elorie–. No eres mejor que el sucio viejo de nuestro padre, cuyas inmundas felonías...

Kennard se desplazó rápidamente y detuvo la mano de Neryssa en el aire.

–¿Cómo? ¿Pretendes golpear a tu Celadora?

–Ella ha renegado –protestó Neryssa, con una mueca de desprecio.

Auster, mirándolos sombríamente, intervino:

–En el pasado, esto hubiera significado la muerte para ti, Elorie, y la muerte por tortura para *él.*

Consternado y angustiado, Kerwin advirtió el error que todos estaban cometiendo, pues Elorie se aferraba a él, pálida y aterrada, ocultando el rostro contra su pecho. Rápidamente se adelantó, para negar la acusación, para confirmar la inocencia de Elorie. Las palabras ya salían de su boca:

Juro que ha sido sagrada para mí; que su castidad está impoluta...

Pero Elorie irguió la cabeza, pálida y desafiante, y dijo:

–Llámame lo que quieras, Neryssa. Hacedlo todos. De nada servirá. He renunciado a Arilinn y me declaro inadecuada para ser Celadora según las leyes de Arilinn...

Se volvió hacia Kerwin, sollozando amargamente y volvió a abrazarlo, ocultando el rostro contra su pecho.

Las palabras que él no había llegado a pronunciar –*Es tan sólo la fantasía de una muchacha inocente. No la he traicionado, ni tampoco a vosotros...*– murieron para siempre en sus labios. No podía rechazarla ni repudiarla, ahora que veía que la consternación y la incredulidad dibujada en el rostro de todos se cambiaba por repulsión y disgusto. Ella se aferraba desesperadamente a él, con fuerza desgarradora, mientras su cuerpo se convulsionaba por los sollozos. A propósito, con aceptación, irguió él la cabeza y les hizo frente, mientras sus brazos protegían a Elorie.

–¡Deberían morir por esto! –exclamó Auster.

Rannirl se encogió de hombros.

–¿Para qué? Ya han saboteado todo lo que intentamos hacer, todo lo que hemos logrado. Nada que hagamos cambiará las cosas ahora. ¡Mejor desearles que sean felices!

Les volvió la espalda y se marchó. Auster y Corus le siguieron. Kennard se demoró un momento, con el rostro marcado por la desesperación.

–Oh, Elorie, Elorie –dijo en un susurro–, si al menos hubieras recurrido a mí, si me lo hubieras dicho a tiempo...

Kerwin supo que no le hablaba a Elorie, sino a un recuerdo. Pero ella no alzó la cabeza del pecho de Jeff. Al cabo de un momento, Kennard suspiró, sacudió la cabeza y se marchó.

Confundido, todavía estremecido por la fuerza de la mentira de ella, Kerwin oyó la puerta que se cerraba tras ellos. Elorie, que se había calmado un poco, empezó a sollozar otra vez, quebradamente, como una niña. Kerwin la abrazó sin comprender.

–Elorie, Elorie –le habló con dulzura–. ¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué les mentiste?

Riendo y sollozando al mismo tiempo, histérica, Elorie alzó la cabeza para mirarle.

–No fue una mentira –sollozó–. ¡No podría haberles mentido otra vez! El ser Celadora era lo que se había convertido en una mentira desde que te toqué... Oh, ya sé que tú nunca me hubieras tocado, a causa de la ley, a causa del tabú... ¡Sin embargo, cuando se lo dije, ellos supieron que les estaba diciendo la verdad! Porque había llegado a desearte tanto, a amarte tanto, que no hubiera podido soportar volver a convertirme en un robot, en una máquina, en una autómata muerta en vida, como antes... –Sus sollozos casi ahogaron las palabras–. Sabía que no podría volver a soportar seguir siendo una Celadora. Cuando te marchaste, al principio pensé que si no estabas tal vez pudiera volver a ser lo que era; pero en mi mundo ya no había nada, nada, y supe que si no volvía a verte nunca más estaría más muerta que viva...

–¡Oh, Elorie! ¡Oh, Dios, Elorie! –susurró él, sobrecogido.

–Así que ahora lo has perdido todo. Ni siquiera eres libre –le dijo ella locamente–. Pero yo tampoco tengo nada, no tengo a nadie. Si no me quieres, no tendré nada, nada...

Kerwin la tomó en sus brazos como a una niña y la acunó. Estaba atónito ante la enorme dimensión de su confianza, tembloroso y conmovido por lo que ella había dejado de lado por él. Besó su rostro húmedo, la acostó en la cama desordenada y se arrodilló junto a ella.

–Elorie –susurró con palabras que fueron una plegaria y una promesa–, no me importa si he perdido todo lo demás, ahora que te tengo. Lo único que lamentaba al marcharme de Arilinn era dejarte a ti. –Sus palabras no eran ciertas. Supo que no eran ciertas mientras las pronunciaba y que también Elorie lo sabía. Sin embargo, lo único que importaba ahora era tranquilizar a Elorie con una verdad más profunda–. Te amo, Elorie –agregó, y al menos eso sí que era verdad–. Nunca te dejaré.

Se inclinó hacia adelante, la besó en los labios y estrechó su cuerpo infantil entre sus brazos.

14

UNA PUERTA AL PASADO

Thendara, en la luz que moría, era una masa de formas y torres negras. A sus pies, el Cuartel General terrano era la única aguja brillantemente iluminada contra el cielo. Jeff se la señaló a Elorie a través de la ventanilla del avión terrano.

–Tal vez ahora no te parezca muy bello, querida. Pero en alguna parte encontraré un mundo para darte.

Ella se recostó contra su hombro.

–Tengo todo el mundo que quiero.

Cuando centelleó la señal para que se pusieran el cinturón de seguridad, él le ayudó a ajustar las cintas; ella se tapó los oídos con las manos, pues aborrecía el ruido, y él la rodeó con un brazo, abrazándola estrechamente.

Los últimos tres días habían sido de gozo y descubrimiento para los dos, a pesar de que compartían el sentimiento de ser descastados, expulsados del único hogar que ambos habían querido. Ninguno de ellos hablaba de eso: tenían muchas otras cosas para compartir.

Él nunca había conocido a una mujer como Elorie. Antes la había creído distante, desapasionada; después había llegado a considerar esa calma como un control adquirido, no como ausencia de pasión.

Se había entregado a él asustada, desolada, inocente casi hasta la ignorancia y aterrada, y le había dado su miedo tal como le había dado el resto de sí misma, sin fingimientos y sin vergüenza. Esa completa confianza asustó también a Kerwin. ¿Cómo podría llegar a ser digno de ella? Pero era típico de Elorie no poder hacer nada a medias o de manera mezquina; como Celadora se había mantenido ajena incluso a la superficie de la pasión; ni siquiera en su imaginación había pensado alguna vez en el amor. Y tras haber abandonado su cargo, se había entregado a Jeff con toda su pasión y devoción, durante tanto tiempo controladas.

Una vez, él le había dicho algo de eso, de su sorpresa, de su temor de que ella fuera tímida o frígida, de su avasalladora sorpresa y deleite al descubrir de qué manera respondía ella a la pasión. De alguna manera, había creído que una mujer que pudiera vivir la vida de una Celadora sería esencialmente fría, carente de pasión y de deseo.

Ella soltó una carcajada mientras meneaba la cabeza.

–No –le dijo–. Kennard me lo explicó una vez; los ajenos podrían pensar que una mujer desapasionada, que no sufriera viviendo sola y sin amor, sería la más indicada para ser Celadora. Pero quien tuviera alguna noción del *laran* sabría que no es así. El *laran y* la sexualidad tienen el mismo origen y están estrechamente relacionados: ¡una mujer que pudiera ser Celadora sin sufrimiento no tendría *laran* suficiente para ser Celadora, ni ninguna otra cosa!

Cuando aterrizaron, Elorie cubrió su pelo brillante con la capucha y él la sostuvo del brazo para bajar los duros peldaños metálicos, poco familiares. Por ella, Kerwin debía aparentar decisión, aunque no la sintiera.

–Sé que te resulta extraño, querida. Pero no lo será por mucho tiempo.

–Para mí no será extraño ningún lugar donde estés tú –repuso ella con valentía–. Pero... ¿permitirán esto? ¿No... no nos separarán?

En cuanto a eso, él podía tranquilizarla.

–Yo seré darkovano según tus leyes, pero tengo ciudadanía terrana y no pueden negármela. Y cualquier mujer que se case legalmente con un ciudadano del Imperio adquiere automáticamente la ciudadanía.

Recordaba al empleado aburrido y poco curioso de la Ciudad Comercial de Port Chicago que los había casado tres días antes. Port Chicago estaba más allá de los Dominios. El empleado había echado un breve vistazo a la placa de identificación de Jeff y había escuchado que Elorie le daba su nombre, Elorie Ardais, sin el menor interés. Probablemente nunca había oído hablar del Comyn ni de la Torre de Arilinn. Buscó a una mujer y la llevó a su despacho para que actuara como testigo del matrimonio; la mujer se había mostrado amable y amistosa y le había dicho a Elorie que como ambos eran pelirrojos tendrían muchos niños también de pelo rojo. Elorie se había sonrojado y Kerwin había experimentado una inesperada oleada de ternura. La idea de tener un hijo con Elorie le conmovía de una manera que nunca hubiera imaginado.

–Eres mi esposa según la ley del Imperio, vayamos donde vayamos –repitió. Y agregó con suavidad–: Aunque tal vez debamos marcharnos de Darkover.

Ella asintió, mordiéndose un labio. Tal vez el Comyn estuviera ahora tan ansioso de deportar a Jeff como antes de impedirlo.

Secretamente, Kerwin sentía que sería mejor así. Darkover ya no sería para ninguno de los dos más que un recordatorio de lo que habían perdido. Y allá afuera había suficiente cantidad de mundos.

Con nerviosismo, se aproximó a la barrera. Era posible que lo llevaran custodiado por ser un hombre sentenciado a la deportación. Había ciertas legalidades formales que podía invocar, apelaciones, demoras a las que estaba legalmente autorizado. De ser por él, no le hubiera parecido que valía la pena. Por Elorie, haría todo lo posible por eludir el juicio sumario, por volcarlo a su favor.

El alto hombre de la Fuerza Espacial, con su negro uniforme de cuero, miró fijamente el andrajoso y gastado atuendo terrano de Kerwin y a la velada y encogida muchacha que llevaba del brazo. Miró luego el certificado de identidad de Jeff.

–¿Y la mujer?

–Es mi esposa. Nos casamos en Port Chicago hace tres días.

–Ya veo –dijo el hombre con lentitud–. En ese caso hay ciertas formalidades.

–Como te parezca.

–Por favor, pasen al interior del Cuartel General.

Los condujo, mientras Jeff apretaba tranquilizadoramente el brazo de Elorie. Trató de ocultar la aprensión que sentía. El matrimonio debía consignarse en Registros. Cuando Jeff entregara su identificación, la computadora revelaría que se hallaba bajo sentencia de deportación y suspensión.

Había pensado volver a la Zona terrana anónimamente, al menos por uno o dos días. Pero la peculiaridad de la ley vigente en el Imperio con respecto a las mujeres nativas y el matrimonio había tornado imposible esa opción. Ella le había repetido muchas veces, cuando él le explicó la situación, que no le importaba. Pero Jeff replicó con firmeza, pasando por alto sus protestas por primera vez, y no admitió más discusiones al respecto.

–A *mí* me importa.

El Servicio Civil del Imperio está formado en general por hombres solos; pocas mujeres desean acompañar a sus hombres al otro extremo de la galaxia. Esto significa que en todos los planetas hay uniones con nativas, uniones tanto formales como informales, que se toman con naturalidad. Para evitar interminables complicaciones con los diversos gobiernos planetarios, el Imperio hace distinciones muy claras.

Un ciudadano del Imperio puede casarse con cualquier mujer, en cualquier planeta, según la ley y las costumbres del mundo de ella. Es una cuestión que concierne al terrano en

cuestión, a la mujer, a su familia y a las leyes según las cuales ella vive. El Imperio no tiene parte en eso. Sea el matrimonio formal o informal, temporal o permanente, o aunque ni siquiera exista el matrimonio, es una cuestión que compete tan sólo a los parámetros morales y éticos de las partes involucradas. Y ese hombre sigue figurando como soltero en los Registros del Imperio, aunque, si lo desea, puede hacer todas las provisiones que desee para su esposa, pedir la ciudadanía para cualquier hijo del matrimonio y obtener para el niño ciertos privilegios. Tal como había hecho Jeff Kerwin padre por su hijo.

Pero si el hombre prefiere registrar el matrimonio en los registros terranos, o firma cualquier documento del Imperio hablando de una mujer nativa de cualquier mundo como su esposa legal, la mujer recibe esa jerarquía. Desde el momento en que firmaron su contrato matrimonial, que se asentó de esa manera en Registros, Elorie estaba legalmente autorizada a gozar de todos los privilegios de una ciudadana; si Jeff hubiera muerto un momento después de firmar, ella hubiera tenido derecho a todos los privilegios de la viuda de un ciudadano. Kerwin no sabía qué le depararía el futuro, pero había querido proteger a Elorie de esa manera. Unas palabras llenas de amargura resonaban todavía en sus oídos y aparecían en sus pesadillas:

En otra época esto hubiera significado tu muerte, Elorie... ¡y la muerte de él por tortura!

El viejo terror se apoderaba de él. Había algunos que podían sentirse obligados a vengar el honor de una Celadora.

Kennard había dicho... ¿Qué era lo que había dicho? Nada. Pero, aun así, Jeff tenía miedo sin saber por qué. Por eso observó con gran alivio cómo un empleado le tomó la impresión digital del pulgar, luego la del de Elorie, y envió esa información a Registros. Ahora ya no había manera de que el largo brazo del Comyn pudiera extenderse hasta ellos y arrebatarle a Elorie.

Eso esperaba.

Observando la información que ingresaba en la computadora, supo que se había puesto en marcha una serie de problemas para él. Al cabo de unas horas tendría que responder preguntas, tal vez tuviera incluso que hacer frente a la deportación.

Si bien había un borrón en su registro, él era un civil, y el abandono de su trabajo sin permiso formal era nada más que una ofensa menor, no un crimen contra sus superiores. De alguna manera debía conseguir ganarse la vida. Tenía que decidir si quería ir a Terra o si probaría fortuna en algún otro mundo –estaba bastante seguro de que sus abuelos terranos no recibirían bien a Elorie–, pero esos detalles podían esperar.

Casi todo lo que conocía de Thendara eran bares y lugares semejantes, a los que no podía llevar a Elorie. Hubiera podido solicitar alojamiento en el Cuartel General, llenando una solicitud de empleado casado, pero no lo haría hasta que no tuviera más remedio. Los mismos inconvenientes acarrearía buscar alojamiento en la Ciudad Vieja... Ya había experimentado en Arilinn cómo trataban a los miembros del Comyn cuando los reconocían. Un hotel de la Ciudad Comercial era la solución temporal más obvia.

Mientras caminaban, le mostró a Elorie el Orfanato de los Hombres del Espacio.

–Allí viví hasta los doce años –explicó y la antigua duda volvió a invadirlo. *¿Lo hice? ¿Por qué, entonces, no tienen registro de mí?*–. Elorie –preguntó, cuando estuvieron a solas en el hotel–, ¿el Comyn tuvo algo que ver con la destrucción de mi registro en el Orfanato?

Suponía que una matriz podría borrar con facilidad los datos almacenados en una computadora. Al menos, por lo que sabía de computadoras y de matrices, él mismo podría haber ideado con facilidad un método para hacerlo.

–No lo sé –dijo ella–. Sé que recuperamos a Auster cuando era pequeño y que sus registros fueron destruidos.

Kennard había dicho que se trataba de una historia curiosa y había insinuado que algún día se la contaría a Jeff. Pero no lo había hecho.

Mucho después de que Elorie se durmiera, él permanecía despierto a su lado, pensando en las falsas pistas y los callejones sin salida que habían complicado la búsqueda de su propio pasado. Cuando el Comyn le descubrió, había abandonado la búsqueda... Después de todo, había descubierto lo primordial: adónde pertenecía. Pero todavía quedaban otros misterios por resolver y, antes de marcharse de Darkover para siempre –y suponía que ahora eso era tan sólo una cuestión de tiempo– iba a hacer un último intento por resolverlos.

Al día siguiente, le contó un poco a Elorie.

–No había registro de mí allí; vi lo que facilitó la máquina. Pero si pudiera ir a ese lugar y comprobarlo... Tal vez incluso haya alguien allí, una de las matronas o de los maestros que todavía me recuerde.

–¿Sería peligroso... intentar entrar allí?

–No sería peligroso para mi vida. Pero podrían arrestarme por irrumpir, por entrar sin autorización. Me gustaría sobre manera conocer algún modo de volverme invisible con la matriz.

Ella sonrió débilmente.

–Yo podría amurallarte... echar sobre ti lo que llaman un *glamour,* para que pudieras pasar entre ellos sin que te vieran. –Suspiró–. Es ilegal que una Celadora que ha devuelto su juramento utilice sus poderes, pero ya he quebrantado tantas leyes... Y algunos poderes los he perdido.

Se la veía pálida y desdichada. Kerwin sintió que se le encogía el corazón al pensar en lo que ella había abandonado por él. ¿Por qué sería tan terrible? No lo preguntó, pero ella captó directamente su deseo y le respondió:

–No lo sé. Siempre... siempre me dijeron que una Celadora debía... debía ser virgen y que renunciaba a sus poderes cuando devolvía el juramento para tomar un amante o un esposo.

Kerwin se alarmó ante su aceptación. Ella había desafiado tantas supersticiones, se había negado a aceptar su autoridad ritual y había aborrecido que la llamaran *hechicera.* Pero tal vez este mandato estaba tan arraigado en ella que no podía resistirlo.

Kennard había dicho que eran basuras supersticiosas, supercherías. Pero, ya fuera que Elorie hubiera perdido verdaderamente sus poderes o creyera que los había perdido, el efecto sería el mismo. Y tal vez había en ello algo de cierto. Él conocía el terrible agotamiento y el drenaje nervioso que implicaba el trabajo con matriz, incluso en su nivel de recién llegado. Kennard le había aconsejado que evitara el sexo durante un tiempo antes de hacer cualquier trabajo serio con las pantallas. Era lógico pensar que las Celadoras debían conservar permanentemente su fuerza máxima, protegiendo sus poderes en el aislamiento, sin consagrar energías a otros vínculos y preocupaciones.

Recordó el día en que ella se había desmayado en las pantallas y que él había creído que su corazón se había detenido. Kerwin tomó a Elorie en sus brazos y la estrechó con fuerza, pensando:

¡Al menos está a salvo de eso ahora!

Pero ese día la había tocado, le había dado fuerzas. ¿Ese contacto la habría destruido como Celadora?

–No –dijo ella suavemente, leyéndole el pensamiento como lo hacía con frecuencia. Desde el momento en que te toqué a través de la matriz, supe que serías... alguien especial, alguien que perturbaría mi paz, pero fui orgullosa. Creí que podría mantener el control. Además estaba Taniquel: yo la envidiaba, pero sabía que no estarías demasiado solo. –De repente, sus ojos se llenaron de lágrimas–. Extrañaré a Tani. Me gustaría que las cosas hubieran sido diferentes, que hubiéramos podido marcharnos de otro modo, de una manera que no les hiciera odiarnos. Quiero tanto a Tani.

–¿No estás celosa? Porque ella y yo...

Ella se rió un poco.

–¡Oh, los terranos! No, querido. Si las cosas fueran diferentes, si pudiéramos haber vivido entre los nuestros, con gusto la hubiera llamado *bredhis* y la hubiera elegido para tu cama cuando yo estuviera enferma o embarazada... ¿Te horroriza eso?

Él la besó, sin hablar. Las costumbres darkovanas eran ideales, pero llevaba tiempo habituarse a ellas. Y le gustaba mucho tener a Elorie toda para él.

Eso le hizo pensar en otra cosa.

–Taniquel no era virgen, por cierto. Y sin embargo trabajaba en el círculo de matriz...

–Taniquel no era Celadora –respondió Elorie con seriedad–, nunca se le pidió que hiciera trabajo de Celadora, nunca se le pidió que reuniera los energones del círculo y los dirigiera. Esos votos, esa... esa abstinencia nunca se le pidió. Tampoco a Neryssa ni a los hombres. Unas pocas generaciones atrás, en la época de la Torre Prohibida, una Celadora abandonó Arilinn para casarse y siguió usando sus poderes. Fue un gran escándalo. Aunque no conozco toda la historia, no era un cuento como para contárselo a los niños. No sé cómo logró hacerlo ella. –Rápido, como si temiera que él siguiera interrogándola, agregó–: Pero estoy segura de que aún puedo hacer algunas cosas con mi propia matriz. Déjame intentarlo. –Cuando la extrajo de su diminuta bolsa de cuero, donde la guardaba envuelta en la seda aislante, vaciló–. Me siento tan rara... No me siento yo misma. Me siento como si... si ya no me perteneciera.

–Me perteneces a mí–dijo Kerwin con firmeza. Ella sonrió.

–¿Las esposas de los terranos son propiedades? No, creo que no, amor. Me pertenezco a mí misma, pero con gusto compartiré contigo cada momento de mi vida.

–¿Hay alguna diferencia? –preguntó Kerwin.

Su suave risa siempre le causaba placer.

–Tal vez para ti no la haya. Para mí es muy importante. Si hubiera deseado ser propiedad de algún hombre, podría haberme casado con alguien en cuanto salí de la infancia y nunca hubiera ido a la Torre.

Cuando tomó la matriz en su mano, Kerwin advirtió que la tocaba tentativamente, su vacilación contrastaba con la seguridad que había demostrado en la cámara de matrices. ¡Estaba asustada! Él estaba a punto de decirle que no le importaba en absoluto, que la guardara, que no quería que tocara esa condenada cosa, que era demasiado preciosa como para arriesgarla, pero entonces vio sus ojos.

Elorie le amaba. Había abandonado su mundo por él, todo lo que era y todo lo que podría haber llegado a ser. Kerwin sabía que, incluso ahora, él tenía solamente una percepción vaga y superficial de lo que significaba ser una Celadora. Si ella necesitaba hacerlo, él debía permitir que lo intentara. Aunque eso la matara, él debía permitir que lo intentara.

–Pero prométeme, Elorie –le dijo, tomándola de los hombros y levantándole la cabeza para mirarla a los ojos–, que no te arriesgarás. Si sientes que no estás bien, no lo intentes.

Advirtió que ella apenas le escuchaba. Sus dedos delgados se curvaban alrededor de la matriz, y su rostro se veía distante y abstraído. La joven dijo, sin dirigirse a él:

–La forma del aire es diferente aquí; estamos entre montañas; debo ser cuidadosa para no interferir en su respiración.

Cuando movió la cabeza, en un pequeño gesto imperioso, él sintió que ella establecía el contacto telepático, intangiblemente, como una caricia.

No sé cuánto tiempo podré sostenerlo cuando haya terranos alrededor, pero lo intentaré. Jeff, mírate al espejo.

Él se incorporó y fue hasta el espejo. Podía ver perfectamente bien a Elorie, con su fino vestido gris, el pelo brillante caído sobre la matriz que tenía en la mano, pero no se veía a sí mismo. Bajó la vista y se miró: se veía bien del todo, pero su imagen no se reflejaba en el espejo.

–Pero, pero... puedo verme a mí mismo...

–Oh, sí. Y, si alguien tropieza contigo, sabrá con toda seguridad que estás allí–le dijo esbozando una sonrisa–. No te has convertido en fantasma, mi bárbaro amor, simplemente he cambiado la apariencia del aire que te rodea, por un rato. Creo que durará lo suficiente para que puedas entrar al orfanato sin ser visto.

Su rostro tenía la expresión triunfante de una criatura satisfecha.

Jeff se agachó para besarla y vio algo raro en el espejo: Elorie que se levantaba y se apoyaba sobre la nada. Sonrió. No había sido una operación con matriz muy difícil, probablemente, hasta él mismo podría haberla hecho. Pero había sido una prueba para ella...

–Me ha probado que no estoy ciega ni sorda –reconoció ella, captando su pensamiento. Su voz sonaba quebrada, a pesar de que todavía esbozaba su infantil sonrisa–. Vete, querido, no estoy segura de cuánto tiempo podré hacerlo. No debes perder tiempo...

La dejó en la habitación del hotel terrano y traspuso silenciosamente, invisible, los corredores. Experimentaba una curiosa y lunática sensación de poder. No era raro que el Comyn fuera invencible...

¿Pero a qué precio? Muchachas como Elorie, que sacrificaban su vida...

El Orfanato de Hombres del Espacio se veía igual que unos pocos meses atrás. Algunos muchachos hacían algo en el jardín, arrodillados alrededor de un cantero de flores, supervisados por un muchacho mayor que llevaba un brazalete. Silencioso como un espectro, Kerwin vaciló antes de ascender por los blancos peldaños. ¿Qué debía hacer primero? ¿Entrar invisiblemente en el despacho y rebuscar en archivos y registros? En seguida descartó la idea; podía ser invisible, pero, si empezaba a manipular libros y oprimir botones, la gente del despacho vería *algo*, aunque sólo fueran libros y papeles que se movían solos, y tarde o temprano se pondría a investigar.

Y no tardaría en tropezar alguien con él.

Se detuvo a reflexionar. En el dormitorio del tercer piso había dormido con otros cinco muchachos. Allí había tallado sus iniciales, a los nueve años, en el marco de una ventana. Ese marco podía haber sido reemplazado o cambiado, pero, si no era así y podía hallar la talla, eso le demostraría algo satisfactoriamente; al menos no tendría que seguir albergando la dañina sospecha de que *nunca* había estado allí, que lo había imaginado todo, que todos sus recuerdos eran una alucinación.

Después de todo, el dormitorio era viejo y muchos muchachos habían hecho lo mismo. Las institutrices darkovanas y los consejeros les habían dado bastante libertad en algunas áreas. En su época el dormitorio estaba bastante deteriorado; aunque limpio y ordenado, llevaba la marca de muchas travesuras infantiles.

Subió y atravesó los corredores y pasó por la puerta abierta de un aula, tratando de pisar con sigilo, pero dos o tres cabezas se giraron hacia él mientras pasaba.

Escuchan que alguien camina por el corredor, ¿y qué?

No obstante, se puso de puntillas y trató de hacer el menor ruido posible.

Una mujer darkovana, con el pelo recogido en la nuca con un broche con forma de mariposa, la larga falda de tartán y el chal levemente perfumados con incienso, pasó por el corredor, cantando con suavidad para sí. Entró en una de las habitaciones y salió con un bebé somnoliento en brazos.

Automáticamente, Kerwin se quedó inmóvil, aunque sabía que era invisible. La mujer no pareció advertirlo y siguió entonando la canción montañesa.

–Laszlo, Laszlo, dors di ma main...

Kerwin había escuchado la canción en su niñez; una tonta poesía acerca de un muchachito cuya madre de crianza lo llenaba de tortas y dulces hasta que él clamaba por pan

y leche; recordó que una vez le habían dicho que esa canción se remontaba al período histórico llamado la Guerra de los Cien Reinos y de las Guerras Hastur que habían acabado con él y que los versos eran una sátira de los gobiernos demasiado benevolentes.

Kerwin se hizo a un lado cuando la mujer iba a pasar junto a él y sintió el susurro de sus ropas; cuando estuvieron lado a lado, ella frunció el ceño con curiosidad e interrumpió su canto... ¿Habría escuchado su respiración? ¿Habría percibido algún olor desconocido en sus ropas?

–*Laszlo, Laszlo...* –empezó a canturrear otra vez. Pero la criatura que llevaba en brazos se agitó, volvió el rostro por encima del hombro de la mujer y miró en dirección a Kerwin. Dijo algo con su media lengua, descargando contra Kerwin un puñito gordezuelo. La institutriz frunció el ceño y se volvió.

–¿Qué hombre? No hay nadie allí, *chiy'llu* –le regañó con suavidad. Kerwin dio media vuelta y retrocedió por el corredor, mientras el corazón le latía con mucha fuerza.

¿Podrían penetrar los niños la ilusión creada por Elorie?

Se detuvo al llegar a la escalera, tratando de recuperarse. Finalmente se dirigió hacia la habitación que le pareció correcta.

Estaba tranquila y soleada. En los bordes había ocho pequeñas camas bien hechas, aisladas entre sí, y en el espacio de juego del centro, sobre una pequeña mesa, un grupo de figuras de juguete, hombres y edificios y naves espaciales.

Esquivando con cuidado los juguetes, pudo ver que en el centro del grupo se había construido un alto rascacielos blando. Lanzó un suspiro; los niños habían erigido el Cuartel General terrano, que en su imaginación era altísimo.

Estaba perdiendo el tiempo. Se acercó a las ventanas y deslizó los dedos por las molduras al nivel de sus ojos. No, no había tallas. De repente, se dio cuenta de lo que estaba haciendo. ¡Sí, había tallado sus iniciales al nivel de los ojos, pero de los ojos de un niño de nueve años, no a su altura actual, de dos metros o más!

Se agachó. Sí, había marcas en la blanda madera: cruces rústicas, corazones, líneas de tres-en-raya. Y después, a la izquierda, con las letras cuadradas del alfabeto terrano estándar, vio el infantil trabajo de su primer cortaplumas:

J.A.K.JR

Sólo cuando vio sus iniciales advirtió que estaba temblando. Tenía los puños tan apretados que las uñas se le hundían en la palma. Hasta entonces no había advertido que hubiera dudado de encontrarlas; pero ahora, mientras tocaba las infantiles y rústicas marcas en la madera, supo que había dudado de su propia cordura y que esa duda había sido muy profunda.

–Mintieron, mintieron –dijo en voz alta.

–¿Quién mintió? –preguntó una voz tranquila–. ¿Y por qué?

Kerwin se volvió con rapidez hacia la puerta. Había allí un hombre bajo, robusto, de pelo gris, que le miraba directamente. De modo que la ilusión creada por Elorie se había desvanecido. Le habían visto y escuchado. Le habían descubierto.

¿Y ahora qué?

15

TRASPASANDO LA BARRERA

Los ojos del hombre, inteligentes y amables, se posaban en Kerwin sin enojo.

–No autorizamos a los visitantes a que vengan a los dormitorios –dijo–. Si querías ver a un niño en particular, deberías haber solicitado verlo en el cuarto de juegos. –Sus ojos se empequeñecieron súbitamente–. Pero conozco tu cara. Te llamas Jeff, ¿verdad? Karradine, Kermit...

–Kerwin –se identificó él, y el hombre asintió.

–Sí, por supuesto, te llamábamos *Tallo.* ¿Qué estás haciendo aquí, joven Kerwin?

Kerwin decidió decirle la verdad.

–Buscando mis iniciales, que había grabado aquí.

–¿Y por qué querías hacerlo? ¿Sentimentalismo? ¿En nombre de los viejos tiempos?

–En absoluto. Unos meses atrás vine aquí –explicó Kerwin–, y en el despacho me dijeron que no había constancia de que yo hubiera estado en el Orfanato alguna vez, ni registros de mi procedencia, que estaba mintiendo al decir que recordaba que me habían traído aquí. No acuso a la matrona. Es evidente que entró a este lugar después de que yo me fuera. Pero, cuando la computadora no reveló registro de mis huellas dactilares, empecé a dudar de mi propia cordura. –Señaló sus iniciales talladas–. De todas maneras, estoy cuerdo. Yo grabé esas iniciales cuando era niño.

–¿Y por qué habrá ocurrido eso? –le preguntó el hombre–. Oh, perdona mi olvido... Supongo que no me recuerdas. Soy Jon Harley. Solía enseñar matemática a los muchachos más grandes. Y todavía lo hago.

Jeff estrechó la mano que el hombre le extendía.

–Sí, te recuerdo. Interrumpiste una vez una pelea en la que me metí y después me curaste el mentón, ¿verdad?

Harley soltó una risita.

–Lo recuerdo bien. Eras un jovencito peleón, sin duda. También recuerdo cuando tu padre te trajo. Tenías alrededor de cinco años, creo.

¿Tanto había vivido mi padre? Entonces yo debería recordarlo, pensó Kerwin. Sin embargo, por más que lo intentó, en ese lugar de su memoria sólo hallaba un huidizo espacio en blanco, fragmentarios recuerdos de sueños.

–¿Conociste a mi padre?

–Sólo lo vi esa vez –respondió el hombre, apenado–. Cuando te trajo aquí. Pero, por favor, joven Kerwin, ven abajo a tomar una copa o lo que te apetezca. Supongo que las computadoras se descomponen a veces; tal vez deberíamos buscar en los archivos escritos y en los registros escolares.

Kerwin advirtió que debía haber esperado y preguntado; tenía que haber intentado encontrar a alguien que verdaderamente lo *recordara.* Como el señor Harley.

–¿Hay aquí alguna otra persona que pudiera recordarme?

Harley se quedó pensando.

–No lo creo –dijo–. Ha pasado mucho tiempo y se han producido muchos cambios. Tal vez alguna de las criadas. Pero creo que soy el único maestro que podría recordarte. Casi todas las institutrices y maestras son jóvenes, tratamos de que sean jóvenes: los niños

necesitan gente joven a su alrededor. Yo sigo en el cargo, viejo como soy, porque es difícil conseguir que los buenos maestros abandonen Terra y quieren a alguien que hable el idioma sin acento. –Se encogió despectivamente de hombros–. Ven a mi despacho, joven Jeff. Dime qué estás haciendo ahora. Recuerdo que te enviaron a Terra. Cuéntame cómo fue que regresaste a Darkover.

En la austera oficina de aquel hombre, inundada por los ruidos de los niños que jugaban al otro lado de la ventana abierta, Jeff aceptó una copa que no deseaba, mientras se resistía a pronunciar las preguntas que suponía que el viejo Harley no podría responderle.

–Dices que recuerdas que mi padre me trajo aquí. ¿Mi madre... estaba con él?

Harley sacudió la cabeza.

–No dijo que tuviera esposa –respondió, casi con timidez.

No obstante, pensó Kerwin, había reconocido a su hijo, cosa nada fácil según las leyes del Imperio Terrano.

–¿Cómo era mi padre?

–Como digo, lo vi solamente una vez, y no era fácil decir cuál era su aspecto. Tenía la nariz rota, porque debía de haber estado en alguna pelea; en esa época había grandes tumultos en Thendara, cierta agitación política. Nunca conocí los detalles. Vestía ropas darkovanas, pero tenía su identificación terrana. Te hicimos preguntas sobre tu madre, pero tú no podías hablar.

–¿A los *cinco años?*

–No hablaste durante casi un año –dijo Harley con franqueza–. Para ser sincero, pensamos que eras deficiente mental. Por eso te recuerdo tan bien, porque nos pasamos mucho tiempo intentando enseñarte a hablar; hicimos venir una terapeuta del habla del Cuartel General de Thendara para que trabajara contigo. No decías ni una palabra, ni en terrano ni en darkovano. –Kerwin le escuchaba atónito–. Kerwin, tu padre, terminó esa noche todas las formalidades para que te admitieran aquí. Después se marchó y nunca volvimos a verlo. Sentíamos bastante curiosidad, porque no te parecías nada a él y, por supuesto, porque tenías el pelo rojo. Esa misma semana recibimos a otro niño pelirrojo, más o menos un año menor que tú.

–¿Se llamaba... Auster? –inquirió Kerwin con repentina curiosidad.

Harley frunció el ceño.

–No lo sé. Estaba en una división inferior y nunca le vi mucho, aunque sé que tenía un nombre darkovano. Sólo estuvo aquí alrededor de un año, lo que también es muy raro. Fue secuestrado, y todos sus registros fueron destruidos al mismo tiempo... Creo que estoy hablando demasiado. Soy un hombre viejo. Nada de esto tiene que ver contigo. ¿Por qué lo preguntas?

–Porque –dijo Kerwin con lentitud– creo que es muy posible que le conozca.

–Sus registros no están aquí, como te dije; fueron robados. Pero sí hay registro del secuestro –repuso Harley–. ¿Quieres que lo busque?

–No, no es necesario.

Auster no tenía nada que ver con él ahora. Sea cual fuese su curiosa historia –y tanto Kennard como Harley habían dicho que era extraña–, él nunca la sabría. Era poco probable que figurara aquí como *Auster Ridenow,* de todos modos. Tal vez también Auster era hijo de dos traidores del Comyn, que habían huido junto con la renegada Cleindori y su amante terrano. ¿Qué importancia tenía? Auster había sido criado en el Comyn, había heredado todos sus poderes y había ido a Arilinn en el momento adecuado; mientras que él, Kerwin, criado en Terra, había ido a Arilinn y los había traicionado...

Pero no debía pensar en eso ahora. Dio las gracias a Harley, rechazó otra copa, aceptó que le mostrara el nuevo campo de juego y los nuevos edificios para dormitorios y, finalmente, se marchó, colmado de nuevas preguntas que reemplazaban a las viejas.

¿Dónde y cómo había muerto Cleindori?

¿Cómo y por qué el otro Jeff Kerwin, con la nariz partida, golpeado y magullado después de una pelea terrible, había llevado a su hijo al Orfanato de Hombres del Espacio?

¿Dónde había ido después, y dónde y cómo había muerto?

Pues sin duda había muerto; de haber vivido, seguro que habría reclamado a su hijo.

¿Por qué el Jeff Kerwin niño, a los cinco años, había sido incapaz de pronunciar una palabra en el idioma de cualquiera de sus padres, durante más de un año?

¿Y por qué el Jeff Kerwin adulto no tenía recuerdo de su padre ni de su madre, ningún recuerdo en absoluto salvo esas borrosas memorias soñadas: muros, arcadas, puertas, un hombre que caminaba orgullosamente, con capa, a través del corredor de un castillo, una mujer agachada sobre una matriz, tomándola con un gesto que permaneció cuando todos sus otros recuerdos se borraron, el grito de un niño...?

Estremeciéndose, eliminó el recuerdo semiformado. Había descubierto parte de lo que deseaba saber, y Elorie estaría esperándole para saber qué había ocurrido.

Cuando regresó, ella dormía, echada en la cama con aspecto agotado, con grises ojeras bajo sus largas pestañas; pero se incorporó al oírle y alzó el rostro para recibir su beso.

–Jeff, lo siento, lo mantuve tanto como pude...

–Está bien.

–¿Qué averiguaste?

Él vaciló, sin saber si debía contárselo. ¿No le causarían inquietud las preguntas que le acosaban? ¿Qué sabía ella de Cleindori, salvo que le habían enseñado a despreciarla como «renegada»?

La mano de Elorie se cerró sobre la suya.

–Lo que realmente me haría daño –dijo– es que te negaras a compartir esas cosas conmigo. En cuanto a Cleindori, ¿cómo podría menospreciarla? Ella sólo hizo lo mismo que he hecho yo, y ahora sé por qué. –Su sonrisa hizo que Kerwin sintiera que se le iba a romper el corazón–. ¿No sabes que *Elorie de Arilinn* estará inscrita junto a Ysabet de Dalereuth y Dorilys de Arilinn como Celadoras renegadas, que huyeron sin devolver su juramento ni pedir autorización?

Él había olvidado que Cleindori había sido solamente el apodo de su madre, no su verdadero nombre; en Arilinn estaba inscrita como *Dorilys.*

Se sentó muy cerca de ella, entonces, y se lo contó todo; lo que había ocurrido desde el momento de su llegada a Darkover, cuando se había encontrado con Ragan y se había enterado de qué era una matriz, la frustración que le produjo su primera visita al orfanato, los mecánicos de matrices que se habían negado a ayudarlo y la vieja que había muerto intentando prestarle ayuda; y después todo lo demás, incluyendo lo que había dicho Harley.

–Ya no queda mucho tiempo –concluyó–. Debo hacer frente a los hechos: no es probable que logre averiguar mucho más. En cuanto se difunda el informe que entregué en el espaciopuerto del Cuartel General, probablemente tendré que afrontar acusaciones e incluso un interrogatorio civil. Pero se trata de la historia de mi vida, cueste lo que cueste, Elorie. Te has casado con un hombre sin patria, querida.

Como respondiendo, el comunicador que se encontraba en un rincón del cuarto sonó. Cuando él lo atendió, una voz mecánica, metálica, dijo:

–¿Jefferson Andrew Kerwin?

–Al habla.

–Coordinación y Personal –recitó la mecánica voz grabada–. Se nos informa que estás dentro de la Zona terrana, donde hay contra ti una acusación de huida ilegal para evitar la deportación. Por este medio se te notifica que el Concejo de la Ciudad de Thendara, actuando en nombre y con la autoridad del Concejo del Comyn según una orden firmada por Danvan,

Lord Hastur, Regente por Derek de Elhalyn, te ha declarado *persona non grata.* Se te prohíbe oficialmente salir de la Zona terrana; y como se han iniciado los trámites para declarar a tu esposa, Elorie Ardais, ciudadana del Imperio, la prohibición se aplica también a la señora Kerwin. Es una orden oficial que te prohíbe viajar a más de dos Kilómetros Universales de tu alojamiento actual, que no puedes abandonar por más de dos horas. En un plazo de cincuenta y dos horas deberás entregarte a las autoridades pertinentes, hecho que podrás concretar presentándote, con identificación, a cualquier miembro uniformado de la Fuerza Espacial o a cualquier empleado de Coordinación y Personal. ¿Comprendes la comunicación? Por favor, date por enterado.

–¡Maldición! –masculló Jeff.

La voz mecánica repitió pacientemente:

–Por favor, date por enterado.

–¿Todos los funcionarios terranos hablan de esa manera? –susurró Elorie.

–Por favor, date por enterado –repitió por tercera vez la voz mecánica.

–Enterado –respondió Jeff y, alejándose del comunicador, murmuró–: ¿Quieres que nos resistamos, querida?

–Jeff, ¿cómo puedo saberlo? Me atendré a tu decisión. Haz lo que creas mejor, amor.

La voz mecánica proseguía su discurso con firmeza.

–Haz el favor de indicar si aceptarás la orden y te entregarás dentro del tiempo indicado o si prefieres hacer una solicitud legal de apelación.

La mente de Jeff funcionaba a toda velocidad. Era antinatural aceptar con tranquilidad una orden de deportación. Una apelación le daría una demora automática de diez días, y tal vez en ese ínterin pudiera descubrir algo más. Estaba resignado a abandonar Darkover, pero, si actuaba como si pudiera crear problemas, quizá le ofrecieran un cargo mejor cuando al fin se viera obligado a trasladarse.

–Solicito una apelación –dijo finalmente.

El silencio procedente del comunicador le sugirió que también las computadoras debían de estar trabajando a toda velocidad, seleccionando el paso siguiente para continuar la comunicación.

–Haz el favor de indicar la naturaleza de tu apelación y los fundamentos legales en los que piensas basarla –recitó la voz.

Kerwin pensó con rapidez. No era un experto legal.

–Alego poseer ciudadanía darkovana –arguyó enseguida– y cuestiono el derecho a declararme *persona non grata.*

Probablemente no sirva de nada, pensó mientras la paciente voz grabada del comunicador repetía sus palabras. Pero no sabía si ésta era la vieja declaración de *persona non grata* tras la cual había huido del Cuartel General, o una nueva presentada en su contra después de su abandono de Arilinn. No creía que la Torre de Arilinn se hubiera comunicado todavía con Hastur, para persuadirlo de emitir una nueva orden tan rápidamente. De todos modos, esto le daría un poco de tiempo. Aunque si lo habían hecho, nada podría impedir que los deportaran de Darkover.

Kennard podría ayudarle, si pudiera comunicarse con él. Pero estaba en Arilinn, a mucha distancia de aquí. Y, por más que Kennard simpatizara con ellos, su juramento le comprometía con Arilinn.

Todas sus preguntas quedarían sin respuesta. Nunca sabría quién había sido Cleindori, ni por qué había muerto, ni por qué se había marchado de Arilinn. Nunca conocería los secretos de su propia infancia.

Elorie se puso de pie y se acercó a él.

–Yo podría, tal vez, atravesar esa barrera que hay en tu memoria. Kennard dijo que tenías una barrera fantástica; por eso no localizó al principio ese bloqueo de tu mente. Sólo que... Jeff, ¿por qué quieres saber? Hemos terminado con el Comyn y probablemente nos marchemos para siempre de Darkover... ¿Qué importancia tiene entonces? El pasado es el pasado.

Por un momento, Jeff no supo qué responder. Después dijo:

–Elorie, toda mi vida he tenido esta... esta fantástica compulsión de regresar a Darkover. Era una obsesión, un deseo; podría haberme construido una vida en otros mundos, pero siempre tenía a Darkover en la cabeza, llamándome. Ahora empiezo a preguntarme si era verdaderamente yo... o si esa compulsión empezó mucho antes, durante la época de la que no puedo recordar nada.

Aunque no continuó hablando, Elorie siguió sus pensamientos. Si su hambre de Darkover no era real, sino una compulsión implantada desde afuera, ¿qué era él? Un hombre hueco, una herramienta, una trampa sin sentido, una cosa programada sin más realidad que la voz grabada del comunicador. ¿Qué era la realidad? ¿Quién y qué era él?

Ella asintió con gravedad, comprendiéndolo.

–Lo intentaré, entonces –le prometió–. Más tarde. No ahora. Todavía estoy cansada de la ilusión de invisibilidad. Y... –sonrió ligeramente– también hambrienta. ¿Podemos comer en este hotel o cerca, Jeff?

Recordando el terrible desgaste de energía que involucraba el trabajo con matriz, la llevó a uno de los cafés del espaciopuerto, donde ella dio cuenta de una comida abundantísima. Mientras caminaban un poco por la Zona terrana, Jeff hizo el intento de mostrarle algunas cosas, aunque sabía que a ella le importaban tan poco como a él.

Ninguno de los dos habló de Arilinn, pero Jeff sabía que los pensamientos de la joven, al igual que los suyos, no se apartaban de la Torre. ¿Significaría todo esto el fracaso de Darkover, del Comyn?

Habían localizado y limpiado los depósitos minerales que establecía el contrato, pero todavía quedaba por hacer el verdadero trabajo de minería, la operación principal que implicaba extraer esos depósitos minerales hasta la superficie del planeta.

Elorie dijo en un momento, como cosa espontánea:

–Pueden hacerlo con un círculo de mecánico. Rannirl puede hacer casi todo el trabajo con los energones. Cualquier técnico medianamente bueno puede hacer casi todo el trabajo de una Celadora. No me necesitan.

En otro momento, a propósito de nada en especial, comentó:

–Todavía tienen los modelos moleculares que hicimos, y la pantalla todavía es utilizable. Deberían ser capaces de lograrlo.

–¿Lo lamentas? –preguntó Jeff, estrechándola contra sí.

–Nunca. –Sus ojos le miraron abiertamente–. Pero me habría gustado que todo hubiera ocurrido de otra manera.

Él los había destruido.

Había regresado al mundo que amaba y había destruido su última oportunidad de que siguiera siendo lo que era.

Más tarde, cuando ella tomó la matriz en sus manos, Kerwin se sintió lleno de aprensión. Recordó a la mecánica de matrices que había muerto mientras intentaba leer en su memoria.

–Elorie, prefiero no saberlo nunca antes de arriesgarme a que te ocurra algo.

Ella meneó la cabeza.

–Fui entrenada en Arilinn; no me arriesgo a nada –dijo con inconsciente arrogancia.

Colocó la matriz entre sus dos manos acopladas, para abrillantar los móviles puntos de luz. Su pelo cobrizo caía como una suave cortina sobre sus mejillas.

Kerwin sentía miedo. La ruptura de una barrera telepática –recordaba el intento de Kennard– no era un proceso sencillo, y el primer intento había resultado penoso.

La luz del interior del cristal se hizo más brillante y pareció lanzar un espeso haz sobre el rostro de Elorie. Kerwin se protegió los ojos de la luz, pero ya estaba atrapado en los dibujos brillantes, en sus reflejos. De pronto, como un plano impreso ante sus ojos, la luz se hizo más densa y se oscureció formando móviles sombras que en seguida se concentraron en formas y colores...

Dos hombres y dos mujeres, todos ellos vestidos con ropas darkovanas, estaban sentados en torno a una mesa. Una de las mujeres, muy frágil, muy rubia, se agachaba sobre una matriz... *¡Él había visto eso antes!* Se quedó congelado mientras el terror le invadía y la puerta se abría lenta, lentamente... dejando entrar... el horror...

Escuchó su propio grito, agudo y aterrado, el chillido de un niño asustado saliendo de la garganta de un hombre, justo en el momento anterior a que el mundo se hiciera borroso y se tornara negro.

Estaba de pie, tambaleándose, agarrándose las sienes con ambas manos. Elorie, muy pálida, le miraba, con el cristal caído sobre su regazo.

–Jeff, ¿qué viste? –susurró–. ¡Que Avarra y Evanda te protejan! ¡Nunca me imaginé un *shock* así! –Respiró profundamente–. ¡Ahora sé por qué murió esa mujer! Ella... –De repente, Elorie se tambaleó y se recostó contra la pared. Jeff se acercó para ayudarla, pero ella siguió hablando, sin advertirlo–: Sea lo que fuere lo que vio –y no soy émpata–, sea lo que fuere lo que te dejó mudo en la infancia, es evidente que esa pobre mujer recibió todo el impacto. Si tenía el corazón débil, casi seguro que se detuvo ¡literalmente asustado de morir por algo que tú viste hace más de un cuarto de siglo!

Jeff le tomó las manos.

–Olvidémonos del asunto. Es demasiado peligroso, Elorie. Ya he matado a una mujer. Puedo seguir viviendo sin saber nada de eso.

–No –dijo ella–. Creo que debemos saberlo. Ya ha habido demasiados misterios. Nadie sabe cómo murió Cleindori. Y Kennard que lo sabe ha jurado no decirlo. No creo que él la haya matado.

Kerwin la miró consternado: *eso* jamás se le había ocurrido.

–No. Apostaría mi vida por la honestidad de Kennard.

Y, pensó Kerwin, por el genuino afecto que sentía por ellos dos.

–Soy una Celadora entrenada; no hay peligro para mí. Y estoy tan ansiosa como tú por saber. Pero espera, dame *tu* matriz –agregó–. Era la de Cleindori. Empecemos con otra cosa. Dijiste que sólo tenías muy pocos recuerdos de antes del orfanato. Tratemos de volver a ellos.

Miró dentro de la matriz de Kerwin. Como siempre que se hallaba en manos de una Celadora, Jeff sólo sintió el leve entrelazamiento de la conciencia de Elorie con la suya. Cerró los ojos, recordando.

La luz de la matriz se hizo más brillante. Hubo colores, una bruma que se arremolinaba, un faro azul que brillaba en alguna parte, un edificio bajo deslumbrantemente blanco sobre la costa de un extraño lago que no era de agua, la sombra de un perfume y una voz grave y musical que cantaba una vieja canción. Kerwin supo, con un escalofrío de excitación, que esa voz era la voz de su madre, Cleindori, Dorilys de Arilinn, Celadora renegada, que cantaba una nana al niño que nunca debería haber nacido.

Envuelto en una capa de piel, iba a través de largos corredores en brazos de un hombre de resplandeciente pelo rojo. No era el rostro de Jefferson Kerwin, que le resultaba familiar

por los retratos que había visto en Terra; Kerwin advirtió, en ese extraño rincón alienado de su mente que era su yo adulto, que estaba mirando el rostro de su padre.

¿Pero de quién soy hijo, entonces?

Vio brevemente, como un destello, el rostro de Kennard, más joven, sin arrugas, un rostro alegre y entusiasta.

Otras imágenes iban y venían: se vio jugando en un patio embaldosado entre plantas y arbustos florecidos, con dos niños más pequeños, parecidos como si fueran mellizos, salvo que uno tenía el pelo rojo de su casta, igual al de él, y el otro era pequeño, oscuro y moreno. Había un hombre grande y robusto con ropas oscuras, que les hablaba con un acento extraño, que los trataba con rudo cariño y a quien los mellizos llamaban padre. Jeff le llamaba con una palabra muy parecida que significaba, en el dialecto montañés, padre adoptivo o tío, tal como llamaba a Kennard. El Jeff Kerwin adulto sintió que se le erizaban los pelos cuando supo que estaba mirando el rostro del hombre cuyo nombre llevaba; no era parecido a los retratos que había en la casa de sus abuelos, pero éste era el otro Jeff Kerwin.

Más borrosas eran las imágenes de la mujer rubia, más rubia que de pelo cobrizo, de otra mujer cuyo cabello era oscuro con reflejos rojos bajo el sol, de las montañas dentadas de más allá del castillo y de una vieja y alta torre.

Pero ése es el castillo Ardais, es mi hogar... ¿Cómo llegaste a estar allí, Jeff? Kennard y mi hermanastro Dyan eran bredin; *pasaban mucho tiempo juntos en la juventud... ¿Te criaron en los Hellers, entonces? Y ésa es la muralla del castillo Storn...*

¿Cómo fue posible que llegaras a los Hellers, más allá de los Siete Dominios? ¿Acaso Cleindori se refugió allí cuando huyó de la Torre? Me pregunto qué sabrá mi hermano Dyan de todo esto... ¿O habrá sido simplemente que como mi padre estaba loco no podía delatarlos?

Los recuerdos siguieron, Kerwin advirtió que se le ahogaba la respiración, que se aproximaba al punto peligroso, sintió que la sangre le latía con fuerza en los oídos. De repente hubo un resplandor de luz azul, y una mujer apareció ante él, una mujer alta, esbelta y joven, aunque no ya en la primera juventud. Él supo que estaba viendo a su madre. ¿Por qué nunca había podido recordar su rostro hasta este momento? Llevaba puesto un vestido carmesí de curioso corte, el vestido que Elorie había dejado para siempre, el atavío ceremonial de una Celadora de Arilinn. Pero, mientras él la miraba, el vestido se rasgó y desapareció, para dejarla de pie ante él vestida con la falda de tartán de todos los días y una túnica blanca bordada con un diseño de mariposas que ella llevaba a diario. Jeff podía recordar incluso la textura de la tela.

¿Por qué Elorie no la veía?

–Madre –dijo él en un susurro–, creí que estabas muerta.

Entonces advirtió que su voz era la de un niño. Después supo que ella no estaba allí, que era su imagen lo que veía, la imagen de una mujer muerta muchos, muchos años atrás, y sintió que las lágrimas se apiñaban en su garganta y le ahogaban, las lágrimas que nunca había podido derramar antes.

Mi madre. Y murió de manera horrible, asesinada por fanáticos...

Pero escuchó su voz perturbada, desesperada, apenada.

¿Cómo puedo hacerle esto a mi hijo? Mi hijo, mi pequeño, es demasiado joven para soportar tanta carga, demasiado joven para la matriz. Sin embargo... ya hemos escapado dos veces de la muerte por muy poco. Tarde o temprano... ¡me atraparán y me matarán esos fanáticos que creen que la virginidad de una Celadora es más importante que sus poderes! Aun cuando les haya demostrado lo que puedo hacer...

Otra voz, la voz de un hombre, profunda y suave, resonó dentro de la cabeza de Kerwin:

¿Esperabas otra cosa de Arilinn, mi Cleindori?

De alguna manera, a través de las percepciones y la memoria de su madre, Kerwin vio, como niño y como hombre, con una extraña doble visión, el rostro del que hablaba: un hombre anciano, encorvado por la edad, con un rostro remoto y erudito, pelo plateado y ojos notablemente bondadosos... pero amargos.

Expulsaron a Calista, aunque les demostró lo mismo que has tratado de demostrarles tú.

Padre, ¿tan necios son los de Arilinn?

Fue un grito desesperado.

Mira, aquí está mi hijo, que lleva tu nombre, Damon Aillard; ellos no vacilarán en matarme, lo mismo que a Lewis y a Cassilda; matarán a Jeff y a Andrés y a Kennard y a todos nosotros... ¡Hasta a los hijitos de Cassilda y a la hija que le dará a Jeff este verano! Padre, padre, ¿qué puedo hacer? ¿He atraído la muerte sobre todos ellos? Nunca quise hacer daño; les hubiera dado nuevas leyes, hubiera acabado con las crueles leyes de Arilinn, para que las mujeres pudieran vivir felices, para que los hombres y mujeres de Arilinn no necesitaran entregarse a una muerte en vida... ¡y no quisieron escuchar, aunque les hablaba la Celadora de Arilinn! La Ley de Arilinn dice que la palabra de su Celadora es ley. Sin embargo, cuando quise establecer esta dispensa no quisieron escucharme y nos persiguieron, a mí y a Lewis, hasta que huimos. Padre, padre, ¿cómo pude estar tan equivocada? Ya han matado al padre de mi hijo y sé que no se detendrán hasta haber matado al último niño de la Torre Prohibida. ¿No hay manera de salvarlos?

Por un doloroso momento, Kerwin compartió los pensamientos de Damon Ridenow; todos ellos, todos los que habían trabajado dentro de los muros de lo que todavía llamaban desafiantes la Torre Prohibida, habían recibido una sentencia de muerte, que tarde o temprano caería sobre todos ellos.

Percibió el dolor con el que habló Damon.

No hay manera de razonar con fanáticos, Cleindori. La razón y la justicia te dicen que una Celadora es responsable ante su propia conciencia, pero ellos son inmunes a la razón y a la justicia. No eres una operaria de matriz, no te quieren en Arilinn como Celadora porque seas operaria de matriz, te quieren allí como virgen sagrada, como sacrificio por sus propias culpas y miedos. No creo que la fuerza de la razón tenga algún poder para enfrentar el fanatismo y la ciega superstición, Cleindori.

¡Padre, tú me criaste para que creyera en la razón!

Me equivoqué. Oh, querida, me equivoqué.

Después Kerwin escuchó la resolución.

Podría ocultarme para siempre y estar a salvo, podría ocultarme entre los terranos, pero, si debo morir, y sé que tarde o temprano debo morir, iré a Thendara y enseñaré a otros el trabajo que aprendí a hacer. Tú has entrenado a muchos operarios de matriz. Yo enseñaré a otros. Pueden matarme, es cierto, pero no pueden ocultar para siempre lo que he aprendido y lo que he enseñado. Habrá operarios de matriz fuera de las Torres. Cuando la Torre de Arilinn se desmorone hasta las ruinas de su odio y de la muerte en vida de las almas de los hombres y mujeres que viven allí, ciegos a la justicia y a la verdad, habrá otros para que las viejas ciencias de matriz de Darkover nunca mueran. Dime adiós, padre, y bendice a mi hijo, pues sé que nunca volveremos a vernos.

Te matarán, Cleindori. Oh, hija mía, mi campanilla dorada, ¿también debo perderte a ti?

Tarde o temprano, todos los que nacen en esta tierra deben morir. Bendíceme, padre, y bendice a mi hijo.

Kerwin, a través de su extraña conciencia dividida, doble, sintió la mano de Damon en su cabeza.

Tienes mi bendición, querida. Y también tú, pequeño, en quien renacen mi nombre y mi propia infancia.

Después, su conciencia fue engullida en la ciénaga de la angustia, mientras padre e hija se separaban por última vez.

Kerwin, atrapado en el recuerdo, notó que las lágrimas caían por sus mejillas; estaba atrapado en la matriz, atrapado en el recuerdo que Cleindori había impreso en su hijo, en contra de su voluntad, pues era demasiado joven, pero sabiendo que de todas maneras había que conservar algún registro para que lo que le había ocurrido, su muerte, no quedara oculta.

El tiempo había pasado. No sabía cuántos días y noches había vivido en ese cuarto clandestino, cuántas personas habían entrado y salido en secreto de la casa de Thendara en la que se realizaba la enseñanza, conducida por Cleindori y por la buena mujer a la que él llamaba madre adoptiva, cuyo nombre era Cassilda, la madre de Auster y Ragan, que eran sus compañeros de juego. Él sabía, con esa vaguedad con que los niños saben las cosas, que Cassilda pronto les daría una hermanita. Ya llamaban a la niña, aún no nacida, Dorilys, el mismo nombre que su propia madre, pues Cassilda decía que era un buen nombre para una rebelde.

–¡Ojalá produzca una tormenta en los Hellers, como lo hizo su tocaya años atrás! Pues algún día será nuestra Celadora –había prometido Cassilda.

Ellos tenían que jugar silenciosamente, pues nadie debía saber que vivía gente aquí, decía su madre. Jeff y Andrés, que iban y venían del espaciopuerto, les traían comida, ropa y todo lo que necesitaban. Una vez él había preguntado por qué no estaba con ellos su padre adoptivo Kennard.

–Porque muchos podrían descubrirlo, Damon. Está tratando de conseguirnos una amnistía en el Concejo, pero es una tarea larga y no tiene la atención de Hastur –le había respondido su madre.

Él no sabía bien qué era la amnistía, pero sí que era muy importante, pues su padre adoptivo Arnad no hablaba de otra cosa.

Nunca preguntaba por su padre; sabía vagamente que se había marchado a luchar y que no regresaría. Valdir, Lord Alton y Damon Ridenow, el antiguo Regente de Alton, luchaban con el Concejo. La mente infantil de Jeff se preguntaba si se estarían batiendo a duelo con espadas y cuchillos en la cámara del Concejo y con cuántas personas deberían combatir antes de que él, su madre y todos ellos pudieran volver a casa.

Y entonces...

Jeff sintió que su corazón latía con violencia, que respiraba con dificultad, y supo que se avecinaba la hora que nunca había podido recordar, el terror que había borrado su mente y su memoria.

De pronto, mientras rechazaba ese recuerdo con terror, y sentía la inflexible voluntad de Elorie que actuaba a través de la matriz, se convirtió en su propio yo infantil; tenía cinco años y jugaba sobre la alfombra en el cuarto pequeño y abarrotado, con una nave espacial de juguete en las manos...

El hombre alto con ropas terranas se puso de pie, haciendo caer de sus manos la nave de juguete. Los tres empezaron a pelear por ella, pero Jeff Kerwin los acalló con un gesto.

–Muchachos, muchachos, silencio, no debéis hacer tanto ruido. Ya lo sabéis –les advirtió en un susurro.

–Es difícil mantenerlos tan silenciosos –dijo Cassilda en voz baja. Estaba pesada y torpe. Jeff Kerwin se acercó y la hizo sentar antes de decirle:

–Lo sé. No deberían estar aquí, deberíamos enviarlos a algún lugar a salvo.

–¡Para ellos no hay seguridad! –replicó Cassilda y suspiró.

Los mellizos jugaban ahora con la nave espacial. El niño Damon, que un día sería llamado Jeff Kerwin, se arrodilló un poco lejos de los otros, con los ojos fijos en su madre que estaba de pie detrás de la matriz colocada en el canasto.

–Cleindori, ya te he dicho lo que deberías hacer –dijo Kerwin, con ternura en su mirada–. Me he ofrecido a encontrar seguridad para todos en el Imperio. No necesitas decirles más que lo que quieras que sepan; pero incluso por eso se sentirán más que agradecidos y te enviarán a ti y a los niños a algún lugar seguro en el mundo que prefieras.

–¿Debo marcharme al exilio porque algunos necios y fanáticos corean y gritan estribillos en las calles de Thendara? –preguntó Cassilda, cubriéndose el cuerpo embarazado con las manos, como para proteger a la criatura que llevaba allí–. Los necios y los fanáticos pueden ser más peligrosos que los hombres sabios. No tengo miedo de Hastur, ni el Concejo. Hasta la misma gente de Arilinn... puede despreciarnos, pero no hacernos daño; no más del que Leonie le hizo a Damon, después del duelo que le dio derecho a él a conservar la Torre Prohibida. Pero sí tengo miedo de los fanáticos, de los conservadores que quieren que todo, incluidos Arilinn y Hali, siga como era en los tiempos de nuestros abuelos. No puedo ir a Terra hasta que no haya nacido mi hija, y los niños son demasiado pequeños para los viajes espaciales. Pero creo que tu deberías ir, Cleindori. Deja a tu niño al cuidado de los terranos y vete. Yo pediré la protección del Concejo; estoy segura de que me aceptarán en Neskaya.

–Oh, que Evanda y Avarra te protejan –dijo Cleindori con desesperación, mirando a su hermanastra–. Te pongo en peligro con el solo hecho de quedarme, ¿verdad? No eres Celadora, Cassie, y puedes ir donde quieras y vivir como quieras; yo soy la renegada que está bajo sentencia de muerte desde el momento que me erguí ante ellos y proclamé que les había tomado el pelo a todos. ¡Que Lewis y yo habíamos sido amantes durante más de un año y sin embargo yo había continuado trabajando como Celadora de su preciosa Arilinn! Lewis... –su voz se quebró–. Lo amaba... ¡Y él murió por mi amor! Kennard debería odiarme por eso y no obstante sigue luchando por mí en el Concejo...

–La muerte de Lewis Lanart-Alton ha convertido a Kennard en Heredero de Alton, Cleindori –repuso Jeff cínicamente.

–¿Y a pesar de ello quieres que pida la protección del Concejo, de Lord Hastur que me ha llamado cosas abominables? Aunque lo haré si todos me lo pedís. ¿Jeff? ¿Cassie? ¿Arnad?

El hombre alto, con capa verde y oro se acercó a Cleindori por detrás y la rodeó con sus brazos, riéndose.

–¡Si alguno de nosotros concibiera esos pensamientos, tendría vergüenza de manifestarlo ante ti, Campanilla Dorada! Pero creo que debemos ser realistas.

–Créeme –dijo el terrano– que preferiría desafiarlos a todos, al menos hasta que el Concejo haya llegado a una decisión, pero me parece que Cassilda debería ir a Neskaya, o al menos al castillo Comyn, hasta que nazca la criatura; ningún asesino podrá alcanzarla allí. El Concejo podrá desaprobarla, pero la protegerán físicamente. Ella no está sentenciada a muerte.

–Salvo –puntualizó Cassilda– por haberle dado hijos a los despreciables terranos.

Esbozó un gesto sarcástico.

–No eres la primera –intervino Arnad–, ni tampoco serás la última. Ya se han producido unos cuantos matrimonios mixtos. A nadie le molesta, creo, salvo a los fanáticos. Y tu, Cleindori, debes irte, deja a tu niño con los terranos, que lo protegerán. Ni siquiera en el castillo Comyn el niño de una Celadora renegada estaría a salvo del cuchillo asesino. Pero los terranos sin duda lo protegerán.

La boca de Cleindori se plegó en una sonrisa.

–¿Y qué impulsaría a los terranos a dar refugio al hijo de una Celadora renegada y del difunto heredero de Alton? ¿Qué significa el niño para ellos?

–¿Cómo se van a enterar de que *no* es mi hijo? –preguntó Kerwin–. Los terranos no tienen tus elaborados métodos de monitoreo, el niño me llama *padre adoptivo,* y no hay en Darkover lingüistas lo bastante expertos como para reconocer la diferencia. Estoy legalmente autorizado a criar a mi hijo en el Orfanato de Hombres del Espacio; incluso aunque creyera que la madre de mi hijo no es adecuada para criarlo ellos le recibirían allí. –Se acercó y tocó a Cleindori en el hombro, con un gesto de enorme ternura–. Te lo ruego, *breda,* déjame hacerlo y enviarte a Terra para que pases uno o dos años en otro mundo; después podrás volver a enseñar abiertamente lo que ahora enseñas en secreto. Valdir y Damon ya han logrado persuadir a los Mayores de la Ciudad para que den licencia a los mecánicos de matrices como profesionales y están trabajando en Thendara y en Neskaya; algún día trabajarán también en Arilinn. Al Concejo no le gusta, pero, como dice el proverbio, *la voluntad de Hastur es la voluntad de Hastur, pero no la ley del país.* Déjame hacer esto por ti, *breda.* Déjame enviarte a Terra.

Cleindori bajó la cabeza.

–Como quieras, si a todos les parece que es mejor. ¿Tú irás a Neskaya, entonces, Cassie? ¿Y tú, Arnad?

–Estoy tentado de irme contigo a Terra –dijo con tono desafiante el pelirrojo vestido de verde y oro–. Pero, si te marchas bajo la protección de Jeff, no sería prudente... Supongo que tendrá que decir que eres su esposa.

Cleindori se encogió de hombros.

–¿Qué puede importarme lo que figure en los registros terranos? Viven dentro de computadoras y creen que porque sus registros dicen una cosa ya es cierta. ¿Qué puede importarme?

–Iré ahora a hacer los arreglos –anunció Jeff–. Pero, ¿estaréis a salvo aquí? No estoy seguro...

Arnad le tranquilizó con un gesto arrogante, dejando caer una mano sobre la empuñadura de su espada:

–Tengo ésta... ¡Yo les protegeré!

Cuando Kerwin se marchó, el tiempo pareció arrastrarse interminablemente. Cassilda puso a los mellizos a dormir en un rincón con cortinas. Arnad caminaba de un lado a otro con inquietud, mientras su mano caía de tanto en tanto sobre la empuñadura de la espada. El niño Damon, olvidado, estaba arrodillado en la alfombra, esperando, lleno de la aprensión que le transmitían los adultos que le rodeaban.

–Jeff ya debería estar de regreso... –dijo por fin Cleindori.

–Silencio –pidió Cassilda con tono urgente–. ¿Has oído...? Silencio. ¿Hay alguien en la calle?

–No he oído nada –respondió Cleindori con impaciencia–. ¡Pero temo que pueda haberle ocurrido algo a Jeff! Ayúdame, Arnad.

Extrajo la matriz de su pecho y la colocó sobre la mesa. El niño se acercó de puntillas, observando con fascinación. Su madre le había hecho mirar en la matriz con gran frecuencia últimamente, y no sabía por qué. Arnad había dicho que él era demasiado pequeño y que podía hacerle daño, pero él intuía que por algún motivo su madre quería que fuera capaz de manejar y tocar la matriz que ninguna persona había podido tocar, ni siquiera su padre, ni ninguno de sus padres adoptivos.

Se acercó más al centro del círculo centelleante, reflejado en los rostros inclinados sobre la matriz; un tenue sonido le distrajo; se volvió para mirar, invadido por un terror creciente, y vio el picaporte de la puerta que se movía...

Chilló, y Arnad se dio la vuelta un instante tarde. La puerta se abrió repentinamente y la habitación se llenó de formas encapuchadas y enmascaradas; un cuchillo mortal voló por el aire y se clavó en la espalda de Arnad, quien cayó con un grito ahogado. Escuchó gritar a

Cassilda y la vio caer. Cleindori se agachó, tomó el cuchillo de Arnad y luchó contra uno de los enmascarados. El niño corrió, chillando, luchando, golpeando a las formas oscuras con sus puñitos, mordiendo, pateando y arañando como un pequeño animal salvaje, enfurecido. Arañando y pateando, subió por la espalda de uno de los hombres, prorrumpiendo en terribles amenazas entre los sollozos.

–¡Deja en paz a mi madre! ¡Déjala y pelea como un hombre, cobarde!

Cleindori gritó y se desasió del hombre que la sujetaba. Estrechó a Damon contra su pecho, muy fuerte, y él sintió su terror como una agonía física reflejada en un gran resplandor azul, como el de la matriz...

Hubo un instante de enceguecedor contacto telepático, y el niño supo, en agonía, qué habían hecho exactamente y conoció cada instante de la vida de Cleindori cuando toda la vida de su madre pasó como un rápido destello ante sus ojos...

Las rudas manos le atraparon, le arrojaron por el aire y se golpeó la cabeza, con fuerza, contra el suelo de piedra. El dolor estalló dentro de él y se quedó tendido, inmóvil, escuchando una voz que gritaba mientras él caía en la oscuridad:

¡Dile al bárbaro que no regresará nunca a las llanuras de Arilinn! ¡Que la Torre Prohibida está destruida y sus últimos hijos yacen muertos, hasta los no nacidos, y que así trataremos a los renegados hasta el último día!

Una agonía insoportable, increíble, le clavó un cuchillo en el corazón; después, piadosamente, el contacto telepático se cortó, la habitación quedó a oscuras y el mundo entero se desvaneció en la oscuridad.

Hubo golpes en la puerta. El niño que yacía inconsciente en el suelo se agitó y gimió, preguntándose si sería su padre adoptivo, pero sólo sentía extrañeza, sólo veía oscuridad y hombres desconocidos que irrumpían en la habitación.

¡Han vuelto para matarme!

La memoria lo inundó como si fuera un conejo atrapado. Se puso sus pequeños dedos sobre la boca, reptó penosamente hasta hallarse debajo de la mesa y se ocultó.

Los golpes en la puerta se hicieron más fuertes, hasta que se abrió con fuerza. El niño aterrado, oculto bajo la mesa, escuchó pasos de pesadas botas y percibió la consternación de las mentes de los hombres que sostenían una lámpara en alto y veían la carnicería que se había cometido dentro de la habitación.

–¡Que Avarra sea misericordioso! –masculló una voz de hombre–. Llegamos tarde, a pesar de todo. ¡Esos fanáticos asesinos!

–Te dije que deberíamos haber apelado directamente a Lord Hastur antes de que esto ocurriera, Cadete Ardais –replicó otra voz, vagamente familiar para el niño escondido debajo de la mesa, pero que de todos modos tenía miedo de moverse o de gritar–. ¡Temía que llegaran a esto! ¡Que Naotalba me retuerza el pie, pero nunca adiviné que sería un asesinato!

Un puño se estrelló sobre la mesa en un gesto de impotente ira.

–Tendría que haberlo imaginado –volvió a hablar la primera voz, una voz áspera pero de algún modo musical– cuando me dijeron que el viejo Lord Damon había muerto, junto con Dom Ann'dra y los demás. Un incendio, dijeron... Me pregunto qué manos lo prendieron...

Ante la desesperada ira contenida en esa voz, el niño oculto empezó a llorar y se tapó la boca con más fuerza para ahogar los sollozos.

–Lord Arnad –dijo la voz– y la dama Cassilda, con un embarazo tan adelantado que se hubiera podido creer que incluso esos fanáticos asesinos se compadecerían de ella. Y... –su voz se quebró– mi pariente Cleindori. Ella sabía que estaba bajo sentencia de muerte, incluso de Arilinn, pero había esperado que los Hastur la protegieran. –Hubo un suspiro prolongado y

profundo. El niño escuchó que el hombre se movía y que corría la cortina de la alcoba–. ¡En nombre de Zandru, niños!

–¿Pero dónde está el terrano? –preguntó uno de los hombres–. Se lo habrán llevado con vida para torturarlo, probablemente. Estos deben de ser los hijos de Cassilda y Arnad. Mira, uno de ellos tiene pelo rojo. Al menos esos bastardos fanáticos han tenido la decencia suficiente como para no hacer daño a los pobres mocosos.

–Lo más probable es que no los hayan visto –le replicó el primer hombre–. Y si averiguan que han quedado con vida... Bien, tú sabes tan bien como yo lo que ocurrirá, Lord Dyan.

–Tienes razón... para mayor vergüenza de todos nosotros –dijo el hombre al que el otro había llamado Lord Dyan, frunciendo el ceño–. ¡Dioses! ¡Si al menos pudiéramos encontrar a Kennard! Pero ni siquiera se encuentra en la ciudad, ¿verdad?

–No, fue a apelar a Hali –respondió el primer hombre.

Siguió un prolongado silencio, hasta que por fin habló Lord Dyan:

–Kennard tiene una casa aquí en Thendara. Si Lady Caitlin está allí, ¿querrá albergar a los niños hasta que Kennard regrese y pueda hablar con Hastur en su nombre? Tú eres el hombre juramentado de Kennard y conoces a Lady Caitlin mejor que yo, Andrés.

–Yo no le pediría ningún favor a Lady Caitlin, Lord Dyan –dijo Andrés con lentitud–. Se vuelve más agria a medida que pasan los años y se siente cada vez más segura de su esterilidad; sabe bien que Kennard algún día deberá dejarla de lado y engendrar hijos en otra parte, por lo que cualquier niño que le pidamos que cobije en nombre de Kennard... Bien, sin duda creerá que son bastardos de Kennard y no moverá un dedo para protegerlos. Además, si los asesinos irrumpen en la casa de Kennard, también podrían asesinar a Lady Caitlin...

–Lo que no sería una pena para Kennard, me parece –repuso Lord Dyan, pero Andrés soltó una exclamación horrorizada.

–No obstante, como hombre juramentado de Kennard, Lord Dyan, estoy comprometido también a protegerla a ella; él tal vez no ame a su esposa, pero la honra como la ley indica; y yo no me atrevo a ponerla en peligro con la presencia de estos niños. No. Con tu permiso, Lord Dyan, los llevaré con los terranos y allí encontraré refugio para ellos. Después, cuando se haya desvanecido el recuerdo de todos estos tumultos, Kennard puede apelar ante Hastur para conseguirles una amnistía.

–Rápido –dijo Lord Dyan–. Viene alguien. Trae los niños y mantenlos callados. Aquí tienes. Envuelve al más pequeño con esta manta... Vamos, ahora, pequeño pelirrojo, estáte callado.

Damon se arrastró hasta el borde de la mesa, oculto en las sombras, y vio a los dos hombres, uno de ellos con ropas terranas y el otro con el uniforme verde y negro de la Guardia de la Ciudad, que envolvían a sus compañeritos de juego con mantas y se los llevaban. El cuarto volvió a oscurecerse a su alrededor...

Entonces se escuchó un terrible grito de angustia y Jeff Kerwin apareció en la habitación. Se tambaleaba, tenía la ropa desgarrada y rota y el rostro cubierto de sangre. El niño oculto bajo la mesa sintió que algo se quebraba en su interior, un dolor terrible; quería gritar y gritar, pero sólo podía jadear. Hizo a un lado el mantel, salió a trompicones a la habitación y escuchó el grito de pesar de Kerwin mientras su padre adoptivo lo alzaba en sus fuertes brazos.

Estaba envuelto en una manta abrigada. La nieve le caía sobre el rostro. Estaba empapado y dolorido y podía sentir también el dolor de la nariz rota de su padre adoptivo. Trató de hablar pero no consiguió que la voz le obedeciera. Al cabo de un largo tiempo de sacudidas de dolor y frío, se encontró en una habitación cálida, donde unas manos amables le

daban leche tibia con una cuchara. Abrió los ojos y gimió, mirando el rostro de su padre adoptivo.

–Bueno, bueno, pequeño –dijo la mujer que le estaba alimentando–. Otra cucharada; ahora, sólo una pequeñita. Así me gusta, muchacho valiente... No creo que tenga fractura de cráneo, Jeff; no sangra dentro del cráneo; lo monitoreé. Simplemente está magullado y golpeado. ¡Esos lunáticos lo deben haber creído muerto! ¡Demonios asesinos, tratar de matar a un niño de cinco años!

–Han matado a mis pequeños y se han llevado sus cuerpos a algún lado; probablemente los hayan arrojado al río –explicó su padre adoptivo, con mirada terrible–. También habrían matado a éste, Magda, si no hubieran creído que estaba muerto. Han matado a Cassilda y a la niña no nacida con ella... ¡Bestias, bestias!

–¿Has visto morir a tu madre, Damon? –preguntó la mujer con suavidad.

Pero aunque éste sabía que le estaba hablando a él, no podía responder. Se debatía para hablar, aterrado, pero no podía pronunciar una palabra que traspasara el terror. Le parecía que un puño le atenazaba la garganta.

–Asustado hasta la locura. No me extraña, si los ha visto morir a todos –dijo Kerwin con amargura–. ¡Sólo Dios sabe si recuperará el sentido alguna vez! No ha dicho una palabra y se ha mojado y ensuciado encima, muchacho grande como es, antes de que le encontrara. Mis hijos muertos y el hijo de Cleindori convertido en un idiota... ¡Ésa es nuestra cosecha después de siete años de trabajo!

–Tal vez no sea tan malo –replicó suavemente Magda–. ¿Qué harás ahora, Jeff?

–Dios sabe. Quería mantenerme lejos de las autoridades terranas hasta que pudiéramos establecer nuestras propias condiciones... Kennard, Andrés, el joven Montray y yo. Sabes para qué estábamos trabajando: para llevar a cabo lo que Damon y los otros habían empezado.

–Lo sé. –La mujer acunó al niño–. El pequeño Damon es todo lo que queda. La madre de Cleindori y yo fuimos *bredin,* hermanas de juramento, cuando éramos jóvenes. Ahora todos han desaparecido. ¿Por qué habría de quedarme aquí? –Sus ojos reflejaban pena–. Sé que lo intentaste, Jeff. También yo intenté ayudar a Cleindori, pero ella no quiso recurrir a mí. Aunque si había accedido a salir del planeta...

–Era un día más tarde de la cuenta –dijo Kerwin con dolor–. ¡Si hubiera logrado persuadirla un sólo día antes!

–No tiene sentido lamentarse –repuso Magda–. Me quedaría yo misma con el niño, pero podrían trasladarme de Darkover en cualquier momento y es demasiado pequeño para viajar en las Grandes Naves, aun drogado...

–Lo llevaré al Orfanato de Hombres del Espacio –afirmó Kerwin–. Le debo eso a Cleindori, al menos. Y cuando logre encontrar a Kennard –creo que Andrés está en alguna parte de la ciudad, y lo buscaré y le preguntaré adónde ha ido Kennard–, entonces, tal vez se pueda hacer algo por el niño. Mientras tanto, estará a salvo con los terranos.

La mujer asintió y con suavidad acarició la dolorida cabeza de Damon, estrechándolo en un último abrazo. Al enredarse su mano en la cadena que el niño llevaba al cuello, Magda soltó una exclamación consternada.

–¡La matriz! ¡La matriz de Cleindori! ¿Por qué no murió con ella, Jeff?

–No lo sé –respondió Kerwin–. Pero todavía estaba viva. Y aunque el niño no hablaba, sin embargo tuvo la reacción de tomarla. Supongo que ella le había dejado jugar con la matriz, tocarla, y que de alguna manera se ha sintonizado rústicamente con la piedra y que la ha sentido morir a través de ella... Eso justificaría el estado en el que se halla el niño –dijo con pesar–. Está a salvo allí, colgada del cuello de un niño idiota. No podrán quitársela sin matarlo. Serán amables con él. Tal vez puedan enseñarle algo, tarde o temprano.

Después volvió el frío, en brazos de su padre adoptivo. Cada paso le sacudía las costillas rotas mientras lo llevaban bajo la lluvia y el cierzo a través de las calles de Thendara...

Y luego desapareció; no estaba en ninguna parte, en nada...

Se encontraba de pie, pálido y tembloroso, con lágrimas en el rostro, en su cuarto de hotel de Thendara, todavía temblando con terror infantil. Elorie le miraba. Ella también lloraba. Jeff se debatió por hablar, pero su voz no le obedeció. Por supuesto que no, no podía pronunciar ni una palabra, *nunca volvería a hablar*...

–Jeff –le dijo Elorie rápidamente–. Estás aquí. ¡Jeff, Jeff, vuelve al presente! *¡Vuelve al presente!* ¡Eso ocurrió hace veinticinco años!

Jeff se llevó una mano a la garganta. Tenía la voz pastosa, pero pudo hablar.

–De modo que eso era –susurró–. Los vi morir a todos. Asesinados. Y... y no soy Jeff Kerwin. Mi nombre es Damon. Y Kerwin no era mi padre; era el amigo de mi padre. Cuidó a su hijo..., pero yo no soy Jeff Kerwin. *¡No soy en absoluto terrano!*

–No –confirmó Elorie en un susurro–. ¡Tu padre era el hermano mayor de Kennard! Por derecho propio, tú y no Kennard eres el Heredero de Alton. ¡*Y Kennard lo sabe*! Podrías desplazar a los mestizos de Kennard. ¿Tal vez por eso no habló en tu nombre, al final? Te ama. Pero ama a los hijos de su segunda esposa terrana más que a nada en el mundo. Más que a Arilinn. Más, creo yo, que a su propio honor...

Jeff soltó una carcajada breve y dura.

–Soy un bastardo y el hijo de una Celadora renegada. Dudo de que me quieran como Heredero de Alton ni como cualquier otra cosa. Kennard puede dejar de preocuparse. Si es que alguna vez lo hizo.

–Y aún queda la última complicación de este fárrago de identidades confundidas –dijo Elorie–. Los hijos de Cassilda fueron llevados al Orfanato de los Hombres del Espacio... Conozco al hombre de Kennard, Andrés. Lord Dyan... es mi hermanastro, Jeff. No sabía que conocía a Auster. Pero debe de haberlo sabido, y por eso insistió en sacar a Auster del orfanato; debe de haber pensado que era el hijo de Cassilda y de Arnad Ridenow, a causa de su pelo rojo.

–Que Dios nos ayude a todos –exclamó Jeff–. No es raro que Auster creyera haber reconocido a Ragan... ¡Son hermanos mellizos! No se parecen demasiado, pero son hermanos mellizos...

–Y los terranos usaron a Ragan para espiar al Comyn –explicó Elorie–. Pues el vínculo telepático entre mellizos es el más fuerte que existe... ¡Era Auster, no tú, la bomba de relojería infiltrada por los terranos! Conocían lo del vínculo telepático entre mellizos. De modo que devolvieron a Auster y se quedaron con Ragan, vinculado a la mente del hermano, para espiar a través de Auster. ¡Incluso después de que fuera a Arilinn!

–Y Jeff Kerwin me llevó al Orfanato de Hombres del Espacio, y me registró allí como hijo suyo. Después, Dios lo sabrá, seguramente también fue asesinado.

–Es extraño y triste –dijo Elorie– que, cuando ha habido niños en peligro, ambas facciones hayan advertido que estarían más seguros con los terranos. Como nuestras leyes de disputa de sangre son inexorables, los fanáticos sentían que debían exterminar la Torre Prohibida por completo, incluyendo a los niños y a los que todavía no habían nacido.

–Yo viví en Terra –repuso Jeff–. Casi todos son buenas personas. Y es verdad que son menos proclives a involucrar a los niños en los asuntos de los adultos, o a cargar los pecados de los padres a los hijos.

Quedó en silencio. La idea de que era un terrano, un exiliado, había sido siempre parte de su existencia. Y ahora, legalmente, *era terrano*... ¡y estaba bajo sentencia de deportación por parte del Imperio terrano!

–Pero no soy terrano –exclamó–. No soy nada de Jeff Kerwin. No tengo una gota de sangre terrana. Ni siquiera me llamo Kerwin. ¿Cuál sería mi nombre?

–Damon –le dijo ella–, Damon Aillard, ya que los hijos toman el nombre del progenitor de mayor rango y los Aillard tienen un rango más alto en el Comyn que los Alton; del mismo modo nuestros hijos, si alguna vez los tenemos, serían Ardais en vez de Aillard... Sólo si te casaras con una Ridenow o con una plebeya tus hijos serían Alton. Pero según la costumbre terrana te llamarían Damon Lanart-Alton, ¿verdad? Ellos usan el apellido del padre, y tú fuiste educado así. –De repente se puso muy pálida–. ¡Jeff, tenemos que advertir a Arilinn!

–No comprendo, Elorie.

–Pueden intentar la operación minera –aunque creo que estarían locos si lo intentaran sin Celadora–, ¡y Auster sigue mentalmente conectado con Ragan, el espía, y no lo sabe!

Un frío helado invadió el corazón de Jeff.

–Mi amor, ¿cómo podemos advertirlos? –inquirió–. Aunque estuviéramos en deuda con ellos –y recuerda que nos expulsaron y te insultaron horriblemente–, Arilinn está allá y nosotros *aquí.* Aunque pudiéramos salir de la Zona terrana –y recuerda que yo estoy bajo arresto domiciliario–, dudo que pudiéramos *contactar* con Arilinn. Salvo, tal vez, telepáticamente. Puedes intentarlo si lo deseas.

Ella negó con la cabeza.

–¿Contactar con Arilinn desde Thendara sin ayuda? No sin una de las pantallas especiales de comunicación –agregó–. No con mi matriz tan sólo. No... –vaciló y se sonrojó– no ahora. En algún momento, como Celadora de Arilinn, podría haberlo hecho. Pero no ahora.

–¡Entonces no te preocupes por ellos! ¡Déjalos que corran sus propios riesgos!

Elorie volvió a menear la cabeza.

–Arilinn me entrenó, Arilinn me hizo lo que soy. No puedo dejar de preocuparme por lo que le ocurra a mi círculo. Hay una pantalla de comunicación en el castillo Comyn de Thendara. Puedo contactar a través de *ésa.*

–Bien –dijo Kerwin con sonrisa sardónica–. Ya lo veo. Tú, la Celadora expulsada de Arilinn, y yo, el terrano bajo sentencia de deportación, caminando hasta el castillo Comyn y pidiendo con toda cortesía que nos dejen usar la pantalla de comunicación que tienen allí.

Elorie agachó la cabeza.

–No seas cruel, Jeff. Sé perfectamente bien en qué situación nos hallamos. Pero el Concejo no se reunirá hasta el verano. En esta época nadie reside en el castillo Comyn, salvo el Regente, Lord Hastur. Lady Cassilda era amiga de mi madre. Y mi hermanastro, Lord Dyan, es oficial de la Guardia de la Ciudad. Creo... creo que él me ayudará a conseguir una audiencia con Lord Hastur.

–Si es tan buen amigo de Kennard –replicó Jeff–, probablemente le alegre verme muerto.

–Ama a Kennard, sí. Pero no aprueba su segundo matrimonio, ni a su esposa terrana, ni a sus hijos medio terranos. Tú, sin embargo, eres darkovano puro. Dyan quería servir en Arilinn; el Comyn significa mucho para él. Oí decir que iba a ir allí con Kennard cuando eran jóvenes, pero que lo probaron y lo encontraron... inadecuado. Creo... espero poder persuadirle de que me consiga una audiencia con Hastur. –Y agregó, con la boca apretada–: En todo caso apelaré a Lord Alton; Valdir Alton también amaba a su hijo mayor y, después de todo, eres el único hijo de su hijo mayor.

Jeff todavía no podía asumirlo. Lord Alton, el anciano que le había dado un abrazo de pariente, era en realidad su abuelo.

Pero no era conveniente que Elorie suplicara en su nombre.

–Arilinn se ha vuelto en nuestra contra. ¡Olvídalos, Elorie!

–Oh, Jeff, no –le rogó ella–. ¿Quieres que el Sindicato Pan-darkovano recurra a Terra y que Darkover se convierta tan sólo en una colonia terrana de segunda categoría?

Eso le conmovió. Darkover había sido su hogar, aun cuando se creyera hijo de terrano y ciudadano del Imperio. Ahora sabía que era *verdaderamente* darkovano; no tenía siquiera un mínimo derecho legal a llamarse terrano. Era Comyn por entero, un verdadero hijo de los Dominios.

–¿No te das cuenta? Oh, sé que es casi seguro que fracasen, sobre todo si lo intentan con un círculo de mecánico a cargo de Rannirl o si son lo suficientemente audaces como para intentarlo con una Celadora a medio entrenar –dijo ella–. Y me temo que eso es lo que harán. Traerán a la pequeña Calina de Neskaya y la harán intentar reunir el anillo de matriz; ella sólo tiene doce años, más o menos. He hablado con ella por los transmisores. Está dotada, pero no está entrenada en Arilinn; y Neskaya no tiene, de todos modos, una tradición de grandes Celadoras: las mejores fueron siempre de Arilinn. Pero –agregó–, ahora que saben que no eres terrano, *tú* podrías regresar... ¡y el círculo sería mucho más fuerte! –Tenía el rostro pálido y en él se reflejaba la ansiedad–. ¡Oh, Jeff, es tan importante para nuestro mundo!

–Querida –dijo él, obstinado–, yo intentaría cualquier cosa. Incluso regresaría al círculo, si me aceptaran, ¡pero esa advertencia dice que somos prisioneros! Si intentamos alejarnos más de un kilómetro del hotel, nos arrestarán. El hecho de que no estemos tras barrotes no significa que no esté bajo arresto. Puedo apelar la deportación y, si puedo probar que no soy hijo consanguíneo de Kerwin, tal vez pueda quedarme aquí, pero por el momento somos tan prisioneros como si estuviéramos en el calabozo.

–Qué derecho tienen ellos...

En su voz se reflejaba ahora la arrogancia de la princesa, de la protegida, mimada, venerada Dama de Arilinn. Recogió su capa con capucha, que Jeff le había comprado en Port Chicago para ocultar su pelo rojo que la señalaba como Comyn, y se la puso sobre los hombros,

–¡Si no vienes conmigo, Jeff, iré sola!

–Elorie, ¿lo dices en serio?

Su mirada le respondió.

–Entonces iré contigo –dijo él, decidido.

Por las calles de Thendara, ella caminó con tanta rapidez que él apenas podía seguirla. Era el atardecer. La luz se extendía, de color rojo sangre, por las calles, y las sombras, angostas y de color púrpura, reptaban entre las casas. Cuando se acercaban al límite de la Zona terrana, Kerwin se preguntó si esto no sería una locura; sin duda los detendrían en el portal. Pero Elorie caminaba con tanta rapidez que todo lo que pudo hacer fue seguirla, pegado a sus talones.

La gran plaza estaba vacía y el portal de la Zona terrana estaba custodiado apenas por un solo hombre con uniforme de la Fuerza Espacial. Al otro lado de la plaza, podía ver pequeños grupos de restaurantes darkovanos y comercios, incluyendo el sitio en el que había comprado su capa. Cuando se acercaron al portal, el hombre de la Fuerza Espacial les cerró el paso.

–Lo siento. Tengo que ver su identificación.

Kerwin empezó a hablar, pero Elorie le interrumpió. Se quitó con rapidez la capucha gris que le cubría el pelo rojo, y la luz del Sol Sangriento que se ponía lo tornó en fuego, mientras Elorie lanzaba un grito claro y resonante que cruzó la plaza.

En toda la plaza, los darkovanos giraron la cabeza, alarmados y consternados al escuchar lo que Kerwin sabía que era un antiguo grito de alerta. Alguien gritó:

–¡Hai! ¡Una *vai leronis* del Comyn en manos de los terranos!

Elorie tomó a Jeff del brazo. El guardia dio un paso al frente, amenazante, pero, como por arte de magia, ya se había materializado una multitud en la plaza, cuya presión empujó al guardia terrano –Jeff sabía que tenían orden de no disparar contra personas desarmadas– e impulsó a Elorie y Jeff hacia adelante, mientras les abrían paso con gritos deferentes y murmullos que les seguían. Sin aliento, alarmado, Jeff se encontró en la boca de una calle que daba a la plaza; Elorie le tomó de la mano y le arrastró por la calle, mientras los sonidos del tumulto se extinguían a sus espaldas.

–¡Rápido, Jeff! ¡Por aquí o vendrán a rodearnos para saber qué es lo que ha ocurrido!

Él estaba sobresaltado, y un poco consternado. Podía haber repercusiones: los terranos no estarían contentos de tener un tumulto en su propia puerta. Aunque, después de todo, nadie había resultado herido. Confiaría en Elorie, tal como ella le había confiado su propia vida.

–¿Adónde vamos?

Ella señaló. Muy alto por encima de la ciudad, se erguía el castillo Comyn, enorme, distante e indiferente. Salvo unos pocos funcionarios del más alto rango, ningún terrano había puesto jamás los pies allí; y, cuando había ocurrido, había sido por estricta invitación.

Sólo que él no era terrano; tendría que recordarlo.

Qué curioso. Diez días atrás eso me hubiera hecho muy feliz. Ahora no estoy muy seguro.

La siguió a través de las calles en penumbra, ascendiendo la empinada subida hasta el castillo Comyn y preguntándose qué ocurriría cuando llegaran allí y si Elorie tendría algún plan específico. El castillo parecía grande y bien protegido; no le parecía muy probable que dos desconocidos pudieran entrar y pedir hablar con Lord Hastur sin cumplir con ninguna formalidad... ¡y sin tener siquiera una cita!

Pero no había contado con el enorme prestigio personal de ser Comyn. Había guardias vestidos con el verde y negro de los Alton, quienes, según le había dicho Kennard, habían fundado la Guardia y la habían comandado desde tiempos inmemoriales. Al ver a Elorie, aunque fuera a pie y estuviera humildemente ataviada, el guardia hizo una reverencia.

–*Comynara...* –dijo, mirando el pelo rojo de Jeff y luego sus ropas terranas. Pero decidió jugar sobre seguro y se corrigió–: *Vai Comynari,* es un honor. ¿Cómo puedo servir a la *vai domna*?

–¿Está el Comandante Alton en el castillo?

–Lo lamento, *vai domna,* pero Lord Valdir está en Armida estos diez días.

Elorie frunció el ceño, pero vaciló sólo un momento.

–Entonces dile al capitán Ardais que su hermana, Elorie de Arilinn, necesita hablarle de inmediato.

–De inmediato, *vai domna.*

El guardia echó otra mirada de soslayo a las ropas terranas de Jeff, pero no hizo ninguna pregunta y se marchó.

16

LA TORRE DESTRUIDA

Pasaron pocos minutos hasta que el guardia regresó. Con él venía un hombre alto y enjuto vestido de oscuro –Kerwin supuso que estaría en la cuarentena, aunque parecía más joven–, con un rostro afilado, como de halcón.

–Elorie, *chiya* –dijo, arqueando las cejas.

Kerwin retrocedió. Había oído antes esa voz áspera, musical y melancólica; la había oído cuando era un niño asustado, golpeado y a punto de morir, escondido debajo de una mesa. Pero, después de todo, Dyan Ardais nunca había querido hacerle daño; si se lo hubiera pedido, sin duda lo habría tomado bajo su protección tal como había hecho con los otros niños que los asesinos habían pasado por alto. Sabía que el hermano de Elorie era un hombre rudo pero amable, incluso de buen corazón cuando se trataba de niños, por más cruel que pudiera ser con sus iguales.

–Me enteré de que huiste de Arilinn –dijo, mirando las ropas humildes y la rústica capa de Elorie con disgusto– con un terrano. Es un dolor para Arilinn que les haya ocurrido lo mismo dos veces en cuarenta años. ¿Es éste el terrano?

–No es terrano, hermano mío –replicó ella–, sino el verdadero hijo de Lewis-Arnad Lanart-Alton, hijo mayor de Valdir, Lord Alton, y de Cleindori, quien dejó su cargo, aunque sin autorización, según las leyes de Arilinn, para tomar un consorte de su propio rango y jerarquía. Éste es su hijo. Una Celadora, Dyan, es sólo responsable ante su propia conciencia. Cleindori sólo hizo lo que la ley le hubiera permitido hacer: no es responsable por aquéllos que negaron el derecho de la Dama de Arilinn a enunciar leyes justas para su círculo.

Él la miró, frunciendo el ceño. Sus ojos, pensó Kerwin, eran incoloros como el metal frío, como el acero gris.

–Algo de esto me dijo Kennard –admitió Dyan–, quien trató de convencerme de la inocencia de Cleindori, aunque yo le dije que era tonto. También Lewis era un necio idealista. Pero, al ser el hermano de Kennard, tengo para con su hijo obligaciones de pariente. –Sus delgados labios esbozaron un gesto sarcástico–. De modo que tenemos aquí un conejo astado en la piel de un hombre-gato; un Comyn con ropas terranas, lo que es un cambio después de la cantidad de espías e impostores con los que nos las tenemos que ver de tanto en tanto. Bien, ¿cómo te llamaron, entonces, hijo de Cleindori? ¿Lewis, por tu padre, y con más derecho a ese nombre que el bastardo de Kennard?

Kerwin tenía la desagradable sensación de que Dyan estaba divertido –no, que le causaba verdadero placer– por su incomodidad. En años venideros, al conocer mejor a Dyan, advertiría que el otro rara vez perdía la oportunidad de herir con crueldad.

–No me avergüenzo –dijo con aspereza– de llevar el nombre de mi padre adoptivo terrano; no sería nada honorable descartarlo a esta altura de mi vida; pero mi madre me llamó Damon.

Dyan echó la cabeza hacia atrás y se rió, con una carcajada larga y aguda semejante al grito de un halcón.

–¡El nombre de un renegado para otro! Nunca me imaginé que Cleindori tuviera tanto sentido de lo adecuado –dijo, cuando acabó de reírse–. Bien, ¿qué quieres de mí, Elorie? No creo que quieras llevar a tu esposo... –en realidad la palabra que usó fue *compañero;* si hubiera dado a la palabra el matiz de *amante,* Jeff le habría golpeado– a ver a nuestro padre loco, a Ardais...

–Necesito ver a Lord Hastur, Dyan. Tú puedes arreglarlo, como segundo de Valdir.

–¡En nombre de los nueve infiernos de Zandru, Lori! ¿Crees que Lord Danvan no tiene ya suficientes problemas? ¿Harás caer otra vez sobre él la sombra de la Torre Prohibida, después de un cuarto de siglo?

–Debo verlo –insistió Elorie, y su rostro se contrajo–. Dyan, te lo ruego. Siempre fuiste bueno conmigo cuando era niña, y mi madre te amaba. Me salvaste de los borrachos amigos de padre. Te juro...

La boca de Dyan se plegó y dijo con crueldad:

–El juramento habitual, Elorie, es: *juro por la virginidad de la Celadora de Arilinn.* Incluso dudo de que tengas la insolencia necesaria para pronunciar ese juramento ahora.

–Ésa es la clase de estúpida locura y fanatismo que ha mantenido a las Celadoras de Arilinn como títeres rituales, sacerdotisas y hechiceras –le espetó Elorie–. ¡Pensé que al menos tú no me cargarías con eso! ¿Quieres que la torre de Arilinn sea el hazmerreír de nuestro pueblo, porque se preocupan más de la virginidad de una Celadora que de sus poderes? Tienes una buena cabeza, Dyan, ¡y no eres un tonto ni un fanático! Dyan, te lo ruego –suplicó, mientras su furia se desvanecía súbitamente y se convertía en gravedad–. Te juro por la memoria de mi madre, que te amó cuando eras un niño huérfano, que no abusaré de la amabilidad de Lord Hastur y que no se trata de una demanda trivial ni frívola. ¿No me llevarás hasta él?

El rostro de Dyan se suavizó.

–Como quieras, *breda* –dijo con inusual amabilidad–. Una Celadora de Arilinn sólo es responsable ante su propia conciencia. Te trataré con respeto hasta que se demuestre lo contrarío, hermanita. Ven conmigo. Hastur está en su cámara de audiencias y ahora ya debe de haber terminado con la delegación.

Los condujo al interior del castillo, a través de anchos corredores y largos pasajes encolumnados. Jeff se puso rígido, tembloroso; otra vez era un niño al que llevaban en brazos por este largo corredor.

Uno de los extraños sueños abigarrados que le habían perseguido en el Orfanato de los Hombres del Espacio...

Dyan los introdujo en una pequeña antecámara y les indicó con un gesto que esperaran. Al cabo de un rato regresó y les notificó:

–Os verá. Pero que Avarra te proteja si malgastas su tiempo o su paciencia, Lori, porque yo no te protegeré.

Les acompañó hasta la pequeña cámara de audiencias, donde Danvan Hastur estaba apoltronado en su alta silla; luego hizo una reverencia y se marchó.

Lord Hastur hizo a Elorie una inclinación de cabeza; sus cejas se arquearon brevemente con disgusto cuando vio a Kerwin, pero el ceño desapareció al instante: se reservaba el juicio. Dedicó a Kerwin una brevísima inclinación de cabeza como recepción y dijo:

–¿Qué sucede, Elorie?

–Es amable de tu parte atenderme, pariente –agradeció Elorie. Y luego agregó con voz temblorosa–: O... no sabes...

–Muchos, muchos años atrás –habló Danvan Hastur con tono grave y cortés–, me negué a escuchar a un pariente que pedía mi comprensión. Como resultado, Damon Ridenow y toda su familia murieron en un incendio cuyo origen me negué a cuestionar, diciéndome que era la mano de los Dioses la que había convertido su casa en cenizas. Y permanecí impasible y no levanté ni una mano para ayudar. Nunca he dejado de sentirme culpable de la muerte de Cleindori. En esa época pensé que se trataba de una justa venganza de los Dioses, aunque no la aprobé, y no sabía nada con respecto a los fanáticos asesinos responsables de su muerte. Pensé, que todos los Dioses me perdonen, que la destrucción de la Torre Prohibida, a pesar de

la crueldad de todas esas muertes, podría devolver nuestra tierra y nuestras Torres a las viejas costumbres correctas. Oh, no tuve nada que ver con esas muertes. Si los asesinos hubieran caído en mis manos, los hubiera entregado a la venganza. Pero tampoco levanté la mano para impedir esos asesinatos, ni para desacreditar a los fanáticos que fueron responsables de la muerte de tantos miembros del Comyn, de quienes en realidad no podíamos prescindir. Me dije, cuando ella recurrió a mí, que Cleindori no tenía derecho a mi protección. No quiero cometer dos veces el mismo error. Si puedo impedirlas, ya no habrá más muertes en el Comyn. Tampoco me ocuparé de los pecados de hombres muertos mucho tiempo atrás, ni haré caer la culpa sobre la cabeza de sus descendientes. ¿Qué quieres de mí, Elorie Ardais?

–Espera un minuto –terció Kerwin, antes de que Elorie pudiera abrir la boca–. Aclaremos algo. No vine aquí para pedir la protección de nadie. La Torre de Arilinn me expulsó y, cuando Elorie se puso de mi lado, también la expulsaron a ella. Pero venir aquí no fue idea mía, no necesitamos ningún favor.

Hastur parpadeó; después una sonrisa inconfundible se iluminó en su rostro grave y austero.

–Estoy reprobado, hijo. Dilo a tu manera.

–Para empezar –dijo Elorie–, no es terrano. No es el hijo de Jeff Kerwin.

Explicó lo que habían descubierto.

Hastur pareció sobresaltado.

–Sí. Sí, tendría que haberlo advertido –se reprochó–. Tienes un aire de los Alton; pero, como el padre de Cleindori tenía sangre Alton, por eso no se me ocurrió. –Con gravedad, inclinó la cabeza ante Elorie–. He cometido contigo una grave injusticia. Cualquier Celadora, ante el impulso de su propia conciencia, puede dejar su santo oficio y tomar un consorte de su propio rango y jerarquía. Fuimos injustos con Cleindori y ahora lo hemos sido contigo. La jerarquía de tu esposo del *Comyn* será regularizada, parienta; todos tus hijos e hijas estarán dotados de *laran*...

–Oh, al demonio con todo eso –dijo Jeff, con súbita furia–. ¡No he cambiado en nada con respecto a lo que era cuatro días atrás, cuando todos pensaron que no era suficientemente bueno siquiera para que Elorie me escupiera! Así que, si me caso con ella cuando todos creen que soy Jeff Kerwin Junior, ella es una ramera y una perra, pero, si me caso con ella después de descubrir que mi padre era uno de tus todopoderosos Comyn, que ni siquiera se molestó en notificar mi existencia a su familia, de repente todo está bien otra vez...

–Jeff, Jeff, *por favor*... –le suplicó Elorie. Él escuchó lo que ella pensaba, asustada:

Nadie se atreve a hablarle así a Lord Hastur...

–Yo me atrevo –replicó él con sequedad–. Dile lo que viniste a decirle, Elorie, ¡y salgamos de este condenado lugar! Te casaste conmigo creyendo que era terrano, ¿recuerdas? ¡No estoy avergonzado de llevar el nombre del hombre que me lo dio cuando mi padre no estaba allí para protegerme!

Se interrumpió, súbitamente avergonzado ante los firmes ojos azules del anciano. Hastur le sonrió.

–Ahí habla el orgullo de los Alton... y el orgullo de los terranos, que es diferente, pero muy real –dijo–. Enorgullécete tanto de tu educación terrana como de tu herencia de sangre, hijo; mis palabras están destinadas a aliviar el corazón de Elorie, no a mostrar desprecio por tu padre adoptivo terrano. Era un hombre bueno y valiente en todo sentido, y yo le hubiera salvado la vida de haber podido hacerlo. Pero dime, decidlo ambos, por qué habéis venido. –Su rostro se tornó más grave a medida que escuchaba–. Sabía que Auster había estado en manos de los terranos –prosiguió–, pero nunca se me ocurrió que pudieran usarlo de alguna manera; era tan pequeño. Tampoco sabía que Cassilda había tenido mellizos. Cometimos una grave injusticia con el otro niño. Dices, Kerwin... –pronunció el nombre con dificultad, haciéndolo próximo al nombre darkovano *Kieran*–, que está resentido y que es espía terrano. Debemos hacer algo por él. Me pregunto por qué no me lo habrá dicho Dyan...

Elorie meneó la cabeza.

–Dyan conocía, por Kennard, las costumbres de la Torre Prohibida. Los niños eran diferentes; tal vez creyó que uno de ellos, al tener el pelo y los ojos oscuros, podía ser el hijo del terrano y sólo te ayudó a reclamar al que creía hijo de Arnad Ridenow.

–Es cierto que reconocimos a Auster como hijo de Arnad Ridenow –dijo Hastur–. Tenía el don Ridenow, pero podía tenerlo a través de Cassilda, que era la hija de Calista Lanart-Carr y de Damon Ridenow. –Meneó la cabeza, suspirando.

–La cuestión es, Lord Hastur –agregó Jeff–, que creí que *yo* era la bomba de relojería que los terranos habían infiltrado, y ahora sabemos que es Auster. *¡Y todavía está en el círculo de matriz de Arilinn!*

–¡Pero tiene *laran*! ¡Creció entre nosotros! ¡Es Comyn! –dijo Hastur consternado.

–No, es hijo de Jeff Kerwin –aclaró Kerwin–, y yo no lo soy.

Auster, entonces, había sido su hermano adoptivo, habían jugado juntos siendo niños. No le gustaba Auster, pero le debía lealtad. Sí, y amor, pues Auster era hijo del hombre que le había dado nombre y lugar en el Imperio terrano. Auster era su hermano, incluso más: su amigo dentro del círculo de matriz. No quería que Auster destruyera la Torre de Arilinn.

–Pero... ¿un terrano? ¿En Arilinn?

–Él pensaba que era Comyn –dijo Kerwin, mientras dentro de él crecía una curiosa excitación a medida que comprendía–. *Creía* que era Comyn, *esperaba* tener *laran... y* lo tuvo... ¡Nunca desarrolló ningún bloqueo mental con respecto a la realidad de sus propios poderes psi!

–Date cuenta –le interrumpió Elorie–. ¡Debemos advertir a Arilinn! Pueden intentar la operación de minería y, como Auster todavía está contactado con Ragan, ¡fracasarán!

Hastur estaba pálido.

–Sí –asintió–. Enviaron allí a la pequeña Celadora de Neskaya... Iban a intentarlo esta noche.

–Esta noche –jadeó Elorie–. ¡Tenemos que avisarles! ¡Es la única oportunidad!

Los pensamientos de Kerwin eran sombríos mientras volaban a través de la noche. La lluvia se agitaba y batía contra la pequeña aeronave. Un extraño joven Comyn estaba de rodillas en la parte delantera de la máquina, controlándola, pero Kerwin no tenía ojos ni tiempo para él.

Habían intentado advertir a Arilinn por medio de la pantalla transmisora situada en lo alto del castillo Comyn, pero Arilinn ya había sido quitada de la red de transmisión. La Torre de Neskaya les había dicho que habían cerrado los transmisores para Arilinn tres días atrás, cuando habían enviado a buscar a Calina Lindir.

De modo que él regresaba a Arilinn. Regresaba, después de todo, para advertirles, tal vez para salvarlos, porque no había duda de que ésta, la mayor de las operaciones de la Torre, era el blanco primordial de los terranos que deseaban el fracaso de Arilinn; que fracasara, para que los Dominios cayeran en manos de los asesores, los ingenieros, los especialistas industriales terranos.

El joven Comyn que controlaba la nave miró con reverencia a Elorie cuando se pronunció el nombre de Arilinn. Parecía que todos ellos sabían lo del tremendo experimento que se llevaba a cabo allí, que podía lograr que Darkover y los Dominios no cayeran en manos del Imperio terrano.

Pero fracasaría. Ellos volaban en la noche para detenerlo antes de que empezara. Si no lo lograban, sería descuido, y el descuido tendría el mismo peso que el fracaso, que era el motivo por el cual estaban intentando este experimento desesperado con una Celadora a medio entrenar. En cualquier caso, significaba el final del Darkover que conocían.

¡Si al menos no hubiera regresado nunca a Darkover!

–No, Jeff –le dijo ella con suavidad–. No es justo que te culpes.

Pero él lo hacía. Si no hubiera regresado, tal vez hubieran encontrado a otro que pudiera ocupar el lugar vacante en Arilinn. Y Auster, sin Jeff como antagonista, tal vez hubiera descubierto la verdad acerca del espía terrano. Sin embargo, ahora todos estaban condenados a depender del éxito o del fracaso del experimento. Si fracasaba –que fracasaría–, todos ellos habían prometido, por la palabra de Hastur, no ofrecer más resistencia a la industrialización terrana, al comercio terrano, a la cultura terrana, al estilo terrano.

Si Kerwin no les hubiera producido esa falsa confianza, el espionaje terrano sólo hubiera ofrecido información sin importancia.

La mano de Elorie estaba helada sobre la suya. Sin preguntarle, Kerwin la envolvió con su capa forrada en piel, recordando, en contra de su voluntad, una de las historias de Johnny Ellers. Podía proteger a Elorie del frío físico con su capa darkovana, pero, ahora que sabía que no tenía más derecho a su ciudadanía terrana que a Arilinn, ¿adónde podría llevarla?

Ella señaló a través de la ventanilla.

–Arilinn –murmuró–. Allí está la Torre. –Luego exhaló un profundo suspiro de consternación y de desesperación, pues alrededor de la Torre se veía una iridiscencia azulada, titilante–. Es demasiado tarde. ¡Ya han empezado!

17

LA CONCIENCIA DE UNA CELADORA

Kerwin sintió que caminaba como sonámbulo mientras se apresuraban a través de la pista de aterrizaje, con Elorie que parecía caminar en sueños a su lado. Habían fracasado, entonces; era demasiado tarde. La tomó del brazo y le dijo:

–¡Es demasiado tarde! ¡Acéptalo!

Pero ella siguió adelante, y él no podía dejarla ir sola.

Traspusieron el centelleante Velo. Kerwin contuvo el aliento ante el impacto de la tremenda carga de energía que parecía invadir la Torre entera y que irradiaba de la alta habitación donde se constituía el círculo. Aunque incompleto, sí, su poder era increíble. Latía como un pulso extra dentro de Kerwin, que sintió cómo Elorie, a su lado, temblaba.

¿Sería todo esto peligroso para ella ahora?

Impulsado, dominado por la voluntad de ella y por esa fuerza misteriosa, Kerwin ascendió. Permaneció fuera de la cámara matriz, percibiendo lo que ocurría allí adentro.

Para él la barrera de Auster no era más que un muro de bruma. Su cuerpo permaneció fuera de la habitación, pero él estaba adentro; con sentidos que trascendían sus ojos físicos los tocó a todos: a Taniquel, en el asiento del monitor; a Rannirl, sosteniendo con firmeza la visualización del técnico; a Kennard, agachado sobre los mapas; a Corus ocupando el lugar que le correspondía a él... y reuniéndolos, con frágiles hebras de telaraña, un roce poco familiar, como un dolor...

Ella, delgada y frágil, todavía no había emergido de la infancia, pero sin embargo usaba el vestido de una Celadora, carmesí, no la túnica ceremonial sino la suelta con capucha que todos llevaban en la cámara de matriz, sólo que de color carmesí, para que nadie la tocara, ni siquiera por accidente, cuando estuviera dirigiendo la carga de energones. Tenía pelo oscuro, como vidrio negro, todavía trenzado como una niña en torno a su rostro pequeño, pálido, triangular, y temblaba por el esfuerzo.

Percibió su contacto y pareció perpleja, aunque de alguna manera supo que él no era un intruso, que *pertenecía* a este sitio. Rápidamente Kerwin dio una vuelta más al círculo: Rannirl, Corus, Taniquel, Neryssa, Kennard..., Auster...

Auster. Percibió algo, desde fuera del círculo, donde estaba, algo como una palpable cuerda negra, que se extendía más allá de la barrera, la línea que los encadenaba, que impedía que el círculo de la matriz cerrara su anillo de poder.

El vínculo, el vínculo psíquico entre los mellizos, que unía al mellizo de Auster, sin que él lo supiera, a los límites del círculo...

¡Espía!¡Terrano, espía!

Auster había captado su presencia y se había vuelto malignamente hacia él, aunque su cuerpo, inmóvil en el contacto telepático, no se había movido... Pero la tensión agitó la calma del círculo, próximo a disolverse.

Espía y terrano. ¡Pero no yo, hermano!

Kerwin se desplazó al interior del círculo, estableció pleno contacto y proyectó en la mente de Auster el recuerdo de ese cuarto en el que Cleindori, Arnad y Cassilda, habían sido asesinados, llevando esta última en sus entrañas a la hermana de Auster, que nunca había nacido...

Auster gritó violentamente por la angustia. Pero, en cuanto dejó caer la barrera que rodeaba al círculo, Kerwin la atrapó en su propio contacto telepático, la alzó con rapidez en torno al círculo, se quedó dentro y, con un golpe rápido, deliberado, cortó la cuerda negra... *(siseó, ardió, un vínculo cortado)* y rompió ese lazo para siempre.

(A millas de distancia, un hombrecito moreno que se llamaba a sí mismo Ragan cayó con un grito de agonía, para yacer sin sentido durante horas y despertarse sin recuerdo de lo que había ocurrido. Días más tarde, lo encontraron y lo llevaron a Neskaya, en cuya Torre fue curada la herida psíquica y Auster estuvo una vez más en condiciones de recibir a su mellizo desconocido. Pero eso fue más tarde.)

La mente de Auster se tambaleaba. Kerwin le respaldó con un fuerte roce telepático, entrando en contacto profundo.

¡Hazme entrar al círculo!

Hubo un momento de vertiginosa atemporalidad cuando entró en el conocido contacto telepático. Una faceta del cristal, un punto sin cuerpo flotando en un anillo de luz... y enseguida fue uno de ellos.

En lo profundo, debajo de la superficie del mundo yacían esas extrañas sustancias, esos átomos, moléculas, iones conocidos como minerales. Su toque los había elegido por medio de la estructura cristalina de la pantalla matriz; ahora, átomo por átomo y molécula por molécula, los había despojado de impurezas de modo que se hallaban puros y bruñidos en sus lechos rocosos; el sellado anillo de poder habría de levantarlos, por medio de la psicoquinesis, moldeando el círculo como una gran Mano que los llevaría en oleadas al lugar preparado para ellos.

Estaban prestos, esperando, cuando el frágil contacto de la Celadora-niña se debilitó al tratar de unirlos. Kerwin, en profundo contacto con Taniquel, sintió la desesperación de la monitora al percibir el débil toque de la muchacha.

¡No! ¡La matará!

Entonces, cuando el círculo sellado se tambaleaba, a punto de disolverse, Kerwin sintió el roce familiar, seguro, amado.

¡Elorie! ¡No! ¡No puedes!

Soy una Celadora, sólo responsable ante mi propia conciencia. ¿Qué importa? ¿Mi estatus ritual, un viejo tabú que perdió significado generaciones atrás? ¿O mi poder para conducir los energones, mi habilidad como Celadora? Dos mujeres murieron para que yo fuera libre de hacer el trabajo para el que nací, para el que fui entrenada. Cleindori lo demostró, incluso antes de marcharse de Arilinn... ¡Ella hubiera liberado a las Celadoras de leyes que sabía que eran fraudes piadosos, mentiras supersticiosas y sin sentido! Ellos no quisieron escucharla... ¡La llevaron a la muerte! Ahora que los terranos esperan nuestro fracaso..., ¿sacrificarás a Arilinn por un viejo tabú? Si lo consiguen, que Arilinn se rompa y que Darkover caiga en manos de los terranos..., ¡la culpa será vuestra, no mía, hermanos y hermanas!

Entonces, con infinita suavidad (rodeando con un brazo firme los hombros infantiles y sosteniendo con firmeza en equilibrio una copa derramada), Elorie se deslizó dentro del contacto telepático y desplazó suavemente las hebras de telaraña del contacto de la Celadora-niña con su propia y fuerte red, con tanta delicadeza que no hubo *shock* ni daño.

Hermanita, esta carga es demasiado fuerte para ti...

El contacto se cerró repentinamente en un anillo sellado dentro de la pantalla cristalina; el poder centelleó, fluyó... Kerwin ya no era una sola persona. No era humano en absoluto. Era uno con el círculo, parte de un tremendo y ardiente río de metal fundido que surgía hacia arriba, impelido por el latido de un gran poder, que estalló, se derramó y centelleó, engulléndolos...

Lenta, muy lentamente, se enfrió, se endureció y volvió a yacer inerte, esperando el contacto de aquellos que le habían necesitado, esperando las herramientas y las manos que le habían dado forma de herramienta, de energía, de poder, de la vida de un mundo.

Uno a uno, el círculo se aflojó y se disolvió. Kerwin sintió que se separaba del círculo. Taniquel alzó los ojos, centelleantes de amor y triunfo, para darle la bienvenida. Kennard, Rannirl, Corus, Neryssa, todos le rodeaban; Auster, con profunda expresión de consternación en sus ojos de gato, pero limpios de odio, se acercó a recibirle con un rápido abrazo, el saludo de un hermano.

La muchachita, la Celadora de Neskaya, yacía en el suelo; había caído físicamente del asiento de Celadora, y Taniquel se inclinaba sobre ella, con las manos en sus sienes. La niña parecía exhausta, descarnada, desmayada. Taniquel dijo, preocupada:

–Rannirl, ven y llévatela...

¡Elorie!

Kerwin sintió que se le encogía el corazón. Saltó por encima de las sillas para abrir bruscamente la puerta de la cámara. No recordaba cómo había entrado, pero Elorie, por lo que fuera, no había logrado seguirle. Sin embargo, su mente había llegado al anillo de la matriz..., aunque su cuerpo hubiera quedado fuera del cuarto acorazado, sin protección.

Estaba tendida en el suelo del vestíbulo, blanca y sin vida a sus pies. Kerwin se arrodilló a su lado, mientras todo su triunfo, toda su exaltación se disolvía en odio y maldiciones y posaba su mano sobre el inmóvil pecho de la joven.

¡Elorie, Elorie! Impulsada por su conciencia de Celadora, había regresado a salvar la Torre... Pero, ¿habría pagado con su vida?

Había entrado sin preparación, sin protección, en una tremenda operación de matriz. Él sabía que este trabajo agotaba la vitalidad, que la consumía hasta el borde de la muerte. Incluso cuando estaba cuidadosamente protegida y aislada, ¡este trabajo le exigía casi hasta el límite! ¡Incluso protegiendo su vitalidad y sus fuerzas nerviosas por medio de la castidad y del sacrosanto aislamiento, apenas si podía soportarlo! No, no había perdido sus poderes. Pero, ¿sería éste el precio que debía pagar por atreverse a volver a usarlos?

¡La he matado!

Desesperado, se arrodilló junto a ella, casi sin advertir que Neryssa le hacía a un lado.

Kennard la sacudió con furia.

–¡Jeff, Jeff, no está muerta! Todavía no. ¡Queda una esperanza! ¡Pero tienes que permitir que la monitoree, que vea cuán grave está!

–¡Maldición, no la toquéis! ¿Acaso no habéis hecho suficiente ya, demonios...?

–Está histérico –dijo Kennard–. Sujétalo, Rannirl.

Kerwin sintió que los fuertes brazos de Rannirl le rodeaban, sujetándolo; se debatió por acercarse a Elorie, pero Rannirl dijo compasivamente:

–Lo siento, *bredu.* Tienes que dejarnos... ¡Maldición, hermano, quédate quieto o tendré que desmayarte de un golpe!

Al sentir que le quitaban a Elorie por la fuerza, gritó su furia y su desesperación. Después, lentamente, sintiendo el cálido contacto de los otros en su mente, cedió.

Elorie no estaba muerta. Sólo estaban tratando de ayudar. Cedió, inmóvil entre Rannirl y Auster, viendo con el rabillo del ojo que la boca de Rannirl sangraba y que había una magulladura en el rostro de Auster.

–Lo sé –confesó Auster en voz baja–. Tranquilo, hermano adoptivo; harán todo lo posible. Tani y Neryssa están con ella ahora. –Alzó los ojos–. Fracasé. Fracasé, *bredu.* Hubiera caído si no hubieras estado allí. Nunca tuve ningún derecho a estar allí. Soy un terrano, un ajeno. Tú tienes más derecho que yo... –Inesperadamente, ante el horror de Kerwin, Auster cayó de rodillas. Su voz fue apenas audible–. Todo lo que dije de ti era verdad

de mí, *vai dom;* tendría que haberme dado cuenta de que me odiaba a mí mismo y que fingía que era a ti a quien odiaba. Todo lo que merezco es la muerte a manos del Comyn. Hay una vida entre nosotros, Damon Aillard. Reclámala como quieras.

Agachó la cabeza y esperó, destruido, resignado a morir.

–Levántate, condenado tonto –dijo Jeff de repente, furioso y poniendo bruscamente de pie a Auster–. Todo lo que ocurre es que alguno de vosotros, retardados... –miró a su alrededor a todos–, tendréis que cambiar algunas de vuestras estúpidas ideas acerca del Comyn, eso es todo. Así pues, Auster nació de padre terrano. ¿Y qué? Tiene el Don Ridenow... *¡porque creció creyendo que lo tenía!* Yo pasé por toda clase de cosas infernales durante el entrenamiento... *¡porque todos creísteis que por mi sangre terrana me resultaría difícil y me lo hicisteis creer a mí!* Sí, el *laran* es hereditario, pero no en la medida que vosotros creéis. Significa que Cleindori tenía razón: la mecánica de matrices es solamente una ciencia que cualquiera puede aprender... ¡y no hay necesidad de rodearla de toda clase de tabúes y rituales! Una Celadora no necesita ser virgen... –Se interrumpió.

Elorie lo creía. ¡Y su creencia podía matarla!

Y, sin embargo, ella sabía; había formado parte de su vínculo con Cleindori. Por eso Cleindori le había dado a él su matriz, aunque su mente infantil casi se hubiera destruido con esa carga: para que algún día otra Celadora pudiera leer lo que Cleindori había descubierto y llevara a Arilinn el mensaje que no habían querido escuchar antes, para que pudiera leer la mente y el corazón y la conciencia de la Celadora martirizada, que había muerto para liberar a otras mujeres jóvenes de la prisión que la Torre de Arilinn construía en torno a sus mentes y sus corazones.

–Pero hemos ganado –dijo Rannirl.

Jeff supo que todos habían seguido sus pensamientos.

–Un período de gracia –replicó Kennard sombríamente–. ¡No una victoria final!

Jeff percibió que Kennard tenía razón. Si este experimento hubiera tenido éxito, ahora el Sindicato Pan-darkovano se vería obligado por su honor a dejarse conducir por la voluntad de Hastur en cuanto a la incorporación de las costumbres terranas. Pero también había sido un fracaso.

Kennard lo expresó con palabras.

–Los círculos de Torre no pueden volver a ser lo que eran. La vida sólo puede ir hacia adelante, no hacia atrás. Incluso es mejor pedir ayuda a los terranos, a nuestra manera y en nuestros propios términos, que dejar que todo este peso caiga sobre los hombros de unos pocos hombres y mujeres dotados. Es mejor que el pueblo de Darkover aprenda a compartir el esfuerzo entre Comyn y plebeyos, e incluso con el pueblo de Terra. –Suspiró–. Yo los abandoné. Si hubiera combatido todo el tiempo junto a ellos, las cosas podrían haber sido diferentes. Pero por esto estaban trabajando Cleindori y Cassilda, Jeff y Lewis, Arnad, el viejo Damon..., todos nosotros. Para hacer un intercambio justo: que Darkover compartiera con Terra los poderes de matriz, para las cosas en que estos poderes pudieran utilizarse con seguridad, y que Terra diera las cosas que tenía. Pero como iguales, nada de amos terranos y suplicantes darkovanos. Un intercambio justo entre mundos iguales: cada uno con su propio orgullo, con su propio poder. Yo permití que te enviaran a Terra –añadió, mirando directamente a Jeff–, porque sentía que eras una amenaza para mis propios hijos. ¿Puedes perdonarme, Damon Aillard?

–Nunca me he acostumbrado a ese nombre –respondió Jeff–. No lo quiero, Kennard. No crecí con él. Ni siquiera creo en tu clase de gobierno, ni en el poder hereditario de esa clase. Si tus hijos sí, que lo disfruten; tú los has criado para asumir esa clase de responsabilidades. Solamente... –sonrió– te pido una cosa: que uses toda la influencia que poseas para asegurarte de que no me deporten pasado mañana.

–No existe la persona de Jeff Kerwin Junior –dijo Kennard con suavidad–. Es imposible que deporten a Terra al nieto de Valdir Alton. Como quiera que se le ocurra llamarse.

Hubo un suave roce, como de plumas, sobre el brazo de Jeff. Se dio la vuelta y vio el rostro pálido e infantil de la Celadora-niña y recordó su nombre: Calina de Neskaya.

La muchacha susurró:

–Elorie... está consciente y quiere verte.

–Gracias, *vai leronis* –respondió Jeff con gravedad, haciendo que la niña se sonrojara.

Lo que Elorie había hecho había liberado también a esta niña, aunque ella todavía no lo sabía.

Habían llevado a Elorie a la habitación más próxima, donde yacía en un diván; pálida, blanca, sin fuerzas, tendió las manos a Jeff.

Él las tomó, sin importarle el resto del círculo, que se había apiñado en la habitación detrás de él. Supo, en cuanto la tocó, que el *shock* había sido muy profundo, pues ella había entrado sin protección, sin ninguna preparación, en el círculo de matrices; en días venideros, las Celadoras aprenderían modos de protegerse de las pérdidas de energía que producían trabajos tan masivos como éstos; sin la tremenda dedicación de la castidad ritual de por vida, pero no obstante con fuertes protecciones. Elorie sin duda había resultado dañada: había estado más cerca de la muerte de lo que cualquiera quisiera recordar. El sol debería alzarse y ponerse en Arilinn muchas veces antes de que su alegre risa volviera a escucharse entre los muros de la Torre, pero sus ojos centelleantes relucían de amor y de triunfo.

–Hemos ganado –susurró–. ¡Y estamos aquí!

Kerwin, estrechándola en sus brazos, supo que sin duda habían ganado.

Los días que se avecinaban para Darkover y el Comyn los cambiaría a todos; ambos mundos deberían luchar con los cambios que traerían los años.

Un mundo que permanece inalterado sólo puede morir. Ellos habían luchado para conservar Darkover tal como era, pero lo que habían conseguido era tan sólo la victoria que les permitiría determinar qué cambios se producirían y con cuánta rapidez.

Él había encontrado lo que amaba y también lo había destruido, pues el mundo que amaba nunca sería el mismo; él había sido el instrumento del cambio. Al destruirlo, lo había salvado de la destrucción última, final.

Sus hermanos y hermanas le rodeaban. Taniquel, tan pálida y demacrada que él advirtió con cuánta intensidad se había dedicado a equilibrar a Elorie para que sobreviviera, Auster, roto el molde de su vida, pero con una fuerza nueva que lo forjaría otra vez, Kennard, su pariente, y todos los demás.

–Bueno, bueno –dijo la voz sensata de Mesyr, tranquila y equilibrada–. ¿Qué sentido tiene que nos quedemos todos aquí de pie de este modo, si se ha acabado el trabajo de la noche, y bien hecho? Bajad todos a tomar el desayuno... Sí, tú también, Jeff. Elorie necesita descansar.

Con manos decididas arropó a Elorie y luego hizo a todos gestos de que se marcharan.

Jeff volvió a mirar los ojos de Elorie. Débil como estaba, ella empezó a reírse. Enseguida, todos se unieron a ella, de modo que los corredores y las escaleras de la Torre se llenaron de la alegría compartida. Algunas cosas, al menos, jamás cambiaban.

La vida en Arilinn, por ahora, volvía a la normalidad.

Estaban otra vez en casa. Y esta vez para quedarse.

CUMPLIR EL JURAMENTO*

La luz roja se demoraba sobre las montañas; había en el cielo dos de las cuatro pequeñas lunas, la verde Idriel próxima a ponerse y el diminuto creciente de Mormallor, pálida como el marfil, cerca del cenit. La noche sería oscura. Kindra n'ha Mhari, al principio, no vio nada raro en la pequeña ciudad. Se sentía demasiado agradecida por haber podido llegar antes de la puesta del sol. Significaba refugio contra el frío helado y la lluvia de la noche darkovana, una cama donde dormir después de cuatro días de viaje y una copa de vino antes de irse a la cama.

Pero poco a poco empezó a advertir que algo no iba bien. Normalmente, a esta hora, las mujeres andaban por la calle, chismeando con las vecinas, haciendo las compras para la comida de la noche, mientras sus niños jugaban y parloteaban en la calle. Sin embargo, hoy no había una sola mujer en la calle, ni un solo niño.

¿Qué iba mal? Frunciendo el ceño, cabalgó por la calle principal hacia la posada. Estaba hambrienta y cansada.

Había partido de Dalereuth muchos días atrás con una compañera, con destino a la Casa del Gremio de Neskaya. Pero, sin que ninguna de ambas lo supiera, su compañera estaba embarazada; había caído enferma de fiebre y, en la Casa del Gremio de Thendara, había sufrido una pérdida y se había quedado allí, todavía enferma. Kindra había partido sola para Neskaya, pero se había desviado tres días para llevar un mensaje a la madrina de juramento de la enferma. La había hallado en una aldea de las montañas, trabajando para ayudar a un grupo de mujeres a establecer una pequeña lechería.

Kindra no tenía miedo de viajar sola; había viajado por estas montañas en toda época y con cualquier clima. Pero sus provisiones empezaban a escasear. Por fortuna, el posadero era un viejo conocido. Llevaba poco dinero encima, porque su viaje había sido inesperadamente prolongado, pero el viejo Jorik le daría de comer y también a su caballo y le ofrecería una cama para pasar la noche, confiado en que ella le enviaría el dinero necesario para pagarle o en que, si ella no lo hacía o no podía hacerlo, su Casa del Gremio pagaría, por el honor del Gremio.

El hombre que llevó su caballo al establo también la conocía de muchos años. Frunció el ceño en cuanto ella desmontó.

–No sé dónde pondremos tu caballo. De verdad, *mestra*, con todos estos caballos extraños aquí, ¿aceptará compartir el establo sin patear? ¿Qué crees? ¿O prefieres que lo ate allá en el otro extremo?

Kindra advirtió que el establo estaba atestado de caballos; había más de dos docenas.

¡En vez de una solitaria posada de aldea, parecía Neskaya en día de mercado!

–¿Te cruzaste con algún jinete en el camino, *mestra*?

–No, con nadie –dijo Kindra, frunciendo un poco el ceño–. Parece que todos los caballos de las Kilghard Hills están aquí, en tu establo. ¿De qué se trata? ¿De una visita real? ¿Qué te pasa? No dejas de mirar para atrás como si esperaras encontrar allí a tu amo con una vara, dispuesto a zurrarte. ¿Dónde está el viejo Jorik? ¿Por qué no está aquí dando la bienvenida a sus huéspedes?

–Bien, *mestra,* el viejo Jorik ha muerto –notificó el viejo–, y la dama Janella trata de gobernar sola la posada, con las jóvenes Annelys y Marga.

–¿Muerto? Los dioses nos protejan –exclamó Kindra–. ¿Qué ocurrió?

* Breve relato sobre las Amazonas Libres. (N. Del C.)

–Fueron esos bandidos, *mestra,* la banda de Cara Cortada; vinieron y mataron a Jorik con su delantal todavía puesto –dijo el viejo caballerizo–. Causaron disturbios en la aldea, rompieron todos los barriles de cerveza y, cuando los hombres salieron a combatirlos con sus tridentes, ¡juraron que regresarían a incendiar la aldea! De modo que la dama Janella y los mayores hicieron una colecta y juntaron dinero para contratar a Brydar de Fen Hills, que vino con sus hombres para defendernos cuando regresaran los bandidos; desde entonces han estado aquí los hombres de Brydar, *mestra,* peleando y bebiendo... ¡y mirando a las mujeres hasta tal punto que la gente de la aldea ya empieza a pensar que el remedio es peor que la enfermedad! Pero entra, entra, *mestra,* que Janella te espera para darte la bienvenida.

La regordeta Janella se veía más pálida y delgada de lo que Kindra la había visto nunca. Saludó a Kindra con desacostumbrado calor. En condiciones ordinarias, era fría con ella, como correspondía a una esposa respetable en presencia de una miembro del Gremio de las Amazonas; ahora, supuso Kindra, estaría aprendiendo que una posadera no podía permitirse ser distante con un cliente.

Kindra sabía que Jorik tampoco había aprobado a las Amazonas Libres, pero había aprendido por experiencia que eran buenas huéspedes que se mantenían aisladas, no causaban problemas, no se emborrachaban ni rompían las sillas del bar ni los jarros y siempre pagaban sus cuentas.

La reputación de un huésped, pensó Kindra maliciosamente, *no ensucia el color de su dinero.*

–¿Te has enterado, buena *mestra*? Esos hombres malvados, la banda de Cara Cortada, mataron a mi buen hombre; y por nada: sólo porque él le arrojó un jarro de cerveza a uno de ellos, que le había puesto las manos encima a mi niña... Annelys, ¡que no tiene todavía quince años! ¡Monstruos!

–¿Y lo mataron? ¡Qué espantoso! –murmuró Kindra, pero su lástima fue para la niña.

Toda su vida, la joven Annelys recordaría que su padre había sido asesinado por defenderla, porque ella no podía defenderse a sí misma. Como todas las mujeres del Gremio, Kindra había jurado defenderse a sí misma, sin recurrir a ningún hombre en busca de protección.

Había sido miembro del Gremio durante la mitad de su vida; le parecía horrible que un hombre muriera por defender a una muchacha de los avances de los que ella misma debería saber protegerse.

–Ah, no sabes lo duro que es, *mestra,* estar sola sin mi buen hombre. ¡Como vives sola, no puedes imaginártelo!

–Bien, tienes tus hijas para ayudarte –dijo Kindra.

–¡Pero no pueden mezclarse con todos estos hombres rudos! –se quejó Janella–. ¡Sólo son muchachas!

–Les hará bien aprender algo del mundo y de sus costumbres –repuso Kindra.

–No me gustaría que aprendieran demasiado de eso –respondió la mujer con un suspiro.

–Entonces, supongo que deberías buscar otro marido –aconsejó Kindra, sabiendo que simplemente era imposible que ella y Janella lograran comunicarse–. Pero sin duda lamento tu pérdida. Jorik era un buen hombre.

–No lo sabes bien, *mestra* –dijo Janella con tono quejoso–. Las mujeres del Gremio se llaman a sí mismas mujeres libres; sólo que a mí me parece haber sido libre siempre, hasta ahora que debo vigilar todo noche y día, para que a nadie se le ocurra ninguna idea equivocada con respecto a una mujer sola. Hace pocos días, uno de los hombres de Brydar me dijo... Y ésa es otra: los hombres de Brydar. Nos están comiendo todo, hasta la casa. Mira, *mestra,* ni siquiera hay lugar en el establo para los caballos de nuestros clientes de pago. Media aldea guarda aquí sus caballos para protegerlos de los bandidos, mientras esas espadas

a sueldo se toman la cerveza de mi buen hombre día tras día... –De repente, recordó sus deberes de anfitriona–. Pero ven a la sala común, *mestra,* y caliéntate un poco; yo te traeré algo para comer; tenemos un pernil de caprina asado. ¿O prefieres algo más liviano? ¿Tal vez conejo astado guisado con hongos? Estamos al completo, es cierto, pero hay un pequeño cuarto junto a la escalera, puedes usarlo. Es un cuarto adecuado para una dama refinada. Por cierto, Lady Hastur durmió en esa misma cama hace unos años. ¡Lilla! ¡Lilla! ¿Dónde se ha metido esa tonta criada? Cuando la tomé, su madre me dijo que era un poco tonta, pero tiene suficiente inteligencia para andar por ahí hablando con ese joven espadachín a sueldo... ¡Que Zandru los elimine a todos! ¡Lilla! ¡Apúrate! ¡Muéstrale la habitación a esta buena mujer, llévale agua para lavarse y ocúpate de sus alforjas!

Más tarde, Kindra bajó a la sala común.

Como todas las mujeres del Gremio, había aprendido a ser discreta cuando viajaba sola. Una mujer solitaria era, cuando menos, presa fácil de interrogatorios. Por eso habitualmente viajaban de dos en dos. Ese hecho las sometía a miradas curiosas y ocasionales especulaciones sucias, pero las protegía de las aproximaciones más desagradables a las que estaba sometida una mujer que viajara sola en Darkover. Por supuesto, cualquier mujer del Gremio sabía protegerse si la cosa trascendía de algunas palabras rudas, pero eso podía ocasionar problemas a todo el Gremio. Era mejor conducirse de manera que minimizara las posibilidades de problemas.

De modo que Kindra se sentó sola en un rincón próximo a la chimenea, mantuvo la capucha puesta –no era joven ni particularmente bonita–, bebió su vino y se calentó los pies, sin hacer nada por llamar la atención de nadie. Se le ocurrió que en ese momento ella, que se llamaba a sí misma Amazona Libre, estaba mucho menos constreñida que las jóvenes hijas de Janella, que andaban de aquí para allá, protegidas por el techo familiar y por la presencia de su madre.

Cuando terminó su comida –había elegido el conejo guisado–, pidió un segundo vaso de vino, demasiado cansada para subir la escalera hasta su cuarto y demasiado agotada para dormirse si lo hacía.

Algunos de los mercenarios de Brydar estaban sentados alrededor de una larga mesa en el otro extremo de la habitación, bebiendo y jugando a los dados.

Era un grupo heterogéneo; Kindra no conocía a ninguno de ellos, aunque se había encontrado algunas veces con el mismo Brydar e incluso había trabajado con él como mercenaria, una vez, para proteger una caravana comercial a través del desierto, hasta las Ciudades Secas. Le dirigió una cortés inclinación de cabeza, y él la saludó, pero no le prestó más atención; sabía que ella no recibiría bien ni siquiera una conversación cortés cuando se hallaba en una habitación repleta de desconocidos.

Uno de los más jóvenes, un muchacho alto, imberbe y enjuto, con el pelo de color jengibre muy corto, se incorporó y se acercó a ella. Si Kindra hubiera estado con otras dos o tres mujeres del Gremio, hubiera recibido con gusto un poco de compañía inofensiva, una copa compartida y una charla acerca de las ocurrencias del camino, pero una Amazona solitaria simplemente NO bebía con hombres en las tabernas públicas y, ¡maldición!, Brydar lo sabía tan bien como ella.

Tal vez uno de los mercenarios maduros había estado divirtiéndose con el jovencito, pinchándole para que demostrara su virilidad acercándose a la Amazona, para divertirse con el inevitable rechazo.

Uno de los hombres levantó la vista e hizo un comentario que Kindra no alcanzó a escuchar. El muchacho le espetó algo, llevándose una mano a la daga.

–¡Cuidado con lo que dices, tú...! –Y pronunció una injuria. Después se aproximó a la mesa de Kindra y le dijo con voz suave pero ronca–: Que tengas buenas noches, honorable señora.

Sorprendida ante la frase cortés, pero todavía alerta, Kindra respondió:

–Y también tú, joven señor.

–¿Puedo ofrecerte una copa de vino?

–Ya he bebido suficiente, pero te agradezco el amable ofrecimiento.

Algo levemente desfasado, casi afeminado en los gestos del joven la alertó; su proposición, entonces, no era la habitual. Casi todo el mundo sabía que las Amazonas Libres tenían amantes cuando y como se les antojara, y demasiados hombres creían que eso significaba que podían tenerlas en cualquier momento. Kindra era experta en eludir las insinuaciones encubiertas sin dejar que se convirtieran en preguntas o negativas; con los más rudos, se manejaba con severa cortesía. Pero no era eso lo que deseaba este joven; ella sabía cuándo un hombre la miraba con deseo, lo expresara o no con palabras; y, aunque sin duda había interés en el rostro del joven, ¡no era interés sexual! ¿Qué quería de ella, entonces?

–¿Puedo... puedo sentarme aquí a conversar un momento contigo, honorable dama?

Ella hubiera podido utilizar la rudeza. Esta excesiva cortesía la intrigaba. ¿Acaso se estarían burlando del joven porque odiaba a las mujeres? ¿Habrían apostado a que no se atrevería a hablar con ella? Respondió con tono neutro:

–Es un lugar público. Las sillas no son mías. Siéntate donde prefieras.

Incómodo, el muchacho se sentó. Ciertamente era joven. Todavía era imberbe. Sin embargo, sus manos estaban endurecidas y callosas y tenía una vieja cicatriz en una mejilla; no era, pues, tan joven como ella había creído.

–¿Eres Amazona Libre, *mestra*?

Aunque usó el término más común, bastante ofensivo, ella no se resintió. Muchos hombres no conocían otro nombre.

–Lo soy –respondió ella–, pero preferiría decir que soy una de las juramentadas... –La palabra que utilizó fue *Comhi-Letzii*...–, una Renunciante de la Hermandad de Mujeres Libres.

–¿Puedo preguntar, sin que te ofendas, por qué el nombre de Renunciante, *mestra*?

En realidad, Kindra recibió con agrado la oportunidad de explicárselo.

–Porque, señor, a cambio de nuestra libertad como mujeres del Gremio, juramos renunciar a esos privilegios que podríamos tener si decidiéramos pertenecer a algún hombre. Si renunciamos a las desventajas de ser una propiedad, debemos renunciar también a los beneficios que eso podría traernos; para que ningún hombre pueda acusarnos de intentar tener lo mejor de ambas opciones.

–Parece ser una elección honorable –dijo él con gravedad–. Nunca había conocido a una... una Renunciante. Dime, *mestra*... –Su voz se quebró y se hizo aguda–. Supongo que conoces las calumnias que se dicen de las Renunciantes... Dime, ¿cómo es que hay mujeres que tienen el coraje de unirse al Gremio, sabiendo lo que dirán de ellas?

–Supongo –contestó Kindra con tranquilidad– que para algunas mujeres llega el momento de pensar que hay cosas peores que ser víctimas de la difamación pública. Así me ocurrió a mí.

Él reflexionó durante un momento, frunciendo el ceño.

–Nunca antes he visto una Amazona... eh... una Renunciante que viajara sola. ¿Habitualmente no viajan de dos en dos, honorable dama?

–Es cierto. Pero la necesidad no tiene amigas –dijo Kindra, y le explicó que su compañera se había enfermado en Thendara.

–¿Y viniste tan lejos a traer un mensaje? ¿Es tu *bredhis*? –preguntó el muchacho, utilizando la palabra cortés para designar a la compañera libre o la amante de una mujer, por lo que Kindra no se ofendió.

–No, sólo una camarada.

–Yo... yo no me habría atrevido a hablar si hubieras estado con otra...

Kindra se rió.

–¿Por qué no? Ni siquiera cuando estamos de dos en dos o de tres en tres mordemos a los desconocidos como si fuéramos perros.

El muchacho se miró las botas.

–Tengo motivos para temer... a las mujeres... –dijo casi inaudiblemente–. Pero tú me pareciste amable. Supongo, *mestra*, que siempre que vienes a las montañas, donde la vida es tan dura para las mujeres, andarás buscando esposas e hijas insatisfechas en casa, para reclutarlas para tu Gremio...

¡Ojalá pudiéramos!, pensó Kindra, con toda su vieja amargura y meneando la cabeza.

–Nuestra ley lo prohíbe. La ley dice que la mujer debe buscarnos por sí misma y pedir formalmente que se le permita unirse a nosotras. Ni siquiera se me permite decir nada acerca de las ventajas del Gremio, cuando me preguntan. Sólo puedo decirles a qué cosas deben renunciar, según el juramento. –Apretó los labios y agregó–: Si hiciéramos lo que dices, buscar a las esposas e hijas insatisfechas para seducirlas y atraerlas al Gremio, los hombres no permitirían la existencia de las Casas del Gremio en los Dominios, sino que las incendiarían y las destruirían.

Era la vieja injusticia; las mujeres de Darkover habían ganado esta concesión, la constitución del Gremio, pero tan limitada por restricciones que había muchas mujeres que nunca habían visto ni hablado con una hermana del Gremio.

–Supongo –agregó– que han descubierto que no somos rameras; por lo que insisten en que somos amantes de mujeres, decididas a robarles sus esposas e hijas. Aparentemente, debemos ser algo malo.

–¿No hay entre ustedes amantes de mujeres, entonces?

Kindra se encogió de hombros.

–Sin duda. Debes saber que hay mujeres que preferirían morir antes que casarse. Incluso con todas las restricciones y renuncias del juramento, parece una alternativa preferible. Pero te aseguro que no todas lo somos. Somos mujeres libres..., libres para ser eso o cualquier otra cosa, a voluntad. –Tras un momento de reflexión, agregó–: Si tienes una hermana puedes decírselo.

El joven se sobresaltó. Kindra se mordió un labio; una vez más había bajado la guardia, captando corazonadas tan claras que a veces sus compañeras la acusaban de poseer un poco del don telepático de las castas más altas, *laran.* Kindra, quien por lo que sabía, era completamente plebeya y carecía tanto de sangre noble como de dones telepáticos, casi siempre se mantenía amurallada; pero había captado una idea azarosa, una idea pesarosa, de alguna parte: *Mi hermana no lo creería...* La idea desapareció con tal rapidez que Kindra se preguntó si no la habría imaginado.

El rostro joven se arrugó en una expresión pesarosa.

–Ahora ya no hay nadie a quien pueda llamar mi hermana.

–Lo siento –dijo Kindra, intrigada–. Es penosa la soledad. ¿Puedo preguntar tu nombre?

El muchacho volvió a vacilar, y Kindra supo, con esa extraña intuición, que el verdadero nombre había estado a punto de escaparse de esos labios tensos, pero que él lo había contenido.

–Los hombres de Brydar me llaman Marco. No preguntes mi linaje; ya no hay nadie que pueda reclamarme como pariente ahora..., gracias a esos sucios bandidos de Cara Cortada... –Hizo una mueca y escupió–. ¿Por qué crees que estoy en esta banda? –preguntó luego–. ¿Por las pocas monedas que pueden pagar estos aldeanos? No, *mestra.* También yo hice un juramento. Juré vengarme.

Kindra se retiró temprano de la sala común, pero tardó mucho en dormirse. Algo en la voz del joven, en sus palabras, había hecho vibrar una cuerda resonante en su mente y su memoria. ¿Por qué la habría interrogado con tanta insistencia? ¿Tendría tal vez una hermana o una parienta que había hablado de convertirse en Renunciante? ¿O acaso, al ser obviamente un afeminado, estaría celoso de ella porque ella podía escapar del rol ordenado por la sociedad para su sexo, y él no?

Sin duda que no. ¡Para los hombres había modos de vivir más sencillos que convertirse en un mercenario! Los hombres podían elegir la vida que deseaban llevar... Al menos tenían más opciones que la mayoría de las mujeres. Kindra había elegido convertirse en Renunciante, en una descastada entre casi todas las personas de los Dominios. Hasta la posadera apenas si la toleraba porque era una cliente regular y le pagaba bien; pero hubiera tolerado igualmente a una prostituta o a un juglar ambulante; incluso hubiera tenido menos prejuicios con respecto a cualquiera de estos dos últimos.

¿Sería el joven uno de esos espías enviados, según se rumoreaba, por las *cortes*, el cuerpo gobernante de Thendara, para atrapar a las Renunciantes que transgredían los términos de su Carta, haciendo proselitismo e intentando reclutar mujeres para el Gremio? Si era así, al menos ella había logrado resistir la tentación. Ni siquiera había dicho, aunque se había sentido tentada de hacerlo, que, si Janella fuera Renunciante, se hubiera sentido capaz de gobernar la posada sola, con la ayuda de sus hijas.

Unas pocas veces, en la historia del Gremio, los hombres habían tratado de infiltrarse disfrazados. Cuando se les desenmascaraba, debían enfrentarse con un juicio sumario. Pero había ocurrido y podía volver a ocurrir. Con respecto a eso, pensó, el joven podía resultar convincente vestido de mujer, pero no con esa cicatriz en el rostro ni esas manos encallecidas. Entonces se rió en la oscuridad, al palpar sus propias manos encallecidas. Bien, si era tan tonto como para intentarlo, peor para él. Riendo, se quedó dormida.

Horas más tarde la despertaron el ruido de cascos, el entrechocar de aceros, los aullidos y los gritos. Kindra se puso la ropa y bajó corriendo. Brydar estaba en el patio, aullando órdenes. Por encima del muro del patio, pudo ver que el cielo estaba enrojecido por las llamas. Era evidente que Cara Cortada y sus bandidos estaban en la aldea.

–Ve, Renwal –ordenó Brydar–. Deslízate en su retaguardia y suelta sus caballos; provoca una estampida, para que deban luchar en vez de atacar y huir otra vez... Como todos los buenos caballos están en este establo, uno debe quedarse aquí a cuidarlos para que no los roben. El resto venid conmigo y con las espadas listas.

Janella estaba acurrucada bajo el alero de un edificio, con sus hijas y sus criadas amontonadas como gallinas a su alrededor.

–¿Nos dejarán aquí sin protección, después de que les hemos alojado durante siete días sin que nos pagaran ni un penique? Es seguro que Cara Cortada y sus hombres nos atacarán buscando los caballos y nos encontrarán desprotegidas, a merced de ellos...

Brydar hizo un gesto al muchacho Marco.

–Tú. Quédate y protege los caballos y a las mujeres.

–¡No! –le espetó el muchacho–. ¡Me uní a la banda jurando que me batiría con Cara Cortada, acero en mano! Es un asunto de honor. ¿Crees que necesito tus sucias monedas?

Más allá del muro todo eran aullidos y confusión.

–No tengo tiempo para palabras altivas –dijo Brydar rápidamente–. Kindra, ésta no es tu pelea, pero sabes que soy un hombre de palabra; quédate aquí y protege los caballos y a las mujeres... ¡y yo te recompensaré!

–¿A merced de una mujer? ¿Una mujer para protegernos? ¡Es lo mismo que poner un ratón a cuidar un león! –le interrumpió la estridente exclamación de Janella.

Pero Marco urgió, con los ojos en llamas:

–¡Lo que se me prometió como paga es tuyo, *mestra*, si me das libertad para enfrentarme a mi enemigo declarado!

–Ve, yo las cuidaré –dijo Kindra.

Era improbable que Cara Cortada llegara hasta allí, pero tampoco era asunto de ella; normalmente ella solía luchar junto a los hombres y se hubiera enojado de que la relegaran a un puesto de seguridad. No obstante, el grito de Janella la había desafiado.

Marco tomó su espada y se apresuró hacia el portal, con Brydar a sus talones. Kindra los observó irse, recordando sus propias peleas. Cierto gesto, ciertas expresiones la habían puesto sobreaviso.

El muchacho Marco es noble, pensó.

Tal vez incluso Comyn, algún bastardo de un gran señor, tal vez incluso de un Hastur. ¡No sé qué está haciendo con los hombres de Brydar, pero no es un mercenario cualquiera!

Los gemidos de Janella la retrotrajeron a su obligación.

–¡Oh! ¡Oh! ¡Qué horror! –gemía–. ¡Abandonadas aquí, solamente con una mujer para protegernos!

–¡Vamos! –ordenó Kindra con autoridad–. ¡Ayudadme a cerrar esa puerta!

–No acepto órdenes de ninguna desvergonzada con pantalones...

–Deja la condenada puerta abierta, entonces –dijo Kindra, con la paciencia agotada. Que Cara Cortada entre sin problemas. ¿Quieres que vaya a invitarlo yo misma o prefieres enviar a alguna de tus hijas?

–¡Madre! –la regañó una muchacha de quince años, desasiéndose de la mano de Janella–. Ésa no es manera de hablar. Lilla, Marga, ayudad a la buena *mestra* a cerrar esa puerta.

Se acercó y se reunió con Kindra, ayudándola a cerrar la pesada puerta de madera, corriendo la pesada tranca. Las mujeres gemían aterradas; Kindra eligió a una, una joven con seis o siete lunas de embarazo, envuelta en una manta arrojada sobre su camisón.

–Tú, lleva a todos los bebés y los pequeños a la habitación más segura, atranca las puertas y no las abras mientras no escuches mi voz o la de Janella. –La mujer no se movió, sino que siguió sollozando. Kindra le dijo con aspereza–: ¡Muévete! ¡No te quedes ahí como el conejo congelado en la nieve! ¡Maldición, *muévete,* o te dejaré sin sentido de un golpe!

Hizo un gesto amenazante y la mujer se sobresaltó; luego empezó a conducir a los niños escaleras arriba; alzó a uno de los más pequeños y dio prisa a los otros para que subieran con cuidado y sin armar jaleo.

Kindra estudió al resto de las mujeres. Janella era imposible. Era gorda y no tenía coraje. Miraba a Kindra con resentimiento, furiosa de que la hubieran dejado a cargo de la defensa. Lo que es más, temblaba, al borde de un pánico que infectaría a todas; pero, si tuviera algo que hacer, tal vez se calmara.

–Janella, ve a la cocina y prepara un ponche de vino caliente –le ordenó–. Los hombres lo necesitarán cuando regresen y seguramente se lo merecerán. Después busca algunas vendas de lino, por si hay algún herido. No te preocupes, no llegarán aquí mientras estemos. Y llévate a ésa –añadió, señalando a la idiota Lilla, que se aferraba aterrada a la falda de Janella, con los ojos enormes por el terror y gimiendo–. Nos estorbará aquí.

Cuando Janella se hubo ido, gruñendo, con la tonta siguiéndole los talones, Kindra miró a las fuertes jóvenes que habían quedado.

–Vamos, todas a los establos. Apilemos fardos de heno alrededor de los caballos, para que no puedan sacar los caballos ni provocar una estampida. No, deja la lámpara ahí. Si Cara Cortada y sus hombres entran, incendiaremos un par de fardos, eso asustará a los caballos que pueden incluso matar a uno o dos bandidos a coces. Aunque sea así, las mujeres podrán escapar mientras ellos juntan los caballos; al contrario de lo que seguramente os han dicho, los bandidos se fijan primero en los caballos y en los botines; las mujeres no son el primer

punto de interés de su lista. Y ninguna de vosotras tenéis joyas o hermosas prendas que puedan despertar su codicia.

Kindra sabía que cualquier hombre que intentara ponerle la mano encima, intentando violarla, tendría rápidos motivos para lamentarlo; incluso si la superaban en número, había aprendido maneras de sobrevivir a la experiencia indemne. Pero estas mujeres no habían recibido ese entrenamiento. No era justo acusarlas por sus miedos.

Podría enseñarles. Pero las leyes de nuestra Carta me lo prohíben, y he jurado cumplir esas leyes, leyes que no fueron hechas por nuestras madres del Gremio, ¡sino por hombres que temen lo que podamos decirles a sus mujeres!

Bien, tal vez encuentren motivo de orgullo en poder defender su casa de los invasores.

Kindra fue a emplear su propia fuerza en la tarea de apilar los pesados fardos alrededor de los caballos; las mujeres trabajaban, olvidando su temor gracias al duro esfuerzo. Hubo una que gruñó, de manera suficientemente audible como para que Kindra escuchara:

–¡Todo esto está bien para *ella*! ¡Fue entrenada como guerrera y está acostumbrada a esta clase de trabajo! ¡Yo no!

Como no era momento para discutir la ética de la Casa del Gremio, Kindra sólo preguntó con suavidad:

–¿Estás orgullosa de que no te hayan enseñado a defenderte por ti misma, niña?

Pero la muchacha no respondió y siguió intentando alzar su pesado fardo de heno.

A Kindra no le resultó difícil seguir su pensamiento: de no haber sido por Brydar, cada hombre de la aldea podría haberse encargado de proteger a sus propias mujeres.

Kindra pensó, con absoluto disgusto, que ésa era la clase de idea que había incendiado aldeas, año tras año, porque ningún hombre debía lealtad a otro ni quería proteger ninguna casa que no fuera la suya. Había sido necesaria la amenaza de Cara Cortada para que estos aldeanos se organizaran como para contratar los servicios de unos mercenarios, ¡y ahora sus mujeres refunfuñaban porque sus hombres no podían quedarse, cada uno en su propia puerta, protegiendo a su mujer y su propiedad!

Una vez que los caballos estuvieron detrás de la barricada, las mujeres se apiñaron nerviosamente en el patio. Hasta Janella salió a mirar desde la puerta de la cocina. Kindra fue hasta la puerta atrancada, con el cuchillo listo en la vaina. Las otras muchachas y mujeres permanecieron bajo el alero de la cocina. Sólo una joven, la misma que había ayudado a Kindra a cerrar la puerta, se agachó, se recogió con decisión la falda alrededor de las rodillas y, después, fue a buscar un hacha grande y se quedó con ella en la mano, ocupando un lugar ante la puerta, junto a Kindra.

–¡Annelys! –llamó Janella–. ¡Regresa aquí! ¡Conmigo!

La muchacha lanzó una mirada de desprecio a su madre y dijo:

–Si los bandidos escalan este muro, no me pondrán las manos encima, ni tampoco a mi hermanita, sin tener que enfrentarse al frío acero. No es una espada, pero creo que incluso en manos de una muchacha este acero podría hacerlos cambiar rápidamente de idea. –Miró a Kindra de manera desafiante y agregó–: ¡Estoy avergonzada de todas, por dejar que una mujer sola nos proteja! ¡Hasta un conejo astado protege a su cría!

Kindra le dedicó una amable sonrisa de compañerismo.

–Si tienes la mitad de habilidad que coraje con esa cosa, hermanita, prefiero tenerte a ti a mi lado antes que a cualquier hombre. Sostén el hacha con las manos juntas, si llega el momento de usarla, y no intentes ninguna fantasía; simplemente tírale un buen golpe a las piernas, como si estuvieras talando un árbol. El asunto es que él no lo esperará, ¿te das cuenta?

La noche transcurrió lentamente. Las mujeres se acurrucaron entre los fardos de heno, escuchando con aprensión y soltando ocasionales sollozos al escuchar el entrechocar de las

espadas, gritos y exclamaciones. Sólo Annelys permaneció seria junto a Kindra, aferrando su hacha.

–No es necesario que la aferres tanto –le dijo ésta, sentándose sobre un fardo–; sólo conseguirás cansarte antes de un posible ataque. Apóyala contra el fardo, para que puedas blandirla con rapidez si se presenta la ocasión.

–¿Cómo sabes tan bien lo que hay que hacer? –le preguntó Annelys en voz baja–. ¿Son así todas las Amazonas Libres? Tú las llamas de otra manera, ¿verdad? ¿Cómo aprenden las mujeres del Gremio? ¿Son todas guerreras y mercenarias?

–No, ni siquiera hay muchas que lo sean –respondió Kindra–. Solamente ocurre que no tengo otros talentos; no sé hilar ni bordar muy bien, y mi habilidad para la jardinería sólo sirve en verano. Mi madrina de juramento es partera, que es nuestra profesión más respetada; hasta aquellos que desprecian a las Renunciantes confiesan que con frecuencia podemos salvar a los bebés con los que fracasan las curanderas de las aldeas. Ella hubiera querido enseñarme su oficio, pero yo tampoco tenía talento para eso. Y no es que me guste ver sangre...

De pronto, miró su largo cuchillo, recordando sus muchas batallas, y se rió; y Annelys se rió con ella, un sonido extraño que contrastaba con los asustados gemidos de las otras mujeres.

–¿*Tú* tienes miedo de ver sangre?

–Es diferente –dijo Kindra–. No puedo tolerar el sufrimiento cuando no puedo hacer nada para aliviarlo. Si un bebé nace con facilidad, rara vez llaman a la partera; sólo acudimos cuando los casos son desesperados. Prefiero luchar con hombres o bestias, que no por la vida de un bebé o de una mujer indefensa...

–Creo que yo también lo preferiría –repuso Annelys.

Ahora, si no estuviera limitada por las leyes del Gremio, podría decirle qué somos. Y ella sería, un crédito para la Hermandad..., pensó Kindra.

Pero su juramento la condenaba al silencio. Suspiró y miró a Annelys, sintiéndose frustrada.

Empezaba a pensar que todas sus precauciones habían sido innecesarias, que los hombres de Cara Cortada nunca se aproximarían al lugar, cuando una de las mujeres chilló y Kindra vio la punta de una rústica gorra tejida que se asomaba por encima del muro; enseguida aparecieron dos hombres, con los cuchillos entre los dientes para tener las manos libres para la escalada.

–De modo que aquí ocultaron todo: las mujeres, los caballos, todo... –gruñó uno de ellos–. Tú ocúpate de los caballos; yo me ocuparé de... Oh, no te atrevas... –gritó cuando Kindra corrió hacia él con el cuchillo desenvainado.

Era más alto que ella; cuando lucharon, ella sólo pudo defenderse, retrocediendo paso a paso hacia los establos. ¿Dónde estaban los hombres? ¿Por qué los bandidos habrían logrado llegar hasta aquí? ¿Serían ellas los últimos defensores de la aldea? Por el rabillo del ojo vio que el otro bandido se acercaba por detrás de ella con su espada; giró y retrocedió cuidadosamente para poder hacer frente a ambos.

Entonces chilló Annelys, el hacha centelleó y el segundo bandido cayó, aullando y con la pierna ensangrentada. El oponente de Kindra vaciló al escuchar el grito; Kindra blandió el cuchillo y se lo clavó en el hombro, arrebatando su arma de su mano laxa. El hombre cayó hacia atrás, y ella saltó por encima.

–¡Annelys! –gritó–. ¡Mujeres! Traigan cuerdas, hilo, cualquier cosa que sirva para maniatarlo. Pueden venir otros...

Janella se acercó trayendo cuerdas y permaneció allí mientras Kindra maniataba al hombre. Luego, dando un paso atrás, observó al bandido, que yacía en un charco de su propia sangre. Tenía la pierna prácticamente cortada a la altura de la rodilla. Todavía respiraba, pero

ya no tenía fuerzas ni para gemir. Mientras las mujeres lo observaban, expiró. Janella miró horrorizada a Annelys, como si su joven hija tuviera de repente dos cabezas.

–Tú lo mataste –jadeó–. ¡Tú le cortaste la pierna!

–¿Hubieras preferido que él me cortara la mía, madre? –preguntó Annelys y se agachó para observar al otro bandido–. Éste sólo está herido en el hombro. Vivirá para que lo cuelguen.

Respirando rápido, Kindra se incorporó y dio a la cuerda un tirón final. Miró a Annelys y dijo:

–Me salvaste la vida, hermanita.

La muchacha le sonrió, excitada, con el pelo caído y alborotado sobre los ojos. En el patio empezó a caer una helada llovizna. Todas tenían la cara húmeda. De repente, Annelys abrazó a Kindra, que la estrechó contra sí, sin prestar atención a la expresión perturbada de la madre.

–Una de las nuestras no lo hubiera hecho mejor. ¡Mi agradecimiento, pequeña!

¡Maldita sea! La muchacha se había *ganado* su agradecimiento y su aprobación. Si Janella las miraba como si Kindra fuera una perversa seductora de jóvenes, ¡peor para Janella! Dejó el brazo de la joven sobre sus hombros y dijo:

–Escuchad, creo que regresan los hombres.

En cuanto oyeron el grito de Brydar, todas unieron sus fuerzas para levantar la pesada tranca que obstruía la puerta.

Los hombres traían con ellos más de una docena de buenos caballos.

–Los hombres de Cara Cortada ya no los necesitarán... –dijo Brydar entre risas–. ¡Así que estamos bien pagados! Veo que las mujeres dieron cuenta de los últimos.

Miró al bandido que yacía muerto y al otro, atado.

–¡Buen trabajo, *mestra,* veo que tienes parte en el botín!

–La muchacha me ayudó –replicó Kindra–. Sin ella, yo estaría muerta.

–Uno de ellos mató a mi padre –repuso la muchacha ferozmente–; de modo que me he cobrado la deuda, eso es todo. –Se volvió hacia Janella y ordenó–: ¡Madre, trae a nuestros defensores un poco de ese ponche de vino, de inmediato!

Los hombres de Brydar se sentaron en la sala común y bebieron con agradecimiento el vino caliente. Brydar dejó su copa y se restregó los ojos soltando una exclamación de cansancio.

–Algunos de mis hombres –dijo– están heridos, dama Janella. ¿Alguna de tus mujeres tiene habilidad para curar? Necesitaremos vendas y tal vez algún ungüento o hierbas. Yo... –Se interrumpió cuando uno de sus hombres le hizo señas urgentes desde la puerta. Fue corriendo.

Annelys trajo una copa a Kindra y se la puso tímidamente en la mano. Kindra bebió; no era el ponche de vino preparado por Janella, sino un claro, fino y dorado vino de las montañas. Kindra lo sorbió despacio, sabiendo que la joven quería decirle algo. Se sentó frente a ella y fue bebiendo de tanto en tanto un poco de vino caliente. Ninguna de las dos deseaba separarse.

¡Maldita sea esa tonta ley que me impide decir algo acerca de la Hermandad! Ella es demasiado buena para este sitio y para esa tonta madre que tiene; la idiota Lilla es más bien lo que la madre necesita para ayudarla a manejar la posada; y supongo que Janella la casará rápidamente con algún patán, sólo para que le ayuden a manejar este lugar.

El honor le exigía que permaneciera en silencio. Sin embargo, observando a Annelys, pensando en la vida que la joven llevaría aquí, se preguntó, perturbada, qué clase de honor sería pedirle que dejara a una muchacha así en un lugar como ése.

Sin embargo, suponía que la ley era sabia; de todos modos, había sido creada por mentes más sabias que la suya. Suponía que, de otra manera, algunas jóvenes, seducidas por la idea de una vida llena de excitación y aventura, podían unirse a la Hermandad sin ser plenamente conscientes de las penurias y la renuncia que les esperaban. El nombre de Renunciante no se tomaba con facilidad; no era una vida fácil. Y, considerando la manera en que la joven la miraba, era posible que sólo la siguiera por simple veneración del heroísmo. Eso no era bueno. Suspiró y dijo:

–Bien, supongo que la excitación ha terminado por esta noche. Debo irme a la cama; tengo una larga cabalgata mañana. ¡Escucha ese barullo! No sabía que algún hombre de Brydar estuviera seriamente herido.

–Suena más a una pelea que a alguien muy dolorido –replicó Annelys, escuchando los gritos y las protestas–. ¿Estarán peleando por el botín?

La puerta se abrió de repente y Brydar de Fen Hill entró a la habitación.

–*Mestra*, perdóname, sé que estás cansada...

–Bastante –dijo ella–. Pero con todo este escándalo no es probable que pueda dormir mucho. ¿Qué puedo hacer por ti?

–Te ruego... ¿Podrías venir? Es el muchacho, el joven Marco... Está gravemente herido, pero no nos permite atender sus heridas si no habla contigo. Dice que es un mensaje urgente, muy urgente, que debe comunicarte antes de morir...

–Por la misericordia –exclamó Kindra, consternada–. ¿Se está muriendo, entonces?

–No podría decirlo; no nos deja acercarnos lo suficiente para ver la herida. Si fuera razonable y nos permitiera atenderlo... Pero está sangrando como una caprina en el matadero y ha amenazado con degollar a cualquier hombre que se le acerque. Tratamos de sujetarlo y atenderlo a la fuerza, pero eso hizo que sangrara tanto al debatirse que no nos atrevimos... ¿Vendrás, *mestra*?

Kindra le miró inquisitivamente... No había creído que complaciera tanto a un hombre de su banda.

–El muchacho no significa nada para mí –dijo Brydar, a la defensiva–. No es mi hermano adoptivo, ni mi pariente, ni siquiera mi amigo. Pero luchó a mi lado y es valiente; fue él quien mató a Cara Cortada frente a frente. Y tal vez eso le valga la muerte.

–¿Por qué querrá hablar conmigo?

–Dice, *mestra,* que se trata de algo referente a su hermana. Y te ruega en nombre de Avarra la piadosa que vayas. Es lo bastante joven como para ser tu hijo.

–Bien –asintió Kindra finalmente. No había visto a su propio hijo desde que el niño tenía ocho días; sin duda sería demasiado joven para blandir una espada–. No puedo negarme a alguien que me lo pide en nombre de la Diosa –dijo, incorporándose y frunciendo el ceño.

El joven Marco le había dicho que no tenía ninguna hermana. No, había dicho que ya no había nadie a quien pudiera llamar hermana. Lo que podría significar algo diferente.

En la escalera escuchó la voz de uno de los hombres de Brydar que decía:

–Muchacho, no te haremos daño. Si no nos dejas atender esa herida, podrías morirte, ¿me oyes?

–Aléjate de mí –gruñó la voz del joven–. ¡Juro por los infiernos de Zandru y por las tripas desparramadas de Cara Cortada, muerto allá afuera, que degollaré al primer hombre que me toque con este mismo cuchillo!

Dentro, a la luz de las antorchas, Kindra vio a Marco semisentado, semiyacente sobre un jergón de paja; tenía una daga en la mano y los mantenía a distancia con ella, pero estaba pálido como la muerte, con la frente perlada de sudor helado. El jergón de paja empezaba a enrojecerse con su sangre. Kindra sabía lo suficiente de heridas como para comprender que el cuerpo humano podía perder más sangre de lo que todos creían posible sin sufrir serios daños, pero para cualquier persona común el espectáculo era alarmante.

Cuando Marco vio a Kindra, jadeó:

–*Mestra,* te ruego... Debo hablar contigo a solas...

–Ésa no es manera de hablarle a un camarada, muchacho –dijo uno de los mercenarios, arrodillándose junto a él al mismo tiempo que lo hacía Kindra.

Estaba herido en lo alto del muslo, cerca de la ingle; los pantalones de cuero habían parado un poco el golpe, pues si no el muchacho hubiera sufrido la misma suerte que el hombre que Annelys había matado con el hacha.

–Pequeño tonto –le susurró Kindra–. Tus amigos pueden hacer por ti mucho más que yo. –Los ojos de Marco se cerraron por un momento, por dolor o debilidad. Kindra creyó que se había desmayado e hizo un gesto al hombre que estaba detrás de ella–. Rápido, ahora, mientras está desmayado... –dijo rápidamente, pero los ojos torturados del muchacho se abrieron.

–¿También tú me traicionarás?

Hizo un gesto con la daga, pero tan débil que Kindra se alarmó.

Sin duda, no había tiempo que perder. Lo mejor sería complacerle.

–Vete –ordenó al hombre–. Yo razonaré con él. Si no quiere escucharme, ya es lo bastante mayor como para responsabilizarse de las consecuencias de su necedad. –Su boca se plegó mientras el hombre se alejaba. Luego añadió–: Espero que lo que tengas que decirme justifique que arriesgues tu vida, ¡condenado tonto! –Pero una enorme y aterradora sospecha empezó a surgir en ella cuando se arrodilló sobre el ensangrentado jergón–. Necio, ¿sabes que es probable que esta herida sea mortal? Tengo poca habilidad para curar; tus camaradas podrían haberlo hecho mejor.

–Sin duda será mi muerte si no me ayudas –dijo con voz débil y ronca–. Ninguno de ellos es suficientemente fiable para mí... *Mestra,* ayúdame, en nombre de la piadosa Avarra... Soy una mujer.

Kindra contuvo una exclamación. Había empezado a sospechar... y era cierto, entonces.

–Y ninguno de los hombres de Brydar lo sabe...

–Ninguno. He vivido entre ellos durante medio año, y no creo que ninguno de ellos sospeche... Todavía temo más a las mujeres. Pero tú... Sentí que podía confiar en ti...

–Lo juro –repuso Kindra apresuradamente–. Mi juramento me obliga a no negar jamás ayuda a una mujer que me lo pida en nombre de la Diosa. ¡Pero ahora déjame ayudarte, mi pobre muchacha, y ruega a Avarra que no sea demasiado tarde!

–Aun cuando así fuera... –susurró la extraña muchacha–, prefiero morir como mujer antes que... deshonrada y descubierta. He conocido tanta desdicha...

–¡Silencio! ¡Silencio, niña!

La joven cayó sobre el jergón. Esta vez sí se había desmayado por fin. Kindra cortó los pantalones de cuero, mirando la seria herida que afectaba la ingle y que subía por el monte púbico.

Había sangrado mucho, pero a Kindra no le pareció que fuera fatal. Tomó una de las toallas limpias que habían dejado los hombres y la oprimió con fuerza sobre la herida; cuando la hemorragia disminuyó, frunció el ceño, pensando que habría que darle puntos. Vaciló ante la idea. Tenía poca habilidad para esas cosas y estaba segura de que cualquiera de los hombres de Brydar podría hacerlo con más precisión y con mano más segura, pero sabía que eso era precisamente lo que la joven más temía: ser tocada por hombres, exponerse a ellos.

Si fuera posible hacerlo antes de que recobre la conciencia... No es necesario que lo sepa..., pensó Kindra.

Pero le había hecho una promesa y la cumpliría. La muchacha no se movió cuando Kindra fue hasta la sala.

Brydar apareció por la escalera.

–¿Cómo anda?

–Envíame a la joven Annelys –le dijo Kindra–. Dile que traiga una aguja, hilo de lino, vendajes y agua caliente y jabón.

Annelys tenía valor y fuerza; lo que era más, estaba segura de que, si le pedía que guardara el secreto, Annelys lo haría y no andaría chismorreando por ahí.

Brydar murmuró con voz tan baja que sólo fue perceptible para Kindra:

–Es una mujer, ¿verdad?

–¿Estabas escuchando? –inquirió Kindra, frunciendo el ceño.

–¡Escuchando, infiernos! Tengo suficiente cerebro y estaba recordando un par de cositas. ¿Puedes pensar otro motivo para que un miembro de mi banda no nos deje quitarle los pantalones? Sea quien sea, ¡tiene tanto coraje como dos!

Kindra meneó la cabeza con pesar. Así pues, todo el sufrimiento de la muchacha iba a ser inútil; en cualquier caso, habría deshonra y escándalo.

–Brydar, tú prometiste que yo tendría mi recompensa. Me debes algo, ¿no?

–Te debo.

–Entonces, jura por tu espada que nunca abrirás la boca sobre esto, y ya me habrás pagado. ¿Te parece justo?

Brydar esbozó una sonrisa.

–No te quitaría tu paga por esto –dijo–. ¿Crees que quiero que se diga en las montañas que Brydar de Fen Hills no puede diferenciar a los hombres de las mujeres? El joven Marco estuvo en mi banda medio año y demostró ser todo un hombre. Si su hermana adoptiva o su parienta o lo que quieras desea cuidarlo y llevárselo después con ella, ¿qué significaría para mis hombres? ¡Maldito sea si quiero que mi banda piense que una chica mató a Cara Cortada bajo mis propias narices! –Se llevó la mano a la empuñadura de la espada–. Que Zandru me corte esta mano si digo algo al respecto. Te enviaré a Annelys –prometió, y se marchó.

Kindra regresó junto a la muchacha. Seguía inconsciente. Cuando Annelys entró, Kindra dijo lacónicamente:

–Sostén la lámpara ahí. Quiero coser esto antes de que recupere la conciencia. Trata de no impresionarte y no te desmayes. Deseo hacerlo rápido para que no tengamos que sujetarla mientras tanto.

Annelys soltó una exclamación al ver a la muchacha y la fea herida, que había empezado a sangrar otra vez.

–¡Una mujer! ¡Bendita Evanda! Kindra, ¿es una de tu Hermandad? ¿Lo sabías?

–No, a ambas preguntas. Sostén la lámpara...

–No –protestó Annelys–. Yo he hecho esto muchas veces; tengo buenas manos. Una vez mi hermano se cortó en el muslo cortando madera, y yo le cosí. También he ayudado a la partera. Sostén tú la lámpara.

Aliviada, Kindra le cedió la aguja.

Annelys empezó a trabajar con tanta habilidad como si estuviera bordando un cojín; cuando estaba a mitad de su tarea, la muchacha recuperó la conciencia y soltó un breve grito de temor, pero Kindra le habló y la joven se tranquilizó y se quedó quieta, con los dientes apretados, aferrada a la mano de aquélla. Después se mojó los labios y susurró:

–¿Es una de las tuyas, *mestra*?

–No. No más que tú, niña. Pero es una amiga. Y no hablará de ti, lo sé –dijo Kindra con confianza.

Cuando Annelys terminó, buscó un vaso de vino para la mujer y le sostuvo la cabeza mientras lo bebía. A sus pálidas mejillas volvió un poco de color, y empezó a respirar con mayor facilidad. Annelys le trajo uno de sus camisones.

–Creo que estarás más cómoda con esto. Me gustaría llevarte a mi cama, pero no creo que sea bueno moverte. Kindra, ayúdame a levantarla.

Tan pronto como estuvo preparado con una almohada y sábanas limpias, puso cómoda a la mujer en el jergón de paja.

La desconocida soltó una exclamación de protesta cuando empezaron a desvestirla, pero estaba demasiado débil.

Kindra se quedó mirando atónita cuando le quitaron la túnica interior. Nunca hubiera creído que una mujer de más de catorce años lograra pasar como hombre entre hombres. Sin embargo, esta mujer lo había hecho. Ahora advertía Kindra cómo. Las formas que se veían eran planas, enjutas, sin pechos; los hombros tenían la dura musculatura de un espadachín. En sus brazos había más vello que el que cualquier mujer hubiera tolerado sin depilarlo con cera.

Annelys también observaba asombrada. La mujer, al ver las miradas de consternación, ocultó el rostro en la almohada.

–No hay necesidad de quedarse mirando –dijo Kindra con aspereza–. Ella es *emmasca*, eso es todo. ¿Nunca has visto ni oído hablar de eso antes?

La operación de neutralización de sexo era ilegal en todo Darkover y peligrosa. A esta mujer debían de habérsela hecho antes o poco después de la pubertad. Kindra estaba repleta de preguntas, pero la cortesía le impedía formularlas.

–Pero... –susurró Annelys–. ¿Nació así o se lo hicieron? Es ilegal... ¿Quién se habría atrevido?

–Me lo hicieron –respondió la muchacha, con el rostro todavía oculto en la almohada–. Si hubiera nacido así, no tendría nada que temer... ¡Y yo elegí esto para no tener nada que temer!

Apretó los labios cuando ellas la levantaron y le dieron vuelta. Annelys soltó una exclamación al ver las terribles cicatrices, como de latigazos, que surcaban la espalda de la mujer, pero no dijo nada sino que tan sólo ocultó las marcas piadosamente con su camisón. Con suavidad, lavó el rostro y las manos de la mujer con agua jabonosa. El pelo color jengibre estaba oscuro por el sudor, pero en las raíces Kindra vio otra cosa: el pelo crecía de color rojo fuego.

Comyn. La casta telépata, de pelo rojo... ¡Esta mujer fue noble; nació para gobernar en los Dominios de Darkover!

En nombre de todos los Dioses, se preguntó Kindra, ¿quién puede ser y qué le ha ocurrido? ¿Cómo llegó hasta aquí con este disfraz, incluso con el pelo teñido para que nadie pudiera identificar su linaje? ¿Y quién la ha maltratado de este modo? La deben de haber golpeado como a un animal...

Después, consternada, escuchó las palabras que se formaban en su mente, sin saber cómo:

Cara Cortada, habló la voz dentro de su cabeza. *Pero ahora estoy vengada. Aun cuando eso signifique mi muerte...*

Estaba asustada; nunca había percibido con tanta claridad. Su rudimentario don telepático siempre había sido antes una cuestión de rápida intuición, de corazonadas, de suerte. Susurró, con horror y pesar:

–¡Por la Diosa! Muchacha, ¿quién eres?

El rostro pálido se plegó en un gesto que Kindra supo que reemplazaba a una sonrisa.

–No soy... nadie. Creí ser la hija de Alaric Lindir. ¿No has escuchado la historia?

Alaric Lindir. La familia Lindir era orgullosa y rica, algo emparentada con la familia Aillard del Comyn. Demasiado encumbrados, en realidad, como para que Kindra pudiera conocerlos; eran de la antigua sangre de los descendientes de Hastur.

–Sí, son gente orgullosa –susurró la mujer–. El nombre de mi madre era Kyria; era hermana menor de Dom Lewis Ardais; no Lord Ardais sino su hermano menor. Pero, aun así, era de suficiente alcurnia. Cuando se demostró que estaba embarazada de uno de los señores Hastur de Thendara, la alejaron y la casaron apresuradamente con Alaric Lindir. Y mi padre, el que siempre creí que era mi padre, estaba orgulloso de su hija pelirroja. Durante toda mi infancia escuché cuán orgulloso estaba de mí, pues me casaría dentro del Comyn o iría a alguna de las Torres y me convertiría en una gran hechicera o en una Celadora poderosa. Después llegó Cara Cortada con su banda. Saquearon el castillo y se llevaron a algunas mujeres. Fue una reflexión tardía. Para cuando descubrió quién era su última cautiva, el daño ya estaba hecho. Aun así, pidió rescate a mi padre. Y mi padre, el mismo Dom Alaric que tan orgulloso estaba de su belleza pelirroja que complacería su ambición gracias a un matrimonio dentro del Comyn... –Se ahogó, y después escupió las palabras–: Mi padre mandó decir que, si Cara Cortada le aseguraba que yo estaba... intacta, pagaría mucho dinero por rescatarme, pero que, si no, no pagaría nada. Pues si yo estaba... maculada, sucia, no le serviría para nada, y Cara Cortada podría colgarme o darme a uno de sus hombres, como le pareciera mejor.

–¡Santo Portador de las Cargas! –susurró Annelys–. ¿Y ese hombre te había criado como hija suya?

–Sí... y yo había creído que me amaba –dijo la joven, con el rostro convulsionado.

Kindra cerró los ojos, horrorizada, viendo con demasiada claridad al hombre que había recibido con gusto a la bastarda de su mujer, pero sólo mientras le sirvieran para satisfacer su ambición.

Los ojos de Annelys estaban llenos de lágrimas.

–¡Qué espantoso! ¿Cómo puede un hombre...?

–He llegado a creer que cualquier hombre podría hacerlo –dijo la joven–. Cara Cortada se enfureció tanto ante la negativa de mi padre que me entregó como juguete a uno de sus hombres. Podéis ver cómo me usó. A *ése* lo maté una noche mientras dormía, cuando había llegado a creer que me había sometido a golpes. Así pude escaparme y regresar a mi madre. Aunque ella me recibió con lágrimas de pena, pude ver en su mente que su mayor temor era ahora que la avergonzara dando a luz al hijo del bastardo de Cara Cortada. Tuvo miedo de lo que mi padre le diría: *de tal madre, tal hija.* Mi desgracia reviviría su olvidada historia. No pude perdonar a mi madre; no pude perdonarle que siguiera amando al hombre que me había rechazado y que me había arrojado a ese destino y viviendo con él. Y entonces recurrí a una *leronis* que se compadeció de mí... o tal vez también ella quiso asegurarse de que no deshonraría mi sangre Comyn convirtiéndome en una ramera o en la amante de un bandido. Ella me hizo *emmasca.* Y yo me alisté entre los hombres de Brydar. Así conseguí vengarme...

Annelys lloraba, mientras que el rostro de la muchacha era pétreo. Su misma calma era más terrible que la histeria; estaba más allá de las lágrimas, en un lugar donde el dolor y la satisfacción eran la misma cosa, y esa cosa tenía el rostro de la muerte.

–Ahora estás a salvo –dijo Kindra con dulzura–. Nadie te hará daño. Pero no debes hablar más; estás cansada y débil por la pérdida de sangre. Ven, bebe el resto del vino y duerme, muchacha.

Sostuvo la cabeza de la joven mientras ella terminaba el vino. Kindra sentía horror. Y sin embargo, a través del horror había admiración. Destruida, golpeada, violada y después rechazada, esta muchacha se había liberado de sus captores matando a uno de ellos; luego había sufrido otro rechazo de su familia, había planeado su venganza y había sido capaz de llevarla a cabo, como cualquier noble.

¿Y los orgullosos Comyn rechazaron a esta mujer? ¡Tiene el coraje de dos hombres! ¡Esta clase de orgullo y de necedad es la que algún día hará caer en ruinas el reinado del Comyn!

Se estremeció con un extraño miedo premonitorio, viendo, con el despertar de su don telepático, un centelleante cuadro de llamas sobre los Hellers, extrañas naves aéreas, hombres desconocidos caminando por las calles de Thendara, vestidos de cuero negro...

Los ojos de la mujer se cerraron y sus manos se aferraron a las de Kindra.

–Bien, ya he llevado a cabo mi venganza –volvió a susurrar–; ya puedo morir. Y con mi último suspiro te bendeciré por haberme permitido morir como una mujer y no con ese odiado disfraz, entre hombres...

–No vas a morir –le dijo Kindra–. Vivirás, niña.

–No –protestó, y su rostro cobró una obstinada expresión de negativa, cerrada y amurallada–. ¿Qué tiene la vida para una mujer sin amigos ni parientes? Pude soportar vivir sola y en secreto, entre hombres, disfrazada, mientras atesoraba la idea de mi venganza para fortalecerme para... la ficción de cada día. Pero odio a los hombres; aborrezco la manera en que hablan de las mujeres entre ellos. Preferiría morir antes que volver a la banda de Brydar o seguir viviendo entre hombres.

–Pero ahora que te has vengado –replicó con delicadeza Annelys–, puedes volver a vivir como una mujer.

Una vez más la mujer sin nombre sacudió la cabeza.

–¿Vivir como una mujer, sometida a hombres como mi padre? ¿Regresar y pedirle amparo a mi madre, que podría darme pan en secreto para que no los deshonre más muriéndome en su umbral, manteniéndome oculta entre ellos, cosiendo o hilando, cuando he cabalgado libremente con una banda mercenaria? ¿O para vivir como una mujer solitaria, a merced de los hombres? ¡Prefiero estar a merced de la tormenta y las *banshees*!–Su mano se cerró sobre las de Kindra–. No –añadió–. Prefiero morir.

Kindra estrechó a la joven en sus brazos, contra su pecho.

–Calla, pequeña, calla, estás muy cansada, no debes hablar de ese modo. Cuando hayas dormido te sentirás mejor –la tranquilizó. Pero sintió la profundidad de la desesperación de la mujer que tenía en sus brazos, y su furia se desbordó.

Las leyes de su Gremio le prohibían hablar de la Hermandad, decirle a la muchacha que podía vivir libremente, protegida por la Carta del Gremio, no estar nunca más a merced de ningún hombre. Las leyes del Gremio, que no podía transgredir, el juramento que debía cumplir. Sin embargo, en un nivel más profundo, ¿acaso no era quebrantar el juramento si se alejaba de esta mujer que había arriesgado tanto y que le había rogado en nombre de su Diosa, en vez de hacerle saber aquello que podía darle voluntad de vivir?

Haga lo que haga, traiciono el juramento: o lo rompo negándole ayuda a esta joven, o lo rompo si hablo cuando la ley me prohíbe hacerlo.

¡La ley! La ley hecha por hombres, que todavía la limitaba por todos lados, aunque había desechado las leyes comunes que los hombres imponían a la vida de las mujeres. Y era doblemente condenable si hablaba del Gremio delante de Annelys, aunque Annelys había luchado a su lado. La justa ley de los Hellers protegía a Annelys de ese conocimiento; causaría problemas a la Hermandad que Kindra atrajera a la hija de una posadera respetable, cuya madre la necesitaba... ¡y que necesitaba también la ayuda de su esposo para manejar su posada!

La joven sin nombre había cerrado los ojos contra su pecho.

Kindra captó el hilo de sus pensamientos. Sabía que la casta de los telépatas podía morir a voluntad..., tal como esta muchacha había querido vivir, a pesar de todo lo que le había ocurrido, hasta lograr su deseada venganza.

Déjame dormir así... Parece como si estuviera otra vez en brazos de mi madre, en la época en que todavía era una niña y este horror no me había tocado... Déjame dormir para no despertar...

Ya se dormía. Kindra, desesperada, sintió, por un momento, la tentación de dejarla morir.

La ley me prohíbe hablar.

Si hablaba, Annelys, ya deslumbrada por la actitud heroica de Kindra, que ya se rebelaba contra el destino de las mujeres, que ya había saboreado el orgullo de poder defenderse sola, la seguiría también. Kindra lo supo, con un extraño estremecimiento de premonición.

Dejó que la furia que había en ella siguiera su curso y desbordara. Sacudió a la mujer sin nombre para despertarla, sabiendo que estaba a punto de morir voluntariamente.

–¡Escúchame! ¡Escucha! No debes morir –le dijo con furia–. ¡No después de haber sufrido tanto! ¡Eso es de cobardes, y tú has demostrado muchas veces que no lo eres!

–Oh, sí, soy cobarde –replicó ella–. Soy demasiado cobarde para vivir de la única manera en que puede hacerlo una mujer como yo..., gracias a la caridad de mujeres como mi madre... o a merced de hombres como mi padre... ¡o como Cara Cortada! Creí que, cuando hubiera cumplido mi venganza, encontraría alguna otra manera. Pero no la hay.

Entonces se desbordó por completo la furia y la decisión de Kindra. Miró con desesperación por encima de la cabeza de la mujer, directamente a los ojos asustados de Annelys. Tragó saliva con esfuerzo, conociendo la gravedad del paso que estaba a punto de dar.

–Podría... podría haber otra manera –dijo, todavía contemporizando–. Tú... Ni siquiera sé cómo te llamas... ¿Cuál es tu nombre?

–No tengo nombre –respondió la mujer, con rostro pétreo–. Juré que nunca volvería a pronunciar el nombre que me dieron el padre y la madre que me rechazaron. Si hubiera vivido, habría adoptado otro nombre. Llámame como quieras.

Y, con una oleada de ira, Kindra se decidió. Estrechó a la joven contra sí.

–Te llamaré Camila, pues desde hoy en adelante, lo juro, seré para ti hermana y madre, tal como lo fue la bendita Cassilda para Camila. Camila, no morirás –dijo, incorporando a la muchacha.

Después, con un profundo suspiro de resolución, apretando la mano de Camila en la suya y extendiendo la otra hacia Annelys, empezó–: Hermanitas, dejen que les hable de la Hermandad de las Mujeres Libres, que los hombres llaman Amazonas Libres. Dejen que les cuente acerca de las costumbres de las Renunciantes, de las Juramentadas, de las *Comhi-Letzii*...

FIN